

Selección RNR

*Un truhan
encantador*

Sandra Bree



Romance Histórico

UN TRUHAN ENCANTADOR

Sandra Bree



1.ª edición: abril, 2016

© 2016 by Sandra Bree

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-416-9

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi madre, Julia.
Porque me enseñaste este mundo,
del que es imposible escapar.*

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Condado de Dorset, 1816

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epilogo
Nota de la autora
Agradecimientos

El jinete animó al caballo a que cabalgase más aprisa. Había salido tarde de la reunión, y la familia lo esperaba en casa con la mesa puesta e impaciente por comenzar a cenar. Los mellizos eran unas fieras hambrientas a pesar de tener solo seis años, sin embargo, cada uno de ellos era capaz de comerse sus platos y, después, repetir, sobre todo si Dolly les había preparado la deliciosa tarta de chocolate y galletas de mantequilla.

Pensando en ellos, en su esposa y en la locuela de su cuñada, Jhon Wakefield tomó la curva que accedía al puente de piedra que cruzaba el arroyo. Frente a él, la ciudad de Christchurch apareció a lo lejos.

De pronto, un sonido desgarrador cruzó el aire y retumbó entre los altos riscos. Su montura se encabritó por unos segundos, relinchó con fuerza, arañó el aire con las patas delanteras y se lanzó ciegamente hacia el estrecho sendero, dejando a un lado un pequeño bosque de coníferos.

Los pájaros en las copas de los árboles alzaron el vuelo despavoridos ante un segundo ruido tan atronador como el anterior. No estaba en época de caza, aunque muchas veces los furtivos atravesaban aquellas tierras en busca de venados.

—Cuidado con el barranco, White Heart —suplicó un asustado Jhon al caballo al tiempo que se inclinaba sobre sus crines. Su mejilla rozaba el cuello del animal tratando de animar a la bestia a que controlase sus pasos.

Tras ellos, el viento llevó los ladridos de una jauría de perros, y Jhon supo que debía apartarse de su marcha antes que ocurriese lo peor. Taloneó con fuerza los costados de White Heart e intentó alejarlo del borde de las piedras. Fue precisamente cuando por el rabillo del ojo descubrió al alguacil detenido en mitad del puente.

Jhon le gritó y trató de darse la vuelta hacia él para que le ayudase a tranquilizar a White Heart. El alguacil tenía una pose recta sobre su caballo y por su actitud no parecía que tuviese muchas ganas de colaborar. Lo miraba con cierto desdén en sus ojos oscuros.

En ese momento, los perros aparecieron en el campo de visión de Jhon. Atónito, se tumbó sobre White Heart en un intento por rodearle el cuello. Sus dedos tocaron algo húmedo y pegajoso mientras en su carrera continuaba saltando sobre los charcos de barro que había provocado las primeras lluvias del mes de abril. Todavía tardó varios segundos en darse cuenta que White Heart estaba herido y que los perros lo perseguían endemoniados por el olor de la sangre.

Por su mente cruzaron repentinamente un montón de imágenes y pensamientos. Los mellizos, su esposa, su casa, su hermano...

White Heart volvió a relinchar cuando sintió los afilados dientes de los sabuesos en sus patas traseras. Jhon, con rabia, agitó las piernas para espantarlos, pero no consiguió más que desestabilizarse. El caballo resbaló por la pendiente, y en un último intento de aferrarse a algo, Jhon agitó los brazos. Rodó varios metros colina abajo, clavándose las piedras por todo el cuerpo. Sentía el dolor en su carne más que el miedo a lo que sobrevendría después. Los perros continuaban tras él y cuando se quiso dar cuenta, estaban sobre White Heart desgarrándole jirones de carne y piel.

—¡Malditos! —gritó, arrojándoles guijarros y tierra del suelo con la poca fuerza que le quedaba, no podía incorporarse. Algunos de los canes más alejados de White Heart se acercaron a él enseñándole sus peligrosos colmillos junto a unos gruñidos escalofriantes.

Levantó la cabeza por donde había caído y vio al alguacil Meison con una pistola en la mano. Por un momento creyó que lo iba a salvar, en cambio... disparó. La bala le dio en pleno pecho. Sintió una descarga de dolor y un violento fulgor un segundo antes de dejar de respirar.

Capítulo 1

Alana Sanders escuchó al párroco con atención. Nunca había sido una creyente devota, sin embargo, jamás había perdido a nadie a quien quisiera como a Jhon Wakefield. Para ella, su cuñado era más que eso, más que un padre, o un amigo, más que un hermano. No estaba enamorada de él, por su puesto. Jhon era el marido de su hermana, y ella jamás se habría fijado en Jhon de esa manera, pero su afecto iba más allá. Jhon había sido... su salvador.

—¿Te sientes con fuerza para hablar con el reverendo o me dejas hacerlo a mí, Alana? —le preguntó el sargento Nicolás Breint, rozándole apenas la manga con su mano grande.

Ella miró a Nicolás con una sonrisa triste. El señor Breint era vecino de ellos y desde el mismo momento que se enteró que Jhon había fallecido, se había ofrecido a ayudar a la familia en todo lo que pudiese.

—Muchas ganas no tengo, pero debo hacerlo. Mi hermana ahora no está en condiciones de aguantar las impertinencias del padre Miller, y no puedo dejar que usted se responsabilice también de esto.

—No me importa hacerlo.

Alana negó. Respiró hondo.

—Cuanto más pronto acabe con esto, mejor.

—Solo quiero que tanto Hellen como tú sepáis que podéis contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé. —Lo miró con gratitud y volvió a centrarse en el funeral.

La multitud se congregaba en torno al párroco y a la familia del difunto. Los mellizos se habían sentado en unas sillas plegables y observaban atentamente la escena que se desarrollaba ante ellos. Estaban aburridos y cansados de estar allí, sobre todo, hartos de ser el centro de atención y que todas las personas los mirasen.

Alana se encontraba junto a Hellen, aguantando el tipo ante un féretro oscuro y brillante.

Hellen llevaba la mirada oculta bajo el velo de encaje; Alana, en cambio, había elegido un pequeño sombrero de piel oscuro con una cortísima gasa y, al contrario que su hermana, y a pesar de sufrir el dolor por la pérdida de Jhon, miraba a los asistentes reconociendo entre ellos a muchas de las amistades de la familia. Las hermanas Dobson, lady Judith, el matrimonio Matthews, las empleadas de la casa, que también habían acudido y se habían quedado algo retiradas junto a Richard, el cochero, su eterna rival Claudia Baxter...

Claudia era la hija del alcalde, una mujer impulsiva, maleducada y con un temperamento demasiado fuerte para una dama. Aparte de eso, tenía un físico corriente, de aspecto sencillo tirando a simplón, con un rostro bastante normal. Poseía el cabello rubio ceniza, ojos grises y mentón ovalado. En definitiva, su cara era la de no haber roto nunca un plato a pesar de haberse cargado vajillas enteras.

Cuando Alana contaba con pocos meses, y Hellen con diez años, los padres de ambas las dejaron en Irlanda en la granja del abuelo materno. El hombre era un borracho y nunca se ocupaba de ellas, por eso Hellen, prácticamente se hizo cargo de criar a su hermana pequeña, sin embargo, en cuanto cumplió los catorce años, el abuelo la envió a estudiar al centro de Londres, y Alana se quedó sola. Sin ninguna mujer que le marcara los pasos creció de forma incivilizada. La mayor parte del día la pasaba en la calle yendo de un lugar a otro, los vecinos le daban de comer y llevaba tanta mugre en el cuerpo que parecía más un animal que una persona.

—... una plegaria por la memoria de nuestro hermano Jhon Wakefield, que descanse en paz —terminó de decir el cura.

El llanto de Hellen rompió el repentino silencio que se había formado en el cementerio. Dos operarios se apresuraron, ayudados por varias cuerdas, a bajar el ataúd al profundo agujero, ante la mirada de los asistentes. Alana se volvió hacia su hermana, abrazándola con cariño.

Enseguida, varias palas se llenaron de tierra y casi con prisa empezaron a cubrir la fosa. Poco después todo había acabado, y los ramos de flores fueron colocados en la tierra revuelta. Todavía iban a tardar un par de días en poner la lápida.

—Hellen, ve saliendo con los mellizos y espérame en la berlina, no voy a tardar mucho —dijo Alana, buscando a Nicolás con la mirada—. ¿Le importaría acompañarlos mientras hablo con el padre?

El hombre asintió, rodeando la cintura de Hellen. Los mellizos se pusieron en pie y se agarraron a las faldas de su madre.

—No vuelvas a recriminarle que hayan enterrado a Jhon aquí en vez de en la parroquia —advirtió Hellen.

Alana asintió, enfadándose de nuevo. Tantas cosas que había hecho Jhon por la comunidad y a la hora de la verdad no le habían permitido ser enterrado en la parroquia. Según el padre Miller, se debía a que no cabía más gente allí.

El cementerio de Poundbury era completamente nuevo y se podían ver las fosas cavadas en espera de ser utilizadas. Era un sitio grande y tranquilo, con calles estrechas custodiadas por altos cipreses.

—Alana, por favor, haz caso a tu hermana. Sabes que a Jhon no le hubiese importado en qué sitio estar. Eso no iba con él —le recordó Nicolás.

—No os preocupéis, solo lo felicitaré y le daré las gracias.

—Y el donativo —recordó Hellen, metiendo el pañuelo bajo el velo para limpiarse los ojos.

De mala gana, Alana asintió y cuando la gente empezó acercarse a ellas para darles el pésame, trató de escabullirse lo antes posible. Aborrecía tener que dar manos o recibir besos, mucho menos necesitaba que alguien le dijese lo bueno que era Jhon y lo poco que merecía morir.

El reverendo Miller estaba abotonándose el cuello del largo abrigo y al ver llegar a la joven, esperó con una mirada dura. Alana prefirió ignorar su enojo y evitó sacar el tema de nuevo. Si él pensaba que ella le iba a pedir perdón por haberle increpado el día anterior por no cobijar a su cuñado en la parroquia, se confundió totalmente. Como buena cristiana, apenas le dijo más de dos palabras sobre su oración y después le entregó la regalía. Al dirigirse hacia las dobles puertas de forja que accedían al camino donde los carruajes se hallaban estacionados, vio al alcalde Thomas Baxter acompañado del Conde de Baigton Down, lord Stephen Huntington, tercer sobrino del marqués de Phelman.

No le extrañó ver al alcalde, pues él debía ir para quedar bien con todos, sin embargo, sí la escamó encontrarse con el conde. No era un hombre muy sociable, por demás que había escuchado cosas horribles de él, como la de que había asesinado a su esposa cuando su hijo falleció de una rara enfermedad. Que aquello fuese cierto o no, no lo sabía nadie con exactitud, excepto él.

—Señorita Sanders. —Ellos captaron su mirada y le interrumpieron su camino hacia la salida.

Maldiciendo su mala suerte, Alana se detuvo, escondiendo hábilmente su renuencia tras su acostumbrada máscara de apatía. El conde sacó una pétrea mano bajo las capas de tela de su abrigo.

—¿Sois la cuñada del señor Wakefield?

Alana asintió, y el alcalde se apresuró a presentarlos. Ella conocía al conde de vista, pero nunca había hablado personalmente con él.

—Lamento mucho lo del señor Wakefield. Era un buen hombre y sobre todo un buen profesor. Un tipo de los más inteligentes con los que haya tenido el placer de hablar.

—Gracias —musitó ella, obligándose a entregarle su mano enguantada como mandaba la etiqueta.

—Si precisan cualquier cosa, estaría encantado de poder servirlos. El señor Wakefield me comentó los proyectos que estaba llevando a cabo en la escuela. Una lástima que no pueda seguir adelante con ello. Decírselo a su viuda, por favor, no he querido acercarme por no molestarla.

En ese mismo momento llegó Hellen y se agarró del brazo de Alana. El sargento y los niños estaban subiendo al vehículo.

—Señora Wakefield. —Lord Huntington se apresuró a coger la mano enguantada de Hellen, apretándola con fuerza—. Os acompaño en el sentimiento. Comprendo el profundo dolor que en este momento debéis estar sintiendo. Si yo pudiera ayudar en algún modo, no dudéis en hacérmelo saber. Sé que es una situación difícil de atravesar, pero vos sois una persona joven y fuerte.

—Muchas gracias, milord —respondió Hellen con un hilo de voz.

—No tenía constancia que usted y mi cuñado se tratasen hasta el punto que él le hablase de la escuela —dijo Alana, curiosa.

—Nos hemos visto varias veces. Me parecía estupenda la idea de tener una escuela de caballeros en el condado. Como sabréis, parte de las tierras donde se está edificando las cedí para tal propósito.

Alana frunció el ceño, asombrada.

—¿Era usted socio de Jhon?

—¡Oh, no, no! Su proyecto era demasiado ambicioso para mí.

—No sé por qué pensé que esas tierras las había comprado Jhon —dijo ella, con el corazón pesaroso. Su cuñado no había sido hombre de pedir favores y en ningún momento les había comentado que el conde le había consentido edificar en su propiedad.

Hellen tampoco sabía nada. Se encogió de hombros, confundida. En ese momento no estaba muy segura de ello, aunque hubiese jurado lo mismo que Alana. No obstante, intercaló:

—Fue usted muy gentil si cedí ese terreno, milord.

—Mi gentileza no es tal. Ya no quedan caballeros como los de antaño, y su esposo lo era de los pies a la cabeza. Sé que hubiera hecho una gran labor por la sociedad.

—Nos tenemos que marchar —se disculpó Alana, viendo que uno de sus sobrinos luchaba contra el sargento porque quería salir del coche otra vez.

Sin hacer caso omiso de la pequeña Sanders, el lord se volvió a dirigir a Hellen. Ellos habían coincidido en más ocasiones y se conocían.

—Por lo que tengo entendido, no tienen más parientes que los mellizos. Es una lástima, con todo lo que se les viene ahora...

Alana, malhumorada, lo interrumpió. No era de buen gusto decirle a Hellen que se habían quedado solas a pesar de ser cierto. Sin duda, aquel no era ni el lugar ni el momento.

—Confidencialmente, le diré que Hellen no se encuentra muy bien hoy y lo único que desea es llegar cuanto antes a casa, tomarse algo caliente y dormir. Si nos disculpan...

—¡Señorita, solo les estoy ofreciendo mi ayuda! —se quejó Huntington porque ella no lo hubiese dejado acabar de hablar.

Antes que Alana pudiese decir algo peor, Hellen se adelantó con un murmullo.

—Lo tendré en cuenta, milord, quedo agradecida.

—Yo perdí a mi esposa hace años y también estoy solo.

Alana, estupefacta, supo leer entre líneas. No era ninguna tonta como para no darse cuenta la clase de ofrecimiento que el conde quería hacer a su hermana. Sintió deseos de empujarlo colina abajo y hacerlo rodar junto a sus pomposas ropas. No lo hizo porque el camposanto estaba lleno de gente, además, Hellen tampoco se lo hubiese permitido; vale que tuviese la cabeza embotada de llorar y que las hierbas que Alana le había suministrado la tuviesen medio desmayada, pero una falta de educación tan grande era intolerable incluso para ella. Hizo una honda inspiración para serenarse.

—Disculparme. —Hellen, con la espalda totalmente tensa y fingiendo no estar ofendida, soltó el brazo de su hermana y señaló a una mujer anciana que esperaba en el lado opuesto del camino de dónde estaban ellos—. Alana voy a despedirme de la señora Smithers.

Alana asintió e iba a marcharse también cuando el alcalde Baxter llamó su atención cogiéndola del brazo.

—Tener a bien recibir mis condolencias y saber que cualquier cosa que el alguacil Meison averigüe os será comunicada. Es una pena que Jhon sufriese tan terrible accidente.

Alana se espigó.

—¡Que le devorasen los perros no fue ningún accidente, señor Baxter! Qué se cayese del precipicio con White Heart puede ser, pero...

—No piense en eso ahora, querida —dijo el alcalde, cogiéndola de la mano para darle golpecitos que pretendían ser afectuosos o consoladores. Alana odiaba que la tratasen como si fuera una estúpida chiquilla. Su abuelo lo había hecho constantemente—. Sé que están pasando por un momento terrible.

Ella se mordió la lengua y apretó los labios con rabia. Estaba segura que de no haber sido por el supuesto grupo de perros o lobos, como querían hacerles creer, su cuñado se podría haber salvado de la caída.

—Es cierto, no debería seguir atormentándome con ello, pero, por favor, señor Baxter, no deje de investigar —insistió con terquedad—. El dueño, o los dueños de los animales, debe pagar por lo ocurrido. Le podía haber sucedido a cualquiera.

—Meison se está encargando de todo. Además, estamos empezando a contratar cuadrillas —respondió el alcalde. Suavizó su tono de voz cuando Claudia se les unió en ese momento—. ¡Ah, querida, estas aquí! Empezaba a preguntarme dónde te habías metido. ¿Has saludado a lord Huntington?

—Por supuesto, padre, lo vi nada más entrar, ¿verdad, milord?

El conde le regaló una reverencia exagerada.

—Verdad, señorita Baxter.

Thomas cogió el brazo de su hija.

—¿Nos marchamos ya o tienes algo más que hacer? —preguntó él.

—Podemos irnos, padre, el ambiente del cementerio me asfixia. —Bajo el ala ancha de su llamativo sombrero granate, la altanera mujer clavó sus ojos claros en Alana—. Es una pena lo de tu cuñado. Más de una vez hablé con mi padre que era una locura que fuese cabalgando en vez de llevar el vehículo. Aquí la tierra es demasiado pantanosa.

—Si se emplease algún tiempo en perseguir a los cazadores furtivos, estas cosas no ocurrirían, y todos estaríamos más seguros —contestó Alana con rapidez.

—Alana, si hubiesen sido cazadores furtivos, ya los habrían cogido. Después del accidente, el señor Meison envió varias partidas en su busca y no halló nada. —Claudia se volvió a mirar a su padre con una sonrisa presuntuosa—. ¿No me dijisteis eso?

—Sí, claro que sí. —Incómodo, el alcalde empujó con suavidad a Claudia—. Será mejor que continuemos esta conversación en otro momento, antes que comience a llover.

El cielo se había cubierto de nubes, y el viento, de forma racheada, empezó a silbar entre los cipreses agitando sus ramas.

—Señorita Sanders, ¿puedo llevaros a algún sitio? —se ofreció amablemente el conde.

Ella negó.

—Mi hermana me espera, milord. Gracias.

—Sí, pobre —intercaló Claudia con voz cantarina—. Debe estar pasándolo horriblemente mal. No me gustaría estar en su pellejo, el haber perdido el marido tan joven es lo peor que le puede suceder a alguien.

Alana asintió. Claudia no tenía ni remota idea por lo que Hellen estaba pasando, y ella no tenía ganas de seguir escuchando su petulante voz. Le asqueaba su falsedad.

Se despidió del grupillo y nada más llegar a la berlina, el cochero la ayudó a subir, manteniendo la puerta abierta.

—Richard, ¿dónde está el sargento Breint?

El hombre se encogió de hombros.

—Se ha marchado hace unos minutos, señorita.

—Alana —llamó Hellen. Ella terminó de entrar y se sentó junto a uno de los mellizos que parecía estar a punto de dormirse—. El sargento ha dicho que después pasa por casa para ver cómo estamos. Tenía mucho trabajo atrasado.

Alana suspiró. Todos llevaban dos días sin descansar y con las emociones a flor de piel. Ella personalmente tenía los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar y la sensación de que el cráneo iba a estallarle de un momento a otro. Andy, su guapo sobrino de cabello cobrizo, se recostó sobre su regazo. Le acarició el pelo distraídamente.

El coche se empezó a mover.

Como nubes de humo, la niebla corría a ras del suelo arremolinándose junto al muro de hierro forjado que delimitaba el cementerio con el camino. Alana siguió la mirada de su hermana hasta que los enterradores escaparon de su vista.

Era tarde, muy tarde. La noche estaba en un completo y lúgubre silencio. El cielo se hallaba denso, cargado de espesas nubes que se deslizaban igual que olas en el mar. La brisa llevaba el bálsamo de las flores que recién despertaban a la primavera, llenándolo todo de fragancias frescas, un aroma envolvente que flotaba en la pradera y se mezclaba con el olor a sal que arrastraba el ancho océano al tocar los farallones.

Una delgada figura envuelta en una capa oscura se dibujó en la oscuridad frente a un pozo alto y estrecho cubierto de musgo húmedo y resbaladizo. Ligeramente, la sombra se inclinó sobre el muro para pronunciar con un murmullo apagado:

—Por favor, te pido de corazón, pozo de los deseos, que devuelvas la felicidad que le arrebataron cruelmente a Hellen Sanders. Te prometo que seré feliz si ella vuelve a sonreír, si vuelve a creer en el amor.

La moneda atrapó el reflejo de la luna que en ese momento asomó tímidamente, después, cayó en la profunda negrura con un susurro imperceptible.

París, 1816

Colbert Wakefield, más conocido como lord Iron, soltó una sonora carcajada, y sus anchos hombros se agitaron bajo la chaqueta de terciopelo verde.

—Madame, vais a conseguir que nos maten a los dos.

Recostada entre los mullidos cojines de satén del club The Roses on The France, Dorine contemplaba al hermoso y bronceado hombre, disfrutando de su privilegiada compañía. No todo el mundo podía presumir de haber estado en las estancias privadas de Colbert Wakefield.

—Sabéis perfectamente que no sería capaz de ponerlos en peligro, *mon amour*.

—¿Ah, no? —Él se sentó frente a ella, sobre uno de los reposapiés—. Queréis venderme a precio de ganga la propiedad que vuestro esposo más ansía. No creo que a él le guste mucho, es más —ladeó la cabeza—, ¿podrías decirme cuál es el motivo? Aún no me lo habéis dicho.

Dorine era una mujer opulenta que seguía maquillándose con coloretos muy fuertes y usando una pequeña pieza de tela que se adhería a la piel, llamada «mosca». En su juventud había sido una muchacha atractiva que gustaba de llamar la atención, pero la edad comenzaba a dejar multitud de arrugas alrededor de sus ojos y de su boca. Aun así, seguía vistiendo de manera impecable. Llevaba un vestido de seda amarilla labrada en dos tonos, con las mangas cortas muy estrechas y las bocamangas en encaje de lino.

Colbert y ella se habían conocido hacía un año, y entre ellos había nacido una estrecha amistad. Dorine compartía con él sus gustos por las mujeres, y Colbert tenía el local ideal donde encontrarlas.

—Si no os lo digo, seguiréis insistiendo, ¿verdad?

Colbert la miró con fijeza, tratando de descubrir qué era lo que Dorine le ocultaba.

—Podéis no decírmelo si ese es vuestro deseo, pero veo en sus ojos que algo os preocupa. ¿Todo esto tiene que ver con vuestro esposo, verdad? ¿Os ha dicho él algo?

Dorine le regaló una cálida mirada y, con dulzura, apretó los labios entre sí.

—Esta vez, él no tiene nada que ver, Iron. —Suspiró con fuerza y dejó caer la cabeza contra el respaldo del diván. Al hacerlo, un par de cojines cayeron al suelo, pero ninguno se preocupó en recogerlos de nuevo—. Esta mañana me visitó el doctor otra vez. He estado acudiendo a él durante los últimos años. Sufro del corazón y ya no me queda mucho tiempo más de vida.

—¿Me estáis tomando el pelo? ¡No digáis sandeces, os encuentro perfectamente!

—No lo estoy, querido. La semana pasada sufrí un desmayo y me quedé sin respiración. Mi doncella me encontró en el suelo de la sala de música.

—Eso no significa nada. —Colbert se puso en pie y, de un solo movimiento, echó hacia atrás los faldones de su chaqueta—. Lo que deberíais hacer es descansar, quedaos en casa, o si lo preferís, poseo una propiedad preciosa en Venecia...

Dorine le sonrió.

—¿Me estáis regañando, Iron?

Él asintió.

—Si no hay nadie que lo haga, entonces sí.

—No tenía que haberos dicho nada. —Ella hizo el amago de levantarse, y Colbert le tendió la mano, ayudándola—. Apenas puedo comer nada y cuando estoy sobre la cama, no me llega el aire a los pulmones. Sé que muy pronto... cuando menos me lo espere, ocurrirá.

—Nos ocurrirá a todos tarde o temprano.

—Sí, pero yo no temo a la muerte, *mon amour*. Iron, miradme —le ordenó. Él no sabía muy bien cómo reaccionar ante ella. No tenía ni idea si debía ser compasivo o, por el contrario, fingir que no sucedía nada fuera de normal. Estaba confuso—. No puedo seguir viviendo así. A veces, deseo que pase pronto y me quite el sufrimiento que llevo por dentro. Para vivir así es mejor no hacerlo. ¿Entendéis lo que quiero decir?

Colbert asintió. Entenderlo no significaba aceptarlo.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes? —reprochó.

Dorine recogió su abanico de plumas de encima de la mesita de mármol.

—Porque no deseo que me tratéis como a una enferma. No lo soportaría. Escuchadme, Iron. —Se aferró a su brazo, con una sonrisa ansiosa—. No quiero que Edward consiga esa casa. Lo demás me da igual, pero esa casa perteneció a mi madre, y ella lo odiaba tanto como yo. Vendedla, regaladla, prendedla fuego cuando sea vuestra, haced lo que queráis, pero no dejéis que caiga en sus manos.

—No os preocupéis por eso, Dorine. Mañana mismo os envío a Paddy para comenzar con los trámites.

—Gracias, Iron, y ahora vamos con el tema que me interesa, por el que he venido hasta aquí esta tarde.

Colbert sonrió involuntariamente.

—¿No habíais venido por mí?

—¡Sois un rufián encantador! —Agitó la cabeza con gracia—. Por eso supongo que me tenéis reservado algo muy bueno.

Él dejó la broma de lado.

—Más que eso. —Con familiaridad, le pasó un brazo sobre los hombros—. Os vais a sorprender, madame. He contratado personal nuevo, y hay una auténtica belleza rubia esperándoos.

—Estoy deseando que me la presentéis. Tenéis un gusto exquisito en ese sentido —contestó con ojos brillantes sin ocultar un tono emocionado.

—En ese sentido y en otros muchos —respondió él.

La llevó a través del corredor del elegante club hasta la sala privada donde las chicas se acicalaban antes de salir a la recepción. A los clientes no se les permitía estar allí, pero Colbert estaba haciendo una excepción con Dorine. Ante todo, porque el club era suyo, y después, porque deseaba que la dama disfrutase lo máximo posible antes de que llegase su hora. Le apenaba profundamente su verdad.

Todo el largo del pasillo estaba forrado con un raso brillante de color rojo. Del techo pendían un par de arañas de ocho velas cada una, y solo tres espejos cuadrados con molduras doradas adornaban las paredes. Podía presumir de tener uno de los clubs más distinguido de todo París.

Con brío, abrió las dobles puertas e hizo pasar a Dorine al interior. En cuanto accedieron al sitio, las chicas corrieron en torno a él con sonrisas provocativas y palabras atrevidas. Colbert las saludó sin prestarles mucha atención. No podía sacarse de la cabeza que su amiga fuese a morir. Se preguntó si el sería así de fuerte si supiese cuándo le sucedería.

—¿Te quedarás un rato, milord? ¿Podemos hacer algo por tí? —preguntaron algunas de las rameras, incitándolo a que compartiesen con ellas algo de su preciado tiempo.

Él agitó la cabeza.

—Más tarde me reúno con vosotras. —Rió, palmeando las nalgas de una joven morena que se había acercado hasta él para cogerlo de un brazo.

—¿Lo prometes? —preguntó ella con un mohín.

—Si estoy con vida, aquí estaré. —Miró a Dorine que, en silencio, parecía elegir a alguna de ellas—. Cuidadme a la vizcondesa —advirtió con una promesa reveladora en su plateada mirada.

—No se preocupe, Iron —contestó la chica nueva que había contratado recientemente. Una rubia de pronunciadas curvas y generosa delantera que se abrió paso ante Dorine—. Trataremos a la dama como a una reina.

—¡Esta vez te has superado, Iron! —dijo Dorine, riendo, sin poder apartar la vista de la mujer.

—En eso consistía mi sorpresa, considéralo un regalo.

—Lo tendré en cuenta —respondió ella. Miró a la rubia. No era tan jovencita como las demás, pero eso a ella le encantaba. Auguraba ser bastante experimentada—. Antes que se me olvide, milord. —Se giró al hombre justo cuando él se inclinaba sobre la furcia que tenía al lado y la besaba en el cuello—. Mañana espero a tu hombre.

—Paddy se encargará de todo. Disfruta y no te preocupes por nada.

Iron se despidió con un guiño y volvió la vista a la belleza que seguía a su lado. Desprendía un olor potente y dulzón que reconoció como uno de los perfumes más caros del país.

—Hueles bien, muchacha. ¿Te lo he regalado yo?

—Por supuesto. —Lo deleitó con una exagerada mueca en los labios que más que graciosa fue obscena. Se abrió el profundo escote, mostrándole los pechos—. ¿Quiere olerlo mejor?

Sus ojos grises la recorrieron con lascivia.

—Más tarde, dulzura, ahora tengo que irme.

Con desgana, salió de la sala.

Tenía prisa.

Paddy era su hombre de confianza, pero si él estaba por el club, le gustaba enterarse de todo de primera mano. The rose of The France era en ese momento uno de los sitios más famosos de todo Europa. Una visita obligada, sobre todo para los jugadores que iban recorriendo casinos por el mundo. Eso era lo que realmente le daba dinero a Colbert, la casa de juegos.

Aquella noche no era muy distinta a las demás. Las mesas se hallaban al cien por cien de su capacidad, mientras más gente hacía tiempo en el bar esperando algún hueco para poder jugar.

La sala estaba forrada de papel celeste, y sus paredes carecían de cuadros o espejos que pudiesen desconcentrar a los participantes. Los crupieres llevaban prietas sobre mangas impidiéndoles hacer ninguna clase de trampas.

Colbert encontró a Paddy sentado en el rincón que él solía usar cuando se reunía a charlar con alguien o simplemente a tomarse una copa. Estaba acompañado de Kane, uno de los chicos que trabajaba para él y que le conseguía el mejor brandi de contrabando a muy buen precio.

Colbert se sentó con ellos, y un camarero corrió a servirle un whisky de malta.

—¿Cómo va la noche? —preguntó Colbert, saludándolos.

Kane se encogió de hombros, poniendo una mueca satisfecha en su delgado rostro.

—Como siempre —respondió Paddy—. En la calle hay bastante gente haciendo cola. He dicho en la puerta que si se forma barullo gordo, que lo dispersen.

—Eso es bueno entonces.

—Os habéis unido muy pronto a nosotros, Iron, ¿habéis tenido problemas con alguna de las chicas?

—¿A estas alturas crees que no sé manejar a mis empleadas? —De su garganta salió un conato de risa—. Por cierto, hay algo que quiero comentarte, Paddy. —Miró a Kane y le hizo una señal para que los dejase solos. Cuando el hombre se fue, Colbert le contó a su amigo sobre Dorine y la casa que quería venderle.

—No tenéis necesidad de meteros en medio. El vizconde tiene mucha mano con estos *politicuchos* que acaban de subir al poder. Napoleón ya no está, y todos luchan por ver quién puede más. Edward Lyton saltará sobre tu yugular si te apoderas del Palais de l'ange. Amigo, hazle el favor a Dorine, pero deshazte de esa propiedad en seguida.

—Lo había pensado —le dijo—. ¿Qué os parece si le hago una oferta al barón de Mornay St Puig?

Paddy lo miró anonadado, después, se echó a reír ruidosamente, frotándose la cara con las manos.

Llevaban tantos años juntos que eran capaces de entenderse sin una sola palabra. Se conocieron en Londres cuando Colbert se alistó en la marina. A él le encantaba su profesión. Supervisaba los puertos del país buscando a ladrones y asesinos que querían huir de la justicia, interceptaba cargamentos de contrabando... Fue un iluso pensando que todo lo que hacía estaba bien y que era honrado, hasta que descubrió que su almirante se volvía de oro haciendo la vista gorda cuando le convenía y aceptaba sobornos. Colbert, en aquella época, descubrió que no era ningún héroe y que tampoco podía salvar al mundo de sus desdichas. Cuando abandonó la marina, Paddy, su amigo y compañero, lo hizo con él. Para una mente despierta e inteligente como la de Colbert, emprender una nueva vida fue de lo más fácil. Los prostíbulos y las casas de juego le aportaron sustanciosas ganancias. Eso sí, no volvió a Inglaterra y no sentía ningunas ganas de hacerlo.

—¡La vais a liar parda! Esos hombres se odian a muerte.

—Sin duda, aunque ninguno de ellos son fruto de mi devoción. —Colbert también se echó a reír. Tenía una mente de las más enrevesadas—. Y ahora que recuerdo, debo atender un negocio con el barón. Nos vemos más tarde, Paddy.

El barón de Mornay St Puig lo esperaba desde hacía un rato frente a la barra de las bebidas. El hombre era el más acérrimo adversario del esposo de Dorine, y Colbert disfrutaba cada vez que escuchaba como uno estropeaba los negocios del otro y viceversa. Poco a poco, ambos se estaban destruyendo.

—Es raro volver a veros por aquí, pero un placer para mi bolsillo —lo saludó Colbert, cambiando el semblante por uno más serio—. ¿De qué se trata esta vez?

—No creáis que me apetece mucho hacer negocios con vos, Iron —se encogió de hombros—, pero, obviamente, no tengo muchas opciones.

Colbert sonrió ladinamente y le señaló un pequeño reservado.

—Decidme, soy todo oídos.

—Se trata de un tipo de mar que me debe bastante dinero.

—¿Cuánto?

—Digamos que una pequeña fortuna.

Colbert asintió.

—Ya sabe que el pago es un tanto por ciento de la deuda, siempre que no haya sangre por medio —le avisó.

El barón asintió conforme.

—Vos acabaréis arruinándome.

—Sin embargo, pienso que con mi capacidad de ayuda, cada día que pasa os hacéis más rico.

—No pienso discutirlo, milord. —Y no iba a hacerlo porque sabía de sobra que las hazañas de lord Iron no tenían nada de legal. Recurrir a él tampoco lo era. Al menos se consolaba sabiendo que no era ningún asesino a sueldo que mataba por placer.

Muy al contrario, para lord Iron, todo lo que él hacía era justo. Aunque fuese su propia justicia.

Una semana más tarde, Dorine moría mientras dormía. Su corazón se partió, fulminante.

Colbert lo sintió, y algunas de sus chicas también. En cambio, el vizconde de Lancaster, Edward Lyton, pareció alegrarse unos días, hasta que se enteró que le Palais de bange pertenecía al barón Mornay y que Colbert había actuado de intermediario. Entonces, juró vengarse de ambos.

Una mañana, Paddy recogió un mensaje de Colbert citándolo en su casa. Le pareció extraño que lo recibiese personalmente en el vestíbulo, mucho más descubrir el equipaje que se apilaba contra una de las elegantes sillas que adornaban el espacio.

—¿Os marcháis?

—Regreso a Inglaterra. —Por su cara, Paddy supo que ocurría algo grave. Colbert tenía profundas ojeras de no haber descansado nada—. Ha muerto Jhon.

Sin poder creerlo, Paddy se llevó una mano a la frente.

—¿Jhon? ¡Dios mio! ¿Cómo?

—No lo sé. Hellen dice que ha sufrido un accidente. Voy a ir, Paddy.

—¿Queréis que os acompañe?

Colbert suspiró.

—Prefiero que os quedéis a cargo de todo.

—No os preocupéis por eso, Iron. ¿Cómo está vuestra cuñada y los niños?

—Me imagino que mal. En parte, quiero ir por eso. ¡Maldita sea!

Paddy palmeó el hombro de Colbert, consolándolo, aunque no encontraba ninguna palabra que decirle.

—Si ocurre algo o necesitáis comunicaros conmigo, hacedlo a través de Seth Presley —dijo Colbert, entregándole una tarjeta.

—¿El demonio ruso?

—Sí, como por el momento no voy a instalarme en ningún sitio y voy directamente a casa de mi hermano, Seth será quien reciba mi correo. Además, he descubierto que está en Barcelona, y viajaremos juntos a Londres.

Paddy nunca había visto a Colbert tan decaído ni tan destrozado y se sintió mal por él. Sabía cuan profundamente había amado a su hermano a pesar de que aquellos últimos años no se habían visto. Pero nunca habían perdido el contacto, y cuando Colbert recibía correspondencia de Jhon, siempre le contaba cómo estaban sus sobrinos. También sabía que más de una vez Colbert había tratado de convencer a Jhon para que viajasen a París a conocerlo, sin embargo, por un motivo u otro, al final no había surgido la ocasión.

—Lo lamento mucho, amigo. Jhon era un tipo leal.

Colbert asintió con pena.

—No me gusta marcharme dejándoos el problema del vizconde. Vigilad bien vuestras espaldas, Paddy.

—Ese tipo habla y amenaza mucho, pero no se atreverá a venir por aquí. Id tranquilo, amigo. —No estaba muy seguro que Colbert aceptara un abrazo suyo, de modo que le tendió la mano—. Cuidad de vuestra familia, que son los que más os necesitan ahora.

Era la primera vez que Paddy se iba a quedar a cargo de todo durante bastante tiempo, pero iba a cuidar el negocio de su amigo como si fuese el suyo propio.

Capítulo 3

—No creo nada de lo que decís, señor Meison. Empezando por vos y terminando por el alcalde, creo que desean escurrir el bulto y olvidarse del tema para no coger así a los dueños de esos perros. ¡Fueron perros y no lobos! —le dijo Alana al alguacil, de mal humor—. Están tratando de confundirnos a mi hermana y a mí, pero ya no lo soportamos más y estamos decididas a actuar. —La joven quiso lanzarse sobre el alguacil y arrancarle los cuatro pelos de la cabeza cuando él la miró burlonamente, sin embargo, por el honor de su cuñado y el respeto hacia Hellen, se contuvo—. Voy a exigir a las cortes que abran una investigación y que envíe a un agente.

Ahora sí que Alana enfadó a Jonás Meison. El hombre se tensó y se acercó tanto a ella que pudo sentir su aliento en la frente.

—La corona pedirá pruebas de lo que estáis diciendo.

Ella se alejó un poco de él para poder mirarlo directamente a los ojos. Por dentro, estaba aterrada.

—Hace unos seis meses hirieron a ese hombre al que apodaban seis dedos y también fue atacado por perros. ¿Lo recordáis?

—Perfectamente, era un vagabundo y un borracho. Nadie sabe dónde puede estar ahora. ¿Pensáis ir a buscarlo?

—Como prueba, puedo llevarme a cualquiera de los hombres que estuvieron en la partida que buscaban a los lobos. Ninguno de ellos vio señales de ellos. Ni siquiera una triste marca, en cambio, de perros sí. Muchos.

El alguacil suspiró con fuerza y se llevó las manos a la cintura, subiéndose el pantalón. Ese gesto, Alana lo había visto hacer multitud de veces a su abuelo cuando se disponía a reprenderla por alguna cosa.

—Mirad, señorita Sanders, no me agrada en absoluto que me amenacen...

—Yo no lo he...

—Dadme un poco de tiempo para seguir averiguando —interrumpió. Ella se enfadó todavía más—. Tenemos muchos problemas en este momento.

—¡Pues yo no veo que estén haciendo nada por ayudarnos! Lo primero que deberían hacer...

El hombre soltó una brusca carcajada y miró a su alrededor como si se estuviese divirtiendo. Se encontraban en la oficina del alguacil. Un lugar húmedo y oscuro con una sola ventana por la que apenas alcanzaban a entrar los rayos de sol.

—¿Me vais a decir cómo hacer mi trabajo?

—Busquen esos animales.

—¿Y de dónde saco a los hombres? ¿Me los invento? No tenemos suficiente personal, y no todo el mundo quiere ese trabajo. ¿Lo queréis vos?

Alana se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—Lo siento, no sabía que existía falta de personal.

—¡Ya, claro que no lo sabéis! Andad, marchaos a vuestra casa y dejad trabajar a los que sí saben.

—Si a finales de otoño no tengo noticias, iré a las cortes —le dijo.

El alguacil no se molestó en responderle. Abrió la puerta y llamó a un tipo para que la acompañase a la salida. Alana tampoco volvió a dirigirle la palabra. Cuando se lo proponía, podía ser la persona más buena y dulce del mundo, pero también la más arpía e ignominiosa del universo. Muy erguida, pasó junto a él, ajustándose la cofia.

No pensaba contarle lo ocurrido ni a Hellen ni a Nicolás. A su hermana, por no hacerla sufrir, y a él, porque sabía de sobra que se enfadaría con ella por haber ido sola. Además, él quería que aceptasen la muerte de Jhon y dejasen las cosas como estaban. Pero era imposible hacer eso.

Encontrar a seis dedos no se le había pasado por la cabeza hasta que Meison lo había dicho, pero la idea era estupenda. Ese hombre podía decirle qué fue lo que le ocurrió exactamente. Ella sabía cómo tentar a un borracho a que hablase. «Lo peor va a ser localizarlo», pensó.

De camino a casa, como el tiempo era espléndido y en el cielo lucía un sol hermoso y brillante, fue preguntando en las cafeterías y restaurante que le agarraban de paso.

Fue frustrante. Todos conocían a seis dedos de vista, sin embargo, nadie sabía dónde había dormido mientras estuvo en la ciudad o qué sitios había frecuentado más.

—¡La ciudad no es tan grande! —musitó, buscando con la vista algún otro lugar para preguntar. Las opciones se estaban agotando y solo faltaban unos cuantos metros para entrar en su calle.

Se detuvo ante el escaparate de una tienda. Un limpiabotas sentado a la sombra del edificio se pasaba un paño por su viejo calzado. Era un muchacho imberbe más flaco que el palo de una estaca. Parecía aburrido de no tener nada que hacer.

Alana se acercó a él, observando que no hubiese ningún conocido cerca.

—¿Quieres ganarte unas monedas? —le preguntó, simulando estar mirando el escaparate.

Él alzó la cabeza. No se dio cuenta que ella le hablaba hasta que Alana lo miró, frunciendo el ceño.

—Te digo a ti, muchacho. ¿Quieres ganarte algunas monedas?

—Claro que sí, señorita —respondió, poniéndose en pie con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Queréis que os limpie las botas?

Alana se miró los botines en tono crema forrados de un encaje divino y negó con la cabeza.

—Me las estropearías. —Lo estudió detenidamente—. Llevas mucho tiempo trabajando por aquí, ¿verdad?

—Desde que era un canijo.

—¿Conoces a un señor al que llaman seis dedos?

—Claro, mi pare' le puso el nombre. —Se echó a reír, divertido—. Era repulsivo, tenía un pulgar de más. ¿Lo habéis visto?

Alana arrugó la nariz con desagrado y negó.

—¿Sabes dónde podría encontrarlo? Me gustaría preguntarle algo.

—Pues eso va ase' difícil, señora. Seis dedos murió hace mucho tiempo.

—¿Se murió? —articuló, atónita.

El muchacho asintió, encogiéndose de hombros.

—Decían que se había marchado, pero no era cierto. Murió por una infección depue' que le atacasen los perros en el bosque.

—¿Eran perros? —preguntó, animada—. ¿Estás seguro?

El muchacho se rascó la oreja. Ella vio una mueca en su rostro.

—O lobos, no lo sé.

Alana soltó un fuerte suspiro, consternada. Otra vez se hallaba sin salida.

—¿El alguacil sabe que murió?

—Imagino que sí, señorita. ¿Quiere saber algo más? —Ella negó, ofuscada, había esperado encontrar al hombre con vida, o al menos que alguien le confirmase qué

clase de animales exactamente habían sido—. Ya, bueno, ¿pero cuando me daréis algún dinero?

Alana desató el nudo del monedero que colgaba de su muñeca y sacó varias monedas. Miró al joven con seriedad.

—Toma.

El rapaz se guardó el dinero con prisa y asintió conforme.

—Muchas gracias, señorita. Espero haberle servido de ayuda.

Ella se despidió con un cabeceo. Pensativa, llegó a casa y se encontró a su hermana esperándola ansiosamente.

Lord Huntington había visitado a Hellen, cosa que no era la primera vez desde que Jhon había fallecido, y siempre dando la casualidad que Alana no estaba, pero en esta ocasión, el muy cerdo se había atrevido a proponerle matrimonio.

—Dice que su casa es demasiado grande para alguien tan solo y que los niños podrían estar mejor atendidos. Por supuesto, me he negado —contaba Hellen, indignada—, y el muy... estúpido ha osado decirme que si me caso con él, todos nuestros problemas desaparecerán, que duda mucho que podamos sobrevivir sin su ayuda.

—¡Ese hombre es un aprovechado insensible! ¿No siente respeto? ¡Es asquerosa la forma de acosarte! —explotó, sin poder reprimirse.

—Lo sé, Lania, cálmate.

—¿Que me calme? Una patada en el trasero es lo que le daba yo ahora mismo. Ese hombre me tendrá que oír...

Hellen la detuvo antes de llegar al perchero del hall.

—No irás a ningún lado. Ya le he dicho que no una y mil veces. Es mejor no hacerle caso.

—Entonces, será mejor que no aparezca por aquí, de lo contrario pienso mandarlo al infierno.

—¡No blasfemes! —la regañó Hellen, con ojos brillantes—. Ese hombre sería la última persona a la que acudiese a buscar ayuda.

—Eso espero, Hellen. Por mí, Huntington puede meterse todas sus amenazas por el mismísimo... —se interrumpió para no soltar una burrada. Era demasiado impulsiva y se dejaba llevar fácilmente por el mal genio—. Sí, lo mejor será que nos olvidemos de él —contestó, recapacitando.

—Hay algo más que no te he contado aún. He recibido una carta del señor Baxter.

Alana curvó las cejas, intrigada.

—¿Una carta del alcalde? No entiendo.

—Me han despedido —respondió Hellen, afligida—. Ya no soy profesora —dijo, rompiendo a llorar.

Alana tardó varios minutos en digerir la noticia.

—¡No pueden hacer eso! —exclamó—. ¡No has faltado tanto tiempo como para que lleguen a ese extremo! ¿Sabes lo que creo? —Hellen curvó una ceja, mirándola—. Huntington tiene algo que ver con eso.

—¡No digas tonterías!

—¡Ja! ¡Tonterías! Ojala esté confundida, pero estoy segura que ese tipo está buscando el modo de conseguirte y para ello nos pondrá al límite.

—No lo creo, Lania. Si al menos Colbert diese alguna señal de vida..., pero parece que se lo ha tragado la tierra. Es raro que no hayamos tenido ninguna noticia de él.

Alana cruzó los brazos sobre el pecho.

—Veo más factible que te cases con Huntington a que venga alguien que no se ha preocupado por ver a sus sobrinos en... ¿Cuánto? —soltó una carcajada ácida—.

¡Ah, no, espera! ¡Qué estoy diciendo, si no los conoce!

—Pues cruza los dedos para que venga pronto. Estamos totalmente arruinadas.

—Hellen, no conocía tu sentido del humor. Será mejor que aceptes que ese hombre vendrá cuando del cielo lluevan monedas de oro. Es decir, nunca. ¡Eh, espera! —Se dio cuenta de lo que su hermana acababa de decir—. ¿Has dicho que estamos... arruinadas?

—Las cuentas ya no salen, Lania. Y lo peor... es que no sé qué vamos hacer. —Confirmando que todo lo que terminaba de decir era cierto, Hellen corrió a su dormitorio envuelta en un mar de lágrimas.

A partir de ese día, Hellen entró en un estado profundo de depresión, y Alana debió hacerse cargo de la casa y de los mellizos. Comenzaron a prescindir de muchas cosas que si bien eran necesarias, podrían apanarse sin ellas. Lo último fue subastar un precioso escritorio de ébano que Jhon compró. Al hacerlo, Hellen había llorado hasta quedarse sin lágrimas, pero Alana tuvo que hacer que entendiese la necesidad de conseguir dinero. Sabía cuánto significaba ese mueble para ella, pero no tenían otra forma de conseguirlo. Cuando parecían recuperarse por la venta de algún utensilio, luego sucedía algo que hacía que se hundiesen más. En la casa ya no quedaba gran cosa por vender o empeñar, excepto el propio inmueble, si lo hacían, no tenían ningún sitio dónde ir y tampoco sabía cuánto les iba a durar el dinero que recibieran a cambio. Dada su situación, el banco se negaba a hipotecar la vivienda.

Alana era una muchacha bonita y sencilla, educada en la fe y el cristianismo. Tenía un cuerpo delgado y esbelto que cubría con ropas recatadas y pasadas de moda. Sus ojos eran verdes como las esmeraldas, rodeados de largas y espesas pestañas. Unos discos expresivos y llenos de vida. Su mentón era pequeño y elegante, los pómulos, altos, pero lo más llamativo de todo, sin duda, era su espectacular melena cobriza que siempre llevaba recogida en un moño flojo. Hellen se había dado cuenta en esos últimos meses que la muchacha no pasaba tan desapercibida como cuando llegó hacía seis años. Ahora había madurado y hasta el lechero acudía dos veces al día solo por verla.

Al final del verano, la fortuna del destino quiso que Alana encontrase un puesto de camarera en la posada La garza blanca. No era mucho lo que conseguía, pero menos daba una piedra.

La garza blanca era un sitio más o menos tranquilo, limpio, donde, en su mayoría, los clientes que viajaban a Londres, bien por mar o por tierra, se detenían a pernoctar. Eso no significaba que de vez en cuando entrara gentuza en busca de alguna moza disponible. Alana se defendía bastante bien cuando esto sucedía. Manejaba el palo de la escoba mejor que un espadachín su arma. Sin embargo, lo que más lamentaba era no poder quedarse cerca de Hellen para protegerla de lord Stephen Huntington. El hombre parecía haberse obsesionado con ella.

Colbert quiso huir de sus propios horrores escondiéndose en Nápoles y en Roma. Le costaba un verdadero esfuerzo regresar a su país natal. Sin embargo, al final, no tuvo más remedio que viajar a Barcelona, donde lo esperaba Seth Presley, para embarcarse en Afrodita.

La nao era completamente nueva y moderna, diseño exclusivo de un astillero danés regentado por Sigmund Farmer y del cual el demonio ruso, Seth Presley, era socio.

Afrodita admitía a pasajeros, pero no a cualquiera. Solo el trayecto ya costaba una fortuna en un alojamiento pequeño. Por supuesto, Colbert no miraba los precios, y su camarote era uno de los más lujosos, situado en el castillo de proa. La nave estaba aprovisionada de varios comedores, dos cafeterías y un pequeño puesto de ricos emparedados. También poseía el salón de actos, el más demandado por los hombres, ya que era un lugar prohibido para las mujeres y en el que fingían cerrar negocios cuando se dedicaban a fumar, beber y jugar a los naipes.

Volver a encontrarse con su amigo Seth le trajo muy buenos recuerdos. Cuando Colbert abandonó la armada, hizo varios trapicheos para conseguir dinero fácil y rápido, y en uno de ellos se topó con el demonio. Ambos se hicieron amigos y, a pesar de haber vivido esos años en países diferentes, habían seguido compartiendo negocios. Esos últimos tiempos menos, ya que Napoleón no estaba en el poder, y después de la tregua, no precisaban pasarse información. La palabra más exacta para describirlos era *espías*, pero ellos preferían llamarlo *intercambio de pensamientos*.

Durante el viaje, por demás de divertirse con muchas de las bellas damas que compartían la travesía, el demonio ruso lo puso al día sobre algunos asuntos interesantes, queriendo convencerlo de iniciar juntos un nuevo negocio. Colbert no le había dicho que sí, tampoco se había negado. Solo le aseguró que se mantendrían en contacto. Estaba decidido a convertirse en un hombre respetable. Al menos tenía que intentarlo por Jhon.

Llegó a Christchurch cansado y hambriento. La ciudad fue fundada en el siglo séptimo, en la confluencia de los ríos Avon y Stour que desembocaban en el puerto llamado de la misma manera que la ciudad, pero pocos barcos de pasaje llegaban hasta allí, por lo que él había desembarcado en Londres y tras pernoctar en La herradura de plata, posada situada en el extrarradio de la capital cerca de los Brezales, terminó el resto del recorrido en coche de alquiler.

No tenía la dirección de su cuñada. Alguien, seguro, podría indicarle donde vivía la maestra de la ciudad, pues apostaba que allí no habría muchas escuelas.

Su gran altura, medía un poco más de un metro noventa, cuerpo fuerte, sin un gramo de grasa de más, ojos grises como la plata, con pequeñas vetas doradas capaces de congelar los fuegos del infierno, y su espeso cabello oscuro cayendo sobre los hombros le daba un aspecto fiero e intimidante. Nunca pasaba desapercibido, y en el condado de Dorset no era diferente. Apenas puso los pies en el suelo, la gente ya había comenzado a murmurar sobre él. Las mujeres lo encontraban hermoso. Nada más conocerlo quedaban prendadas no solo de su impresionante físico, sino de su humor entre burlón y ácido. Era difícil saber cuándo bromeaba o, por el contrario, hablaba en serio.

El cochero le indicó un buen sitio donde poder comer y, seguramente, conseguir la información que deseaba.

La garza blanca no le pareció un mal lugar, a pesar del olor a pescado muerto que arrastraba las aguas del río que discurrían por la parte trasera de la taberna. El local estaba limpio y al no haber mucho personal, los susurros que llegaban desde las mesas ocupadas no molestaban.

Enseguida de aparecer, una rubicunda mozueta se acercó a él bamboleando las caderas con una sonrisa atrevida. Él le dijo lo que buscaba y lo guió hasta una mesa situada en un rincón muy confortable, junto a la chimenea de piedra.

Con una sola mirada, Colbert hizo un rápido estudio del sitio y de las personas. Cuatro parroquianos jugaban a las cartas, bebiendo cerveza. Un hombre elegantemente vestido se hallaba de pie cerca del mostrador, con los ojos fijos en su bebida, en actitud pensativa. Un anciano comía en una mesa, y había otro hombre sentado en una silla, con los brazos cruzados sobre el pecho, junto a la entrada, mirándolo con interés. Tras el mostrador, el tabernero secaba vasos con un lienzo mientras parecía charlar con una bonita pelirroja que calentaba algo en uno de los fogones de leña. La muchacha lo observó fríamente antes de volverse hacia el puchero.

Ignorándola, sobre todo por la dura mirada que le acababa de echar, se despojó del abrigo y lo dejó sobre una silla cercana. El fuego crepitaba en el hogar devorando los troncos secos con velocidad. El ambiente era tan agradable que provocaba sopor. Un gran contraste con el frío que azotaba las calles de Christchurch.

La camarera regresó con una jarra de vino y un vaso. Unos minutos después, depositó ante él un humeante estofado. Él miró con un brillo apreciativo en sus ojos su estrecho vestido, con un escote tan bajo que descubriría más de sus senos rellenos que lo que ocultaba.

—¿Vais a necesitar una habitación para pasar la noche, señoría? Tenemos sitio de sobra.

Colbert negó.

—De momento, solo estoy interesado en saborear esto —contestó, poniéndole varias monedas sobre la mesa, que ella se apresuró a recoger—. ¿Podrías decirme si sabes dónde vive la profesora de la escuela?

—Le preguntaré al dueño. Se conoce a todo el mundo de aquí a Somerset, pasando por Devon y Hampshire. En un minuto regreso, señoría.

Colbert asintió, y sus ojos se cruzaron de nuevo con los de la joven que había estado calentando la olla; eran de un tono verde oscuro, como el brillante musgo. Desconcertado, descubrió que seguía mirándolo de mal humor. Su intuición le advirtió que estaba enojada, seguramente porque era tarde para comer. Era una lástima, porque la muchacha estaba muy bien. Si pensaba quedarse por allí una temporada, una joven como aquella le vendría de maravilla para las noches frías del invierno.

En realidad, Alana estaba fastidiada porque tenía el estofado reservado para llevárselo a casa. Pensaba que dada la hora que era, nadie lo iba a querer. También estaba molesta con Dafne, antes que el hombre pidiera nada, le advirtió que le ofreciera el guiso de patatas, pero no le había hecho caso.

—Espero que no se quede a dormir. Sara ha salido a ver a su madre y no me apetece en absoluto tener que preparar ninguna habitación —se quejó entre dientes.

Dafne rió tontamente, agitando la cabeza.

—Tienes suerte, su señoría ha dicho que no.

«Bien», pensó, guardando el estofado sobrante. Era escaso para cuatro personas, pero al menos los niños tendrían un poco.

—De todos modos, Sara ya no puede tardar mucho. Bernard me ha comentado que si sigue faltando de esta manera, no tendrá más remedio que echarla a la calle. — La rubia la miró con una sonrisa maliciosa y un suspiro fingido—. Sería una pena, ¿verdad?

—Sería muy injusto. Su madre está sola y no puede permitirse...

—¡No te enfades conmigo, niña! Ha sido Bernard quien lo ha dicho.

Alana miró al dueño de reojo. Él había terminado de colocar todos los vasos sobre la estantería y se disponía a sentarse en uno de los taburetes para ver como jugaban a las cartas. No era tan mala persona como Dafne quería hacerle creer.

—Él nunca lo haría. —Volvió la vista hacia ella, frunciendo el ceño—. Te lo acabas de inventar.

—Es posible. —La mujer se limpió las manos en el sucio delantal y se bajó el escote un poco más antes de volver a la mesa del recién llegado—. Niña, no te marches hasta que el caballero se vaya. No quiero que me dejes algún plato sucio por ahí.

Alana sintió deseos de gritar. ¿Acaso aquella vaga era incapaz de lavar un solo plato? Se aprovechaba de ella porque llevaba más tiempo trabajando y porque se acostaba con el dueño. Dafne era tan tonta que no sabía que ella estaba al corriente de la historia, entre otras cosas, porque la rubia estaba casada, pero era innegable cuando solo bastaba mirarlos. Cuando Alana se enfadaba con ella, lo primero que se le venía a la cabeza era amenazarla con contar a todo el mundo el lío que se traía con Bernard, sin embargo, lograba recapacitar a tiempo sabiendo que lo único que podía conseguir era que la despachasen de la Garza. Y de ningún modo podía perder aquel

empleo.

—No te preocupes —contestó Alana, de mala gana, en voz alta para que la otra escuchase—. Lo dejaré todo recogido, como siempre.

Dafne la miró sobre el hombro.

—No te quejes, que hace un rato yo he sacado toda la basura. Mañana te toca a ti.

—Para una vez que la sacas...

—¡Chicas, dejadlo ya! —advirtió Bernad, mirando a una y a otra con el ceño fruncido.

Dafne se fue a conversar con el forastero, pero él no debía tener muchas ganas de hablar, porque regresó en menos de un minuto.

—Creo que es cazador —susurró con gesto de haber sido rechazada.

Alana frunció el ceño.

—¿Tú crees? —La otra asintió—. Entonces, irá a alojarse con el alcalde.

—La señorita Claudia se va a poner muy contenta de tener en su casa a un tipo así.

Alana se encogió de hombros con indiferencia.

—Se pondría igual de contenta siendo el hombre que fuese. Con tal de casarse con alguien que lleve pantalones, le da lo mismo el físico.

Dafne la miró seriamente.

—No sé por qué pensé que erais amigas, al menos eso escuché decir.

Alana limpió el mostrador con un paño que esa misma mañana era blanco como la cal y que ahora lucía entre rojo y amarillo.

—Fuimos amigas por poco tiempo.

—¿Qué pasó?

—No te importa, Dafne, déjalo.

—¡Vaya! ¡Sí que tienes mal genio! No es culpa mía que no puedas marcharte...

—¡Ya no sigas, Dafne! —gruñó.

Orgullosa como un pavo real, la rubia se unió a ver la partida de cartas.

Alana, más furiosa todavía, esperó con impaciencia a que el forastero terminase. Él parecía tener una tranquilidad increíble, como si no llevase prisa. De vez en cuando, la miraba desafiándola. Ella tenía la sensación de que lo hacía adrede. Era un tipo muy atractivo. Bastante guapo, tuvo que reconocer una vez que lo vio de cerca. Su cabello negro y esos ojos claros resaltaban en un hermoso rostro moreno, fuerte y esculpido. Estaba envuelto en un aura de peligrosidad, como si no le importara lo que tuviese alrededor, pero siempre pendiente de todo. Por un momento le recordó a alguien, no supo el qué ni a quién. Tal vez fue algún gesto, o la manera de mirar... quizá ya lo había visto antes y no podía recordarlo. Tampoco se preocupó mucho. Ese hombre era de los de mirar desde lejos sin acercarse en demasía. Un «capullo engreído», como habría dicho Jhon.

Alana caminó hacia la entrada sin reparar mucho en el parroquiano que estaba sentado al lado y miró a través del cristal de la puerta.

En la calle se había levantado un fuerte viento que arrastraba tierra y hojas secas por toda la calzada. Solo una farola de luz temblorosa iluminaba débilmente el callejón formando grandes charcos de sombras.

—Es muy tarde ya, ¿quieres que te acompañe a casa, chiquita?

Alana se volvió hacia el hombre que se había enderezado en la silla y la miraba con desfachatez, mostrando unos dientes negros y putrefactos.

—No, Thommy, gracias. —El hombre no le gustaba en absoluto. Siempre que iba, solía mirarla de una manera extraña y se pasaba la lengua por los labios de forma escabrosa—. Vendrán a buscarme.

—¿Ah, sí? —El individuo sabía que mentía. La ciudad no era tan grande como para no saber de la vida de los demás. De un solo movimiento, se incorporó, retirando la silla hacia atrás con el pie, formando un gran estrepito que llamó la atención del resto.

—¡Déjala, Thommy! —dijo Bernard, avisándole—. ¿Por qué no te marchas ya? Es tarde. Seguro que tus chiquillos están esperándote.

—Sí, me marcho —contestó, abotonándose un largo y viejo abrigo que cubrió sus tobillos. Volvió la vista a Alana, que se había apartado para colocar las sillas en las mesas vacías—. ¿De verdad no quieres que te espere, preciosa? Sé bien que nadie vendrá a buscarte.

Con el corazón latándole en la garganta, Alana negó con la cabeza y le dio la espalda. Por el rabillo del ojo, miró al hombre que estaba cerca de la chimenea. Seguía comiendo su estofado y parecía no estar interesado en nada más. ¿Tanto tiempo necesitaba para terminar su dichoso cuenco?

De pronto, él alzó la mirada y clavó en ella unos penetrantes ojos grises.

—¿Me traes otra jarra, moza?

«A la cabeza», pensó ella, mordiéndose la lengua.

—Yo os la llevaré. —Dafne corrió a rellenársela como si le fuese la vida en ello.

Alana regresó al mostrador, resoplando en silencio. Poco después, llegó Dafne, entregándole el plato.

—Aquí tienes, termina de lavarlo y repasa un poco el suelo antes de irte.

—¡Lo he lavado hace nada!

—Pues hazlo otra vez, hay huellas.

Hirviendo de ira, observó el barro de las baldosas.

—¡Si te limpiaras los pies cada vez que entras del patio, no las habría!

—Límpialo, Alana —ordenó el dueño, cansado de estar todo el santo día escuchándolas pelear.

—Deberías amordazarlas a las dos. —Rió uno de los hombres. Los demás acompañaron sus bromas con más chanzas.

Maldiciendo por lo bajo, Alana obedeció. Cuando salió de la taberna no quedaba nadie dentro. Se arrebujó bajo el grueso capote enfrentando el helado frío que corría libre por la vía. El aire golpeó su rostro con fuerza, congelando sus mejillas. ¡Era una noche de perros!

Con el paso acelerado y ojos acechantes, se encaminó hacia casa. Por lo menos tenía veinte minutos de camino y no había un alma viviente por la calle. Deseaba repantigarse un rato en el sillón mientras comentaba con su hermana lo que habían hecho en el día. Un pequeño descanso que lograba relajarla.

Al doblar la esquina, estuvo a punto de tropezar con un sujeto que salió de las sombras. Ahogó el grito al reconocer a Thommy y aunque su corazón golpeó con potencia, simuló sentirse tranquila.

—¿No venían a buscarte? —preguntó él con una risilla miserable.

—Déjame en paz, Thommy, no quiero nada contigo. —Lo esquivó y, con paso firme, continuó caminando.

—No estás siendo muy amable conmigo, preciosa.

Ella frunció el ceño, sin detenerse. Thommy la seguía muy de cerca.

—¡No quiero que me acompañes, Thommy! —aumentó la velocidad y se preparó para subirse las faldas y lanzarse a la carrera. El hombre la tomó de un codo, haciéndola girar con fuerza al ver sus intenciones.

—¡Chiquita, soy el lobo feroz y te voy a comer entera!

Las agujas de sus cabellos se soltaron, y el moño se desmoronó tras su espalda en forma de bucles; varias guedejas empujadas por el aire quedaron sobre su mejilla y su boca.

—¡Déjame! —gritó, luchando por liberarse de su mano—. ¿Te has vuelto loco? ¡Haré que te ahorquen, estúpido borracho!

—Bien vale la pena morir por ti. —La empujó con energía contra la pared de un edificio. Aplastó el cuerpo delgado queriendo besarla en los labios.

El paquete que Alana llevaba envuelto bajo el abrigo cayó sobre el piso. Ninguno de los dos le prestó atención. Ella gritó, forcejeando con él. Sentía náuseas de oler su aliento agrio. El hombre no era muy grande ni muy alto, sin embargo, tenía bastante más fuerza que ella y no la dejaba escapar de la presión que ejercía. Su aspecto desaseado era vomitivo y bajo un ojo tenía una fea verruga que colgaba a merced del viento.

Thommy logró posar su boca en el cuello de Alana, dejando un reguero de besos húmedos y pegajosos. Ella gimió asqueada, tirándole del cabello con fuerza. No pensaba demostrarle que le temía. Si flaqueaba con ruegos y suplicas, él aprovecharía la oportunidad para salirse con la suya, aunque desde luego era inevitable que sintiese miedo con aquellas manos sucias y ajadas luchando por introducirse bajo sus ropas.

—¡Thommy! —le gritó con estridencia. Buscó a su alrededor rogando que pasara alguien, pero el frío y la noche habían ahuyentado a todo el mundo al calor de sus casas.

Su corazón comenzó a latir con tal violencia que pensó que saldría disparado. El hombre le cubrió la boca con la palma de la mano, y ella luchó lanzando patadas a diestro y siniestro. Podía oler su sudor traspasando el abrigo. Una mezcla mareante entre rancio y avinagrado.

—Voy a enseñarte que siempre debes obedecer a tus mayores. ¿En tu casa no te enseñaron eso?

Ella negó con fiereza.

Thommy la fue arrastrando hacia unos corrales envueltos en la oscuridad.

—Te lo suplico, por favor, déjame en paz —dijo Alana entre dientes, intentado que entrase en razón.

—Esto ya va mejorando —respondió él—. Confía en mí.

Alana habría preferido confiar en una víbora. Por su cabeza cruzó la certeza de que iba a ser salvajemente violada. Se sacudió con todas sus fuerzas, sin embargo, viendo que así no conseguía nada, cambió de táctica.

—Lo haré voluntariamente, por favor. No me hagas daño.

Él se detuvo, mirándola fijamente.

—¿Crees que soy estúpido? —Ella agitó repetidamente la cabeza—. En cuanto te suelte, escaparás corriendo de aquí y llamarás al alguacil.

—No lo haré —le prometió.

—Bésame primero.

Alana perdió completamente el color de la cara. No había logrado engañarlo y decididamente lo último que iba a hacer era besarlo voluntariamente. Se le revolvió las entrañas de solo pensarlo.

Thommy abofeteó su tierno rostro con fuerza y se echó a reír con crueldad.

—Lo sabía. Conozco de sobra a las chiquitas como tú, incapaces de cumplir sus promesas. Pero no te preocupes, no te lo tendré en cuenta. Te va a gustar tanto revolcarte conmigo que vendrás a suplicarme todos los días.

Le costó mantener las manos de Alana sujetas, porque ella, furiosa, comenzó a revolverse de nuevo.

—Tal vez me guste a mí —escucharon decir a un hombre con tono peligroso. Fue como si el tiempo y el espacio se parasen de golpe. Hasta el viento parecía que se calmaba de repente.

Por acto reflejo, Thommy se giró, soltando a la joven. Ella, al principio, fue incapaz de moverse. No podía percibir nada que no fuese la sombra oscura y corpulenta del intruso y a su agresor sacando algo del bolsillo de su abrigo.

Thommy agitó el cuchillo haciendo que la hoja brillase bajo la luz de las farolas. Alana cerró los puños con fuerza y no se esperó a ver más. Se recogió la falda como pudo y escapó del lugar como alma que lleva el diablo. No alcanzó a ver como el individuo desarmaba a Thommy, lo levantaba de las solapas y le propinaba varios puñetazos en forma de recuerdos para que acumulase como experiencia vivida.

Alana abrió con rapidez el cerrojo de la pequeña puerta de hierro forjado que accedía al jardín y subió volando los escalones del porche. Volvió a mirar otra vez sobre su hombro, asegurándose que nadie venía tras ella. Su corazón estaba a punto de estallar, y sus piernas eran gelatinas dispuestas a desmoronarse de un momento a otro.

El viento seguía soplando con fuerza y, en algún lugar, se escuchaba el postigo de una ventana golpeando el quicio.

Hellen, esperando a la muchacha en la galería, abrió la puerta en cuanto la escuchó llegar. La observó preocupada.

—¿Qué ha ocurrido, Lania? ¿Qué ha pasado?

—Entra, Hellen, no nos demoremos en la puerta —contestó la joven sin apenas aliento. Rompió a llorar una vez que estuvo en el interior.

El vestíbulo estaba débilmente iluminado por una oscilante vela colocada sobre un secreter cerrado, flanqueado por dos elegantes sillas de tonos cremas. Sobre el mueble había un espejo cuadrado que atrapaba la luz de la mecha expandiéndola hacia el techo.

—¿Qué ha sucedido? —insistió Hellen, abrazándola como si no quisiese soltarla nunca—. Virgen santísima, ¿tenemos que llamar al doctor?

—¡No! ¡No! —Alana se apartó de ella y se limpió las lágrimas—. ¡No ha pasado nada!

—¡Mírate!

—No es lo que piensas —no podía decir la verdad si no quería que Hellen se aferrase a esa excusa para obligarla a dejar el empleo—. Estoy alterada porque me he asustado. Un bandido quiso... robarme —intentó controlar tanto su voz como los temblores de su cuerpo, aunque el miedo siguió pintando sus ojos verdes—. De verdad, Hellen, tienes que creerme. Te prometo que no me volverán a coger desprevenida.

—¿Y tu pelo? ¿Y las ropas?

—Fue de correr tanto. —Se tocó la frente con pesar y se echó varios mechones, que caían revueltos sobre la frente, para atrás—. Lo único que perdí fue el estofado. —Soltó un profundo suspiro de alivio—. Ni siquiera al sujeto le fue bien al querer robarme. ¡Tenías que haberlo visto! Llegó otro tipo, uno muy alto, tan alto como la puerta, casi. ¿Sabes lo que hizo? Enfrentó al ladrón y le bajó los humos.

—¿Cómo que lo enfrentó! ¿Qué pasó?

—Bueno, si te digo la verdad, no me quedé a verlo, pero pude escuchar sus gritos.

—Ven, déjame que te ayude con el abrigo. ¡Pareces un témpano de hielo!

—Hace mucho frío esta noche. Tranquila, Hellen, estoy bien —repetió, más calmada.

—No me gusta que estés hasta tan tarde en las calles, alguien podría hacerte daño. —La ayudó con el capote y frunció el ceño al ver todo el escote rasgado—. ¿Y esto? ¡No me mientas, Lania! ¡Quiero saber la verdad!

—La verdad es lo que te he contado. El hombre me cogió de donde pudo, y yo tiré y tiré hasta que logré escapar. Todo el rato me decía «la bolsa o la vida». — Tragó con dificultad ante tamaña mentira. Dios la iba a castigar por pecadora, sin embargo, Hellen no podía saber lo que realmente había ocurrido o lo que hubiese podido ocurrir. No quería que se asustase—. Hellen, si gritas, harás que los niños bajen a ver qué ha pasado, y no me gustaría que me vieses así.

—No me cambies de tema —la regañó con ojos furiosos—. Quiero saber qué ha pasado y poder estar segura de que me cuentas la verdad.

—¡No estoy cambiando de tema! ¡Te estoy diciendo toda la verdad! He salido tarde porque un capullo de los grandes ha ido a la Garza a última hora.

Hellen sonrió con tristeza al escuchar la palabra que había usado su esposo a menudo.

—Si Jhon hubiese estado aquí...

Alana dejó de prestarle atención y se acercó a la ventana. Todo seguía igual de vacío que hacía un rato, y las hojas arrastradas por el viento se deslizaban sobre el suelo con un revuelo de murmullos.

—¿Te han podido seguir, Lania? —preguntó Hellen, observándola.

—No lo creo. —Se giró a su hermana mayor con una mirada tranquilizadora—. No ha pasado nada, te lo prometo.

—¿Quién fue? ¿Pudiste reconocerlo?

—No.

—¡Me niego a que sigas yendo a ese sitio!

—Ya lo hemos discutido una y mil veces. Sé que es peligroso, no soy tonta, pero tendremos que aguantarnos con lo que hay. ¿Por qué sigues tratándome como a una niña?

—¡Porque para mí lo seguirás siendo siempre!

Alana frunció los labios con enojo. De no haber sido por ella, en ese mismo momento podrían estar mendigando por las calles. Replicó:

—¡Pues yo ya estoy cansada! ¿No te he demostrado que puedo con todo? Tengo la edad suficiente para hacer lo que quiera sin que tú me mandes. —Al ver el rostro desconsolado de Hellen, se arrepintió enseguida. Ella no tenía la culpa de lo que había pasado—. Hellen, ese trabajo es lo único que tenemos —prosiguió, más calmada—. Ya apenas nos queda nada por vender y, de seguir así, nos tendremos que ir a vivir a la calle. Trabajar o robar, esa es la única opción que nos queda.

—No digas eso, Lania. —Dolorida, Hellen se volvió a colgar la prenda en el perchero que suspendía de la pared junto a la puerta—. Tengo que agradecerte que hayas estado cuidando de mí y de los mellizos todo este tiempo, pero yo ya me encuentro más fuerte. Necesito volver a sentirme útil.

—Lo siento —se disculpó Alana. Seguidamente, abrazó a su hermana, frotándole la espalda con cariño—. Estoy un poco nerviosa, es solo eso. ¿Cómo están los niños? —preguntó sin dar más importancia a lo sucedido. Trataba de moderar los latidos de su corazón, pero parecía realmente difícil. Podía sentir las asquerosas manos de Thommy sobre su cuerpo y deseó retirarse cuanto antes para poder lavarse, sin embargo, como no podía confesar eso a Hellen, simuló estar muy cansada y fingió un bostezo—. Debe ser muy tarde ya.

—Sí, y hace horas que se durmieron. Willy quería esperarte, pero se le cerraron los ojos antes de terminar de leer el cuento. ¿Has comido?

—Sí, ¿y tú?

—También —asintió Hellen—. Una riquísima sopa de pan con leche.

Alana la miró preocupada. Su hermana siempre había sido una mujer fuerte, y esos últimos meses había perdido bastantes kilos. Se encontraba demacrada, con una continua expresión de dolor en su rostro.

—¿De verdad te encuentras bien, Lania? ¿Quieres que te prepare una tisana?

Alana asintió.

—Me vendrá bien. ¿Te importa si después me doy un baño?

—Claro que no. Mientras te preparo las hierbas, voy calentando el agua. Pasa un poco al salón y siéntate junto a la chimenea.

La muchacha obedeció, entró a la sala y se sentó en uno de los sillones, con la vista fija en el cálido fuego, recién avivado, que ardía en el hogar. Pasaron varios minutos hasta que Hellen se unió a ella.

—¿Por qué no te quedas aquí mañana? Yo puedo decirle a Benson que pase por la Garza y le diga a Bernard que no te encuentras bien —dijo Hellen, colocando una

bandeja sobre una mesa de té. Se sentó en una silla cerca de Alana.

—No puedo faltar —respondió, pesadosa—. Mañana desembarca el Gárgola. No vamos a poder parar ni un solo minuto.

Los días que los barcos grandes tocaban el puerto de Weymouth, la ciudad se volvía un hervidero de gente. Familiares que iban a buscar a los viajeros, viajeros que necesitaban descansar de la larga travesía, otros que necesitaban comer algo fresco y no lo que se cocinaba en alta mar. Gente buscando trabajo. En Dorchester también había buenos restaurantes, pero la gente se quejaba de los exorbitantes precios que tenían y preferían ir hasta Christchurch.

Hellen se cubrió la cara con las manos.

—Me da tanta pena verte así, Lania. Deberías estar disfrutando de tu juventud. Tienes edad de conocer a algún hombre bueno, casarte, formar una familia, y, sin embargo, aquí estas, cuidando de...

—Cuidando de las personas que quiero —la interrumpió con honestidad. Con pesar, miró la sala de paredes con paneles de madera. Antes había parecido más pequeña, pero ahora, con la falta de muebles, se presentaba grande y desnuda. Las cortinas verdes que cubrían el hueco de dos ventanas estaban un poco desgastadas y debajo quedaba un aparador acristalado con una única lamparita de mesa. En un rincón se hallaba una mesa cuadrada, de segunda mano, que habían conseguido a cambio de vender la grande, que antes ocupaba el salón casi al completo, y también unas pocas monedas. Quedaban dos sillones, cuatro sillas y una pequeña estantería llena de libros que habían pertenecido a Jhon.

Unos fuertes golpes en la puerta hicieron que Alana saltase de su sitio. Ambas hermanas se miraron expectantes.

—¡Me ha seguido! —exclamó la más joven en estado de alerta.

«¿Será Thommy quien llama?», se preguntó, asustada. ¡No podía ser posible! Muy borracho y muy loco debía estar para hacer eso.

—Voy a ver —dijo Hellen, yendo al vestíbulo. Alana la cogió de un brazo al tiempo que la acompañaba.

—Es mejor que no abramos.

—De acuerdo, pero tendremos que ver quién es.

—No hace falta. Finjamos que no estamos.

—¡Estarán viendo las luces desde fuera!

—¡Y qué! ¡Estas no son horas de recibir visitas!

—Lania, te estás comportando de un modo infantil.

—Y tú, de uno insensato. ¿No te das cuenta que puede ser el mismo hombre que viene a... robarnos?

Hellen tragó saliva ruidosamente.

—¿Tú crees? —susurró—. ¿A casa? No tiene sentido, Lania.

Alana no quiso discutir con ella.

—Pregunta quién es —dijo, dando su brazo a torcer. Corrió hacia la cocina y agarró un largo cuchillo de cortar la carne. Si por casualidad era Thommy, no iba a dudar en clavárselo.

Cuando volvió al vestíbulo, vio a Hellen mirar por la ventana y luego pegar la boca en la puerta.

—¿Quién llama? —preguntó Hellen con voz nerviosa.

La respuesta llegó unos segundos después, confundida con el fuerte viento de la calle.

—Colbert Wakefield.

Las dos se miraron. Hellen, con sorpresa y sus ojos azules abiertos como platos. Alana, con el ceño fruncido y el cuchillo aferrado con fuerza tras su espalda.

Dubitativa, Hellen abrió la puerta. La alta silueta de un hombre se recortó en la oscuridad de la noche.

Colbert dio un paso adelante, y la luz de la galería dio de lleno sobre él.

—¡Eres tú de verdad! —exclamó Hellen emocionada.

Alana se quedó boquiabierta cuando reconoció al capullo engreído en el mismo momento que puso los pies en la galería. Con el abrigo puesto, puede que hubiese pasado más inadvertido, pero el cabello negro que llegaba a los hombros... ¡Era el mismo personaje de la posada! ¿Hermano de Jhon? ¡A eso se debía el creer haberlo visto antes! Tenía bastante parecido con él. Le temblaron las piernas ligeramente. ¡Después de todo había acudido a visitarlas! ¡Increíble!

—¿Hellen Sanders? —preguntó él, observando atentamente a la mujer. La distinguió nada más verla. No la recordaba tan delgada, pero sí le vino a la mente su espesa cabellera roja. ¡Qué coincidencia de ser la segunda que veía esa noche! Quizá un designio del destino.

Hellen era una mujer atractiva de aspecto sencillo. Fuerte, sin llegar a ser obesa, y de redondeadas caderas. Poseía unos ojos azules muy bonitos bajo unas cejas finas y perfiladas, no obstante, parecía enfermiza con la piel tan pálida.

—¡Colbert! —Ella se lanzó a sus brazos, tomándolo desprevenido. No esperaba un recibimiento igual, es más, había esperado cierto rencor por no haber acudido antes. Le devolvió el abrazo, sintiéndola temblar, y se maldijo por no haber estado pendiente de ellos nunca.

Hellen se apartó de él, limpiándose las lágrimas que habían comenzado a fluir de sus ojos claros, y lo estudió con detenimiento, seguramente buscando en él el ligero parecido que tuviese con Jhon. Ambos altos y fuertes. Si bien Colbert tenía los ojos grises en comparación de los oscuros de Jhon, y su cuerpo era más delgado, aunque tenía los hombros anchos y un pecho fornido.

—Lamento no haber venido antes, Hellen —se escuchó decir. Había pensado mucho en sus palabras de disculpa, en aquel momento ninguna más llegaba a su boca. Tantas cosas que decir y el altercado que acababa de tener en la calle hacía unos minutos le habían dejado la mente en blanco. Se había dado cuenta de las intenciones del borracho de la posada y había esperado hasta que la chica salió. Su intuición nunca le fallaba.

Sintió de repente la presencia de alguien más y al echar un vistazo, advirtió a una joven que lo miraba de hito en hito. ¡La muchacha de la posada! ¡La misma que acaba de salvar en la calle! Nunca se había quedado mudo tan repentinamente, excepto en aquel momento en que sintió los ojos verdes sobre él.

—Es mi hermana Alana —Hellen se apresuró a presentarlos—. Él es el hermano de Jhon, Colbert Wakefield.

La muchacha asintió tímidamente sin salir de su asombro. Sacó la mano que escondía en su espalda para saludarlo, turbada, y le mostró el largo cuchillo.

Colbert se sorprendió al ver el arma y, caballerosamente, se lo quitó de las manos.

—¡No esperaba una bienvenida igual, señorita! —silbó con burla, devorándola con sus ojos claros. De cerca era mucho más bonita de lo que le había parecido al principio.

—Lo lamento mucho —balbuceó Alana.

—Yo lo cogeré —dijo Hellen, tomando el cuchillo—. Han querido asaltar a mi hermana esta noche y al no recibir visitas tan tarde, estábamos preocupadas.

—Lo entiendo. Espero que se encuentre bien —manifestó él con la vista clavada en Alana. Aunque ella sostenía la barbilla en una actitud desafiante, no podía ocultar en sus dilatados ojos verdes que seguía sorprendida de verlo.

—¡Ha sido culpa suya, señor! —lo acusó en apenas un murmullo.

Colbert arqueó las cejas. Su mirada la recorrió por un instante, después, se encogió de hombros con una enervante sonrisa en los labios. Sentía una punzada de culpabilidad, después de todo, él había ido tarde a comer. ¡Demonios! ¿Para qué estaban las posadas si uno no podía ir cuando le saliese de las narices? ¿No había sido él quien acababa de rescatarla de ese tipejo andrajoso?

—Lania, cariño... —comenzó a decir Hellen, pero ella la interrumpió, alborotada.

—¿Si él no hubiese ido a cenar tan tarde, nada de esto habría pasado! Él es el capullo de quien te había hablado —declaró con un tono bastante huraño.

—Perdona. —Rió Colbert con cinismo. ¿Acababa de llamarlo capullo?—. ¿Cómo te atreves a acusarme? Ese hombre estaba allí antes que yo entrara. Más bien, diría que te estaba esperando para mancillarte.

La joven lo fulminó con la mirada. Los hermosos ojos verdes chispearon como fuego encendido. La cabellera cobriza, cuyos rizos enmarcaban su preciosa cara, pareció tentarlo, despertando sus instintos más bajos. ¿Cuándo había permitido que una mocosa insolente le hablase así? Una mocosa tan joven y... desvergonzada. La recorrió de la cabeza a los pies. Era espigada, de rostro trigueño, nariz ligeramente respingona. El escote de su vestido, roto, se ahuecaba dejando ver una camisola descolorida. Aun así, advirtió un cuerpo muy bonito.

—¿Sabes quién te atacó? —terció Hellen, sorprendida, mirando a su hermana—. ¡Creí que no lo conocías! Me has mentido, Lania.

—No te he mentido, te dije que me atacaron —se defendió.

—¡No me dijiste que te querían violar! ¡Ni que habías reconocido al hombre! —dijo amenazante.

Alana miró a Hellen, arrugando el ceño.

—Atacarme, violarme. ¿Qué diferencia hay?

—¿Olvidas que soy maestra de escuela? Existe una gran diferencia entre una cosa y otra.

—De acuerdo, te he mentido —admitió, apenada de que Hellen se hubiese enterado—, pero solo porque no quería que te asustaras. —De repente, se dio cuenta que él había comenzado esa discusión y se volvió a mirarlo—. ¿Cómo sabes qué... ocurrió? —inquirió, frunciendo el entrecejo. En ese momento lo comprendió—. ¡Fuiste tú quien me ayudó!

Colbert quiso reírse al ver el atónito rostro de la muchachita, sin embargo, no se permitió ese gesto. Ella merecía una lección y tener un poco más de consideración con sus mayores.

—Con un simple «gracias» es suficiente.

—Estás de broma, ¿no?

Se acercó a ella dando un rápido paso y se detuvo a escasos centímetros.

—Creo que sería lo justo. —Su paciencia llegó al límite. Las chicas guerreras le gustaban hasta cierto punto. Esta estaba sobrepasando la frontera de la mala educación y, desde luego, si no fuese la hermana de su cuñada, habría recibido un trato muy diferente. ¡Eso bien lo sabía Dios!

Ella se colocó las manos en las caderas y se encogió de hombros con despotismo.

—Ponte cómodo, señor Wakefield, porque vas a tener que esperar sentado —diciendo eso, se dio la vuelta hacia las escaleras y desapareció de su vista en un abrir y cerrar de ojos.

Antes que él pudiese decir nada o detenerla, Hellen se disculpó con él.

—Por favor, perdónala. Ha pasado todo el día trabajando y cuando llega esta hora se vuelve un poco irascible.

Colbert apretó las mandíbulas. ¡Menudo genio gastaba la amiga! Iba a ser difícil convivir con ella, ¿por qué vivía allí, verdad?

Respiró hondo.

—No pasa nada, Hellen.

—Vamos al salón, estaremos mejor y podremos charlar. ¿Cómo ha sido tu viaje? ¡Hace tantísimo tiempo que no sabía nada de ti! Antes, Jhon... —le tembló la voz. Colbert sintió su dolor y se olvidó de la malcriada hermana—... me contaba cómo estabas y lo que hacías.

Jhon habría dicho toda la sarta de mentiras que él mismo le había contado a él. Nunca había querido que se enterasen del bribón en que se había convertido.

Según entraron en el salón, advirtió la falta de muebles en la casa. ¿No tenían dinero suficiente para vivir y por eso la hermana trabajaba en la posada? Se extrañó. Siempre había pensado que Jhon vivía cómodamente. Sin duda, había muchas cosas que no sabía.

Se sentaron a charlar frente a la chimenea. Hellen tenía muchas cosas que contar, Colbert podía verlo en su rostro, pero ella se adentró en una conversación trivial sobre el viaje y el tiempo, y él no quiso presionarla de momento.

Los dos guardaron silencio al oír pasos en el corredor.

—Es Lania. Va a darse un baño, discúlpame. —Hellen se incorporó y caminó hacia la puerta—. ¿Quieres que te ayude con el agua?

—Ya me ocupo yo, gracias. Sigue atendiendo a tu visita. —Escuchó decir con un tono más amable al dirigirse a su hermana.

—Hasta mañana, Lania.

—Hasta mañana, Hellen.

La mujer regresó con Colbert, con una sonrisa apenada.

Capítulo 6

Como cada mañana, Alana se despertó antes que el día. Durante unos minutos, se quedó en la cama con los ojos clavados en el techo, pensando en lo ocurrido la noche anterior. No había descansado bien por culpa del dichoso de Thommy. Esperaba no verlo en la posada nuevamente.

Sintió el frío de la habitación en la cara y con un suspiro se arrebujó más entre las sábanas, volviendo la cara hacia la chimenea. En el hogar apenas quedaban cuatro ascuas contadas.

Su mente viajó al hermano de Jhon. Ni en sus más remotos sueños lo había imaginado así, tan guapo... tan atractivo, con esos ojos plateados tan hermosos... Suspiró. ¿Por qué había decidido ir a verlos? Bueno, ir a ver a su familia, se corrigió. Ella, prácticamente, no tenía nada que ver con él. Ni siquiera podía ubicarlo en sus recuerdos del día en que Hellen se casó, claro que en aquella época no era más que una niña que pasó todo el día a la sombra del abuelo.

Se incorporó con pereza al tiempo que bostezaba y se puso la bata que estaba a los pies de su cama. La prenda estaba helada, y su cuerpo se estremeció. ¡Cuánto hubiese dado por volver a meterse entre las sábanas, calentita!

—Maldito Huntington, que has arruinado mi vida —musitó, frotándose las manos. Caminó hasta la ventana y espío el exterior con hastío. Iba a ser un día largo y agotador, para colmo, llovía con fuerza y las calles eran un lodazal de agua y barro. ¡Perfecto! Ya se imaginaba fregando el piso durante todo el día.

—Ojalá te pudras cuando vayas al infierno —siseó furiosa.

Puede que Hellen asegurara que todo había sido una condenada coincidencia, pero ella sabía que no. La obsesión de Huntington... había provocado el accidente de Jhon. Por supuesto, no podía demostrarlo, y Hellen no quería hablar de ello. Ambas eran tan distintas... Alana admiraba su paciencia, la dulzura y la serenidad que siempre la acompañaba. Ella, en cambio... era impaciente, intranquila, beligerante, cabeza... Su abuelo siempre había dicho que era una buena pieza. De pequeña no podía quedarse quieta en un sitio. Cuando se fue a vivir con Hellen y Jhon, estos la consintieron considerablemente, aunque la obligaron a estudiar y a adaptarse a ciertas normas.

Echaba mucho de menos las charlas que tenía con su cuñado. Había sido alguien muy importante para ella. Siempre bromeando, enseñando... inculcando honestidad y saber estar. Cuando ella hacía algo malo, él solía ser el primero en defenderla incluso de Hellen. Y con los mellizos... recordó el amor que reflejaron sus ojos cuando los vio por vez primera. Los adoraba.

Al pensar en lo pequeños, se apresuró a colocarse las ropas. Si alguno de ellos se despertaba, la entretendrían y llegaría tarde a servir los desayunos, y no le apetecía en absoluto escuchar la regañina de su jefe o ver las maliciosas miradas de Dafne. ¡Esa arpa al final conseguiría que la echasen!

Se cepilló el cabello con fuerza, haciéndose daño con varios enredos. La noche anterior se había dormido antes que se la secase del todo, y los bucles, tan indomables como tratar de encerrar el aire en una caja, se alborotaron en torno a su cara. Se recogió la espesa melena en un moño flojo, pero antes de prender la última aguja, varios mechones entre rubios y cobrizos escaparon sin control. No se detuvo a peinarlo de nuevo, estaba acostumbrada a la rebelión de sus pelos.

Con las botas en las manos, salió del dormitorio, cerrando la puerta con cuidado. Con un brazo estirado hacia la izquierda, fue tanteando el muro del corredor hasta la ventana del fondo, donde descubrió una gruesa cortina, después, iluminada por las recientes luces del amanecer, volvió sobre sus pasos y bajó las escaleras. Pasó la puerta entreabierta del salón y en el vestíbulo dejó el calzado en el suelo.

En la cocina volvió a mirar por la ventana. El día seguía siendo tan horrible como hacía unos minutos.

Se sirvió un tazón de leche, que bebió con avidez, y regresó al vestíbulo para calzarse.

—¿Te vas tan temprano? —escuchó decir desde el salón.

Asustada, Alana se giró en redondo. La luz apenas iluminaba una figura oscura que estaba sentada en el brazo de un sillón. Nunca había visto a un hombre con un aspecto tan... delictivo.

—Tengo que estar allí para servir el desayuno —explicó nerviosa. Se inclinó para anudarse los cordones de las botas lo más deprisa posible. No había caído en la cuenta de que él había tenido que dormir en el salón, pues ella ocupaba el dormitorio de invitados—. ¿Te he despertado?

—Tengo un sueño ligero —contestó él con voz suave.

Alana escuchó movimientos y corrió más todavía. No quería encontrárselo ni ver sus ojos grises. Aquellos discos plateados habían llamado su atención por el fuerte contraste con su tez morena. Por un breve instante, se preguntó si seguía siendo igual de guapo que la noche anterior o si solo lo había imaginado.

No tuvo más remedio que alzar la cabeza cuando él salió a la galería. Se quedó sin aliento. Guapo no, era endemoniadamente hermoso. Colbert había dormido en mangas de camisa y se veía arrugada y por fuera del pantalón. Tenía el cabello echado hacia atrás.

Alana tragó saliva y miró hacia otro lado.

—Supongo que no habrás descansado mucho. La casa no es muy grande. —Como él no contestó, volvió a mirarlo. Se había cruzado de brazos y, con la espalda apoyada en el quicio de la puerta, la observaba intensamente—. ¿Piensas quedarte mucho tiempo en Dorset? —Caminó hacia el perchero a coger su abrigo.

—Algún tiempo, sí. Me ha dicho tu hermana que también vives aquí.

Ella se sacudió ante el sonido de su voz y trató de calmarse. Su corazón había alcanzado límites insospechados. Asintió, haciendo una mueca. Le hubiese gustado saber qué le había contado Hellen de ella.

—Puedes decirle que traslade mis cosas al cuarto de los niños mientras te alojes aquí. Yo dormiré allí mientras te quedas.

—Muy amable de tu parte.

—No lo es.

—¿No quieres ser amable? —preguntó él, extrañado.

—Contigo no. —Apretó los labios para callarse. Un día, por culpa de su maldita boca, iba a conseguir que la maltratasen o algo peor.

Pero Colbert necesitaba que se lo explicase.

—¿Siempre te levantas de mal humor?

Alana lo miró de frente al creer notar un tono divertido en su voz, pero él estaba muy serio. Como enfadado.

—¿Por qué dices que es mal humor? ¡No me conoces de nada! ¡Nosotros no te conocemos de nada!

—¿Por qué me aborreces tanto? —insistió Colbert, con ojos entrecerrados—. No he hecho nada malo para merecerme tu poca consideración. ¿Soy yo o es tu carácter?

—Conozco a los tipos como tú.

Él apenas elevó las cejas.

—¿Y cómo soy?

—Alguien que no se ha interesado por su familia nunca. Que no ha estado cuando se le ha necesitado. ¿Qué esperas encontrar ahora aquí? No sé qué es lo que buscas, Colbert. Como habrás podido comprobar, no tenemos mucho como para encima alimentar una boca más.

Él soltó una risotada.

—¿Piensas que he venido para que me mantengáis?

—¿A qué sí no? —Sabía que estaba siendo desagradable y no pudo evitarlo. Temía que cualquier cosa mala le sucediese a su familia—. Hellen te mandó una misiva

hace meses... No veo que te hayas dado mucha prisa en venir. Tampoco he notado que lleves mucho equipaje, o es porque regresas pronto a tu amada Francia o... porque no tienes dónde caerte muerto.

Colbert replicó con brusquedad:

—Tenía que preparar muchas cosas antes de venir, y el resto de mis pertenencias irá llegando poco a poco. No necesito que nadie me alimente, bonita, tengo más dinero del que tú podrías ganar en toda tu vida. —Él avanzó un paso. Ella se echó hacia atrás, agarrándose de la solapa de su capote como si fuese un escudo—. No voy hacerte daño. Yo no soy el tipo de anoche.

—No te tengo miedo —le respondió, alzando el mentón. El temblor de su labio inferior la delataba—. Pero tampoco creo que seas rico —se atrevió a decirle—. No tienes pinta de eso.

—Nunca ninguna mujer me ha juzgado. Adelante, ¿de qué tengo pinta? —preguntó, mirándola con severidad al tiempo que se erguía.

—¿Y si no te gusta mi respuesta?

—Ya he admitido que no me gustas tú ni cómo eres, aunque si me adelanto a tu juego, diré que he conocido camareras más... cariñosas.

—Se ve que no has conocido a muchas, o al menos no sabes la definición de la palabra.

Él curvó los labios en una burla.

—En este momento no estamos hablando de ti, señorita con el ego más grande que he visto. Estoy esperando que me digas tu opinión sobre mí.

—Sobre lo que veo de ti.

—Eso es obvio, ya que no me conoces.

—Te confundes. Posiblemente, después de tu hermano, sea yo quién mejor te...

Colbert la interrumpió, exasperado:

—¿Me lo dices ya o me vas a soltar otra parrafada que empeore la visión que tengo de ti?

Alana se pasó la lengua por los labios resecos. Se estaba comportando como una loca suicida. O eso, o esperaba que Hellen los agarrase en medio de una discusión y no tuviese más remedio que poner al capullo de patitas en la calle. ¿Hellen haría eso?

—Estoy esperando —dijo Colbert.

—No sé. —Lo estudió con atención. El pelo oscuro caía sobre su espalda y una barba incipiente comenzaba a oscurecer su semblante. Desde luego, se asemejaba a un matón de los que anunciaban los periódicos que daban recompensa, pero... guapísimo. No quiso decírselo—. No sabría ponerte ningún calificativo ahora.

—Es lo que me imaginaba. Te gusta azuzar y azuzar hasta que te quedas sin palabras.

—O hasta que veo la boca del león y prefiero guardar silencio —respondió airoso.

—¿Es así como me ves? —Esta vez, él rompió a reír, divertido—. Me han llamado demonio, infernal, satán... —Agitó una mano de dedos largos—. ¿Pero león? Eres muy ocurrente. —El aire salió como un silbido por entre sus dientes y habló más serio, mucho más serio—. Pero sabrás que de los leones se debe temer.

Alana reprimió una oleada de miedo y tragó con dificultad.

—Lo haré, mientras tanto —levantó los ojos a lo alto de la escalera. Todavía no se había levantado nadie—, cuida de mi hermana y de los niños. —Abrió la puerta, y una ola de frío helador penetró rápidamente en el vestíbulo. Antes de salir, se giró a mirarlo una vez más. Ese hombre era imponente y feroz.

—Descuida, señorita desconfiada. Cuidate tú y vigila bien con quién te cruzas, alguien podría querer meterse bajo tus faldas.

El rostro de Alana se cubrió de un fuerte rubor, y salió chasqueando la lengua. Al parecer, le gustaba meter el dedo en la llaga. En cuanto cerró la puerta, advirtió la lluvia en la cara. Había olvidado el paraguas.

Dio un zapatazo en el suelo.

—¡Maldita sea! —masculló con los dientes apretados. Volvió atrás, golpeando la puerta con los nudillos.

Colbert abrió y la miró con el ceño fruncido, esperando que ella dijese la última palabra. Alana pasó a su lado, evitando tocarlo, como si tuviese alguna enfermedad rara, tomó el paraguas y lo agitó suavemente.

—Está lloviendo.

Cuando llegó a la Garza Blanca, tenía todo el bajo del vestido empapado y las botas llenas de lodo. No estaba muy convencida de haber dejado a los niños y a Hellen con un desconocido, por muy cuñado que fuese.

—Llegas tarde —dijo Dafne, pasando a su lado con una jarra de café.

Alana taladró su espalda hasta que el dueño de la posada le dio un suave codazo al tiempo que retiraba el paraguas de sus manos.

—Calienta más leche. Hoy vamos a tener un día ajetreado y, por favor, me duele la cabeza, no tengo ganas de oír discutir.

—No pensaba hacerlo —respondió. De camino a la sucia cocina, se quitó el abrigo y enseguida se puso manos a la obra.

El tiempo pasó volando entre el barullo de la gente y las prisas porque les sirviesen. Durante la mayor parte de la mañana, todas las mesas estuvieron ocupadas y al ir rozando el atardecer, comenzaron a verse algunas sueltas.

Alana le contó a Bernard lo ocurrido la noche anterior con Thommy, y él prometió no dejarlo entrar en la taberna si aparecía. Thommy no fue, en cambio, para su mala suerte, lo hicieron varios cazadores jactándose de sus presas. Ella los odiaba a todos igual que lo había hecho Jhon. No entendían que matasen a un animal solo por el hecho de ¿practicar un deporte? ¿No decían los cazadores que era eso? ¿Un deporte? Por aquel deporte, Jhon había muerto, o mejor dicho, lo habían matado.

«¿Y si Colbert había acudido porque presentía algo?», pensó Alana. Aunque... ¿Cómo iba a sospechar si no sabía nada de ellos? Pero... ¿Y si ella le trasmitía sus dudas? Si era cierto que el capullo tenía dinero... quizá podía venirle bien para resolver la muerte de Jhon y saber si lord Huntington estaba tras de esa trama.

Capítulo 7

Colbert esperó a que alguien más, a parte de la intrépida Alana, recriminase su tardanza. Hellen era la persona que más motivos tenía de hacerlo después de Jhon, con el que ya no podía contar, sin embargo, su cuñada, o bien por vergüenza, o bien por educación, no le echó nada en cara. Los niños aún menos. William y Andy eran educados y encantadores. Le recordaron mucho a él y su hermano cuando eran pequeños. Llevaba tanto tiempo sin tener relación con alguien de menos de catorce años, que descubrió lo placentero y divertido que era. Volvió a sentir otra vez la verdadera inocencia y las palabras teñidas de sinceridad. El verdadero calor de una familia.

Con seis años de edad, los mellizos entendían todo con suma facilidad, por eso no dejaron de preguntarle cómo había sido su padre de joven, quienes eran sus abuelos y más cosas de su infancia.

No fue duro sacar a relucir viejos recuerdos, algunos casi los había olvidado y le hizo bien decirlos en voz alta.

—Los pequeños son muy hermosos, se parecen a ti —comentó Colbert a Hellen cuando esta regresó del cuarto donde los había dejado durmiendo una pequeña siesta.

—Eso me gustaría —rió ella—, pero tienen más parecido con Lania que conmigo. Y no creas, yo lo prefiero. Mientras mi pelo es zanahoria, el de ellos es del color del cobre.

Colbert sonrió.

—Tienes razón, pero desde luego, la inteligencia es la tuya.

La mujer soltó una carcajada, asintiendo con la cabeza, orgullosa.

—Bueno, los niños a esta edad son inteligentes sin saber de dónde viene toda esa sabiduría. A mí, muchas veces me sorprenden. Son capaces de hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya. Desde que Jhon murió, no los había visto tan contentos. Muchas gracias por venir, Colbert.

El hombre la miró apenas inclinando la cabeza.

—No tienes por qué darlas, en verdad me siento culpable de no haber venido antes. —Estaban sentados en la sala uno frente al otro y él apretó las manos de Hellen con cariño—. No sé si podrás perdonarme algún día.

—¡Claro que sí! Comprendo que tenías trabajo y que atender a un conde...

—Marqués.

—¡Eso, un marqués! ¡Qué cabeza la mía! Sé cómo es esa gente y lo absorbentes que pueden llegar a ser.

—Sí —mintió—. El marqués que me tenía contratado no paraba de darme libros de contabilidad para repasar. Te aseguro que he acabado bastante harto de esa profesión.

—¿Por qué después de la armada te hiciste contable?

Colbert respiró hondo. Cuando había estado mintiendo sobre su forma de vivir durante tanto tiempo, las mentiras nacían con fluidez.

—Las cuentas siempre se me dieron bien, tú mejor que nadie sabes que provengo de una familia de contables.

—¿Te puedo preguntar por qué dejaste el ejército? Tú hermano me comentó que desde pequeño soñabas con convertirte en oficial y luego, de pronto... Lo dejaste todo.

Colbert se tensó ligeramente y cuadró los hombros.

—A veces, uno desea mucho las cosas y una vez que lo consigue pierde todo el interés.

—¿Eso te pasó a ti?

Él asintió, apretando los labios.

—Tampoco ganaba tanto dinero como esperaba.

Hellen se encogió de hombros, con una mueca incrédula.

—¿Ganabas más de contable?

—Mucho más —respondió.

Hellen dejó escapar un silbido.

—Perdona, no sé por qué estoy hablando contigo de dinero. ¿Pensarás que...?

—No estoy pensando nada, Hellen, sé que lo que sientes por mí es curiosidad. Es normal, apenas nos conocemos.

—Tienes razón, Colbert. —Ella le dedicó una sonrisa, nerviosa—. Me alegro que hayas venido. Sobre todo por Andy y Willy, Jhon les hablaba mucho de ti.

Por un momento, él perdió su mirada en las brillantes llamas rojas de la chimenea, luego, volvió con ansia la vista sobre ella.

—¿Qué ha pasado, Hellen? Mi hermano era joven. ¿Estaba enfermo?

—No —negó ella, mordiéndose el labio inferior—. Jhon... sufrió un accidente. Un terrible accidente —su voz comenzó a temblar, y él le ofreció un pañuelo, que ella aferró con fuerza—. El caballo se encabritó, y Jhon cayó por una ladera rocosa. No lo entiendo. Era un trayecto que hacía dos veces al día, a veces más. Fue horroroso.

—Recuerdo que él era muy buen jinete.

Ella afirmó con la cabeza y lo miró fijamente.

—Por eso es tan difícil de entender.

Colbert juntó las palmas de las manos y las frotó con suavidad. No quería que su siguiente pregunta dañase a Hellen, pero no tenía más remedio que efectuarla.

—Cuándo Jhon vivía, ¿también pasabais necesidades?

Hellen arrugó el entrecejo y preguntó:

—¿Lo dices por mi hermana?

—Por ella, por la falta de muebles. —Agitó la mano por la sala, señalando las marcas que alguna vez habían dejado varios cuadros de grandes dimensiones—. Sé que antes teníais servicio, a no ser que Jhon me engañase.

—¡No, claro que no lo hizo! Es increíble que no conocieses a tu hermano. Él jamás habría mentado con algo de esto. Es cierto que antes todo iba fenomenal, teníamos cocinera, chofer, doncella y una berlina. —Se encogió de hombros y se dejó caer hacia atrás, contra el respaldo del sillón, con un suspiro—. Nos iba mejor imposible, tanto que Jhon y yo nos propusimos abrir una escuela en las afueras de Dorchester, pero no nos dio tiempo. Compramos el terreno e íbamos a arreglar un antiguo caserío en ruinas cuando se sucedió el accidente.

Colbert asintió distraídamente.

—Entonces, no entiendo.

—No nos dimos cuenta que el terreno tenía muchas deudas del antiguo dueño, sin contar que parte de esas tierras fueron cedidas por el conde de Baigton Down, aparte de eso, a mí me despidieron de la escuela y de pronto... —Chasqueó los dedos... Se esfumó todo cuanto teníamos. Vendimos el coche y no tuvimos más remedio que prescindir de los empleados. Esto es un como un pozo sin fondo.

—¿Qué motivo dieron para sacarte de profesora?

—Que querían introducir nuevos métodos de enseñanza. También porque cuando Jhon... murió, me sentí tan hundida que estuve una temporada incapaz de levantarme de la cama. —Lo miró con ojos encharcados—. Gracias a Dios, mi hermana no me abandonó ni un solo momento. Ella se hizo cargo de todo. Durante muchos meses, me cuidó y se preocupó por que los mellizos estuviesen bien. Sé que puedes pensar que es una impertinente y descortés, pero no es así. Ella solo trata de protegernos.

Colbert recordó la conversación que había sostenido con Alana aquella mañana y vio reflejada en ella la descripción que Hellen le acababa de dar. No era mala chica, simplemente, cuidaba de los suyos.

—Es muy joven para tanta responsabilidad, Hellen. No trato de decirte nada, ¡Dios no lo permita! Comprendo que hayas pasado por momentos duros, y, en cierto modo, me alegro que ella haya estado acompañándote —«porque yo he sido un cerdo y no me he dignado a aparecer hasta ahora», pensó mordazmente—, pero la posada no es un lugar apto para alguien como ella.

—Lo sé y he tratado de hacérselo entender. Me ha prometido que cuando salga otra cosa... —Lloró con tanta angustia que de nuevo Colbert sintió florecer su culpabilidad—. Teníamos que hacerlo, Colbert. No podemos permitir que los niños pasen hambre. He mandado algunas solicitudes en las escuelas de las ciudades cercanas y espero pronto seguir con mi trabajo.

Colbert apartó la vista de ella.

—¿Qué explicación te dieron cuando Jhon tuvo el accidente? ¿Quién te dio la noticia?

—Verás, todo fue muy extraño. El alcalde y el alguacil no parecían ponerse de acuerdo con las explicaciones. Uno decía que había sido cosa de los lobos de la sierra, pero el alcalde habló de los cazadores furtivos. Decían que los perros se echaron sobre Jhon e hicieron que perdiera el control sobre el caballo.

—¿Por qué te parece extraño?

—No se ven lobos por aquí desde hace mucho tiempo, en cambio que hay cazadores clandestinos por la zona y que tienen aterrorizadas a varias granjas de la comarca está a la orden de día.

—¿El alguacil lo investigó?

Hellen negó con la cabeza.

—Sí, pero no sabemos nada.

—¿Sabes quién está al mando?

—Supuestamente, el alguacil Meison. Nos dieron a entender que si realmente eran cazadores, abandonaron la zona tras el accidente. Escuchamos decir a una vecina que habían dejado de buscar.

Colbert apretó la mandíbula con desagrado.

—¿Por qué no se te ocurrió decirme nada o pedirme ayuda cuando me enviaste la noticia? Yo hubiese venido mucho antes.

Hellen hizo una mueca de cansancio.

—Como te he dicho, al principio no tenía fuerzas para nada. Ni siquiera lo pensé.

—¡Pero no me comentaste la situación en la que estabas! —le reprochó con expresión ceñuda. Sabía que no tenía derecho, pero estaba furioso.

—He intentado hacer todo lo posible por no llegar a ese extremo, Colbert. Es un tema muy delicado y no quería que de repente nos convirtiéramos en una carga para ti. Lania está convencida que poco a poco saldremos de esta situación.

—No, Hellen, de esta situación no se sale así como así. —Se puso en pie, incapaz de seguir sentado tan tranquilo—. Nos hemos visto ¿cuánto? ¿Tres o cuatro veces? Eso no me excluye de la familia. Los mellizos son hijos de mi hermano, ¡sangre de mi sangre! Me siento en la obligación de ayudarlos. De estar con vosotros. Nunca he estado cuando lo habéis necesitado. Jhon sería capaz de revolverse en su tumba si no estoy aquí ayudándoos en todo lo que pueda.

Ella también se puso en pie.

—¡No puedo aceptarlo!

A Colbert le dio igual que se negara. Él ahora era el cabeza de familia, lo quisiese o no.

—Andy y William son hijos de mi hermano, y no pienso dejar que sigan viviendo así. Sé que eres su madre y no voy a discutirlo, pero yo también tengo mis derechos.

—¿Ves? Ahora somos una carga para ti.

—De eso nada. —Se inclinó hacia ella, y a pesar de la dureza de su voz, sus dedos transmitieron dulzura al rozarle la mejilla—. No hagas que me sienta como el tipo más bajero e indeseable del mundo. No soy perfecto, pero quiero estar con vosotros. No me lo niegues, Hellen.

—No puedo soportar pensar que te estoy obligando, Colbert.

La mujer le dio la espalda, y él vio como retenía los sollozos.

—Egoístamente, no lo hago ni por mí ni por ti, lo hago por mi hermano. Se lo debo.

Hellen se giró a él, mirándolo con un profundo agradecimiento que hirió a Colbert en lo más hondo.

—De acuerdo. Aunque tienes que prometerme que...

—*Chissssss*, Hellen. No me hagas prometer nada que no pueda o no quiera cumplir. He conseguido una fortuna durante todos estos años y no tengo con quien gastarla. —Entrelazó las manos e hizo chasquear los dedos. Paddy odiaba que hiciese eso, pero era un gesto al que estaba muy acostumbrado—. Si no te importa, me voy a instalar una temporada con vosotros, me gustaría conocer un poco más a los mellizos y averiguar qué pasó realmente con mi hermano. Luego, más tarde, te prometo que os pasaré una manutención hasta que los niños sean mayores o tú vuelvas a casarte.

—Me sabe un poco mal aceptar tu ofrecimiento. Lania últimamente desconfía de todo el mundo y no puedo culparla. Han sido muchos golpes seguidos desde la muerte de Jhon. Muchas de nuestras amistades nos han dado la espalda. No sé cómo reaccionará ella.

—En primer lugar, no os quedan muchas opciones. Sería absurdo no aceptar mi ayuda. Te estoy brindando la oportunidad de una vida confortable para tu familia y supongo que tu hermana deseará encontrar un buen esposo y dejar ese antro en el que trabaja. ¿No quieres tú que ella sea feliz?

—¡Claro que sí! Además, ella no ha tenido mucho tiempo de hacer una vida social en condiciones. Primero cuidando del abuelo, luego, de los niños, de mí, y ahora con el empleo de la posada...

—Entonces, ¿qué me contestas?

Hellen tardó en responder, cuando lo hizo, pareció que estaba firmando su sentencia.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Yo hablaré con Lania.

Esa brujilla era la que seguramente tuviese algo que objetar, pensó él, pero nunca le habían dado miedo las mocosas temperamentales.

—Deberás convencerla que es lo mejor para todos. Si es inteligente, y creo que lo es, lo entenderá perfectamente. Ella os ha ayudado durante todos estos años. ¿No puedes pensar que yo quiero hacer ahora lo mismo?

Hellen asintió.

—Tienes razón.

—Además, los niños necesitan a un hombre en casa —dijo él con una sonrisa—, y vosotras, protección.

Cada vez que la puerta se abría, Alana la miraba con ojos dilatados. Los cazadores que entraban y salían llevaban sus armas como si fuesen preciosos tesoros o bebés necesitados. Por suerte para ella, la jornada llegó a su fin.

—Bernard me ha dicho lo que te pasó ayer. —Tras haber pasado casi todo el día juntas, no esperaba que Dafne le sacase el tema justo cuando se disponía a marcharse—. ¿Estás segura de que fue Thommy?

Después de un momento de sorpresa, Alana afirmó con la cabeza.

—No soy tonta, claro que estoy segura. Hablé con él y todo.

—¿Y quién fue la persona que te ayudó? ¿La conocías?

Alana se encogió de hombros.

—No sé por qué me preguntas eso.

—Lo digo porque me parece raro que Thommy no haya venido. A lo mejor lo han matado.

—Si le hubiese ocurrido algo, ya nos habríamos enterado, ¿no crees? Esas noticias no corren, vuelan —replicó.

—Por si acaso, ve con cuidado —avisó Dafne.

Alana sabía que realmente la rubia no estaba preocupada por lo que pudiera pasarle, aun así, se vio obligada a agradecerse.

—Gracias, Dafne. Nos vemos mañana.

Caminó hacia la puerta pensando en lo que Dafne había dicho. ¿Y si Colbert había matado a Thommy?

«¡No!» se dijo intranquila. ¿Cómo iba hacer algo así? Además, era un contable.

En la tarde, la lluvia había cesado, dejando las vías anegadas. Los suelos eran peligrosas pistas de hielo resbaladizo y profundos charcos, en cambio, el aire, mucho más fuerte en la noche, azotaba con potencia los postigos de las ventanas e inclinaba los delgados árboles que aquella primavera se habían plantado en la avenida principal. Su rugido era espeluznante, un aullido continuado que ponía los pelos de punta.

En cuanto puso los pies en la calle, se prometió estar muy atenta a todo lo que ocurriese a su alrededor. Aquella noche nadie la iba a tomar desprevenida, o eso creyó. Sostenía con fuerza el bulto de comida contra sí mientras en la mano libre, a modo de espada, mantenía el paraguas dispuesto a blandirlo. Varios mechones sueltos fustigaron sus ojos y se sobresaltó cuando escuchó al hombre que se había apostado contra la pared de la posada.

No había esperado que Hellen mandase a su cuñado a buscarla, ni siquiera se la había pasado por la cabeza, lo cual debió imaginar conociendo a su hermana. Había estado tan preocupada pensando en Thommy que no cayó en ese detalle.

—¡No tenías por qué haber venido! —le recriminó en voz alta para hacerse oír entre las ráfagas de aire—. ¡Puedo cuidarme sola!

—Sí, ya me di cuenta ayer —respondió Colbert, caminando hacia ella. Vestía completamente de negro y su cabello volaba alrededor de su cabeza agitado por el viento.

Ella lo miró buscando que no se estuviera divirtiendo a su costa, pero solo pudo ver el brillo plateado de sus ojos entrecerrados por la ventisca.

—Ayer iba despistada, si no hubiese salido tan tarde...

Colbert la miró con dureza.

—¡Por favor! Deja de echarme las culpas, ¿quieres? Lo que me extraña es que sea la primera vez que te ocurre algo así. No son horas para que una mujer esté sola en las calles.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó molesta—. ¿Crees que no sé defenderme?

Colbert se pasó una mano sobre la cabeza. Su mirada la recorrió de arriba abajo como si evaluase su fuerza. En ese momento, Alana se sintió más pequeña e indefensa que nunca; también, mucho más enfadada.

—¿Podrías defenderte de mí? —dijo él secamente—. ¿Piensas que podrías detenerme si yo intentara hacer lo mismo que ese despojo humano quiso hacerte anoche?

Alana alzó el mentón con orgullo y apartó la vista hacia la desierta vía, tragando con dificultad. El aspecto de Colbert era peligroso y sabía que si él en verdad quería atacarla, ella no iba a poder hacer nada.

—No soy tonta, Colbert. Sé lo quieres decirme y te contesto lo mismo que a Hellen. —Volvió la mirada a él—. Imagino que ya has estado hablando con ella y sabrás que económicamente estamos un poco apuradas. Necesito este puesto así ponga mi vida en peligro cada vez que entre o salga.

—¿Un poco apuradas? —Rió con cinismo—. No hace falta que lo adomes. Estáis en la ruina.

Alana cerró los ojos unos segundos, preguntándose por qué el destino había hecho que Colbert acudiese a Dorset. Le mostró el paquete que sostenía.

—Y es por ese motivo que el dinero que consigo nos da para comer y para comprar algunas cosas de primera necesidad. Es obvio que no podría luchar contigo. Eres muy grande y fuerte en comparación conmigo. —Curvó los labios con disgusto—. Si algo aprendí cuando vivía con el abuelo, es que debo enfrentarme a las cosas sin miedo porque de otro modo no se vive.

—Un tipo inteligente tu abuelo, seguro que sí. Vamos, no hagamos esperar a Hellen.

Ella no se movió.

—¿Por qué has venido, Colbert?

—Para buscarte.

—Me refiero a Inglaterra.

Él la observó atentamente.

Casi todo el cabello de Alana había escapado de una fina cinta que lo ataba y de las agujas que lo sostenían. Los largos mechones cobrizos golpeaban sus mejillas y se le pegaban al abrigo.

—Para estar con mi familia, ya te lo he dicho esta mañana —respondió Colbert.

—¿Piensas quedarte entonces?

Él asintió.

—Por poco que te guste, tengo el mismo derecho que tú. Y ahora, vámonos —insistió—. Hace un frío horrible.

Ella chasqueó la lengua.

—¿En Francia no lo hacía?

—No tanto.

Con un rápido movimiento, Colbert cogió la comida de sus manos y la tomó del brazo con fuerza, atrayéndola junto a él.

Alana se sorprendió y quiso apartarse un poco, pero él no se lo permitió. Como ya le había hecho notar, era inútil luchar contra él, por demás que no tenía ganas de enredarse en ninguna discusión. Con las mejillas ardiendo, dejó que él la cubriese con su abrigo. Al hacerlo, notó el potente y agradable aroma masculino.

—De no haber venido yo a buscarte, lo hubiera hecho tu hermana —lo escuchó decir contra su coronilla.

—Sí, hubiera sido muy capaz de hacerlo —dijo ella, sintiendo que tenía que recobrar el control de la situación de alguna manera. Él la intimidaba y lograba ponerla nerviosa. Pocas veces le había pasado eso con nadie, ni siquiera con el alguacil cuando había discutido con él.

Colbert no dijo nada más, y caminaron en silencio el resto del camino. Además, debían concentrarse en las pisadas que daban para no desplomarse sobre el suelo. Él era quien la dirigía con paso firme mientras Alana resbalaba una y otra vez por culpa de las lisas suelas de sus botas. Iba aferrada a su costado con fuerza, sintiendo su calor. Jamás lo admitiría, pero aquella cercanía era bastante agradable. Entre aquellos fuertes brazos, el trayecto se le antojó cortísimo, tanto, que apenas se dio cuenta que habían llegado hasta que él la ayudó a subir los escalones de la entrada.

Los niños, en ropa de dormir y preparados para meterse en la cama, salieron corriendo a recibirlos.

Alana se apartó de Colbert con rapidez. En algunos momentos, mientras ella se sostenía a su cintura, había creído notar que él disfrutaba apretándola contra su cuerpo. Como si se viera en la necesidad de manosearla con disimulo. Claro que Alana no tenía pruebas de ello, ya que cada vez que alzaba la cabeza para mirarlo, él parecía muy concentrado en el camino.

Ruborizada de la cabeza a los pies, zapateó con fuerza sobre una pequeña alfombra, intentando que sus pies entraran en calor; Colbert sacudió la espesa cabellera negra empapándola con frías gotas de la helada que estaba cayendo.

Ella se quejó con una mirada asesina.

—¡Lo has hecho adrede!

Los mellizos rieron, mojándose las caras. ¡Por supuesto, ellos no tenían congelado todo el cuerpo! Ni tampoco tenían la nariz más roja que un tomate. ¡Hasta los mocos eran estalactitas!

—Yo no tengo culpa del tiempo por más que quieras acusarme de todo —respondió Colbert con una sonrisa burlona. Un gesto que le confirmó que realmente se había aprovechado de ella y, lo que es más, le había gustado.

¡Maldito canalla! ¡Caradura! Si los niños no hubieran estado por allí, ya le habría dicho cuatro cositas. No se iba aprovechar de ella. Caminó decidida hasta el cuarto del aseo, recogió una toalla que desprendía un fresco aroma a jabón y al volver, se la arrojó a la cara.

—Gracias —dijo él, cogiéndola al vuelo. Lo había visto venir y estaba más que preparado.

Ella gruñó y pasó directamente a la táctica de ignorarlo.

—¿Qué has traído, tía Lania? —Andy corrió hacia el paquete que Colbert había dejado sobre el secreter y después de ver el contenido, se volvió a ella, mirándola con una mueca de desagrado—. Otra vez patatas.

—Pero mañana traeré pastel de carne.

—¿De verdad? ¡Qué rico! ¡Pastel de carne!

Alana se despojó el abrigo y recogió la comida para llevarla a la cocina. Desde allí escuchó a los niños conversando con Colbert y recordó, apenada, los días pasados con Jhon.

Capítulo 8

Los tres primeros estornudos llegaron en intervalos de tiempo prolongado, el resto fue una sucesión en cadena, incontrollables para un cuerpo tan pequeño como el de Alana. Un cuerpo que esa mañana había despertado convertido en un amasijo de huesos blandos y doloridos incapaz de levantarse del colchón. Sus ojos eran dos agujeritos brillantes y lagrimosos, y su nariz, una fuente inacabable de agüilla pegajosa.

—No te muevas, Lania. —Hellen colocó un fresco paño de agua de rosas sobre su frente—. La fiebre comenzará a bajar de un momento a otro.

—¿Por qué siento como si no pudiese moverme?

Hellen curvó las comisuras de los labios en una sonrisa.

—Llevas jactándote mucho tiempo de ser la única que no te has acatarrado este año. Espero que esto te demuestre que no eres inmortal ni nada por el estilo.

—¿Sabes? —Alana se retiró un poco el paño que estaba sobre uno de sus ojos y miró a su hermana—. Lo que más me fastidia es tener que aguardar cama.

—Anímate, al menos sabes que ya no tendrás que volver a la taberna.

—Humm, no me lo recuerdes —respondió con sarcasmo. Pensar en el tema le agravaba el dolor de cabeza, pero ¿cómo no hacerlo, si desde que Hellen se lo había dicho, no había podido parar de darle vueltas a la idea? Por un lado, estaba feliz de no tener que volver a ver la cara de Dafne ni de soportar el camino hacia la posada bajo el apestoso olor del río. Pero por otro, no le entusiasmaba mucho la idea de que Colbert Wakefield las mantuviese.

—Todo va a salir bien, ya lo verás. Muy pronto, las cosas cambiarán y otra vez volveremos a ser las de antes.

Alana quiso incorporarse, pero apenas alzó la cabeza.

—¿Tú quieres volver a ser la de antes? ¿Qué pasa con todas esas personas que dejaron de saludarnos?

—Volverán a hacerlo, solo que esta vez nos daremos el lujo de elegir a quien queremos más cerca o no. Ahora sabemos que lo único que les interesa es nuestra posición social.

—Yo no podré hacer eso, Hellen. —Agitó la cabeza suavemente—. No soy tan cínica.

—No es cinismo, sino educación.

Alana soltó un suspiro de disgusto.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar con nosotras?

—Una temporada. Quiere estar cerca de los niños.

—Espero que se le quite pronto la culpa de no haber visitado a Jhon antes de morir y que no dilate mucho su estancia.

Hellen se encogió de hombros.

—Me ha hecho notar que no tiene mucha prisa por marcharse.

—Hellen, ese hombre no sabe nada de niños. ¿No lo has visto? ¡Ni siquiera tú sabes cómo es él realmente! Estoy segura que los ilusionará y luego se marchará sin volver a pensar en ellos.

—¿Lo sabes tú, Lania? ¿Sabes tú como es él? —preguntó Hellen, alzando una ceja.

Alana apretó los labios con fuerza unos segundos.

—¿Cómo puedo saberlo? La única vez que lo vi fue en tu boda y era muy pequeña para recordarlo bien. Pero las cosas que Jhon nos contó... Decía que Colbert era un irresponsable. Recuerda que estaba sirviendo en la marina y lo dejó todo para ejercer de contable. Eso cuando no estaba divirtiéndose en todos los clubs de Francia.

—No seas exagerada, hermanita. Mi esposo nos contó algunas anécdotas, sí, ¿qué tiene de malo que un hombre joven y tan apuesto como él se divierta? Es soltero, tiene dinero... y sobre la armada, bueno, ¿quién no cambia de profesión alguna vez en su vida?

—Tú.

—¡Venga, Lania! Vamos a darle una oportunidad —insistió Hellen, con rostro adusto.

—No entiendo cómo puedes fiarte tan fácilmente de alguien a quien no conocemos.

—Jhon quería mucho a Colbert, además, él así lo hubiese querido.

Alana cerró los ojos y guardó silencio con terquedad.

Hellen chasqueó la lengua.

—Colbert quiere hacer como tú, ayudar. No veo nada de malo en ello. Ahora es el cabeza de familia. —Se levantó cargando el balde y lo colocó sobre el mueble junto a la ventana—. ¿Qué pasará con los niños si seguimos así? Has sido tú quién me lo ha estado diciendo todos estos meses, ¿recuerdas? —Alana siguió sin decir nada, y Hellen se volvió a ella con las manos en las caderas—. ¿Por qué eres tan cabezona? ¿No puedes dejar tu orgullo de lado ni siquiera esta vez?

Un silencio sepulcral llenó el dormitorio durante unos minutos.

—¿Te ha hecho algo Colbert para hacerte sentir molesta?

Por fin Alana suspiró con desaliento, retiró el paño de su frente y buscó los ojos de su hermana.

—No, no ha hecho nada —admitió enojada—. Es solo que no sabemos nada de él —repitió.

—Para mí, ser el hermano de Jhon es suficiente.

El énfasis puesto en aquella última frase hizo que Alana se rindiese. Hellen ya había tomado una decisión, y en el fondo entendía que su hermana hubiese aceptado la oferta de Colbert. Pensó en los niños, en su futuro y en todo cuanto las rodeaba.

—De acuerdo, Hellen —dijo resignada. Su expresión se suavizó y sonrió ligeramente—. Y si te sale el puesto de profesora que estás esperando, ¿qué vas hacer?

—De ningún modo lo voy a rechazar, eso te lo juro. Por cierto, Colbert me ha prometido indagar sobre el accidente de su hermano.

Alana se animó.

—¿Le has contado la sospecha de lo de Huntington?

—Bueno... —comenzó a decir Hellen, dudosa—. Lo he estado pensando bien y he llegado a la conclusión de que ese hombre solo quiere aprovecharse de nuestra situación, pero no creo que él haya tenido nada que ver. En realidad, es algo que solo lo sospechas tú. Lo juzgas muy injustamente, es cierto que a mí tampoco me gusta mucho, pero se ha comportado con amabilidad...

Alana no podía creer lo que Hellen estaba diciendo.

—¡Te pidió matrimonio!

—¡Eso es algo normal, Lania! Todavía soy una mujer joven y fuerte, y él es un viudo deseoso de engendrar un hijo. —Alana la miró bizqueando, y Hellen se echó a reír—. Te dije que él sería el último hombre en que el que me fijaría, además, sigo respetando el recuerdo de mi amado esposo y lo haré mientras viva.

Una lenta sonrisa curvó los labios de Alana.

—En cuanto Huntington se enteré que el capullo de tu cuñado ha venido a vivir con nosotras, le va a dar un síncope.

—¿Por qué no te gusta Colbert? A mí me parece encantador.

«¿Por qué?», pensó. ¿Porque era guapísimo y la ponía nerviosa? No podía ser eso. Había conocido otros hombres atractivos, aunque no había hecho caso a ninguno

de ellos. No había tenido tiempo de eso. Claro que la hermosura de Colbert superaba con creces a la de los demás. La culpa eran esos ojos grises de expresión burlona. Entonces, ¿qué le pasaba con él? Siguió preguntándose. Finalmente, dio a Hellen la única excusa que encontró:

—Desconfío de él. No entiendo por qué ha tardado tanto en venir. ¿Por qué no lo hizo cuando le escribiste?

Hellen se encogió de hombros.

—Ahora es cuando lo necesitamos. Antes estaba Jhon. Piénsalo, Lania.

Juiciosamente, Alana asintió. Su hermana tenía razón, por muy poco que le gustase perder el control de la situación. Desde luego, la llegada de Colbert era lo mejor que había pasado en aquellos últimos meses.

—No tengo nada que pensar, Hellen, tienes razón y me estoy comportando de forma egoísta.

—Eres la persona menos egoísta que conozco, Lania. —Y Hellen hablaba de corazón. Muchas veces, durante aquellos meses, había visto como Alana se privaba de comer algo para dárselo a ella o a los niños. O como alguna noche se levantaba cuando cualquiera de los mellizos tenía pesadillas y se quedaba con ellos hasta que se volvían a dormir. Alana podía tener muchas cosas, entre ellas un genio de mil demonios, pero tenía un corazón que no le cabía en el pecho.

Los ojos verdes de Alana se llenaron de lágrimas no vertidas.

—Estoy un poco asustada.

Hellen se acercó a la cama y se sentó en el borde.

—¿Crees que yo no lo estoy? Estoy aterrada. Tengo tanto miedo que en este momento desearía poder dormir y no despertarme nunca, pero estas tú y están los mellizos. Vosotros sois lo único que me importa.

Alana le cogió una mano y se la apretó con afecto.

—Yo también estoy convencida que todo saldrá bien.

—¿Te puedo pedir un favor pequeñito? —Alana asintió—. Intenta tratar a Colbert con cortesía, y a ser posible, le das las gracias por salvarte de ese hombre. Aún no lo has hecho, y va a pensar que eres una desagradecida.

Alana protestó con un quejido y cerró los ojos con fuerza. Era cierto, tenía que hacerlo.

—Lo haré.

—Eso me vale. Ahora, descansa, necesitas dormir mucho y recuperarte enseguida.

Fastidiada, Alana se quedó en la cama mientras Hellen se marchó del dormitorio canturreando.

Volvió a estornudar y se llevó el pañuelo a la nariz. Le escocía el labio superior y le picaba la garganta. Hacía tiempo que no se encontraba tan mal.

A través de la ventana, escuchó la lluvia repiqueteando en el cristal como una música de fondo. El invierno parecía haberse instalado definitivamente en el condado, y allí los temporales eran muy crueles.

Volvió la cabeza hacia la ventana, donde Hellen había dejado las cortinas abiertas, e intentó dormir un poco, y cuando parecía que lo estaba consiguiendo, comenzó a escuchar escandalosas imitaciones de animales.

William y Andy no podían hacer más ruido. ¡Menudos diablejos! Se notaba que lo estaban pasando fenomenal. Y ella, postrada en la cama, con los ánimos por los suelos, con un resfriado monumental, y haciéndose a la idea de que el tal Colbert le iba a dar de comer, de vestir... ¿Tanto dinero tenía para poder permitírselo?

—No va a mandar en mí —musitó, terca. Se maldijo, molesta consigo misma. No podía sacárselo de la cabeza. Era uno de los hombres más interesantes que había conocido. Maduro, aunque no un viejo. ¿Cuántos años podía tener? ¿Veintiocho? ¿Treinta? Soltó un trémulo suspiro, cerrando los ojos de nuevo.

Cuando William comenzó a rugir como un león, Alana se cubrió la cabeza con la almohada. ¡Por Dios! ¿Es que nadie se acordaba que ella estaba enferma en la alcoba de al lado? De pronto, todo le pareció que escapaba de la realidad: voces, risas, las gotitas de lluvia golpeando en el cristal, la tetera silbando desde la cocina... ¡no podía más! Se levantó con un impulso tan fuerte que de no haberse sujetado al colchón, hubiese caído al suelo. Respiró para serenarse y, despacio, se enderezó

Un ladrido seguido de un aullido largo y desagradable.

Recogió la bata de los pies de la cama y se la puso. Estaba muy mareada, y el piso daba vueltas a su alrededor. No sabía el aspecto que presentaba y tampoco pensó en ello cuando medio arrastró los pies hasta alcanzar el dormitorio de los niños.

La puerta estaba abierta.

Cómo una intrusa, se agarró del picaporte y observó a William rodando sobre la alfombra y a Andy imitando un perro. Colbert estaba sentado sobre la cama, mirándolos con expresión divertida. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros y tenía el aspecto de un apuesto bucanero con una camisa abultada y los dos primeros botones de su cuello desabrochados. Cuando él levantó la vista hacia ella, Alana perdió el aliento al tiempo que su pulso se disparaba enloquecido. Los ojos grises eran devastadores contra la tez bronceada de su magnífico rostro.

—Alana, ¿cómo te encuentras? —Él se incorporó, recorriéndola con la vista. Los niños también la vieron.

—No muy bien —respondió con voz rota y nerviosa.

—Tía Lania, ¿has visto cómo ladro? —preguntó Andy, volviendo a ladrar. Se le antojó un cachorro buscando a su madre y se cubrió los oídos.

—Cielo, he oído cómo ladras, como ruges, como maúllas, hazme un favor pequeñito —le dijo, juntando el dedo índice con el pulgar—. ¿Por qué no imitas a un caracol o a una tortuga?

—¿Cómo hace un caracol? —dijo el muchacho, incorporándose. Ella siempre lograba desviar su atención de una cosa a otra.

—Los caracoles se arrastran por el suelo o por los troncos de las plantas en busca de hojas que comer, cuando sale el sol, sacan los cuernos, pero lo más importante de todo es que siempre van en silencio y no molestan a nadie.

—Lo siento, tía Lania. ¿Te hemos molestado? —murmuró, mirándola con cariño.

Alana apenas podía hablar con claridad, le dolía la garganta y estaba casi afónica. Sin embargo, sintió un poco de lástima por tener que llamar la atención a los niños. Eran eso, niños, y necesitaban jugar y divertirse.

—O podéis hacer un pez —les dijo, colocándose las manos en las mejillas, aplastándose la cara, al tiempo que abría y cerraba la boca como haría un besugo fuera del agua.

Tanto los niños como el tío explotaron en carcajadas. Aunque Alana se sintió completamente ridícula, les regaló una sonrisa.

—Vuestra tía tiene razón, creo que estamos haciendo mucho ruido y no la dejamos dormir. Lo lamento mucho, Alana.

Durante un momento, Colbert y ella se miraron fijamente. Alana asintió, agradecida.

—¡Estas horrible, tía Lania!

Ella se giró al mellizo que había hablado.

—Gracias, Willy. Yo también te quiero mucho, mucho.

En una zancada larga, Colbert se acercó a ella y sin previo aviso la cogió entre sus brazos. Alana, sintiéndose vulnerable y sorprendida, se aferró a su cuello, temerosa de caer.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Voy a llevarte a la cama para que te recuperes, y me llevaré a los niños a jugar fuera. ¿Te parece?

Ella lo miró disimuladamente. Su cabeza estaba muy cerca de su cara. Tenía un perfil fuerte y atractivo. A pesar del catarro, podía oler el aroma que desprendía su pelo limpio, y se estremeció. Pensó que era la primera vez que un hombre la cogía en brazos de esa manera, y se ruborizó.

—Estoy algo traspuesta, pero no soy ninguna inválida. Te pido, por favor, que me bajes ahora, los niños nos están mirando.

Colbert se volvió en medio del corredor a ver a sus sobrinos, con un guiño divertido.

—Vuestra tía es la persona más cabezona que he conocido nunca.

Los mellizos se echaron a reír con más fuerza.

—Bájame, por favor —susurró junto a su oído. El contacto de sus brazos sobre ella destruía parte de su cordura y no la dejaba pensar o reaccionar.

Él obedeció con desgana, sintiendo tensión en la voz de la muchacha. La dejó en la puerta del dormitorio.

—¿De verdad no necesitas ayuda para meterte en la cama?

—¡Lárgate! —contestó, roja de la vergüenza.

La carcajada de él resonó en sus oídos mientras cerraba la puerta y huía al abrigo de sus sábanas. Una vez que se sintió de nuevo dueña de sí, se quedó dormida.

Colbert instó a los niños a vestirse con ropas de abrigo y se los llevó a dar un paseo y a comprarles golosinas. Mientras los había estado viendo jugar en la habitación, no había recordado que Alana estaba enferma en el dormitorio continuo. Sonrió al recordar como ella ponía boca de pez, había estado muy graciosa. Y la boquita... y la forma de poner los labios... Le hubiese gustado besarla. Apartó con velocidad esos pensamientos de su cabeza. No podía consentirse pensar en la hermana de su cuñada. Él era un hombre de mundo que había sido tentado por mil mujeres y no iba a dejar que una jovencita insolente le trastocase la vida. A parte de ello, saltaba a la vista que Alana era tremendamente virginal, a las pruebas se remitía cuando él la había apretado contra sí la noche que fue a buscarla a la posada, o cuando la había cogido en brazos hacia un rato. Una tontería por su parte, pues no podía permitirse el lujo de faltar el respeto de Alana si quería ganarse la confianza de su cuñada y de sus sobrinos.

Capítulo 9

La casa era una construcción de dos plantas de ladrillo visto y estructura ancha. Estaba muy bien situada, pero era muy pequeña con los dormitorios más bien escasos, por no decir justos. Contaba con relucientes suelos de maderas y ventanas alargadas verticalmente. En la parte trasera, tenía un patio lindando con las cocheras, bastante desaprovechado y en muy mal estado.

Durante la convalecencia de Alana, Hellen volvió a contratar al servicio, excepto a Dolly, la cocinera, que se había colocado en una casa en Cornualles mucho más cerca de donde vivía su familia. Colbert, en vez de recuperar la berlina que había quedado vieja e inservible, compró un faetón negro y elegante junto con dos pares de hermosos caballos.

La residencia Wakefield estaba bien, entre comillas. Él estaba acostumbrado a sitios más amplios. Un lugar donde pudiera entrar y salir libremente sin tener que pasearse delante de la familia para no obligarse a dar explicaciones; un estudio para poder cerrar sus propios negocios... No pensaba demorarse mucho en comentárselo a Hellen, pero tampoco quería avasallar. Ladinamente, quería ir haciéndoselo notar para que ella misma le aconsejase que debieran cambiar de morada. Deseaba que lo ayudase a escoger el mejor lugar.

Lo primero y más importante para él fue visitar al alguacil. En las oficinas no lo encontró y tuvo que ir a su casa a ver si lo podía recibir. El hombre residía en una vivienda céntrica con jardín vallado.

Colbert golpeó la puerta varias veces, con insistencia, sin ningún resultado y cuando estaba por irse, un tipo de aspecto adormilado asomó la cabeza.

—El alguacil Meison hace días que no pasa por casa, pero yo le daré el recado cuando llegue. ¿Vuestro nombre es...? —preguntó, mirando a Colbert interrogativamente.

—Wakefield.

—Muy bien, señor Wakefield. —El tipo frunció el ceño con extrañeza—. ¿Vos sois pariente del difunto profesor Wakefield?

—¿Conoció a mi hermano?

El hombre pareció vacilar. Miró en derredor observando los pocos transeúntes que cruzaban la calle.

—Personalmente, a él no, pero tuve el placer de conocer a la señorita Sanders, la hermana de la esposa del...

—Sí, sé perfectamente quién es ella.

—Una joven muy osada, ¿verdad?

—¿A que os referís? —preguntó Colbert, clavando sus grises ojos en el otro.

—Preferiría que nadie se enterase de lo que voy a decirle, aunque puede que vos ya lo sepáis, y es por eso que venís a ver a Meison.

Colbert frunció el ceño. ¿Saber el qué? Estaba desconcertado.

—No sé de lo que habláis. Por favor, ¿seríais tan amable de explicármelo?

—Será mejor que vuestra señoría pase dentro —contestó el hombre con acritud. Abrió la puerta para que Colbert entrase. El vestíbulo estaba completamente envuelto en sombras, y la casa entera olía a cerrado—. Veréis, esa muchacha vino aquí lanzando acusaciones contra el alguacil y el mismo alcalde. Os juro que pensé que alguno de ellos sería capaz de hacerle algo, y tuve que pedirle que se marchase. —No describió que su petición había sido cogerla del brazo en contra de su voluntad y echarla a la fuerza de la propiedad—. Yo en ningún momento quise lastimarla ni hacerle daño, mi intención fue sacarla antes que le ocurriese algo malo —repitió.

Colbert frunció el ceño.

—¿Cómo se llama usted?

—Reed, señoría, me llamo Reed.

—¿Debo suponer que sois el criado del alguacil?

—¡No, no! El alguacil vive solo, yo solo paso por aquí para prepararle algo de comida y dejar la ropa limpia, de la que se encarga mi esposa. Desde hace días no ha tocado ningún alimento de los que he traído. —Se encogió de hombros—. Tampoco ha traído ropa. Pero aunque me parezca raro, no es la primera vez que se marcha así. —Aquellas palabras parecían esconder algo más.

Colbert asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Usted escuchó las acusaciones que lanzó la señorita Sanders?

—Sí. —Nervioso, se pasó la mano por la cabeza—. Los llamó asesinos. Decía que ellos... que ellos y un lord... vamos, que habían matado al profesor. Aseguró que la historia de los cazadores furtivos había sido una patraña de ellos tres para olvidarse del tema.

Una furia repentina iluminó los ojos de Colbert, pero lo ocultó con rapidez.

—Decididamente, la señorita Sanders es una insensata —le dijo a Reed, consiguiendo esbozar una sonrisa—. Hablaré con ella para que no se vuelva a repetir nada parecido.

—Si apreciáis su cuello, yo lo haría. El alguacil es capaz de meter a alguien entre rejas con acusaciones falsas. No sería la primera vez que lo hace, y a mí, la señorita Sanders... me parece valiente y buena. Me daría mucha pena que acabase mal.

Colbert fijó sus ojos firmemente sobre el rostro de Reed.

—¿Sabéis si el alguacil se fue preparado para pasar una larga temporada fuera? Noto que la casa está muy cerrada.

—Supongo que me lo habría dicho.

Colbert enarcó una ceja.

—Pienso que me lo habría dicho —rectificó Reed—. No lo vi marcharse.

—Entonces, ¿no sabéis si se llevó equipaje? —preguntó con voz fastidiada. Estaba deseando saber qué motivos tenía Alana para sospechar que su hermano había sido asesinado, sin embargo, no quería que Reed se diese cuenta.

—No tengo idea.

—¿Cuándo fue la última vez que se marchó así?

—Hace meses, en primavera estuvo una semana fuera —agitó la mano—, creo que en esa ocasión fue por algo de trabajo. Sería mejor que eso se lo preguntéis al alcalde, señoría.

Colbert asintió, sacando un billete de su cartera, se lo entregó con una estudiada sonrisa.

—Habéis sido muy amable al atenderme. Estoy alojándome en casa de mi hermano y esperaré hasta el final de semana por si regresa el alguacil. Dele el recado en cuánto llegue.

El hombre cogió el billete con ojos brillantes. Pocas veces había visto tanto dinero junto.

—Eso haré, señoría —respondió con una amplia sonrisa. Presuroso, se guardó el dinero en el bolsillo de una raída chaqueta de lana—. ¡Bah! —exclamó repentinamente—. Si lo deseáis, puedo mirar en su gabinete a ver si se ha llevado ropa.

Colbert lo observó con una sonrisa irónica mientras asentía.

—Reed, la verdad es que me haría un gran favor, de ese modo sabría a qué atenerme.

El hombre subió corriendo unas estrechas escaleras. Desde abajo, Colbert lo escuchó peleándose con un picaporte. Volvió pocos segundos después frotándose la barbilla, pensativo.

—No sabría decirlo, señor Wakefield. Ha cerrado la puerta con llave —dijo extrañado.

—De acuerdo. Esperaré hasta final de semana.

Colbert regresó a casa con la mosca tras la oreja. Era una casualidad que el alguacil hubiera desaparecido al poco de presentarse él. Lo menos que el hombre tenía que haber hecho cuando se enteró que había llegado, era ir a informarle de los últimos avances de su investigación. Porque que Colbert Wakefield, hermano del difunto profesor, estaba en la ciudad, era la noticia que corría constantemente por todos lados. Sobre todo al ir recuperando, uno a uno, los muebles de los que Hellen se había desprendido.

Colbert dormía en la alcoba con sus sobrinos. Adoraba a esos muchachos y había aprendido a quererlos con mucha rapidez. Eran unos críos ingeniosos, llenos de una vitalidad inacabable. Según Helen le contó, Alana era como una segunda madre para ellos. Los acompañó desde el mismo día de su nacimiento y si eran así, mucho se lo debían a ella.

Cuanto más escuchaba hablar de la muchacha, su admiración fue creciendo a pasos agigantados, pero tampoco pensaba admitirlo ante ella. Era cierto que tenía muchas cosas buenas, sin embargo, respecto a él seguía estando recelosa, y eso lo jodía. Ni siquiera se había dignado a darle las gracias por salvarla del tipo de la posada.

Cuando Colbert entró a verla, después de haber estado charlando con Reed, deseó que ella estuviese despierta y serena para que le contara por qué motivo había actuado de forma tan alocada haciendo acusaciones de esa manera. Durante esos días, había pasado, por educación, a hacerle visitas breves, de escasos minutos, y pocas veces habían cruzado más de cuatro palabras. En aquella ocasión, ella estaba completamente dormida y no quiso molestarla.

Colbert bajó de nuevo las escaleras y antes de entrar en la sala, Hellen apareció desde la cocina.

—Tengo que ir a comprar algunas cosas. ¿Te importa que salga un momento?

—Claro que no. Si me lo hubieses dicho, lo hubiera hecho yo —dijo arrastrando las palabras. Nunca había ido de compras excepto si era a una joyería, sastre o... modista

—Me he dado cuenta que faltan especias, sal y una cuantas cosas más. No tardaré, Colbert, además, los niños están entretenidos en su cuarto.

—Tranquila.

Fue hasta ella y caballerosamente la ayudó con el abrigo, colocándose sobre los hombros. Después, terminó de cerrar la puerta y recorrió el pasillo para ver a los niños. Estuvo un rato con ellos y luego, se fue al salón a leer el periódico que esa mañana se había dejado a medias. No llevaba ni media página cuando sintió suaves pisadas en el corredor.

Alana metió la cabeza por el hueco de la puerta y lo miró con atención.

—¡Ah, estas aquí! —Entró envuelta en una bata de color lavanda. Presentaba un aspecto ojeroso, rostro demacrado y una masa de cabello cobrizo, despeinado, cayendo sobre sus hombros y espalda. Sin embargo, a pesar de eso, estaba hermosa como un ángel. Le causó mucha ternura—. He escuchado la puerta y supongo que ha sido Hellen que ha salido, ¿te molesto si te acompaño un momento?

—En absoluto, pasa —dijo, viéndola sentarse en el sillón libre. La joven recogió las piernas bajo su trasero de un modo infantil. Él le lanzó una mirada apreciativa que abarcó sus pechos y su cintura esbelta—. ¿Cómo te encuentras? He pasado hace unos minutos a verte y dormías.

Ella se ruborizó y juntó con descaro las solapas de la prenda sobre su cuello. No había más ruido en la habitación que el crepitar del fuego. Colbert estaba sentado en otro de los sillones, con sus largas piernas estiradas hacia la chimenea.

—Estoy mortalmente aburrida, por eso he querido aprovechar a salir un poco del cuarto. ¡Necesito recuperarme pronto! —gimió—. No soporto estar un día más encerrada.

—Te comprendo. —Hellen le había contado cuando ella era pequeña y no aparecía por la casa de su abuelo más que para dormir.

—¿Y tú? ¿Qué tal te ha recibido Inglaterra?

El rostro de Colbert adquirió una expresión preocupada.

—Supongo que de la misma manera en que me despidió. Engaños, abusos... ya sabes.

Alana se quedó mirándolo, sin comprender.

—No entiendo. ¿Qué te pasó para que te marchases así?

Colbert agitó la cabeza. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo que descansaba entre sus omoplatos. Enderezó la espalda, haciendo una mueca con los labios. Evitó su pregunta y se lanzó de lleno al tema de conversación que le interesaba en ese momento.

—Alana, necesito hablar contigo de algo importante y preciso que seas honesta conmigo. Deja, por un momento, aparte el resentimiento que me simpatizas si puede ser posible.

Ella asintió.

—Lo intentaré a cambio de algo.

Colbert estuvo a punto de atragantarse. ¿Osaba ella chantajearlo? Le dedicó una mirada fría e interrogante.

—Convence a mi hermana para que me deje levantarme ya. Estoy más recuperada de lo que parece.

Él suspiró, aliviado. Había esperado que a cambio le pidiese que se marchase de la casa o algo parecido.

—Puedo intentarlo, aunque no es muy seguro. Se preocupa mucho por ti.

—Lo sé —asintió con una sonrisa que a él le pareció cautivante—. Hellen a veces se comporta como si fuese mi madre. ¿Qué es eso importante de lo que querías hablarme?

—¿Por qué fuiste a buscar al alguacil?

Ella lo miró con el entrecejo fruncido, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Fui a visitarlo y me lo dijo Reed, el encargado de vigilar su casa.

—¡Ese maldito! Me echó de allí como si fuese un perro.

—¿Por qué fuiste? —insistió.

—Tengo mis derechos —respondió exaltada—. Solo pretendía que Meison me escuchase, sin embargo, él y el alcalde me pidieron que dejase el tema en paz. Que no removiese más la muerte de Jhon.

—Los llamaste asesinos.

—¡Eso es lo que son! ¡Se supone que nos tienen que ayudar y proteger! A nosotros, a los desprotegidos. —Negó con la cabeza tan fuerte que varios mechones quedaron sobre sus labios y los apartó rápidamente con la mano—. Pero se protegen entre ellos. —Lo miró fijamente—. ¿Te ha contado mi hermana lo de Huntington?

—¿Huntington? —repetió él—. Me temo que no. ¿Quién es y qué pasa con ese Huntington? —preguntó Colbert, confuso.

Ella incorporó la cabeza y miró hacia la puerta, asegurándose que no hubiese nadie cerca. Luego, volvió la vista a él al tiempo que sacaba un pañuelo de la bata y se sonaba la nariz ruidosamente.

—Ese hombre es un lord de la zona. Un estúpido majadero envuelto en pomposas y ridículas ropas y al que la mayor parte del condado de Dorset aborrece —explicó—. Justo el mismo día que Jhon murió, tuvo el atrevimiento de acercarse a Hellen. ¡Acababa de quedar viuda y él...! —inspiró profundamente—. Viene una y otra vez a tratar de convencerla para que se case con él. ¿Tú harías eso, Colbert?

Él la miraba atentamente con el entrecejo fruncido.

—Supongo que no.

—Pues Huntington lo hizo —afirmó—. Ese indeseable lo hizo. ¿No te parece sospechoso?

La mirada de Colbert viajó desde los ojos de Alana hasta su boca.

—No te entiendo. Hellen es una mujer muy hermosa. No conozco a ese lord, pero no veo nada de extraño que quisiese consolarla.

—¡Oh, por favor! —exclamó ella, elevando los ojos al techo—. ¡Hombre, al menos debía respetar el luto! Imagina que te mueres y tienes una esposa...

Colbert se encogió de hombros.

—Lo dudo mucho —respondió con firmeza.

Ella hizo una mueca para que se callase, y él soltó un suspiro resignado.

—Solo te pido que lo imagines. Tienes una esposa que te está llorando porque acaba de enterrarte. ¿Qué pensarías si un hombre le propusiera matrimonio en ese momento o... al día siguiente?

Colbert trató de imaginarse la escena.

—¿Ese hombre es mi amigo? —preguntó.

Ella negó.

—Es un conocido que te repele.

Colbert se rascó una sien.

—¿De verdad quieres saber lo que haría? —Alana asintió con una sonrisa presuntuosa, como si supiera lo que iba a contestarle. ¡Menuda sabihonda!—. Me levantaría de la tumba, le rompería las piernas y le arrancaría la cabeza.

«¿Qué podía pensar ella de su respuesta? ¿Qué era un bruto insensible?», se dijo Colbert, reconociendo que se había pasado al contestarle de ese modo. Alana lo miraba de una manera tan extraña que se le formó un nudo en el estómago y se sintió como si nunca más fuese a ser capaz de volver a respirar. Se puso nervioso.

—Indiferentemente de lo que acabas de expresar —dijo ella, tratando de aparentar serenidad y firmeza. Sus ojos verdes eran dos pozos que parecían querer absorberlo. Gustosamente él se habría dejado caer en ellos—, he de suponer que no te hubiese gustado nada, ¿te das cuenta entonces de lo que hablo?

Colbert cruzó los brazos sobre el pecho, acomodándose de nuevo. No sabía a donde quería llegar ella.

—¿No será que te gusta el hombre para ti? —quiso saber, curioso.

—¿Huntington? —Por su tono, parecía que acababa de insultarla, y él reprimió una sonrisa—. Ese hombre es... despreciable. Es... es un viejo, gordo, seboso, que cree que el mundo gira alrededor de él. Hellen y yo lo odiamos.

Colbert volvió a enderezarse, sumamente extrañado.

—Si tu hermana tiene esos sentimientos hacia él, imagino que se lo ha dicho. ¿Me equivoco?

—Pero él insiste una y otra vez. —Alana bajó las piernas del sillón y quedaron desnudas por unos segundos antes que se colocara la prenda.

Colbert intentó no mirarla, pero tenía unas piernas preciosas, largas y torneadas. ¿Qué le pasaba? ¡Ni qué nunca hubiese visto nada igual! Se maldijo mentalmente y se obligó a centrarse de nuevo en la conversación. Llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer, y Alana no hacía más que despertar su libido. «No es cierto», se dijo, pero en ese momento admitió que ella lo excitaba. No estaba seguro de si era su cuerpo, su hermoso rostro, o la actitud distante que tenía hacia él.

—Estará enamorado de Hellen —dijo, pasándose la mano por la cara.

—Creo que despidieron a mi hermana por culpa de él.

Colbert parpadeó.

—¿Qué te hace pensar eso?

Alana respiró hondo.

—No lo sé, pero lo sé, así como también sé que él tuvo algo que ver con el accidente de Jhon. El camino donde ocurrió todo linda con sus tierras. Algunas veces se ha oído que él alquila su propiedad ilegalmente para cazar.

—Con eso no me dices nada —repuso él rápidamente—. Necesitaría una base firme para poder intentar hacer siquiera algo. Alguna prueba de lo que dices.

—No tengo ninguna, lo único que sé es que ese hombre va tras de mi hermana. Perdiendo ella el empleo y con las deudas que tenemos, ¿de qué íbamos a vivir? ¿Del aire? ¡No! Él, lo único que quería era aprovecharse de ello y que Hellen lo aceptase para proporcionarnos algo mejor. Es la única manera de conseguirla.

Colbert inclinó la cabeza. Todo eran sospechas infundadas de una muchacha desconfiada. ¿Cuánto podía haber de verdad en todo aquello?

—No sé. —Se encogió de hombros—. ¿Quieres que vaya a verlo y le rompa las piernas?

Alana se echó ligeramente hacia atrás y lo miró perspicazmente.

—¿Tú arreglas todo rompiendo cosas a la gente?

Él, divertido, esbozó una sonrisa. Ladeó la cabeza, y sus ojos brillaron con burla.

—¿Cómo puedes ser tan inocente y creértelo?

Alana pareció reflexionar sobre aquello.

—Me has dicho que sea sincera contigo y lo he hecho, sin embargo, no me has creído —le dijo sin responderle a si ella creía que era capaz de mutilar a alguien.

—Te lo agradezco, Alana. Tu conclusión es que el alguacil está encubriendo al lord y ese... lord, ha asesinado a mi hermano. Por eso fuiste a casa de ese tipo y lo acusaste de asesino. ¿Cierto?

—Visto así, parece descabellado. ¿Verdad? —le preguntó ella con voz baja e indecisa.

Colbert medio asintió, aunque no quiso desechar ninguna suposición. La notaba muy confusa, y en ese momento ella hubiese sido capaz de creerse cualquier cosa que él le dijese.

—De momento, es algo por donde puedo comenzar a indagar. Hablaré con ese Huntington en cuanto pueda.

—De acuerdo.

Colbert la miró con intensidad. Los largos mechones de Alana caían sobre sus delgados hombros enmarcando su cara trigueña.

—Creo que no tienes motivos para sentirte intranquila, y te agradecería que no comentases esto con nadie.

—¿Tampoco con Hellen?

Colbert negó con la cabeza. Repentinamente, se dio cuenta que quería besar los labios de la muchacha. La idea lo sorprendió tanto como lo asustó. No quería pensar

en ello.

—Sería una tontería hacerla sufrir. ¿No crees? De momento, será algo entre nosotros.

—¿Me harás saber tus avances? —le preguntó Alana. La veía ansiosa porque comenzase a investigar. Colbert asintió tranquilizándola.

—En cuanto sepa algo, te iré contando.

—Entonces, debes prometerme algo —dijo ella impulsivamente. Él enarcó una ceja, interrogante—. No dejes que te maten, por favor.

Había sinceridad en los hermosos ojos verdes, y él se estremeció. ¿La brujilla estaba preocupada por él?

La puerta de la entrada se abrió advirtiendo a los de la sala que Hellen acababa de regresar. La mujer pasó directamente al salón y dejó varios bultos sobre la mesa al tiempo que observaba a su hermana.

—¿Por qué te has levantado?

—Quería estirar las piernas —respondió con una graciosa mueca de burla—. No soportaba más el encierro.

Colbert apartó su fascinada mirada de Alana. ¿Qué le pasaba con ella? ¿Acaso nunca había conocido a nadie que se le pareciese? «No», pensó. Ella debía ser única.

—No deberías estar aquí, señorita. —Hellen se acercó a ella y la ayudó a incorporarse del sillón—. Vamos ahora mismo a tu cama.

Colbert presintió que Alana lo miraba, quizá para recordarle su trato, sin embargo, él fingió no estar atento.

Cuando ambas salieron del salón, se quedó muy pensativo e intranquilo con la vista perdida en las llamas del fuego de la chimenea, como si éstas pudiesen aclararle algo.

Cuando Alana llegó a su dormitorio, tenía la sensación de haber corrido varios kilómetros sin parar. Sobre todo después de darse cuenta de la exhaustiva mirada que Colbert había hecho de sus piernas. Ella se enorgulleció de haber actuado con toda naturalidad al cubrirse tan rápido. Porque por nada del mundo hubiese querido que él supiese lo alterada que se había puesto.

Colbert entró en la cocina oliendo el guiso que bullía en el fogón. Tenía hambre, y el aroma que flotaba en toda la casa no hacía sino abrirle más el apetito.

Hellen estaba distraída colocando víveres en la despensa y no lo escuchó llegar. Llevaba un delantal floreado rodeando su cintura, con un gran lazo en el trasero.

De lo primero que él se percató al llegar fue como su cuñada se inclinaba a recoger varias botellas de leche que había en el suelo. No pudo evitar que sus ojos se recreasen en las redondeadas y bien formadas nalgas. Pero enseguida se dio cuenta de lo que estaba haciendo e, incómodo, apartó la vista. ¡No podía creer que hubiese mirado a Hellen de aquella manera! ¡Era su cuñada! ¡La mujer de su hermano!

Se maldijo interiormente. La culpable había sido Alana. O más bien las perfectas y delicadas piernas de Alana. Desde la mañana anterior, la piel satinada lo perseguía hasta en sus sueños más incontrolables. No podía dejar de pensar en ellas.

Disgustado consigo mismo, carraspeó, llamando la atención de Hellen. Ella se volvió a él, limpiándose las manos en el delantal.

—¡Oh! Perdona, no te he oído entrar. —Lo saludó esbozando una sonrisa—. No tardaremos en comer. ¿Te apetece algo?

—Puedo esperar, no pasa nada —contestó, fingiendo mirar lo que estaba sobre el fogón—. Huele rico en toda la casa.

—Noelle debe estar preparando la mesa ya —dijo Hellen, haciendo el amago de salir para ir a verlo. Pero Colbert la detuvo cogiéndola del brazo.

—Si no te importa, hay algo que me gustaría decirte. He pensado que esta noche voy a salir un poco. —No iba a decirle eso. Desde que se había despertado aquella mañana su idea era la de abordar el tema de la vivienda, sin embargo, de repente cambió de opinión. Sentía que tenía que escapar de allí y olvidarse de todo por unas horas.

—¿Importarme? ¡En absoluto! —respondió ella con una sonrisa.

Colbert deseó que no hablase tan fuerte. No tenía ganas de que Alana se enterase que iba a salir, aunque no debía importarle. Es más, recapacitando, pensó que era bueno decirle a Hellen que permitiese a la joven salir a cenar con ellos.

Hellen pasó junto a él y, con una cuchara de madera, revolvió el interior de la olla. Lo observó sobre el hombro con una mirada significativa:

—Dicen que han abierto locales nuevos cerca del puerto de Weymouth. No es una de las zonas más tranquilas de la ciudad, pero muchos hombres van allí a jugar a las cartas y a tomarse algo. Puede que conozcas a alguna muchachita.

Colbert sonrió, pero ella estaba de espaldas y no pudo verlo.

—Es posible, de todas formas, no vendré a dormir.

Hellen se ruborizó. Había estado casada y conocía las necesidades físicas de los hombres. Su cuñado no era diferente a los demás.

—Colbert, esta tarde vendrá una cocinera, pero solo podrá quedarse unas semanas. —Se volvió a él—. No sabía que podía ser tan difícil encontrar a alguien con un poco de experiencia. He dejado un anuncio en el mercado porque suelen tener referencias. —Se encogió de hombros—. Espero que se pongan en contacto con nosotros.

Colbert no quiso desperdiciar aquella oportunidad.

—En realidad, es de eso de lo que llevo queriéndote hablar hace varios días. Esta casa es un hermoso edificio, posee encanto y elegancia, pero la fachada esta descolorida. Los suelos del piso de arriba están levantados por algunos lados, las columnas del porche, descascarilladas...

—Lo sé, lo sé —lo interrumpió—. Hace tiempo que hemos descuidado algunas cosas. Solo necesita unos arreglos.

En pocas palabras, Hellen le contó que Jhon y ella habían hablado de ampliar la casa comprando el terreno que lindaba con el patio y las cocheras.

Colbert no había tenido la intención de embarcarse en reconstruir la casa de arriba abajo, sin embargo, Hellen poco más le dio a entender que no pensaba marcharse de allí. De algún modo, se encontraba más cerca de Jhon.

—Hellen, deberías salir y entretenerte. Te viene bien pensar en otras cosas y continuar con tu vida. —Colbert la contempló durante un instante—. Seguro que te gustará ir de compras, vestir ropas nuevas y no esas que te quedan tan anchas. —Instintivamente, la mujer se apretó el lazo del delantal. Todos los vestidos que llevaba le quedaban holgados—. Si quisieras, podrías dar clases privadas.

Hellen se cubrió la boca con una mano y lo miró emocionada.

—Dar clases privadas es algo que Jhon y yo hemos hablado muchas veces. ¡Oh, Colbert, no me gustaría abusar de ti!

—No vuelvas a eso, por favor.

Hellen asintió.

—Jhon tenía unos planos para arreglar la parte de las cocheras, ¿quieres que te los enseñe? —Sin esperar respuesta, ella salió con prisa hacia la sala.

Colbert la escuchó trajinar con cajones y la siguió, con curiosidad. Justo en ese momento, vio a Alana deslizarse por el corredor de arriba hasta la habitación de Andy y William y cerrar la puerta despacio. Le hizo gracia su travesura. No le extrañaba que los niños la adorasen. Era igual que ellos, solo que metida en cuerpo de mujer. Y por cierto, una hermosa mujer. Por un momento, deseó ir con ellos y saber qué estaban tramando, pero Hellen lo miró desde el salón, arqueando las cejas.

—¿Eran los niños?

Él negó, dedicándole una sonrisa.

—Era tu hermana. Deberías darle permiso para que saliese de su dormitorio, parece bastante recuperada.

Hellen suspiró, meditándolo.

—Todavía es demasiado pronto. ¿No crees?

—Depende de si quieres que te eche lo que queda de la casa abajo. —Con lo que él no tenía problema ninguno. Caminó hasta Hellen, que había abierto un cuadernillo sobre la mesa, y echó un vistazo a los planos de la construcción.

—Esto era de Jhon. Él mismo lo había diseñado. Para estas cosas era muy metódico —le contó, emocionada, pasando los dedos por los trazos delineados.

Colbert ojeó el diseño y sonrió al descubrir un gran parecido con la casa de su infancia. El imponente camino arbolado que conducía a la residencia, la calzada para carruajes, galerías amplias y frescas, columnas altas, una escalinata en forma de herradura en el vestíbulo principal...

—Ha incluido el cementerio de animales —musitó apenado. En el jardín de su residencia natal había existido un pequeño apartado que al principio había sido un pequeño huerto pero con el paso del tiempo, Jhon había comenzado a enterrar allí a todos los animales que se encontraba. Él había sido así de sensible.

Hellen se giró a él con velocidad y comenzó a regañarlo:

—¡Te he dicho mil...! —enseguida pareció darse cuenta de su confusión y se calló repentinamente.

Colbert contuvo la respiración cuando ella le acarició la mejilla con un gesto conmovedor y los ojos clavados en los suyos.

—Hellen —la llamó, despertándola a la realidad. Con suma delicadeza, cogió la mano que rozaba su cara y se llevó los dedos a los labios—. Yo no soy Jhon.

—Lo siento, Colbert, de verdad. No sé qué me ha pasado —dijo, disculpándose. Afligida, llevó la mirada al plano. Su voz temblaba cuando habló de nuevo—. Por un momento, creí que eras Jhon hablando del cementerio de animales. Me reía mucho cuando me contaba que tú siempre querías desenterrar a los bichos.

Él apretó los labios y asintió, recordando aquellos tiempos.

—Me gustaba hacerlo de rabiarse. Cosas de críos. Los mellizos me recuerdan tanto a nosotros cuando teníamos su edad...

Hellen gimió, y Colbert no dudó en acercarla a él y abrazarla por la espalda. No soportaba verla sufrir por su hermano.

—En sus cartas me hablaba de ti. Te amaba mucho, Hellen. Es comprensible que lo eches de menos, yo también lo hago y me arrepiento de no haberme podido despedir de él. Pero yo no soy Jhon. No valgo ni la mitad de lo que él valía —le dijo en un murmullo apagado contra su rojo cabello.

La mujer se giró entre sus brazos y estalló en fuertes sollozos.

—No digas eso, Colbert. Tú eres muy bueno con nosotros.

Él tragó con dificultad.

—No siempre lo fui...

—No quiero saberlo —lo interrumpió entre lágrimas—. No me concierne lo que hayas hecho ni nada de eso. Lo que interesa es que estás aquí.

Los ojos de Colbert se humedecieron repentinamente sin importarle que las lágrimas de su cuñada mojasen su camisa. Durante un rato se abrazaron en completo silencio.

—¿Molesto? —preguntó la voz fría de Alana desde la puerta. Hellen y Colbert se giraron hacia ella—. Parece que estáis muy ocupados —siguió diciendo. Sus ojos verdes brillaban con absoluta frialdad. Estaba erguida, con el mentón alzado y el cabello cayendo sobre un hombro hasta la estrecha cintura. Llevaba la bata anudada y delineaba perfectamente sus caderas. No llevaba calzado, y los pies asomaban tímidos bajo la prenda.

—¡Lania! —exclamó Hellen, apartándose de él, nerviosa, como si hubieran estado haciendo algo malo. Colbert frunció el ceño, desconcertado y enfadado, y no por la reacción de Hellen, sino por la manera acusadora con la que Alana seguía mirándolos. Deseó agarrar a la muchacha y zarandearla con fuerza para hacerla entender que no todos eran tan fuertes como ella. Que Hellen necesitaba un poco de compasión...—. Estaba enseñándole a Colbert los planos de Jhon, ¿recuerdas que le ayudaste con eso?

—Tía Lania, tía Lania, ven.

Igual que había llegado, Alana se fue de repente cuando sus sobrinos la llamaron, dejándolos con una fuerte sensación de culpabilidad.

Colbert tensionó la mandíbula y frunció el ceño. Escuchó el tembloroso suspiro de Hellen y la rabia bulló en su interior.

—Aún le cuesta mantener sus emociones bajo control. Esa actitud suya no es nada buena —declaró él, regresando a la mesa y a los planos.

—No creo que haya pensado que tú... y yo...

—Hellen, te sugiero que no hablemos del tema —zanjó él con molestia—. Tu hermana siempre verá mal todo lo que yo haga o deje de hacer. —En el fondo, había pensado que entre ellos había una especie de tregua, pero Alana le acababa de demostrar que no era así.

Hellen se mordió el labio.

—Hablaré con ella. No quiero que haya malos entendidos.

Tragándose el enojo, Colbert asintió. Caminó hacia una de las estrechas ventanas, descorriendo las cortinas verdes, y señaló la parcela contigua.

—¿Debo entender que ese terreno es en el que mi hermano pensaba?

El cambio de conversación funcionó para relajar el ambiente.

—¿Qué te parecen?

Colbert sonrió satisfecho. Miró con atención la superficie, ahora llena de barro, piedras y charcos de agua. Por un fugaz momento, los ojos verdes de Alana regresaron a su mente. ¡Maldita muchacha!

—¿Qué te parece? —insistió Hellen.

—Está bien —respondió, carente de emoción alguna. Alana lo había perturbado más de lo que quería admitir. Sintió, como ya le había pasado otra vez, que la ciudad lo ahogaba—. Voy a hablar con alguien para que inicie las obras, y mientras tanto, nos marcharemos todos a Londres.

—¿A Londres? Pero...

—No podemos estar aquí con los niños —respondió sensatamente.

No le importó que Hellen notase su cambio de humor, además, por los brillantes ojos de su cuñada supo que la idea de viajar no le desagradaba.

—¿Hablas en serio, Colbert?

—Tengo negocios pendientes y debo viajar, si no ahora, dentro de poco —respondió, pensando en el demonio ruso. Aquella misma mañana había enviado una carta a Paddy hablándole de la sospecha de la muerte de Jhon. Conociéndolo como lo hacía, sabía que vendría a ayudarlo. Y el demonio tenía muchos contactos e informadores como para descubrir qué gente de clase alta cazaba con o sin permiso. En Londres nadie se movía si Seth Presley no lo decía. Era el rey de los suburbios, y el que controlaba las bandas de delincuentes. Cuando algún jugador hacía trampas, o si alguien no quería pagar una deuda, él se ocupaba de proporcionarle el castigo adecuado. Algo exactamente igual a lo que Colbert se había dedicado en París—. Necesito que vayas preparada con bonitos vestidos y cosas de esas que usáis las mujeres, tengo amigos que nos invitarán a salir más de una vez.

—¡Es demasiado pronto para salir, Colbert! Hacerlo sería como faltar el respeto a Jhon.

—¿Y qué me dices de tu hermana? El otro día me contaste que no ha tenido mucha oportunidad de hacerlo.

—Tal vez tengas razón —meditó Hellen—. A todos nos vendrá bien un cambio.

Alana fingía escuchar a William, pero realmente su cabeza estaba repasando lo que acababa de ver en el salón. Hellen y Colbert habían estado a punto de besarse. Esa vez, ella los había interrumpido, pero apostaba a que habría más oportunidades.

¡No podía creerlo! ¡Hellen con su cuñado! ¡Ja! Y luego la misma Hellen le venía con el cuento de la educación y los buenos modales cuando ella estaba enamorando a Colbert. O al contrario, en ese momento no importaba.

Mientras el niño seguía hablando, ella no podía dejar de dar vueltas al asunto. Ciertamente Colbert era un hombre muy guapo. Guapísimo, asumió. Y Hellen... ella era todavía joven y bonita, y se merecía otra oportunidad. ¿Pero con él?

¡No! No quería que ellos... ¡Qué caray! No deseaba que estuviesen juntos porque la ponían celosa. Y si estaba celosa solo podía significar que ella también se sentía atraída por Colbert. ¿Se sentía atraída por él?

Asustada, volvió a la realidad cuando Andy le reprochó no estar escuchándolo.

Ni Weymouth ni Christchurch ofrecía mucha distracción, y tal y como había dicho Hellen, los mejores sitios para pasar la veladas estaban cerca del puerto.

La salida le vino a Colbert estupendamente. Encontró varios sitios donde se jugaba a los naipes con fuertes apuestas, y en uno de ellos pudo sonsacar alguna información sobre lord Huntington. El hombre solía viajar en invierno a su residencia en Londres, y eso animó a Colbert a pedirle al demonio que les buscara pronto un alojamiento allí. Esa misma noche, el destino quiso que coincidiese con Thomas Baxter, alcalde de la ciudad, y su hermosa hija Claudia en un restaurante famoso.

Colbert pudo percibir que Thomas parecía bastante ansioso por apartarse de él, en cambio, no fue igual para su hija, que empleó multitud de tretas para conseguir que compartiesen una mesa. Colbert no recordaba que ninguna mujer hubiese flirteado con él tan descaradamente delante de su progenitor como esa joven. Y eso le hizo sentirse bastante incomodo, sobre todo cuando Claudia no vaciló en calumniar a Alana, refiriéndose a ella como la salvaje.

Antes de llegar a los postres, sentenció que la insulsa de ojos grises era desagradablemente estúpida, envidiosa y una zorra de mucho cuidado. Y que si él no se marchaba en ese momento, se veía capaz de denigrar a Claudia humillándola frente a todos los comensales tal y como ella estaba haciendo con Alana, que ni siquiera estaba allí para defenderse.

—... ni siquiera tiene la culpa que el borracho de su abuelo la criase como a un animal más de su granja. Jamás encontrará un esposo en el condado...

Colbert prefirió marcharse tras despedirse con educación. Llegó a un club bastante curioso que alguien le había recomendado durante la noche. Su intención al llegar a la puerta había sido la de saciarse con alguna golfilla, pero perdió todas las ganas. Al final, acabó en una taberna fumando y bebiendo hasta que las luces del alba aparecieron en el horizonte.

—Puedes creerme o no hacerlo, Lania. No puedo obligarte a que lo hagas, pero te repito que entre Colbert y yo no hay nada. Cuando tú nos viste, estábamos recordando a Jhon —dijo Hellen en tono solemne.

Alana no podía creerlo, aunque lo estaba intentando.

—¿Él te atrae?

Hellen se ofendió.

—¿No entiendo por qué me haces estas preguntas? No llevo ni un año viuda y no me apetece seguir con esta conversación. Solo vine a aclarártelo, allá tú si le das más importancia de la que tiene. De todos modos, Lania, ahora que estamos hablando de esto, me gustaría que en Londres te interesases en algún posible candidato como esposo. Creo que es hora de que conozcas a alguien.

Alana se atragantó con su propia saliva.

—¿Quieres que me case?

—Es una oportunidad muy buena. —Hellen la miró, cambiando la expresión de enfado por una más amable—. Deseas casarte, ¿verdad?

Alana hizo una mueca con los labios. No era contraria al matrimonio, es más, deseaba tener hijos y una familia grande, pero siempre había imaginado que iba a conocer a alguien fortuitamente y se iban a enamorar poco a poco; no que tuviese que ser en un plazo limitado. O como si no tuviese otro momento para hacerlo. ¡No era tan vieja!

—Lania, sé que serás juiciosa en tu elección, y tanto Colbert como yo estaremos a tu lado ayudándote. A veces, lo primero y más importante es conseguir una estabilidad económica, ya sabes, que tu esposo tenga el dinero suficiente para que te mantenga toda la vida. El amor irá naciendo de la convivencia y de la confianza.

Alana se puso triste. ¿Colbert y Hellen lo habían hablado a sus espaldas? No podía imaginarlo a él dándole ningún consejo sobre ese tema, y desde luego ella no quería que lo hiciese. Ni siquiera estaba segura de querer que Hellen opinase en ese asunto. Se le saltaron las lágrimas.

—Tú y Jhon os amasteis desde el primer momento de conoceros. ¿Por qué no me puede pasar a mí lo mismo? ¿Por qué tengo que fijarme en cada hombre que vea para saber si lo voy a querer por esposo?

El rostro de Hellen adoptó una expresión atormentada y miró hacia otro lado.

—¿Piensas que puedo decir que fui afortunada al haber perdido a mi marido tan pronto? Jhon aún tenía mucha vida por delante...

Sí, Hellen llevaba razón, pensó Alana, pero también sabía lo que era amar y ser amada. Ella no estaba segura que fuese a conocerlo nunca. Dejó el tema en paz. No había motivos para martirizar a su hermana más de lo que estaba, además, la idea de viajar a Londres le había alegrado el día. Estaba completamente emocionada. Sentía alivio de poder escapar de Christchurch durante una temporada y no puso ningún impedimento en acompañar a Hellen a comprar la ropa que necesitaban. No quería que nadie la acusara de no colaborar; sin embargo, no pensaba acceder a que le compraran a ella cosas que no necesitaba. Nunca había sido derrochadora y siempre aprovechaba la ropa hasta que estaba desgastada o inservible.

—¡No quiero, Hellen! No puedes obligarme a hacerlo —advirtió, deteniéndose, de brazos cruzados, frente a la puerta de la tienda de la señorita Ship, una modista bastante reputada—. ¿Entiendes ahora que necesito trabajar y conseguir mi propio dinero? No puedo depender de alguien que no es nada mío.

—¿Qué tiene de malo? El mismo Colbert me ha sugerido que salgamos a comprarnos vestidos. ¿Sabes el tiempo que hace que no tengo nada nuevo?

—Pues entonces hazlo tú —refunfuñó—. Yo no quiero deberle nada. Todavía puedo apañarme bien con mi ropa.

—Tienes todo el vestuario pasado de moda. ¿Por qué eres tan orgullosa?

Alana se encogió de hombros.

—No sé, seré como el abuelo.

—Lania, hazlo por mí, tómalo como un préstamo. —Consciente de que paradas ante la puerta de la modista atraían las miradas de los transeúntes, Hellen cogió el brazo de Alana y la arrastró hasta el interior del establecimiento.

Alana soltó un suspiro de resignación y sonrió con timidez a la señorita Ship, que trataba de descifrar lo que hablaban.

—¡Cuánto tiempo de no veros! —exclamó la mujer, saliendo tras el mostrador para saludarlas con un débil abrazo y un beso lanzado a la mejilla desde una distancia prudente—. ¡Qué alegría teneros de nuevo por aquí! ¡Os he echado mucho en falta! Hasta hace poco, había pensado que os habíais marchado de Dorset, pero justo ayer mismo vinieron unas clientas, entre ellas Claudia Baxter, y me hablaron del señor Wakefield. No sabía que Jhon tuviese un hermano.

Alana torció el gesto con desagrado y no pudo evitar la pregunta:

—¿Claudia conoce a Colbert?

La señorita Ship asintió con una sonrisa.

—He oído decir que se han visto varias veces.

Hellen se volvió a su hermana, negando con la cabeza.

—Colbert me contó que se conocieron la otra noche en un restaurante. —Se dirigió a la modista—. Que yo sepa, no han vuelto a coincidir, pero bueno, ya saben cómo se suelen exagerar los comentarios.

Alana se volvió a su hermana con indignación.

—¿Tú sabías que ellos se conocían?

—Sí, ¿por qué? Me lo dijo él la otra noche —repitió.

Alana aspiró con fuerza, controlando una oleada de furia. Lo prefería mil veces con su hermana antes que con la hipócrita de Claudia.

—Podías habérmelo dicho —le recriminó Alana. Nunca le había gustado ser la última en enterarse de las cosas y, lamentablemente, siempre era así.

La dueña del establecimiento las interrumpió.

—Siento curiosidad por conocerlo. Parece ser que ha revuelto a todo el gallinero.

—¿Cómo? —Hellen volvió la cara hacia ella, arqueando las cejas, sin entender.

Alana elevó los ojos al techo en una silenciosa súplica. Parecía mentira que su hermana no supiese qué significaba aquello. Ella lo imaginaba desde que lo conoció. Colbert, con su atractivo rostro y su imponente físico, causaba estragos entre las mujeres. Si encima le añadía que tenía fortuna, era el candidato ideal para cualquiera.

—No saben la de cosas que comentan las muchachas. Que si es muy agraciado, que si es un buen partido... —La dependienta rió, y Alana se alejó un poco, fingiendo observar atentamente unos estilizados maniqués—. Creo que ese hombre se está ganando muchos corazones en Christchurch y alrededores.

—No sabía que mi cuñado había generado tanta expectación —dijo Hellen con voz ligeramente ácida.

Alana apretó los dientes con fuerza hasta que le dolieron. ¡Malditos fuesen sus celos incontrolados! «¿Celos?», se repitió. No, rotundamente, no. O sí. Ya no lo sabía ni quería saberlo. Apenas conocía lo suficiente a Colbert como para creerse enamorada de él, y no tenía ni idea de dónde salían todos esos sentimientos.

—Es normal —respondió la señorita Ship—, hace mucho tiempo que ningún hombre guapo se instala en la ciudad y, encima, soltero.

«De modo que algunas ya le han echado el ojo», preconció Alana con furia.

—Mi cuñado no está buscando esposa —comentó Hellen, sabiendo de sobra que la modista no iba a tardar ni cinco minutos, después que ellas saliesen de la tienda, para ir a contárselo a otros.

—Es lo único que le falta a Colbert —dijo Alana con la voz cargada de ironía. Hellen la miró con el ceño fruncido, y la señorita Ship, con interés—. Con lo vanidoso que es, se va a sentir un auténtico capullo cuando sepa que tiene tantas admiradoras.

—¿Y vos no estáis interesada en él, señorita Sanders? —Quiso saber la dependienta—. Cada día que pasa os volvéis más bonita.

—¡Por favor, señorita Ship! —la amonestó Hellen, molesta—. Colbert jamás se fijaría en ella de esa manera, sería como intentar enamorar a su hermana pequeña.

Un puñal de dolor atravesó el pecho de Alana, que apretó los labios con tanta fuerza que desaparecieron en su boca. Al hacerlo, la modista ocultó una sonrisa retorcida, y Hellen la miró con intensidad.

Más tarde, cuando salieron de la tienda, Hellen se dirigió a ella con tono preocupado pero directo.

—Lania, no estás enamorada de Colbert, ¿verdad?

El corazón de la muchacha comenzó a retumbar en su pecho. Tragó saliva y negó con la cabeza.

—¡Claro que no!

—¿No me mientes? Necesito que seas sincera conmigo.

Alana pestañeó. Su hermana estaba implorándole.

—¿A qué viene eso ahora?

—Colbert no va a casarse.

Alana se encogió de hombros.

—Nunca he pensado en él como candidato.

—Me gustaría que me mirases a la cara y me lo dijese.

—¿Qué te pasa, Hellen? ¿No me crees? ¡Yo tengo que creer lo que tú me dices, pero lo que yo te digo no!

Alana lo había adivinado. Hellen no le creía. Lo veía en sus temerosos ojos azules.

—Colbert no va en serio con ninguna mujer. ¿Entiendes lo que quiero decirte? Me daría pánico solo de pensar...

—¡Pues no lo pienses, Hellen! Voy a buscarme marido. ¿Recuerdas?

La ciudad despertó cubierta de un gran manto de nieve. Todo, desde las calles y plazas hasta los tejados de las casas, presentaban un magnífico panorama invernal de un blanco immaculado roto por las humeantes chimeneas que pintaban el cielo de gris.

Colbert se había levantado muy temprano para ir a la oficina de correos, donde lo esperaba una carta de Seth. El demonio ruso le había conseguido en Londres una casa de alquiler bastante céntrica y le explicaba los detalles y la ubicación exacta. Ese mismo día, también pensaba reunirse con Mike Newton, el arquitecto que se encargaría de dar forma a la casa de Christchurch. Todo estaba saliendo a pedir de boca, excepto el maldito alguacil que no daba señales de vida. Había pasado otra vez por su casa, en esta ocasión, el señor Reed comentó su preocupación por que le hubiese ocurrido algo grave.

—¿El señor Baxter no sabe nada? —preguntó Reed, curioso.

Colbert negó.

—Ha mandado gente a averiguar, pero por el momento también está desconcertado. Reed, ¿qué os parece si me dejáis mirar en su dormitorio? Os pagaría bien.

Reed no se opuso y lo guió hasta la planta superior. Fue sencillo abrir la puerta sin forzar la cerradura. Colbert era un experto en esas cosas, y Reed se había quedado con la boca abierta al sentir el clip de la puerta en cuestión de segundos.

—¿Cómo habéis hecho eso?

Colbert sonrió sin contestarle y entró en la recámara. El cuarto parecía estar ordenado a pesar de la capa de polvo que cubría los muebles. Era una habitación íntegramente varonil, desde la espesa alfombra de tonos castaños hasta la colcha que cubría la cama, pasando por los muros oscuros. La chimenea estaba completamente fría. Habló sobre el hombro.

—Por lo visto, se ha marchado por una larga temporada —cerró el ropero, estaba vacío—. Puede que se haya tomado unas largas vacaciones. —En los cajones de la mesilla no había nada, y bajo la cama, tampoco.

—Es posible —respondió Reed, ofuscado—. Ha debido ser algo muy importante para hacerlo sin avisar. Es muy extraño. Tengo que ir a decírselo al alcalde.

Colbert se sacudió las manos y los pantalones a la altura de los muslos.

—No lo hagáis —le avisó con una mueca de contrariedad—. Lo que acabamos de hacer es ilegal.

Reed se irguió, frunciendo el ceño.

—¿Y qué hago entonces?

Colbert se encogió de hombros:

—Nada, simplemente, dejarlo estar. Es mejor que no le comentéis a nadie que hemos estado aquí. —Cerró la puerta de nuevo y le entregó una suma más que generosa para acallar su boca—. Si por casualidad escucharais algo de él, poneos en contacto conmigo lo antes posible.

—Sí, señoría, así lo haré. Por cierto —Reed lo observó con ojos entrecerrados —, ¿no sabréis de alguien que necesite mano de obra? Las cosas andan muy achuchadas últimamente y mucho me temo que me acabo de quedar sin trabajo.

—Seguro que encuentro algo para vos. Pasaos por casa a final de semana y os daré un puesto. Mientras estoy de viaje, me va a venir bien tener a alguien vigilando la casa.

—Sois un santo, señoría.

Colbert sonrió con ironía. Un santo era lo que menos parecía.

—Una pregunta más. ¿Sabéis qué relación hay entre lord Huntington y el alguacil?

—Por lo que yo sé, ni siquiera son amigos, aunque han estado varias veces juntos. Lord Huntington se interesa bastante por esta ciudad y da generosas donaciones al alcalde.

—¿No sabréis si ese lord ha preguntado por el alguacil últimamente?

El hombre vaciló un momento antes de contestar.

—A mí no, y por aquí no ha pasado. Hace tiempo que no se lo ve por la ciudad.

—Gracias, Reed.

—Su señoría... ¿Todo esto tiene algo que ver con las acusaciones de la señorita Sanders?

Colbert se rascó una oreja.

—Podría ser. Tengo que marcharme, Reed. Acordaos de pasar por casa.

—Claro que sí, gracias, su señoría, muchas gracias.

Malhumorado por aquella contradicción, Colbert llegó a casa pensativo. No era posible que al hombre que supuestamente protegía la ciudad se lo hubiese tragado la tierra. ¿Se habría marchado por propia voluntad o lo habían hecho desaparecer?

Colbert entró con paso firme en la casa y escuchó las voces de sus sobrinos que venían desde el segundo piso. No los había visto en todo el día y sintió ganas de unirse a ellos y compartir sus juegos. Con prisa, colgó su abrigo en el perchero y se quitó los guantes. Al ir a ponerlos sobre el secreter de la entrada, observó, confundido, otro par de guantes de hombre que no eran suyos. En ese momento, varias carcajadas salieron del interior del salón. Con paso lento, totalmente intrigado, se fue acercando a las dobles puertas.

—Mi segundo nombre es impaciente —escuchó que decía Alana con voz jovial. Volvieron las risas de nuevo.

En el preciso instante en que Colbert llegaba a la sala, escuchó de nuevo las risas de Alana. Ella, al verlo parado en el vano de la puerta, se quedó paralizada de repente. La joven llevaba un sencillo vestido gris de abultadas faldas y un recogido flojo bajo la nuca. Su cabello atrapaba los reflejos rojizos de la chimenea, dándole un color muy bonito. Sus mejillas estaban sonrosadas y no había muestras del catarro que había padecido aquellos días. Sentado frente a ella, había un caballero joven que la miraba con ojos chispeantes.

Colbert carraspeó con suavidad.

Alana fue la primera en levantarse, y el hombre la imitó.

—Señor Newton, dejadme que os presente a su señoría, Colbert Wakefield. Colbert, el señor Newton tiene una cita con vos esta mañana.

—Ah, sí. Vos sois el arquitecto, ¿me equivoco? —preguntó Colbert, llegando hasta él con la mano extendida. De reojo, llevó sus ojos grises al rostro de Alana. La encontró diferente, más bonita que nunca. Era la primera vez que veía ese humor divertido en ella y, aunque le gustó, sintió cierta envidia, y eso lo puso de mal humor.

—Buenos días, señor Wakefield, debéis disculpar que haya llegado con antelación, pero estaba deseando comenzar mi trabajo y no pude resistirme.

—De haberlo sabido, habría venido antes, señor Newton. ¿Os importa si os llamo Mike? —Sin esperar contestación, le indicó que se sentase en el lugar que había ocupado y se dirigió a Alana—. Veo que ya ha conocido a la bella señorita Sanders. —Sus ojos grises recorrieron el esbelto cuerpo con intensidad, para después sonreírle de un modo bastante impersonal. Volvió sus ojos al arquitecto—. No os habrá mareado mucho, ¿verdad?

Alana enrojeció, molesta con el comentario.

Con un ligero cabeceo, Mike Newton negó.

—Nada de eso, al contrario. La señorita ha sido muy amable. Estábamos hablando de cómo iba a quedar la casa cuando se concluya con las obras. La señorita Sanders está muy ilusionada con el proyecto.

—Sí, ya me di cuenta. No pude evitar oír que su segundo nombre es impaciencia —dijo, acercando una silla—, pero deberá ser paciente, ¿verdad, Mike?

Alana captó al vuelo el tono sarcástico de Colbert. ¿A qué estaba jugando?

—Es cierto, vamos a tardar varios meses antes de verla concluida —afirmó el arquitecto.

—Eso es lo de menos, señores —declaró Alana, intentando que su voz siguiera sonando igual de alegre y tranquila que antes de la llegada de Colbert. Tomó asiento de nuevo—. El desenlace sigue siendo el mismo. Siento una enorme curiosidad por ver el resultado. —Se enojó al ver la burla en la sonrisa de Colbert y, con disimulo, le regaló una mirada furiosa, que de haber sido un cuchillo, lo habría atravesado.

—Yo también siento mucha curiosidad —dijo él, volviendo la vista al otro hombre, satisfecho de haber hecho enfadar a la joven. No era justo que la visita del arquitecto la hubiese puesto tan alborozada—. Ha llegado hasta mis oídos que vos sois uno de los mejores arquitectos de Inglaterra.

—Son exageraciones, señoría —respondió Mike Newton modestamente.

—Bueno, entonces, comprobémoslo, veamos. —Colbert echó un vistazo a su alrededor e indicó la mesa grande—. Estoy listo para comenzar. Hasta que no me proporcionéis un despacho, deberemos arreglar nuestros asuntos aquí. Espero que no os cause molestia por ello.

—No hay ningún problema, su señoría.

Colbert estudió atentamente al arquitecto. Se le notaba un entusiasmo especial por su profesión, y él necesitaba gente dispuesta y emprendedora. No dudaba de su capacidad para el menester encomendado, pero no le complació nada ver el interés que mostraba por Alana. El tipo no podía dejar de mirarla con una sonrisa bobalicona en su cara.

Colbert se contuvo las ganas de gruñir y por alguna razón especial sintió la necesidad de ser cruel.

—Alana, veréis cómo se os hará corta la remodelación. En Londres estaréis muy abstraídas con toda la parafernalia que se os presenta.

Ella se tensó ligeramente.

—¿Os marcharéis fuera, señorita Sanders? —preguntó Mike Newton con la vista clavada sobre ella y un destello de desilusión en su voz.

Alana se levantó con una sonrisa, deliciosamente ruborizada. Estiró su falda con sutileza, librándola de arrugas.

—Sí, nos marchamos dentro de poco.

—Pasaremos las Navidades fuera —terció Colbert, captando la atención del arquitecto—. No debéis preocuparos, Mike, yo intentaré venir una vez por semana para reunirnos por si surge algo.

Mike Newton asintió con una mueca de desaliento que a Colbert le molestó. No debía ser así, en Londres tenían la intención de acompañar a Hellen en la caza de un esposo para la joven, pero decididamente Mike Newton no era el tipo ideal para ella. Aunque dudaba que existiese alguno. Para ser sincero consigo mismo, aborrecía tener que hacerlo, pero cuando Hellen se lo había comentado, no había podido desentenderse de ello. Esa tarea lo ponía de mal humor. No se veía ni con ganas ni con tiempo de hacer de carabina.

—¿Y se demorarán mucho en el viaje? —insistió el arquitecto.

Colbert estuvo a punto de decirle que se olvidara de Alana. ¡Por Dios! Newton apenas conocía a la muchacha y solo le faltaba pedir su mano.

Se esforzó en mostrarse racional.

—Todo está sujeto a la duración de vuestro compromiso —su tono de voz sonó bastante frío, y eso lo fastidió. Él nunca dejaba relucir sus emociones—. Alana, ¿os importaría decir a Noelle que nos sirva algo caliente? Hace un día terriblemente frío.

Alana solo atinó a asentir con la cabeza en gesto afirmativo mientras cada fibra de su ser luchaba por dejar escapar la ira que sentía. ¿Qué demonios le pasaba a Colbert? Parecía que, de algún modo, el arquitecto lo había puesto de mal humor, y ella no lograba entenderlo.

Mike Newton había llegado un poco inquieto. Las referencias sobre Wakefield no eran muchas, sin embargo, los reportes sacaban a colación que era un hombre admirable que había pertenecido a la armada inglesa y que había participado en la batalla de Trafalgar junto al almirante Horatio Nelson.

Al verlo entrar en la sala, le pareció un caballero agradable, pero fue descubriendo, mientras departía con la hermosa Alana, que Wakefield era una persona orgullosa, altanera y bastante exigente. Mike admiraba a los individuos así. Ciertamente, sabía lo que ansiaba y él estaba dispuesto hacer una buena labor a cambio de que le proporcionase cierto prestigio en su gremio. Anhelaba ser el mejor, y eso solo podía lograrlo codeándose con hombres como él. Había otros que le permitían llevar toda la carga y luego no acababan conformes con el producto de sus ideas.

Sin duda, aquella mañana, la mejor maravilla había sido el recibimiento de la hermosa señorita Sanders. No había conocido a una joven más linda en toda su vida y fue increíble enterarse que vivía a solo un par de manzanas de su hogar. Se preguntó dónde se habría metido ella para no haber coincidido en ninguna ocasión. Sin embargo, también, al notar un pequeño atisbo de posesión en la mirada del anfitrión, barruntó que posiblemente la muchacha le perteneciese de algún modo. Aquello lo dejó un poco vacilante y esperó que cualquiera de los dos, o bien su señoría, o bien ella, le ilustrasen qué clase de relación existía entre ellos. Consideraba a la muchacha algo mayor para que Wakefield fuese su tutor y por lo que él sabía, el caballero era soltero.

A medida que fue pasando el tiempo, Mike no creyó ver ninguna pauta cariñosa entre ellos y lo alentó. Tal vez, con el tiempo, él podría llegar a frecuentar de un modo más íntimo a la beldad de cabellos cobrizos. Estaba seguro de que podía encontrar fácilmente alguna excusa para viajar de vez en cuando a Londres y así verla de nuevo. Eso siempre y cuando el señor Wakefield y ella no fuesen consortes o... queridos.

—Utilizaré todo lo que esté a mi alcance para que vuestra residencia se encuentre dispuesta y habitable en primavera. Espero que no haya ninguna contrariedad con la materia prima, porque básicamente dependo de ello.

Colbert se sorprendió ligeramente. Poner una fecha tan pronta era algo demasiado prematuro.

—De carácter personal, os confesaré que no tengo ninguna presteza.

—Yo presupuse que le urgía.

—Conmigo es difícil presuponer nada. —Colbert sacudió la cabeza, y ambos hombres guardaron silencio al advertir que la doncella, junto con Alana, ingresaba en la sala para servir el té.

El salón era uno de los lugares más agradables de la casa, en especial esa ventosa mañana de noviembre. La chimenea de piedra estaba encendida y las espesas cortinas mantenían el sitio aislado de los vientos helados que soplaban afuera.

Ella había escuchado muchas veces, como decía el abuelo a su madre, que un clavo sacaba otro clavo. Nunca le había gustado su esposo y hasta hacía unos años, Alana no sabía qué significaba aquello. No entendía por qué, aquella mañana, cuando vio al atractivo señor Newton, con un paraguas en la mano, una sonrisa amable en su boca de labios anchos y unos ojos oscuros teñidos de galantería, esa frase la hostigó con insistencia hasta acabar admitiendo que ella también podía seguir ese consejo. El arquitecto era un hombre joven e interesante, y aunque no era tan fascinante como Colbert, era un candidato muy halagüeño, además, él también daba muestras de que ella le agradaba. Alana no podía pretender desposarse con un caballero de alto estatus, aunque su hermana opinaba lo contrario. El hecho de que Hellen se hubiese educado en una afamada escuela para señoritas de Londres y hubiese trabado amistad con dos damas bastante importantes e influyentes como eran lady Needs, nieta del difunto Sir Douglas, y Erika Hamilton, hija de un Laird escocés y ahora recién esposa de un conde, la convencían que Alana podría desposarse con cualquier persona que eligiese siendo de la alcurnia que fuese. Las tres mujeres seguían manteniendo una estrecha correspondencia, aún después que Hellen se marchase al condado de Dorset con Jhon.

—¿Vais a necesitar alguna cosa más? —preguntó Alana con una gracia exquisita.

Colbert la miró a los ojos y se sintió derretir en los pozos verdes. ¿Qué demonios le estaba ocurriendo? Por una parte deseaba que ella no saliese de su vista, y por otra, no quería que Mike siguiera observándola como si se fuese a poner a babear de un momento a otro. Lo peor de todo era que ella mostraba interés por el imberbe mozuolo.

—No, gracias. —La despidió con un gesto de cabeza. Ella se marchó seguida de Noelle, y la mañana transcurrió con sosiego hasta que Hellen asomó la cabeza por la puerta del salón con una mueca de disculpa.

En ese momento, Colbert y Mike disfrutaban un coñac y estaban relajados.

—Perdonadme si os interrumpo. He creído conveniente anunciar que se acerca la hora del almuerzo.

Por un momento, Colbert sonrió para sí y bendijo la interrupción. Estaba cansado. Sacó el reloj del bolsillo superior de su chaquetilla y observó la esfera fingiendo sorprenderse.

—¡Vaya, el tiempo ha pasado volando! —Se puso en pie, y Newton hizo lo mismo—. ¿Hellen, conoces al señor Newton? Se va a encargar de hacer las obras.

La mujer se acercó cortésmente, tendiéndole una mano.

—Es un placer, señor, conocerlo al fin. Vuestra madre me ha hablado mucho de vos.

Mike se llevó con caballerosidad la mano de Hellen a los labios.

—El placer es mío. No sabía que se conocían —admitió con estupor.

—Hellen es mi cuñada, la señora Wakefield —explicó Colbert.

—¡Sí, claro! ¡Debéis perdonar mi torpeza! Acabo de recordar que escuché lo que le aconteció a vuestro esposo. De veras, os acompaño en el sentimiento, señora Wakefield. —Hasta aquel momento, Mike no había relacionado lo del profesor con aquella familia. Muchos habían hablado del extraño accidente, pero reconoció que no había prestado demasiada atención al asunto. Observó detenidamente a la mujer de ojos azules—. Intuyo, por vuestro parecido, que tenéis cierto parentesco con la señorita Sanders. ¿O me equivoco o es casualidad que poseáis el mismo color de cabello?

Hellen rió tontamente.

—Alana es mi hermana. Estoy segura que ella apreciaría que vos nos acompañaseis en el almuerzo.

—Con mucha pena, debo declinar su ofrecimiento. Me temo que hoy no puedo, señora Wakefield.

Colbert juntó los papeles formando una pila ordenada y todo lo guardó en una carpeta que le entregó a Mike.

—Será mejor que guardéis vos los planos.

Mike asintió.

—¿De verdad no podéis quedaros? —insistió Hellen.

Mike Newton sonrió con pesar, y su rostro se ensombreció.

—Ya conocéis a mi madre, es un poco autoritaria, y en este momento se estará preguntado por qué me retraso tanto. —Miró a Colbert, en parte esperando que él reiterara la invitación. De ser así, él estaría encantado, pero el anfitrión no lo hizo—. ¿Hay alguna cosa más que desee comentarme, su señoría?

—Eso es todo por ahora. Nos mantendremos en contacto, Mike.

—Sí, desde luego —respondió. Se dirigió a la mujer—. Quizá pueda aceptar en otro momento, señora.

Hellen y Colbert lo acompañaron al vestíbulo. Noelle ya estaba allí con el abrigo de Mike en las manos.

—Por favor, despídanme de la señorita Sanders —dijo Mike, decepcionado de no verla por allí—. Ha sido un placer conversar con ella.

Colbert asintió con rostro inexpresivo. No era el correo de nadie y no pensaba darle ningún recado de aquel... mequetrefe.

—Descuidad —contestó Hellen, entregándole los guantes y el paraguas después que él se abrochó el abrigo—. Yo se lo diré. Dad recuerdos a vuestra madre.

En cuanto Mike se marchó, Noelle corrió a poner la mesa. Hellen paró a Colbert antes que él subiese a lavarse para el almuerzo.

—El señor Newton parece un hombre muy agradable, ¿verdad?

«Demasiado», pensó él, contrariado, en cambio, contestó:

—Espero que haga bien su trabajo.

Ella se encogió de hombros.

—Seguro que sí, y lo mejor de todo es que viva tan cerca.

Colbert miró a Hellen bastante serio.

—Hay algo que deseo comentarte, de ahora en adelante, me gustaría que le expusieses a tu hermana que no tiene por qué entretener a mis visitas.

Hellen se quedó unos segundos con la boca abierta.

—No es ninguna molestia para ella, Colbert. Lo hace con complacencia.

Él apretó los labios.

—No lo discuto, pero la realidad es que no conozco muy bien al hombre y no sé cuáles son sus intenciones —respondió secamente.

Alana, que había seguido la conversación desde el piso de arriba, bajó las escaleras con las manos en las caderas y con rostro furibundo. Alzó el mentón cuando se

puso frente a él.

Allí estaba la raíz de sus delirios y sus frustraciones. ¿Qué demonios le pasaba? Ella lo enardecía. El pulso se le aceleró y sintió una fuerte sacudida. Una oleada de deseo agitó sus sentidos.

—Según tú, ¿cómo debía haber actuado, Colbert? ¡¿Te parece razonable tener que dejarlo solo en el salón?!

Otra vez había vuelto la Alana altanera que se ofendía por todo. «No ha durado mucho su cambio —pensó—, aunque tengo que reconocer que toda la culpa es mía por haberme sentido... ¡Cómo! ¿Apartado? ¿Envidioso? ¿Celoso?»

Frunció el ceño.

—No hacía falta dejarlo en el salón, simplemente, le hubieses dicho que viniera más tarde.

—¿Cómo iba hacer eso con el frío que hace? ¿Has visto que ha comenzado a nevar de nuevo? ¡No soy tan descortés!

«Solo conmigo», admitió para sí mismo.

—No voy a iniciar ninguna discusión, Alana —empezó a decir él calmadamente. No era ni su padre ni ningún pariente que tuviese la obligación de soportar sus rabietas—. Solo trato de hacerte entender que no puedes dejar entrar a todo el que llame. —Cierto que a Newton lo esperaba, pero ¿si hubiese sido algún enemigo tuyo? ¿Alguien que estuviera averiguando cuál era su paradero? No había pensado que algo así pudiera pasar, sin embargo, debía ser cauteloso—. Cualquiera podría entrar y ponerlos en peligro.

—Alana, Colbert no te está reprendiendo —intercedió Hellen con voz cariñosa, como si estuviese hablando con una niña pequeña.

—¿Tú crees que no? —preguntó ella totalmente cegada por la ira. No esperaba que su hermana se pusiese de parte de él, y eso le dolía más que cualquier otra cosa—. Desde que él ha llegado... —Lo señaló con el índice y agitó la cabeza con obstinación—... está poniendo nuestras vidas del revés. ¿Olvidas que todo este tiempo nos hemos cuidado solas?

—¡Lania!

—¡No, Hellen! ¡No tiene ningún derecho a tratarme como lo hace!

—¿Y cómo lo hago? —Quiso saber Colbert con una fingida expresión de inocencia.

—¡Lo sabes bien! ¡Has pretendido humillarme frente a Mike!

—¿Mike? —Él alzó una ceja, enfadado—. ¿Ahora lo llamas Mike?

El rostro de Alana se volvió rojo.

—Él me dijo que podía llamarlo por su nombre.

—Concurren cinco minutos y ya tenemos esa confianza. ¿No lo has invitado a visitarte, por ejemplo?

—¿Sabes que te digo, Colbert?, —se acercó hasta él y levantó la cara para poder enfrentarse con sus ojos grises—. Eres un mentecato.

—¡Lania! —exclamó Hellen, aterrada.

Colbert se quedó en silencio, mirándola fijamente, consciente que él había empezado todo aquello.

Alana pareció asustarse de repente y corrió a las escaleras. Hellen hizo el intento de seguirla, pero Colbert la cogió de la mano, deteniéndola.

—¡Tengo que hablar con ella! —dijo Hellen—. Es intolerable que te falte el respeto de ese modo.

—La culpa ha sido del todo mía, Hellen —señaló él, arrepentido. Indudablemente, se había pasado—. No sabía que ella estaba escuchando y no sé qué me ha pasado. Lo lamento mucho, no he podido contenerme.

—Lania es capaz de hacer que cualquiera se salga de sus casillas, pero esta vez ha ido demasiado lejos. Ni Jhon ni yo la educamos para...

—Te repito que yo soy el culpable de todo. No me convenció que dejase irrumpir en la casa a un desconocido, fue solo eso. Me disculparé con ella.

Hellen se calmó.

—No tienes por qué hacerlo, Colbert. Mi hermana es bastante tozuda, pero en cuanto razone un poco se dará cuenta de que llevas razón. —Se encogió de hombros, apenada—. Antes, Jhon siempre salía en su defensa, pero últimamente se encuentra un poco sola.

Colbert se sintió terriblemente mal. Había actuado como un estúpido sin tener en cuenta los sentimientos de nadie, salvo los suyos propios. Se frotó la frente con pesar y asintió, serio.

Se miraron durante un momento; después, con una expresión más animada, Colbert subió a cambiarse para el almuerzo. No pudo evitar detenerse ante el dormitorio de Alana, de cuyo interior salía un suave llanto. Estuvo a punto de entrar y disculparse, sin embargo, supo que no era el momento. Ella estaba furiosa y con toda la razón del mundo.

Durante el almuerzo, a excepción de los ojos rojos, Alana bajó al comedor como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo normal. Al principio, el ambiente estaba algo tenso, pero después, Colbert les contó, a los mellizos incluidos, que habían conseguido una casa en Londres.

—Si sigue nevando de esta manera, va a ser muy difícil embarcar —dijo Hellen—. Seguramente cierren los puertos por el hielo.

La nieve seguía cayendo con fuerza, y el aire arrastraba los copos en una danza salvaje contra los cristales de las ventanas y las fachadas de las casas.

—Podríamos marcharnos pronto —asintió él, evitando encontrarse con la mirada de Alana. Ella también lo sorteaba—. Tal vez podríamos partir en un par de días.

—Cuando tú digas, estará bien —respondió Hellen conforme—. ¿Tú qué dices, Lania? ¿Te parece bien?

La joven asintió, sumisa.

—Como vosotros digáis.

Esa noche, Colbert fue incapaz de conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los párpados evocaba la discusión con Alana y lo invadía una asfixiante sensación de culpabilidad. Sobre todo, cuando ella había adoptado durante el resto del día una posición fría y distante que él comenzaba aborrecer. Prefería mil veces que le reprochase a que lo ignorase tan deliberadamente.

También lo sentía enormemente por Hellen al no saber de qué parte inclinar la balanza. Por una parte le daba la razón, por la sensatez de sus palabras en cuanto a no abrir la puerta a cualquiera, pero al mismo tiempo disculpaba a su hermana porque solo había pretendido mostrarse educada.

Con un terrible dolor de cabeza, Colbert abandonó la recámara para no despertar a sus sobrinos y buscó a Noelle para que le preparase un té bien caliente. Al encontrar todo envuelto en la oscuridad, se dio cuenta de lo temprano que era, la luz del día apenas se dejaba entrever por las espesas nubes grises que cubrían el cielo.

Con un suspiro resignado, fue él mismo a la cocina y a regañadientes prendió la cocina de leña.

—¿Necesitas que te ayude?

Colbert negó con la cabeza y observó, con ojos alertas, sobre su hombro, a la responsable de su insomnio. Ella llevaba un vestido de paño de excelente corte en tono gris paloma.

—Déjame hacerlo, por favor —pidió Alana.

—No —respondió él con aspereza—¿Qué te trae por aquí?

—No podía dormir, he escuchado ruido y pensaba que podía ser alguno de los niños —contestó, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Por qué estás enojado?

—No lo estoy.

Alana fue a salir de la cocina, pero Colbert la detuvo, contrito.

—Lo siento, Alana, no ha sido mi intención hablarte así

Ella aceptó las disculpas regresando sobre sus pasos.

—¿Te importa si caliento agua para el té? —le preguntó.

—Sí, por favor, digo... no. No... me molesta que lo hagas, me temo que yo soy bastante torpe en la cocina —contestó Colbert cortésmente. Se apartó para dejar que ella se moviese libremente.

Alana llenó la tetera con el agua y en apenas unos minutos lo sirvió en un par de tazas, mientras Colbert, pendiente de todos sus movimientos, no le quitaba la vista de encima.

—Alana, lamento mucho lo del señor Newton. Estuve completamente fuera de lugar y te pido mil perdones si te ofendí de alguna manera.

—Me sentí insultada —asintió ella sin mirarlo—. Pero ya lo he olvidado —respondió en un hilo de voz, emocionada porque él se hubiese preocupado de sus sentimientos—. Tenías razón, no tengo por qué atender a todo el que pregunte por ti.

Colbert la miró completamente extrañado, no esperaba que fuese tan fácil. Ella cargaba con una ovalada bandeja y la siguió hasta la sala.

—Fui bastante pertinaz. —Alana se encogió de hombros sin darle más importancia—. ¿Vas a salir? —le preguntó dándose cuenta que llevaba las botas de calle.

—Sí, deseaba aprovechar un poco de tiempo para hacer algunas cosas antes de marcharnos.

—No me gustaría importunarte, pero ¿dónde vas?

—Le dije al cochero que viniese a primera hora. Me gustaría visitar a Jhon.

Colbert, concentrado en tomar la taza que ella le entregaba, no vio la expresión de dolor en los ojos verdes que miraban su cara tan atentamente.

—¿Puedo acompañarte?

—Sí —fue la respuesta lisa y llana de la muchacha. Aquel día, ella no deseaba estar sola. No importaba si era ese hombre o cualquier otro el que le hiciese compañía.

En cuanto Richard les avisó que ya estaba detenido en la puerta, esperando, ellos se colocaron las ropas de abrigo y salieron en silencio. Se acomodaron uno frente al otro y de ese modo, Colbert pudo devorar, en el corto trayecto que había hasta el cementerio de Poundbury, el encantador rostro de Alana. Era preciosa. ¡Más que eso! Era un cuerpo digno de admirar, de acariciar, de saborear. Le enloqueció su figura delgada y la curva ligera de sus pechos marcados bajo el capote. No debía comérsela con los ojos como si fuera un mozalbote, pero lo cierto era que lo tenía fascinado. Estaba indiscutiblemente irresistible con aquel talante sumiso e inocente.

—Colbert —llamó ella con voz trémula—. No he visto el momento de agradecerte lo que hiciste esa noche con Thommy, el hombre de la posada. —Él arqueó una ceja, incrédulo—. En realidad, me sentía avergonzada de sacarte el tema.

—No ha sido tan difícil.

Para el orgullo de Alana, un verdadero suplicio.

Una ligera niebla cubría la ciudad y convertía casas y árboles en sombras difusas. La nieve amenazadora del día anterior se había disipado, dejando un día completamente pétreo y frío.

Ante la lápida de Jhon se detuvieron un rato, después, Alana prefirió dejarlo a solas para que se despidiese en paz. Se alejó y lo observó furtivamente desde un apartado banco de piedra situado bajo un tejadillo sustentado por dos columnas barrocas. Sobre el gélido asiento repasó, con un nudo en el estómago, todo lo que había acontecido desde que Colbert había llegado a Christchurch.

¡Se estaba enamorando de él!

No quería tener esos sentimientos. Había estado luchando contra ellos desde un principio, sin embargo, una sola mueca trastocaba todos sus sentidos, y lo peor de todo, es que se veía incapaz de luchar contra su corazón. Desde que él llegara, este latía de una manera distinta cuando lo tenía cerca. Era como si toda la sangre de su cuerpo se acelerase volviéndose loco. Las mariposas de su estómago, el pulso acelerado, el creciente deseo de ser besada, amada... hubiera sido de tontos no reconocer esos sentimientos. ¿Pero por qué con él? Gimió. Colbert la sacaba de sus casillas. Hacía que se sintiese pequeña e insignificante. La hacía enfadar...

Lo vio inclinarse sobre la losa de mármol y recorrer, con los dedos enguantados, el nombre grabado de Jhon, en las letras de bronce.

Alana recordó un día en que los mellizos todavía no habían nacido. Hellen estaba encinta y el médico había aconsejado que fuese prudente y no se moviera de la cama. Pero Hellen no soportaba estar inactiva y convenció a Jhon para que las llevase a pasear por Weymouth hasta el pozo de los deseos, en la cima de una ladera que miraba al mar. Una leyenda decía que aquel lugar poseía poderes mágicos. Desde aquella loma, los sajones habían visto alcanzar la costa a los navíos vikingos cuando estos llegaron a invadir Inglaterra. Se decía que los monjes, aterrados ante el inminente ataque de los hombres del norte, se congregaron junto al pozuelo creando una profecía. «La historia contaba que vertieron veneno». Los invasores estaban sedientos de agua después de tanto navegar y bebieron del pozo dándose un respiro, antes de declarar la guerra al Rey. Ansiosos por sentir en sus gargantas el agua fresca y dulce, uno a uno fueron cayendo envenenados sin llegar a hacer ningún mal a los habitantes. El agua del pozo no era dulce. Provenía de un oscuro agujero cercano al acantilado, y por el interior discurría el agua salada del océano.

Hellen, Jhon y Alana pidieron el deseo de que el parto fuese sencillo, y así fue. Alana no sabía si aquello realmente había funcionado o que simplemente Hellen tuvo un alumbramiento fácil, pero quiso creer en la magia. Después de aquello, tras la muerte de Jhon, ella subió una vez más. Esta vez para pedir que Hellen volviera a ser feliz, prometiendo no serlo ella hasta no cumplirse su deseo. ¿Y si realmente su hermana también amaba a Colbert? ¿Cómo iban a ser felices alguna de las dos?

Rompí a llorar.

—¿Te sientes bien, Alana?

Se sobresaltó. No lo había oído llegar. Una súbita ráfaga de viento frío barrió el suelo levantando copos de nieve que fueron a parar a su cabello, y pestañeó.

—Estoy bien.

Él la tomó del mentón con delicadeza, pero ella, incomoda, se apartó de él y se limpió las lágrimas. Se incorporó, sacudiéndose la falda.

—Será mejor que nos marchemos —le dijo.

Colbert asintió y le ofreció el brazo. Cuando Alana iba a poner la mano sobre la manga del abrigo, él se giró repentinamente, apoderándose de sus labios, besándola intensamente, buscando su lengua en el interior de su boca. Las rodillas de Alana tuvieron un momento de debilidad, y los ojos masculinos ardieron al advertir que ella respondía a su beso. Él se permitió el lujo de estrecharla contra su cuerpo, pero Alana se recobró de la sorpresa y luchó por desenredarse de los brazos de Colbert. Él percibió su repentina oposición y con una inconclusa disculpa, se apartó de ella con los ojos fijos en los insondables pozos verdes. En ningún momento se le había pasado por la cabeza besarla. Sin embargo, lo había hecho y sentía en su boca el dulce sabor de Alana y la calidez de su aliento.

—Lo siento, *chérie*.

Alana tomó una gran bocanada de aire, reunió coraje y con porte orgulloso, sin decir ni una sola palabra, de lo sorprendida y... maravillada que estaba, buscó cobijo en el faetón. Todavía estaba en shock cuando él ascendió, indicándole al cochero que regresase a la casa.

Alana estudió disimuladamente a Colbert. Su cuerpo largo y musculoso estaba completamente envuelto en negro y tenía un aspecto peligroso y varonil. Su atracción era feroz. Eso la asustó, sobre todo cuando los ojos grises se posaron en ella y la recorrieron lentamente.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó.

—Espero que puedas perdonarme. No sé qué me ha pasado. Te he visto tan... apenada, que solo quería consolarte. —Aunque le gustó mucho más pensar en el cuerpo desnudo de Alana debajo del suyo. No se arrepentía de haberla besado, pero si de algo estaba seguro, por su propio bien y el de su familia, era que no podía volver hacerlo.

Ella se mantuvo firme y lo miró con un pasmoso desconcierto. Abrió la boca para responder, pero no pronunció palabra. Asintió con la cabeza. No era eso lo que hubiese deseado escuchar. El beso todavía flotaba en sus labios y estaba encantada con esa sensación.

Durante los siguientes días todos estuvieron bastante ajetreados. Empacaron la ropa, recogieron alfombras, apilaron muebles que cubrieron con sábanas, guardaron las prendas de cama y almacenaron todos los libros en cajas. Colbert ultimó los detalles necesarios con Mike Newton y fue una emoción verdaderamente agradable sentirse como uno más de la familia. Ansiaba que Jhon, allá donde estuviese, se sintiera orgulloso de él.

En cuanto a lo ocurrido en el cementerio, ni Alana ni él volvieron hablar del tema, aunque ambos, cada uno por su parte, lo llevaban en la memoria grabado a fuego vivo.

—¡Otra vez con eso, Lania! —exclamó Hellen cuando volvió a insistirle que Colbert y ella hacían buena pareja. Los niños se estaban acomodando en el interior del coche, y Colbert conversaba con el conductor y le expresaba a Noelle su deseo de que permaneciese con ellos en el vehículo. Él estaba muy guapo y elegante aquella mañana. Se había recogido el cabello con una cinta negra y descendía entre sus omoplatos en una coleta baja con una elegancia aristocrática.

Como Hellen había augurado, el puerto se había cerrado por hielo y debían emprender el viaje por tierra.

—No puedes negarlo —bromeó Alana con una pequeña punzada de celos. Tenía que saber la verdad sobre lo que Hellen sentía por él. Desde que se habían besado, no podía soportar su culpa—. Sé que él te atrae mucho. He visto como lo miras cuando no se da cuenta.

Hellen enrojeció de pies a cabeza, confirmándose. Alana se angustió. Había esperado que su hermana se lo negase rotundamente, pero no fue así.

—Me agrada bastante —le confesó en un susurro, con las mejillas acaloradas a pesar del viento helado que soplaba esa mañana—, pero no imagines nada, Lania. Es el hermano de Jhon y aún... es un poco pronto.

Alana no insistió. Su corazón acababa de marchitarse como una flor en invierno.

En el viaje a Londres se detuvieron una noche a pernoctar en una posada, arribando a la ciudad en el atardecer del segundo día. El trayecto no había sido nada placentero, excepto para los mellizos que no cesaban de moverse en la menor oportunidad.

Los caminos estaban destrozados y, en su mayoría, resbaladizos. El fuerte viento los acompañó arrastrando lluvia y nieve constantemente contra el coche. A veces, aullando lastimeramente entre los árboles que dejaban a su paso, como mil lobos escondidos esperando el momento de atacar.

Colbert iba preparado con el arma en el bolsillo de su chaqueta, y aunque se cuidó de tranquilizarlas asegurando que ningún bandido se atrevería a salir a la intemperie, él mismo se encontró nervioso. Mucho de ello tenía que ver con la incomodidad de ser seis personas las que ocupaban el interior.

Se dice que en espacios reducidos es cuando los individuos se conocen más estrechamente, y en el caso de Colbert fue cierto. Le impresionó la ternura con la que Alana trataba a sus sobrinos, la manera de contarles cuentos e historias, el ingenio que, como por arte de magia, se sacaba de la chistera en los momentos más difíciles... Nunca había pasado tanto tiempo junto a ella. Alana no manifestaba nada de la frivolidad que era común en las jóvenes de su edad. Admiró sus gestos y muecas tan naturales, el modo en que le brillaban los ojos verdes cuando bromeaba con los mellizos, o la manera de fruncir los labios al reprenderlos.

En un momento dado, Andy apoyó la cabeza sobre el regazo de su tía, y Colbert deseó hacer lo mismo. No se hubiera limitado tan solo a cerrar los ojos, no. Él habría hundido su boca saboreando la unión de sus muslos, lamiendo la piel cremosa y absorbiendo el cálido fuego que estaba seguro que existía. Cierta parte de su cuerpo acusaba el dolor y, aun así, no podía dejar de especular el gusto que tendría Alana.

Debido a sus pensamientos impúdicos, estaba convencido que algún día ardería en el infierno. ¡Él no iba seduciendo a jovencitas vírgenes! No le gustaban, se repitió.

El vehículo, de manera perezosa, se detuvo en una lujosa mansión de Grosvenor St, muy cercana a Maddox.

—¿No te habrás confundido, Colbert? —preguntó Alana, sobrecojida.

A través de la ventanilla del coche, vio que se habían detenido ante una majestuosa casa de dos plantas. Una hilera de delgados árboles cubría muchas de las ventanas de la planta baja, y donde empezaba el primer piso, la piedra lisa de tonos claros, con la que estaba edificada la fachada, dejaba lugar al ladrillo volviendo la construcción más ornamentada.

—Es la dirección correcta. —La cara de él se iluminó con una amplia sonrisa, satisfecho de haberla sorprendido. Descendió cuando el cochero les abrió la portezuela, y ayudó a que las mujeres hiciesen lo propio. Sostuvo la mano de Alana y le guiñó un ojo, divertido. Inesperadamente, le apartó un mechón cobrizo que caía sobre su mejilla—. Alana, eres demasiado impresionable, debes aprender a contener tus emociones ocultas.

—¿Por qué?

Colbert se encogió de hombros. Él siempre lo hacía y le iba bastante bien.

—Cualquiera podría aprovecharse de tu... inocencia. Verían en ti a una persona fácil de engañar.

Ella arqueó una ceja, risueña.

—¿Inocencia? —repitió con una risa suave—. Se ve que no me conoces nada.

Él iba a replicar, pero justo en ese momento un hombre uniformado salió a recibirlos. Alana se irguió, nerviosa, y miró a Colbert por el rabillo del ojo. Quizá él llevaba razón y su cara registraba más entusiasmo del que el mayordomo había esperado.

El sirviente se presentó como el señor Drew, y enseguida de hacerles pasar al interior de la casa, envió a un lacayo para bajar el equipaje.

Colbert dejó que la familia lo precediese para poder ver sus reacciones. Andy corrió a tomar la mano de Alana y fueron los primeros en ingresar en un amplio vestíbulo de brillantes suelos de mármol.

—¿Qué os parece? —preguntó Colbert con cierto aire de complacencia. Se desprendió del abrigo y los guantes, observando como su familia miraba, perpleja, la estancia, sin embargo, no entregó las prendas al criado cuando este fue a recogerlas.

Alana fue consciente del contraste entre sus ropas modestas y el rico decorado del interior. La galería era un espacio grande rodeado de bancos acolchados apoyados contra las paredes. En el centro lucía el principio de una ancha escalinata con pasamanos de mármol rosáceo y barrotes tallados en grueso cristal. Varios apliques, colgando ordenadamente de los muros, proporcionaban luminosidad a través de ostentosas pantallas blancas con un fino cordoncillo dorado.

—¡Es una casa muy hermosa! —exclamó Hellen, lanzándose impetuosamente a sus brazos.

En un acto reflejo, Colbert le devolvió el abrazo con cariño. Se dio cuenta que Alana los miraba por el rabillo del ojo y cómo con sutileza se apartaba un poco de ellos.

—¿Te gusta, Alana? —le preguntó Colbert, soltando a Hellen.

—Es preciosa, y muy grande.

Alana se repitió que Colbert y ella no eran nada, que de una manera u otra debía olvidarse de él. Se desabotonó la capa al tiempo que se ocupaba, junto a Noelle, de los abrigos de sus sobrinos. El señor Drew se acercó a recoger la ropa, y Alana se lo agradeció. Después, el mayordomo hizo que el servicio de la casa se reuniese en el vestíbulo y se apresuró a presentarlos, indicando a lo que se dedicaba cada uno. Dispuso que un par de doncellas les mostraran el resto de la casa.

—Necesito que me disculpéis —advirtió Colbert, dirigiéndose en especial a Hellen—. Es pronto y me gustaría pasar a saludar a varias amistades. —Deseaba visitar a Seth e informarle de su llegada. También tenía en mente pasarlo bien y hacer real sus fantasías sexuales. Las mismas que lo habían acometido durante el viaje. El demonio ruso disponía de las mejores golfillas de la ciudad, y si no era así, él mismo se iba a encargar de buscarlas. Tenía que alejarse de Alana cuanto antes.

Alana le dio la espalda y se encogió de hombros como si no le interesara donde fuese él, pero en su interior se sintió... decepcionada. Había pensado que aquella primera noche la iban a pasar todos juntos.

—Tendrás que decir al señor Drew a qué hora regresarás aproximadamente. Sería de mal gusto que lo hicieses levantar de la cama en plena noche —le dijo con aspereza.

Colbert clavó sus ojos en la delgada espalda de Alana, con el ceño fruncido.

—¿Y eso por qué? —No sabía a qué venía la reacción de ella. ¿Podía ser que él saliese? Se preguntó extrañado.

Alana resopló despectivamente. El mayordomo se le adelantó:

—Por mí no debéis molestaros. Puedo abrir yo, pero el señor Presley dejó otro juego de llaves —recogió un sobre de la mesa del recibidor y se lo entregó a Colbert. Este miró rápido en su interior y no vio la mueca contrita de Alana.

Sin más argumentos, ella siguió a Noelle y a los niños a la planta superior.

—Estaremos bien, Colbert, ve tranquilo —dijo Hellen con algo de timidez. Ella tampoco entendía muy bien el comportamiento de su hermana. Siempre había sido muy rebelde y algo contestona, pero tenía que reconocer que con Colbert se superaba con creces.

Él alzó la vista hasta la más joven, que seguía subiendo con los mellizos, y asintió. Comprendía que Alana estaba experimentando diferentes emociones y eso la confundía, haciéndola vulnerable. Cuando él viajó a París, había sentido algo parecido. En el caso de ella, era la primera vez que visitaba una ciudad tan grande, que se alojaba en un lugar desconocido, con personas extrañas, y sobre todo saber que su hermana... quería buscarle esposo. Cierto que lo consumía la exasperación que su mal humor siempre fuese destinado a él, pero él había sido el último en llegar a su vida.

De una carrera ligera, Hellen llegó hasta su hermana y, con afecto, la tomó del brazo.

—La casa es impresionante, ¿verdad?

—Es un lugar muy hermoso.

—Desde que él llegó, siento como si hubiese despertado de un largo letargo —confesó Hellen—. Los niños están entusiasmados. ¡Míralos!

Ambas rieron al ver como los mellizos, igual que dos cabritillos recorriendo el monte, entraban y salían de los dormitorios jugando a ser mosqueteros.

—Me dan ganas de hacer lo mismo —dijo Alana. Sus palabras no tenían nada que ver con lo que realmente sentía. Se acercó a uno de los ventanales. La calle era muy céntrica y ancha, y a pesar de la hora, había bastantes transeúntes que paseaban bajo los paraguas. Desde que habían llegado, había una continua y molesta llovizna que golpeaba suavemente los cristales de las altas y angostas ventanas. Ni Colbert ni el cochero estaban ya a la vista.

Una vez que les mostraron los dormitorios, William y Andy comenzaron a pelearse al elegir la misma alcoba. Como Alana ya estaba cansada de haber lidiado con ellos durante la mayor parte del viaje, dejó que Hellen y Noelle se encargasen mientras ella se dedicaba a desembalar su equipaje y a admirar, sobrecojida, su propia recámara. Era enorme, con las paredes forradas de satén rosáceo y varios medallones con pinturas rupestres decorándolas. Los plateados y los rosas abundaban, mientras que el suelo estaba cubierto de alfombras mullidas de intrincados diseños geométricos. La cama, una enorme mole de cuatro postes con colgaduras rosadas, estaba cubierta por una colcha de brillante satén del mismo tono. Todo se encontraba tan lujosamente amueblado, que sintió unas repentinas ganas de echarse a llorar. ¿Cómo era posible que apenas unos meses atrás estuvieran pasando penurias y ahora se encontraran viviendo en un lugar tan impresionante?

Cansada del trayecto y con el trasero más que dolorido por la incomodidad y los botecitos que habían sufrido en el coche, tomó asiento en una butaca estratégicamente situada frente al hogar de mármol esculpido y junto a la ventana.

No tenía sueño, estaba emocionada, nerviosa y deseaba salir y recorrer la ciudad, ver los escaparates de las tiendas, visitar museos, tomarse un té en la famosa rotonda. Pero también quería saber dónde estaba Colbert y por qué se había marchado tan apresuradamente.

Llamaron suavemente a la puerta, y Alana se acercó a abrirla.

Una doncella, que respondía al nombre de Lucy, llevó toallas y varias ropas de cama. Alana se sintió un poco avergonzada. Las prendas de la empleada estaban en mejor estado que las de ella. Se arrepintió de no haber hecho caso a Hellen y haberse comprado al menos un par de vestidos. Tampoco había imaginado que Colbert iba a alojarse en un lugar como ese. ¿Se había vuelto loco al llevarlas allí? O quizá la pregunta más correcta hubiese sido: ¿cómo diablos podría permitirse aquello?

Hasta donde Alana sabía, los Wakefield no habían dejado una fortuna sustanciosa. Al menos Jhon no había heredado gran cosa al morir sus padres. Era cierto que ella tampoco tenía mucha noción de lo que se podía ganar en el ejército o con la contabilidad.

—¿Sabría decirme a quién pertenece esta casa? —preguntó Alana, curiosa.

—Lleva vacía alrededor de un año —balbuceó Lucy—. Su último dueño fue la condesa viuda de Hámster Sould, pero ahora la residencia se encuentra en venta.

—¿De veras? Es tan bonita que seguro que se vende muy pronto.

—¡Oh, sí, señora! A nosotros nos envió la semana pasada la compañía. El señor Presley dijo que si éramos eficientes, podría ser que nos contratasen para su nueva casa en... ¿Christchurch? —Alana asintió, atónita. No sabía que iban a llevar personal a su residencia—. Nos dijo que el señor Wakefield buscaba empleados.

—¿Y vos habéis estado empleada antes de ahora? —quiso saber.

—Sí, señorita, le entregué mis referencias al señor Presley.

Alana frunció el ceño:

—¿Quién es ese señor? Me temo que no tengo el gusto de conocerlo.

Lucy pareció ponerse nerviosa de repente.

—Es la persona que nos contrató por orden del señor Wakefield. Realmente el señor Presley es el dueño de la compañía y de... varios sitios más.

—Imagino que es un hombre muy influyente. ¿Me equivoco?

Lucy negó con la cabeza y miró, aterrada, a la joven.

—¿Por qué lo preguntáis, señorita? ¿He hecho algo malo?

—¡No, claro que no! —Alana tranquilizó a la doncella con una sonrisa amigable. Era una muchacha regordeta de rizados cabellos oscuros y rostro apacible—. Solo quería saber, eso es todo.

La criada suspiró más tranquila.

—El señor Drew me ha encargado que os atienda personalmente. Si me necesitáis, solo debéis tirar de aquí, y yo vendré enseguida. —De aquí, se refería a una anilla dorada que pendía de una fina cadena con pequeñas piedras brillantes.

—De acuerdo, Lucy. Os llamaré tirando de aquí.

La doncella sonrió divertida.

—No lo habíais visto nunca, ¿verdad?

Alana no pudo reprimir una carcajada.

—No —negó—, es... extravagante.

Lucy se encogió de hombros, dándole la razón. En otros sitios se solía llamar al servicio a través de una campanilla que los señores llevaban siempre consigo, sin embargo, allí había cadenas por todos los dormitorios y salas.

—Yo nunca vendería esta casa —afirmó Alana, acariciando el dosel de la cama—. La condesa debía estar muy desesperada para hacerlo.

—Es posible. —Lucy se encogió de hombros—. Escuché decir que después quiso volver a recuperarla, pero en verdad... —agitó la cabeza—... no sé qué sucedió.

—Pues es una lástima, está cuidado hasta el más mínimo detalle.

Lucy repasó el dormitorio. Lo había visto otras veces, pero hasta aquel momento no lo apreció del todo.

—Es cierto. —Se volvió hacia la joven con el mentón ligeramente apuntando hacia ella—. ¿Necesitáis que os ayude en algo?

—No, gracias, podéis marcharos, Lucy.

—Señorita, la cocinera desea saber a qué hora se servirá el almuerzo y la cena.

—Iré personalmente a comentárselo. Me gustaría tratar directamente con ellos y, por favor, no molesten a mi hermana con esas cosas. —Hellen todavía no estaba preparada del todo para hacerse cargo de la casa.

—Gracias, señorita —se despidió Lucy con una corta reverencia.

Alana suspiró e hizo un poco de tiempo antes de bajar a hablar con el resto de los sirvientes. No conocía a la condesa viuda de Hámster Sould, ni siquiera había oído hablar de ella, pero sí la compadeció profusamente. ¿Cómo era posible desprenderse de un sitio como ese?

Los empleados, en su deseo de ser aceptados por una de las anfitrionas, se mostraron solícitos y agradables, conversando más de lo debido. Tanto, que Alana no tardó en descubrir quién era el jefe de la compañía. A Seth Presley parecía conocerlo todo el mundo, y no necesariamente por ser una de las personas más honradas de Londres. Y con aquella nueva información, Alana no tuvo más remedio que preguntarse qué trato tendría Colbert con él y de qué podían conocerse. En alguna ocasión lo había escuchado referirse a él como amigo.

Colbert observó a las mozas con ojos entrecerrados. Estaba sentado junto a Seth, chupando un largo cigarro en una sala completamente roja excepto por el suelo laminado de madera oscura, y no parecía sentirse atraído por nada de lo que veía.

—Son hermosas, amigo, no me digas que no.

Colbert se encogió despreocupadamente de hombros.

—Lo son —respondió con cara de contradecir sus palabras. Cuando llegó al club, se sentía animado, pero después de media botella de whisky, comenzaba a acuciar el cansancio del viaje. Miró a la tercera mujer de la izquierda con un poco más de interés. Era delgada y alta, con generosos pechos y una espesa mata de cabello castaño cayendo sobre sus hombros—. Puede que ella.

—¡Ah, Rose! ¿No es demasiado delgada para tu gusto, Iron? —Rió Seth, echándose los rubios cabellos hacia atrás. Él era apenas unos años más joven que Colbert, con un rostro bien parecido y cuerpo fornido.

Colbert se sorprendió. El demonio tenía razón. A él siempre le habían gustado entraditas en carnes. ¿Cuándo habían cambiado sus gustos? Fingió no estar muy atento a la conversación y se tomó la copa de golpe.

Una fuerte tormenta había descendido sobre la ciudad con atrocidad. La lluvia caía en torreltes como espesas cortinas, y los relámpagos surcaban el cielo acompañados de ensordecedores truenos que hacían vibrar los cristales de las ventanas.

—Rose es una gatita —continuó diciendo Seth, devorando a la joven con sus ojos azules.

Colbert hizo una mueca con los labios. Gatita era lo que él tenía en casa, o más bien una gata salvaje de ojos verdes que lo había tenido excitado hasta pocos

minutos antes de entrar en el local. Ahora estaba desapetente, eligiendo una mujer como quien elige un sombrero, bueno, había quien se esmeraba más en el sombrero.

—Te noto distraído, Iron, ¿hay algo que te preocupa? —dijo, por fin, Seth. Se había dado cuenta desde que había visto a su amigo que algo ocurría.

—Nada importante —respondió, retirando la atención de las mujeres—. Estoy pensando en regresar a casa. Puede que Hellen necesite ayuda con los niños.

Seth lo miró con un brillo burlón en sus ojos claros.

—Es cierto, olvidaba que ahora tienes una familia. —Se tensó un poco, mirándolo—. ¿Qué sucede, no ha acudido el servicio que contraté?

Iron lo observó con el ceño fruncido, sin entender. Luego, al darse cuenta, asintió.

—Está todo bien, demonio, soy yo el que me siento algo intranquilo de haberlos dejado nada más llegar. —«y culpable al recordar la reacción de Alana», pensó.

Conforme, Seth se relajó y apoyó su espalda ancha en el respaldo del sofá.

—¿La mansión ha sido de vuestro agrado?

—Más que eso, *mon ami*. —Colbert lo miró fijamente—. ¿Por qué has escogido algo tan llamativo?

—Fue un negocio rentable y no creo que eso suponga un inconveniente para ti.

—No, siempre y cuando no comiencen a preguntarse de dónde obtengo la mayor parte de mi capital. —Decididamente, no le complacía en absoluto que Alana se enterase de la verdad. Y maldita fuera si entendía por qué. Nunca le había importado lo que pensasen de él. En el caso de ella era diferente.

—Las mujeres no suelen preguntarse de dónde consigue uno los fondos mientras las tengas agradas.

—Eso es válido para las damas de alcurnia. Este no es mi caso, *mon bon ami*.

—Indicaste que tú hermano vivía bien. ¿No era así?

Colbert se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en sus rodillas y sostuvo su copa vacía.

—Al parecer, no tan perfectamente como suponía. Jhon no las dejó en muy buena situación que digamos. No sé qué pudo pasar. Él siempre fue inteligente y previsor.

—Todo eso es bastante extraño —asintió Seth, enderezándose—. Desde que me escribiste contándome lo del accidente, conseguí reunirme con algunos contactos y sé dónde se halla tu alguacil.

Colbert dejó el vaso en la mesa.

—¿Meison? ¿Has logrado dar con él?

—Me ha costado un poco, pero después de muchas pesquisas, adquirí cierta información. El hombre no se encuentra en Inglaterra.

—¡Cómo es eso! —gruñó Colbert.

—Se embarcó en el Ice Maiden hacia América. Dos de mis hombres lo siguieron hasta Boston, que es donde se encuentran ahora mismo esperando nuevas instrucciones. En cuanto digas, se hacen con él.

—Preferiría que fuesen cautelosos y le sonsacaran lo que necesito saber. Meison sabe lo que ocurrió con mi hermano, y si fue él quien lo mató, yo mismo me encargaré de acabar con él.

—Como gustes, Iron. —Seth hizo una señal a las mujeres para que se marchasen. Rose fue la única que quedó, y Colbert la despidió con la mano. Realmente no le apetecía ninguna en aquel momento.

—Tengo que pedirte otro favor, ¿has oído hablar de lord Huntington?

—Por desgracia —afirmó el demonio con disgusto—. Le envié un par de muchachas y se le fue la mano con ellas. Mis hombres tuvieron que darle una buena advertencia. Desde entonces, solo se dedica a las apuestas en el cuadrilátero. —Se encogió de hombros—. No sé cómo lo hace, la mayoría de las veces lo desplumamos. No es un hombre con mucha suerte. —Rió.

Colbert asintió, repentinamente interesado.

—Posiblemente sea una necedad lo que voy a decirte. Mantuve una extraña conversación, y desde entonces presiento que este hombre pudiera tener algo que ver con el asunto.

—¿A qué te refieres?

—Al parecer, cuando mi hermano murió, se interesó bastante en mi cuñada, no sé —agitó la cabeza pensando en todo lo que Alana le había dicho—, puede que todo sea una simple coincidencia.

—Si tu cuñada es hermosa, que no te extrañe. —Seth se encogió de hombros—. Huntington es un depravado. Dicen que su primera esposa se suicidó porque engendró un hijo atrofiado.

Los ojos de Colbert brillaron con sorpresa.

—Cierto que llegaron a mí los rumores de la esposa, pero no tenía idea de lo del crío.

—Si lo deseas, puedo enviar a alguien para que lo averigüe más exhaustivamente.

—Podrías hacerlo, al menos hasta que llegue Paddy.

Seth soltó una sonora carcajada.

—Has mandado que venga la caballería.

—Toda al completo. —Sonrió Colbert—. No creo que ya demoren mucho.

—Y dime, ¿cómo es tu cuñada? —preguntó Seth con un movimiento de cabeza.

Colbert alzó las cejas, interrogante.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por nada en especial, es solo que te veo tan deseoso de reunirte con ella, que imagino que... y a sabes... —adrede, dejó la frase incompleta.

Le tocó reír a Colbert.

—¡Te has vuelto completamente un desequilibrado!

Seth fijó en él sus ojos azules, con interés.

—Entonces, ¿me vas a responder o no?

—En realidad, Hellen es muy bonita —Colbert se mordió el labio inferior, pensativo—, pero jamás osaría acordar nada con ella.

—¿Por qué? ¡No me digas que sientes reparo por haber sido la hembra de tu hermano!

—Puedes reírte si lo deseas —señaló tranquilamente—, pero solo por ese motivo sería a la última mujer a la que me acercase con esas intenciones que nublan tu mente, *camarade*.

—¡Ah, entonces no es amor! Aún sigues siendo dueño de ti.

—No, demonio. Lo digo en serio. Hellen es una buena mujer y tiene una familia estupenda —le habló un poco por encima de ella y de los mellizos. Seth era un tipo que sabía escuchar, aunque muchas veces se tomaba las cosas a broma.

—Yo siempre supe que debajo de toda esa frialdad insensible que tienes, había un corazoncito. ¿Quién es ella entonces? —insistió.

—¿Quién es quién?

—¡No me lo ocultes, Iron! Si no es la dulce Hellen quien te tiene así, alguien debe ser. ¡Has rechazado a Rose! Eso solo puede significar que hay otra mujer.

Colbert chasqueó la lengua, incómodo.

—¿Qué te hace pensar eso?

Seth no le contestó. Se limitó a beber de su vaso con la vista clavada en él.

—No hay nadie, es solo que se me ha venido otra contrariedad encima.

—¿De qué se trata?

—Hellen tiene una hermana y está en edad casadera. Mi cuñada quiere que se busque un esposo y cuenta conmigo para ayudarla.

Seth silbó.

—¿Y cómo piensas hacerlo? La duquesa de Bedford lleva un amplio control sobre quién puede acceder o no a esas clases de fiesta. Esa mujer es un poco quisquillosa y si bien es capaz de hacer que una dama disfrute de todo su apogeo también...

Colbert se echó a reír con diversión, y Seth guardó silencio, intrigado.

—Verás, *mon ami*, aún te queda mucho por aprender. Si yo quisiera que Alana se presentase en una de esas pomposas fiestas, no tendría ningún problema.

—Ilústrame, por favor.

—Un buen día, mientras aún dirigía el Hércules en el puerto de Plymouth, descubrí un pasajero que alguien había arrojado en una nebulosa noche de otoño. El pobre desgraciado había bebido tanto que no entendía qué hacía en mi bergantín completamente desnudo y... totalmente ridiculizado. Máximo cuando este individuo era uno de los sobrinos predilectos de la duquesa de Bedford. La buena dama tuvo a bien retribuirme por guardar silencio y que la sociedad nunca se enterase de este altercado. Pero ya me conoces, *camarade*, me gusta esperar para cobrar mis favores. Digamos que la duquesa y yo tenemos un pacto especial.

Seth explotó en carcajadas.

—¡Ahora comprendo el motivo por el que el marqués se batió a duelo hace algunos años! ¿O me equivoco?

—Descubrió que uno de sus pares quería verlo muerto.

—Muy bueno —dijo Seth, admirado. Tocándose el labio con el dedo índice, volvió al tema inicial—. ¿Y si no es ninguna dificultad acceder a estas reuniones... cuál es tu desavenencia? Esa muchacha lo tendrá sencillo con el favor de lady Bedford.

Colbert resopló:

—No quiero que cualquiera tenga acceso a ella. Estoy seguro que tendrá muchos admiradores, y yo necesito nombres que mi cuñada pueda barajar, pero no quiero que se convierta en la comidilla de la ciudad por el modo en que puede acceder a estos sitios. Vamos, que no quiero que se relacione con esta gente. Me vale cualquier familia decente con una clase medio alta. ¿Lo entiendes?

Una sonrisa divertida se dibujó en el rostro de Seth.

—¿Aún no te la has llevado a la cama?

Iron le lanzó una mirada asesina y se puso en pie. Los relámpagos desgarraban la oscuridad del cielo, y los cristales brillaban con miríadas de gotas de lluvia.

—Alana no me interesa en absoluto. —Lo señaló con el pulgar—. Además, mi maldita ética moral no lo permite.

—¿Tú tienes de eso? —Rió Seth con burla—. ¿Dónde estaba hasta ahora?

Colbert se encogió de hombros, con una mueca socarrona.

—Al parecer, la he descubierto hace unas semanas. Y no me gusta ser tan honrado, de verdad. Si no fuese la hermana de Hellen y tía de mis sobrinos... —Torció los labios en una sonrisa taimada—. Ya sabes, la moza bien lo vale.

—¿Y qué clase de hombre deseas para ella?

—No entiendo de eso —respondió a regañadientes. No le apetecía ninguno. Iba a envidiar a quién fuese.

—Nunca te he visto tan confundido, ni tan decente, Iron.

—No estoy confundido, te lo aseguro. —Sus ojos grises brillaron, maliciosos—. Pero es cierto que la condenada me ha provocado más de un dolor de riñones.

Seth soltó una sonora carcajada.

—¿De verdad quieres casarla antes de probarla?

—No me tientes. Hay muchas mujeres más que dispuestas como para deshonrar a esta.

—Pero se te ha pasado por la mente, ¿verdad?

Colbert rió entre dientes, asintiendo con la cabeza.

Seth se quedó pasmado y agitó la cabeza.

—Amigo, estás vendido. Deshazte de ella cuanto antes.

—Lo sé —contestó Colbert, perdiendo la mirada en el exterior de la noche.

No tenía que haberle dicho nada a Seth. Colbert echó las culpas a la bebida. De no haber tomado, se habría callado como un bendito. Conocía al demonio ruso y no iba a para hasta conocer a Alana y saciar su curiosidad.

¡Maldita lengua traicionera!

Sin embargo, casi admitir en alto que Alana no le era totalmente indiferente le quitó un peso de encima. Sentía aprecio por la joven y no deseaba ningún mal para ella, pero estaba cansado de que despertase en él sus instintos más bajos y de haberse prometido no tocarla. Era por eso que se sentía así de frustrado.

—¡Tía Lania! ¡Tía Lania!

Alana se sentó de repente en la bañera, desbordando agua por los cuatro costados. Los desesperados gritos de Andy hicieron mella en ella despertándola del agradable estupor en el que estaba sumergida.

—¡Tía Lania! —se repitió el grito infantil.

Asustada, salió con prisa de la tina, empapando la gruesa alfombra. Recogió la bata que había colocado en el taburete y, poniéndosela sobre el cuerpo húmedo, se escabulló del cuarto de aseo hacia el de su sobrino.

Los gritos del pequeño continuaban escuchándose. El corredor se hallaba débilmente iluminado por un candelabro de plata situado encima de una mesita baja, contra la pared. Ese único punto de luz formaba sombras espesas en el principio de las escaleras.

—¡Ya voy! —gritó ella, alterada, atravesando el pasillo de una carrera.

Antes de llegar al cuarto de Andy, estuvo a punto de chocar contra Colbert, que asomó la cabeza, con el largo y oscuro cabello revuelto sobre los hombros. Sus ojos seguían adormilados, como si se acabase de despertar.

En un intento por frenarse, Alana resbaló en el piso. Agitó los brazos antes de caer, pero nunca llegó al suelo. Colbert la sujetó de las caderas, y ella, en un acto reflejo, se aferró a sus hombros apretándose contra él. Alzó la mirada y por un momento se perdió en las plateadas lagunas que refulgían como las estrellas. Colbert tenía el torso desnudo, y su tacto era caliente y aterciopelado. Se asombró; durante el beso del cementerio no se había percatado de que él fuese tan... duro. La piel morena se asemejaba a puro granito bajo las yemas de sus dedos.

Colbert la miró con intensidad. Toda ella relucía con una fina película de agua y varios mechones se habían adherido a las mejillas. ¿Era una ilusión?

Andy rompió el momento con otro alarido.

Alana se apartó de él con un jadeo nervioso, ruborizada de la cabeza a los pies, y prosiguió con velocidad hacia el cuarto del niño.

Colbert salió de su aturdimiento y la siguió.

—¿Qué ocurre?

—¡Es Andy! —le dijo sobre el hombro—. Puede ser alguna de sus pesadillas.

Colbert quiso entenderla, pero hacia escasos minutos había estado soñando con ella y de repente, nada más abrir los ojos, se presentaba semidesnuda, con la piel brillando y sus hermosos ojos color de las olivas clavados en los suyos. ¿Alana era consciente de lo bella que se veía?

¡Maldición!

Andy había comenzado a lanzar histéricos alaridos cuando ambos entraron en la alcoba. Alana prendió la mecha de la lámpara de aceite y se volvió hacia el niño. El pobre no hacía más que revolverse entre las sábanas y uno de sus pequeños pies había quedado aprisionado entre las ropas.

—¡Andy, cariño, estoy aquí! —le dijo ella, acercándose a él. Con dulzura, lo liberó. Luego, se inclinó para abrazarlo con fuerza—. ¡Estoy aquí, soy Lania, mi amor!

Colbert se había detenido en el hueco de la puerta, totalmente inmóvil. La bata de Alana se adhería a su cuerpo como si fuese una segunda piel y con la luz de la mecha, cada curva, cada recodo, se marcaba con absoluta precisión. Extasiado, dejó que sus ojos grises se alimentasen a placer.

—Andy, mi cielo, despierta —susurró ella, obligando al chiquillo a abrir los ojos. El mellizo se batió contra ella, resistiéndose a despertar todavía. Una de las manitas golpeó el rostro de la joven, y Colbert se apresuró a entrar.

—Déjame —le ordenó, quitándole al niño de los brazos. Se sentó en el colchón con Andy sobre su regazo y poco a poco comenzó a calmarlo.

Los ojos de Colbert luchaban por no posarse en ella, sentía que Alana tenía una fuerza especial. Un potente imán que embotaba sus sentidos. Olía el perfume de su jabón, el que aún tenía en el cabello recogido sobre la coronilla. Toda ella desprendía un aroma fresco, una fragancia cautivadora que lo arrastraba al fondo del abismo.

Se obligó a concentrarse en su sobrino.

En cuanto Andy recuperó la conciencia, se lanzó a los brazos de Alana, que se había sentado junto a Colbert. Ella le regó la carita y la cabeza de besos.

—Es solo una pesadilla, cariño. En los sueños no pueden hacerte nada, Andy —murmuró con ternura.

Colbert vio que Alana tenía una débil rojez en la mejilla donde había recibido el golpe. Con voz ronca, se dirigió al muchacho:

—¿Qué ha pasado, chico?

Andy tardó un rato en responder, como si estuviese pensando por donde iba a empezar. A Colbert no le gustó verlo así, sobre todo porque Alana sufría. Sin darse cuenta de lo que hacía, levantó la mano hasta la mejilla de la muchacha, observándola con fijeza. Sintió la piel fresca y suave, y esta vez su excitación, mezclada con un desconocido sentimiento, se apoderó de él con ferocidad.

Como hipnotizada, Alana también lo miró y con lentitud, sus cálidos ojos verdes descendieron sobre su pecho desnudo. Él creyó ver admiración reflejada en sus pupilas y se tensó. ¡No podía ser! ¡Ella no tenía por qué mirarlo así! «¡Una maldita virgen!», se repitió. Apartó la mano de su mejilla, y ella despertó del trance, volviendo a besar la frente del niño, completamente ruborizada.

—Ya ha pasado, Andy —murmuró Alana, quitándole las lágrimas—. ¿Te encuentras mejor?

Colbert se levantó, incómodo, y caminó hasta la ventana. Necesitaba respirar, sentía que se ahogaba con la sensación de tener aún sobre él los hermosos ojos verdes. No entendía qué le estaba pasando.

Andy hipó.

—Sí, tía Lania, ¡creí que me habían cogido!

Colbert, más sereno, se volvió hacia ellos, deteniéndose en frente. Palmeó la cabeza del pequeño.

—Solo ha sido una pesadilla, chico, no debes tener miedo de eso. —Se puso en cuclillas frente a la cama y de repente se encontró junto a las cremosas y satinadas piernas de Alana que asomaban por la bata entreabierta. Pudo ver, a través de la delgada tela, el rizado vello oscuro existente en el nacimiento de sus muslos. ¡El mismo diablo lo tentaba! Se esforzó en mantener las manos quietas luchando contra el deseo de acariciarla. Su frente se cubrió de sudor perlado.

Alana siguió su mirada cuando él se calló de repente. Ahogó una exclamación y arrastró las liadas sábanas sobre sus piernas. Colbert, azorado, levantó la mirada al niño.

—Aquí nadie puede hacerte daño, pequeño.

—Si vienen, ¿tú los detendrás? —preguntó él en un hilo de voz.

—¿Quién va a venir, Andy?

¿Colbert notó que Alana dejaba de respirar o fueron imaginaciones suyas?

—¡Los lobos de las pesadillas! —respondió.

—Aquí no hay lobos.

—¡Sí que los hay!

Alana hizo una mueca de disgusto y enredó sus dedos en el pelo de Andy.

—Pero si vinieran, te puedo asegurar que tu tío se enfrentaría a ellos y no los dejaría pasar. Él es mucho más fuerte que los lobos, y sabes que yo tampoco permitiría que se acercasen. Lo sabes, ¿verdad?

Andy buscó la confirmación de lo que Alana había dicho en los ojos de su tío.

—Así es. Yo nunca dejaría que os pasara nada. Sería capaz de matar a todos los lobos con mis propias manos.

—¿Y no nos abandonarás? —preguntó tímidamente el mellizo.

El corazón de Alana golpeó con fuerza en su pecho y repentinamente se le llenaron los ojos de lágrimas. Sabía que Andy pensaba en su padre. Apartó la mirada para que ni Colbert ni el niño lo advirtieran. Pero Colbert sí lo hizo y aunque no entendió, se abstuvo de comentar nada. Tomó la mano del muchacho.

—Te lo prometo, siempre estaré cerca de vosotros.

—¿Tú también lo prometes, tía Lania?

Ella sorbió y con disimulo, se pasó la manga de la bata bajo la nariz. Cuando se encontró con la mirada del niño, esbozó una sonrisa.

—¡Pues claro que sí! ¡Qué te has creído!

—Aunque te cases, ¿seguirás estando con nosotros?

Alana asintió sin dudarle.

—Por supuesto.

—¿Pero irás a vivir a otra parte? —insistió el jovencito.

—¿No he estado siempre contigo, Andy?

El niño asintió:

—Pero mamá dice que si te casas, te tendrás que marchar a vivir fuera.

Alana frunció el ceño y le dedicó una sonrisa divertida.

—¡Qué sabrá tu madre de eso!

El niño se echó a reír.

—Es verdad, tía Lania, tú siempre haces lo que quieres.

—Eso mismo iba a decir yo —terció Colbert, uniéndose a la broma.

—Yo podría casarme contigo, tía Lania —Andy se ofreció con tanta sinceridad que Alana sintió deseos de comérselo a besos.

—Me parece que eres un poco pequeño para eso.

—Puedes esperar a que crezca.

—Entonces, yo seré demasiado vieja.

—¿Y si te casas con tío Colbert? Entonces, viviremos juntos.

Alana se atragantó, y Colbert se incorporó como si le hubiese picado un insecto en el trasero.

—Eso no puede pasar, chico.

—¿Por qué?

—Digamos que hay personas que se casan porque desean hacerlo, y otras no.

—¿Tú no lo deseas, tío Colbert?

—¿Y aguantar el mal genio de tu tía? —Agitó la cabeza con una carcajada. Miró a Alana, que lo observaba seria, y se calló. Se dirigió a su sobrino—. Alana no me quiere.

Pálida como la pared, Alana lo miró bizqueando.

—¿No lo quieres, tía Lania?

Ella tragó con dificultad. ¿Cómo habían llegado a esa conversación? ¿Y cómo él era capaz de escurrir el bulto de esa manera?

Colbert estaba pensando lo mismo.

—No... como esposo.

—Sé que no lo entiendes, chico —dijo Colbert—. Eres demasiado joven para ello, pero algún día lo entenderás —resolvió con una sonrisa.

—Él tiene razón cariño. Hay personas que evitan la responsabilidad porque le temen. Porque en el fondo son inseguros y creen que seguirán siendo jóvenes y atractivos para siempre, pero no se dan cuenta que los años pasan igual para todos.

Colbert se sintió herido de que Alana lo juzgase tan injustamente y no quiso seguir escuchándola. Se puso en pie y cogió al pequeño en brazos para que ella estirase las sábanas. Caminó con Andy hacia la ventana.

—Y ahora... te vamos a reparar la cama, te vas a meter a dormir y soñarás con cosas bonitas.

Alana aprovechó para rehacer las cobijas. No se percató que Colbert, en vez de mirar hacia el exterior, observaba atentamente su reflejo en el cristal. Una de las veces que ella levantó la mirada, se encontró con sus ojos grises perdidos en la rendija de la bata viendo sus pechos. Ella se ruborizó e inexplicablemente sus pezones se irguieron. Cambió de posición y terminó de colocar la almohada, con una mueca de disgusto.

—Listo —dijo, anudándose la bata más fuerte al tiempo que se apartaba de la luz.

Él puso a Andy sobre la cama y lo tapó con los cobertores mientras Alana atizaba el fuego.

—Tío Colbert, ¿te quedas un rato conmigo? —le preguntó el niño.

Alana se giró con brusquedad. Siempre se lo había pedido a ella.

—¿No quieres que me quede yo?

—Prefiero al tío Colbert —respondió con toda inocencia. Una inocencia que a Alana le destrozó el corazón.

—Comprende que es cosa de hombres —dijo Colbert, tomando asiento junto a su sobrino.

Le hubiese gustado replicarle, pero no lo hizo. Ahora era cosa de hombres, pero cuando no había habido ninguno, ella se había encargado de consolarlo. Controló su decepción y, orgullosa, asintió con la cabeza.

—Entonces, nos vemos mañana. Que ambos descanséis bien.

Andy percibió algo en su voz y la detuvo.

—¡Tía Lania, espera!

Ella luchó porque no aflorasen las lágrimas que habían acudido a tropel a sus ojos y con un tembloroso suspiro, volvió la cara a ellos, que, inevitablemente, vieron su tristeza.

—Te quiero mucho, tía Lania —dijo Andy, avergonzado.

Ella tragó con dificultad, apretó los labios con fuerza y logró sonreír.

—Yo a ti también, mi amor. Siempre.

Colbert enseguida se puso en pie para ir hacia ella, sin embargo, Alana salió corriendo del dormitorio, antes de romper a llorar como una boba, y le cerró la puerta.

En toda la noche, Alana casi no pudo dormir pensando en lo sucedido y para colmo, a primera hora de la mañana, la doncella acudió a avisarle que Colbert deseaba verla en el despacho. No estaba muy segura de qué quería conversar con ella, aunque imaginó que se trataba de algo ocurrido la noche anterior.

Se vistió sin ayuda de Lucy. Desnudarse frente a extraños la incomodaba mucho, pero la dejó que le cepillase el cabello y le hiciese un elegante trenzado. Después, bajó a la primera planta, y un sirviente le indicó el estudio. Golpeó la puerta suavemente y esperó alguna contestación durante un largo minuto. Del interior no llegó nada y si Colbert contestó, ella no lo escuchó. Al final, entró.

El hombre moreno, tan guapo como un dios, estaba sentado frente al escritorio, con la cabeza inclinada hacia algo que estuviese leyendo.

—Buenos días. ¿Deseabas hablar conmigo? —le preguntó con recelo.

Él alzó la cabeza, como si no la hubiese oído entrar, y se enderezó ligeramente, mirándola con sus penetrantes ojos grises.

—Por favor, pasa y siéntate. Solo será un minuto.

Ella observó el gabinete de manera nerviosa, suspiró con fuerza y caminó hacia la silla que estaba frente a la mesa, advirtiéndole:

—Los mellizos y yo íbamos a salir al parque.

Él curvó las cejas interrogativamente.

—¿Ya se han despertado los niños?

—Hace rato. —Se sentó, tensa como un palo, y de un rápido vistazo se cercioró que había dejado la puerta medio abierta. No quería encerrarse en el mismo sitio que él, ni para que los sirvientes pudiesen decir nada malo ni para que Hellen pensase mal de ella.

El estudio era una sala bastante oscura y sobrecargada. Alguien había descornado las cortinas que cubrían una ventana muy alta, y esa única luz natural era la que iluminaba el sitio. En la chimenea quedaban ascuas brillantes mientras al lado había una pila de troncos dispuesto a ser introducidos en cualquier momento.

—No pienso entretenerme mucho —dijo él, volviendo a sus papeles—. ¿Tienes frío?

Alana apartó los ojos del hogar.

—No, estoy bien. ¿De qué querías hablarme? —preguntó en un hilo de voz. Tenía la boca seca y su corazón retumbaba alterado en el pecho.

—Es sobre Andy.

Alana volvió a suspirar, esta vez, más profundamente.

—¿Por qué no le preguntas a Hellen?

—Podría hacerlo —aseveró él—, pero no deseo causarle ningún dolor.

Ella se dijo que debía tener paciencia a pesar de sentirse tan tensa como la cuerda de un violín a punto de romperse.

—De acuerdo.

Colbert guardó varias cosas en el cajón y por fin levantó la vista hacia ella, echándose atrás en la silla. Llevaba una camisa tan blanca que su cabello parecía más negro de lo normal sobre sus hombros. Estaba hermoso a pesar de la dura línea de su mentón.

—Me gustaría que me hablaras sobre las pesadillas de Andy. ¿Cuándo comenzaron?

—Poco después de que Jhon falleciera. Estábamos todos reunidos en el salón cuando el alguacil entró a informarnos.

—¿Los niños también estaban?

—Estábamos todos —repetió—. No nos dio tiempo a decir a Noelle que los subiese al cuarto, y Meison tuvo muy poca delicadeza. Sí, no me mires así —le dijo al ver que él había abierto los ojos con sorpresa—. Ese hombre contó delante de los mellizos como había sucedido el accidente. Al principio, habló de perros de caza que atacaron a Jhon y luego cambió la versión por lobos.

—Hellen me lo contó. Decía que hacía tiempo no se veían lobos en Dorset. Entonces... —dijo, pensativo, como si ella no estuviese en frente—, es por eso por lo que Andy sueña con ellos.

—Por eso y porque ese... ese... Meison. —No pudo evitar que su voz sonase enfada al recordarlo, sentía mucho rencor por el alguacil que tan mal se lo había hecho pasar a todos—. No sé qué te contaría mi hermana, Colbert, pero el caballo de Jhon se encabritó y salió despedido por el barranco. Los perros no debieron quedar muy conformes con tirarlo, ya que lo siguieron y... —De solo pensar cuando tuvo que acudir a reconocer el cuerpo de su cuñado, todo su vello se erizaba—. Lo tenían en el suelo tapado con mantas viejas y un montón de sangre a su alrededor. Los perros lo destrozaron de una manera horripilante. —Se guardó un sollozo tapándose la boca con la mano. No podía apartar de la mente esa imagen tan impactante—. Andy fue el que peor lo llevó. Siempre le han dado miedo los perros, pero a partir de ese día... No soporta estar en presencia de ninguno.

Colbert la miraba fijamente, con la frente surcada de preocupantes arrugas.

—Parece que Hellen omitió esa parte. Dime, Alana, ¿por qué Andy te llama a ti en vez de avisar a su madre?

—En aquel momento, Hellen estaba destrozada. No tenía ni fuerzas ni ánimos para consolar a los niños, además, yo siempre he estado con ellos. Jhon y Hellen trabajaban y debían descansar bien para afrontar el día, de modo que era yo quien me levantaba por las noches, o bien para darlos un vaso de agua, para acompañarlos al aseo...

—¿Y Noelle?

—Ella ayuda enormemente en la casa, pero Hellen y Jhon decían que como el cariño de un familiar no había nada igual. Y tenían... tienen razón. De todos modos, yo soy quien mejor entiendo a los niños.

—Pero piensas que estoy quitándote ese papel, ¿verdad?

Su pregunta la atrapó desprevenida y otra vez las malditas lágrimas anegaron sus ojos, volviéndolos excesivamente brillantes.

—¡No sé por qué me dices eso, Colbert!

—No quiero usurpar ni interferir en todo lo que sientes por ellos y lo que ellos sienten por ti. —Él la miró intensamente sin perder un solo detalle de sus gestos, aunque Alana procuraba aparentar serenidad—. Andy y William te necesitan, pero también quieren hablar con un hombre.

—¿Crees que siento envidia de ti?

Él asintió con sinceridad y la desarmó. No había esperado que se enfocase el asunto de una manera tan profunda.

—No envidia, pero sientes que te quiero alejar de ellos.

—No estoy acostumbrada a compartirlos con nadie —admitió tras meditarlo unos segundos—, y desde que tú apareciste, siento... siento... A veces siento que... —Tragó con dificultad. De repente, era como si no pudiese respirar—. Creo que los voy perdiendo poco a poco y que estoy dejando de pertenecer a la familia. Antes, estábamos muy unidos, y ahora, ya... no me necesitan. —Una solitaria lágrima rodó por su mejilla y la apartó con la palma de la mano. No le gustaba que nadie la viese llorar.

Colbert agitó la cabeza y le entregó un pañuelo doblado.

—No sabía que te sentías así, pero estás totalmente confundida, Alana. Desde que llegué a esta familia, parece ser que todo gira alrededor tuyo. He visto a Hellen pedirte consejos, a los niños, a Noelle... Tú eres la que estás llevando el peso de todo. La que te haces responsable de la mayoría de las cosas cuando es Hellen quien

debería hacerlo.

—Ella ha estado atravesando un mal momento. Han ocurrido muchas cosas desde que tu hermano nos dejó, pero ahora noto que se encuentra mucho mejor y que está más animada. Es gracias a ti —le confesó, aunque odió hacerlo—. Nos estás ayudando muchísimo a todos.

—¿Y entonces por qué siento que me presentas batalla cada vez que me acerco a ti? Es como si esperases a cada momento algún enfrentamiento. ¡No puede ser que te guste estar enojada conmigo en todo momento!

—No lo sé —admitió ella con los ojos fijos en el escritorio.

—Por favor —dijo Colbert, estirando la mano hacia a ella. Le cogió la barbilla con dulzura y le hizo levantar la cabeza.

Nunca había estado tan nerviosa en toda su vida. Él soltó su cara, y Alana aspiró una gran bocanada de aire dispuesta a enfrentarlo con la misma sinceridad con la que él le había hablado.

—Encuentro muy extraño que hayas aparecido de la noche a la mañana queriéndote hacer cargo de Hellen y los niños. Puede que creas que soy desconfiada, y en cierto modo lo soy. Desconfío de todo porque todo tiene su parte mala. —Se encogió de hombros, percatándose que se estaba liando con sus propias palabras—. Hellen te escribió, pero yo le dije que nunca vendrías. Jhon me dijo que no tenías intención de pisar Inglaterra nunca. Sin embargo, no sé por qué, Hellen confió en ti. No sé... si nos hubieses avisado que vendrías, o qué sé yo, que nos invitarías a ir a vivir contigo... pero dejaste allí tu trabajo, tu vida, por venir a ayudarnos. Sé que te suena a egoísta, pero no puedo evitarlo. —Se inclinó un poco hacia adelante en la mesa, buscando sus ojos—. ¿Qué es lo que buscas de nosotros, Colbert?

—¿Te parece mal que quiera vivir con mi familia?

Alana juntó los labios con fuerza y lo miró con fijeza.

—No es lo que me parezca a mí —agitó la cabeza—, es solo que no te conocemos de nada por muy hermano de Jhon que seas. Él hablaba mucho de ti. Te amaba mucho, incluso bromeaba con nosotras contando algunas de tus aventuras. Hubo una vez que nos relató que durante una de tus juergas, cinco mujeres llegaron a subastarte en el mostrador de un club. Al parecer, toda la ciudad habló de ello un tiempo.

—¡Era muy joven! ¡Me acababa de enrolar en la marina! —exclamó él acordándose del momento—. ¡Fue una especie de novatada!

—No tienes que excusarte —respondió ella avergonzada por habérselo comentado—. Hay muchos hombres que se divierten de cualquier forma, y Jhon no lo contó como algo divertido. Decía que tenías un carácter muy fuerte y que enseguida te enfadabas por todo.

—¡Por Dios! —Colbert se puso en pie. Alana lo miró con aprensión, vigilante—. No suelo enfadarme casi nunca, al contrario, soy bastante paciente. ¡No sé de dónde sacó Jhon eso!

—Ahora estás enfadado —le hizo notar.

Él apoyó los puños sobre el tablero.

—No, no lo estoy. Es mi forma de ser. No soy una persona que me guste estar riéndome continuamente si no tengo motivo para hacerlo. Yo no soy de esos que quieren caer bien a todo el mundo solo por puro convencionalismo, porque me da lo mismo lo que piensen, porque no todos son lo que aparentan ser. A nadie tiene por qué importarle como me encuentro si no me conocen. Nunca he permitido que quieran manejar mi vida. ¿Es eso tan malo? —preguntó con firmeza.

—No lo sé —respondió Alana, impresionada por esa revelación tan inesperada. Algo en la plateada mirada de Colbert le decía que tenía que creerle, sin embargo, quedaban muchas cosas pendientes...

—Cuando mis padres murieron, muchos de nuestros parientes, que no nos habían visto en años, o que ni siquiera nos conocían, vinieron como rapaces a ver cuál era la fortuna que mi padre había dejado. Jhon y yo éramos menores de edad, y lo primero que escuché fue que nos enviarían a un colegio a estudiar. Mi hermano era más conformista, siempre lo fue —dijo recordándolo. Se apartó del escritorio y se acercó a la ventana, apoyando una mano en el marco, con la vista perdida en el exterior—. Él era muy confiado. —Agitó la cabeza, apenado—. Si le decían que saltase, él lo hacía. Pero yo no. —Se volvió a ella, que lo miraba confundida—. Les dije que quería ser oficial, y ellos me lo negaron. ¡No podía serlo porque debía ser profesor como quería Jhon, o contable como el tío Arthur! ¡Debía ser cualquier maldita cosa que ellos dijese! —Caminó lentamente hacia la mesa y se detuvo detrás de la silla en la que había estado sentado, mirándola tan fijamente, que Alana sintió que su corazón galopaba salvajemente sin control—. Ellos no querían dejarme ser como era.

—¿Y cómo eras, Colbert? —se atrevió a preguntarle con un nudo en la garganta. —al final has decidido tú y has acabado como contable ¿Por qué?

—Siempre me he sentido orgulloso por pensar por mí mismo sin necesitar la ayuda de nadie. Me acuso de ser... soberbio, pero no soporto que nadie me diga lo que está bien o lo que está mal. No quiero compasión... ¿Sabes qué fue lo primero que hicieron mis parientes? —Alana no contestó—. Vendieron la casa de mis padres. Decían que era demasiado costosa para mantenerla vacía. Ni siquiera nos preguntaron a mi hermano y a mí si algún día pensábamos regresar.

—No lo sabía —musitó Alana.

Colbert no la escuchó.

—Cuando salí del maldito colegio, regresé, pero ya no había nada. Ni siquiera nos pertenecían las tierras. Todo se había esfumado y nada me retenía. Jhon consiguió su título y se alquiló un apartamento aquí, en Londres. Yo ingresé en la armada. No quería tener nada que ver con mis parientes ni con gente falsa y egoísta. —Hizo una mueca sarcástica y cruel que puso a la joven la carne de gallina—. Me alegré cuando Jhon me dijo que no guardaba contacto con nadie de la familia. Me confesó que había sido un cobarde de callarse tantas y tantas cosas..., pero la vida le fue bien. —Alana se sintió fatal cuando descubrió que los ojos de Colbert brillaron acuosos. Notó su angustia como propia. ¿Por qué Jhon no había dicho nada de eso?—. Mantuvimos el contacto, poco, pero lo hicimos. Luego, Jhon conoció a Hellen, y en cierto modo yo me sentí liberado. Como si ya no tuviese que preocuparme más por él, porque aunque no lo creas, siempre lo hice. Se trasladaron a Christchurch, y yo, la mayoría de las veces, me encontraba en alta mar. ¿Sabes por qué? —Alana agitó la cabeza. Colbert había conseguido reprimir su dolor y ahora la miraba como si la estuviese increpando—. Porque allí había lo que yo esperaba. Gente de la peor calaña que timaban, engañaban y robaban a personas buenas como Jhon. Quería vengarme de todos.

Él guardó silencio, con la cabeza baja, perdido en sus propios recuerdos. Alana intuyó que nunca había contado esa verdad a nadie y se sintió privilegiada.

—¿Y lo hiciste? —preguntó, incauta—, ¿conseguiste tu objetivo?

Colbert levantó la cabeza y le sonrió con cinismo.

—¿Tú que piensas?

Alana aspiró con fuerza.

—Que no conseguiste nada. De haberlo hecho, no habrías dejado la armada. Entraste en contra de la voluntad de todos, pero lo dejaste. —Agitó la cabeza—. ¿Qué ocurrió?

—Chica lista —su voz fue fría, pero su mirada era cálida y tierna—. No se puede luchar contra ellos, Alana, créeme, esa gente siempre ganará.

—¿Y lo dejaste por eso? ¿Te rendiste?

Colbert asintió con un encogimiento de hombros.

—Si no puedes con ellos, únete.

Alana lo miró con los ojos como platos. Tan sorprendida, que tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Es a eso a lo que te dedicas ahora? ¿A robar a la gente? ¿Es por eso que tienes tanto dinero y puedes permitirte...? —Se puso en pie, espantada, abriendo los brazos como si abrazase la estancia—. ¿Esto es fruto de esos actos?

Él asintió.

Ella se giró hacia la puerta, pero Colbert se acercó en dos zancadas y la retuvo del brazo. La obligó a darse la vuelta hacia él.

—Ya no, Alana. He dejado todo eso, ahora estoy con vosotros. Me he dado cuenta que contigo, con Hellen, con todos, soy una mejor persona.

—¡Eso son mentiras, Colbert! —exclamó—. Una persona no puede cambiar como... como si se cambiase de camisa.

—Escúchame.

—¡No! —Ella lo empujó, soltándose de sus manos, y le dio la espalda. No salió del estudio, aunque se quedó fijamente mirando a la puerta, indecisa—. ¿Lo de la contabilidad con el marqués era mentira?

—Sí. Sentí que era eso lo que debía decirle a Jhon.

—Mentiste todo este tiempo —musitó Alana en un hilo de voz. No podía creerlo.

—Alana —susurró él. Estaba tras ella, estudiando su reacción—. Déjame estar con vosotros...

La joven se irguió con valentía y se volvió hacia él, mirándolo de frente, con la barbilla elevada para alcanzar sus ojos platinos. ¿Cómo podía resistirse a esa expresión de arrepentimiento? Siempre supo que él ocultaba algo, y ahora se lo había confesado. ¿No merecía la oportunidad que él estaba pidiendo? ¿No había llegado cuando más lo necesitaban? No soportó ver la tensión que él reflejaba en sus mejillas y en el duro mentón. Había tanta sinceridad en él que no pudo resistirse a su súplica.

—Jamás, nunca, harás daño a mi familia —dijo ella queriendo que su voz sonase severa y fría, pero estaba tan nerviosa que no resultó como ella esperaba, aun así, Colbert asintió—. Ni tampoco se lo dirás a los niños ni a Hellen, sobre todo a ella. Mi hermana piensa que poco a poco has ido despertando en ella sentimientos que habían muerto con Jhon. —Hizo una pausa, vacilante. Tenía la obligación de advertirle, además, él había fruncido el ceño sin saber qué era lo que le estaba diciendo—. Se está enamorando de ti, Colbert, y yo no voy a permitir que le hagas daño.

Colbert se echó atrás, sorprendido, y exclamó:

—¡Yo no quiero que se enamore de mí! ¡Es la mujer de Jhon!

Repentinamente apenada, Alana asintió.

—En el corazón no se puede mandar. Si tus sentimientos no son los mismos, te aconsejo que se lo hagas entender. No le des esperanzas si no vas a poder cumplir.

—Nunca he hecho tal cosa, Alana, para mí, Hellen es sagrada.

Ella agitó la cabeza y se encogió de hombros. Era verdad que él nunca había dado muestras de sentir algo especial por Hellen, pero obviamente alguien se lo tenía que demostrar a su hermana, y el indicado solo podía ser él.

—No soportaría que le rompieras el corazón, Colbert. Debes decírselo.

—¡Claro que lo haré! No deseo crear malos entendidos.

—No debes hacerle daño. Intenta ser sutil, por favor.

—¡Lo haré! —gruñó, regresando a su silla. Colbert no había esperado que Alana le confesara aquello. Era cierto que había visto a Hellen cambiada desde que la conoció, más alegre. Pero él había pensado que era gracias a la ayuda económica y al pasar más tiempo junto a los niños, no que viera en él algo más.

Alana se acercó deprisa a la mesa.

—Los mellizos me están esperando, pero antes de irme me gustaría saber si seguirás investigando lo de Jhon desde aquí.

—Estoy en ello —asintió—. ¡Espera! —La detuvo antes de que saliera—. Huntington alquila sus tierras para cazar, pero he escuchado que él no lo practica, ¿sabes si eso es cierto?

—No lo sé. Siempre hablé de mis sospechas con Hellen, pero ella no quería hacerme caso. De todos modos, cuando eso mismo se lo pregunté al alcalde, me respondió que el conde es contrario a la caza pese a que alquile sus tierras. Ya te dije una vez que no tengo pruebas, que solo son suposiciones, pero creo que Lord Huntington se había obsesionado con Hellen. Ella misma me dijo cómo la miraba cuando coincidían en algún sitio. Creo que él mató a Jhon —afirmó—, pero si piensas que el alguacil o el alcalde te van ayudar a esclarecerlo, estás muy equivocado. Esos hombres trabajan para él. No sé de qué manera ni de qué forma, pero si Huntington dice: «venid y besadme las botas», ellos lo hacen encantados. —Levantó la cabeza, escuchando las voces de los niños que bajaban saltando las escaleras—. Colbert, si tienes tanto dinero como parece, compra a quien haga falta para descubrirlo.

Alana, William y Andy estuvieron recorriendo Hyde Park en coche y en cuanto asomaron unos pocos, aunque fríos, rayos de sol, aprovecharon para estirar las piernas y continuar el camino a pie. En el penúltimo paseo habían descubierto un puesto acristalado de algodón de azúcar y ese día volvieron a entrar. Disfrutaban mucho con el olor del azúcar templado, la vainilla y la lumbre prendida. Era una tiendecilla pequeña pero muy agradable. De regreso, tuvieron que hacerlo inevitablemente en factón. El cielo se había tornado de un denso tono gris oscuro y comenzaba a nevar de nuevo. El coche se detuvo ante la puerta de la residencia, y el chofer, con el paraguas abierto, corrió a abrirlas la puerta.

Alana no creía en casualidades, y en el mismo momento que ponía los pies en la acera y sus ojos registraron el vehículo estacionado justo delante de ellos, supo con certeza que lo había visto más veces y que se trataba de lord Stephen Huntington.

Su mente no le permitía ser tan ingenua como para creer en las casualidades, y que estuviese el coche de ese señor a escasos metros de ellos no era ninguna providencia. Era difícil confundirse al reconocerlo. Solo a una persona como su dueño se le ocurriría engalanar el pescante con ridículas plumas rojas. Aparte de eso, había otras marcas, como el escudo de un león erguido sobre sus patas traseras, y todos los cordones dorados que adornaban los bajos y los techos.

—Creo que la señora Wakefield tiene visita, señorita Alana —oyó que decía Richard.

—Eso parece, Richard. Andy, Willy. Daos prisa. —Tomó con fuerza las manos de los niños y los obligó a caminar hacia la entrada.

—¿Qué pasa, tía Lania?—preguntó el pobre William, jadeando.

Ella lo miró de refilón. El crio iba manchando todo con el dulce de azúcar. Andy ya se lo había comido y, obedientemente, caminaba junto a ella.

—Nada, cielo, es solo que tengo ganas de llegar a casa —mintió. Por su mente pasó la imagen del lord acosando a Hellen y sintió un fuerte escalofrío—. Por favor, sacudid los zapatos antes de entrar en casa para que no se enfade el señor Drew —recitó, llegando a la puerta. Golpeó la aldaba con fuerza y limpió la pechera de William, restregándole el algodón—. Andy, lo primero es lavarte las manos antes de tocar nada.

—¿Si las tengo limpias! —se quejó.

—¿Sí? A ver —le cogió una muñeca y lo obligó a que le mostrase la palma—. ¡Sucias! Andad, id a buscar a Noelle o a Lucy y que os ayuden.

El niño arrugó la nariz, contrariado.

Alana estaba por llamar otra vez cuando el mayordomo abrió. Entró como un torbellino, seguida de los pequeños.

—¿Qué tal, señor Drew? ¿Está mi hermana?

El mayordomo, por unos segundos, se quedó con la boca abierta, pero hizo rápidamente gala de su profesionalidad y se recuperó.

—Todo está bien, señorita Sanders. La señora Wakefield está en la sala saludando a un caballero.

Alana empujó a los niños con suavidad, dirección a la escalera.

—¡Haced lo que os he dicho! Ahora mismo subo a comprobarlo. —Se quitó el abrigo con prisa y se lo entregó al hombre—. ¿El señor Wakefield también se encuentra con Hellen?

—No. El señor salió y dejó dicho que vendría a la hora del almuerzo.

Con los nervios a flor de piel, Alana rebasó el estudio y la biblioteca y se detuvo ante la puerta de la salita, colocándose el cabello y tratando de apaciguar su respiración. Cuando creyó tener todo bajo control, ingresó sin llamar, de forma cautelosa. No sabía si estaba más asustada que nerviosa, o al contrario.

Hellen estaba de pie, junto a una mesa, viendo como Lucy servía el té. Lord Huntington, sentado en un diván con sus extravagantes ropas, contaba algo. El conde era muy ridículo vistiendo. Le gustaba usar puntillas en el cuello, en los puños, en el pecho de la camisa... Puntillas, volantes, pantalones bombachos, medias, lazos de seda. Era tan chocante y pasado de moda, como su landó.

Afuera, el viento se había levantado con fuerza arrastrando los copos de nieve contra los cristales, y el día se había convertido en noche.

Hellen levantó la cabeza de la vajilla nada más entrar ella.

—Hola, Alana. ¿Qué tal vuestro paseo?

—Hemos disfrutado bastante. Ahora es cuando parece que ha empeorado el tiempo.

—¿Recuerdas a lord Huntington? Ha tenido la deferencia de venir a saludarnos.

El pomposo hombre se puso en pie con lentitud, casi con pereza. Se acercó con una mano de dedos largos extendida hacia ella, como la garras de un rapaz. Era peor de lo que Alana recordaba. Vestía de celeste y plata. Tenía los ojos muy juntos sobre una nariz larga y aguileña, y una barbilla que se confundía con la papada, en cambio, no era tan gordo como ella había creído al principio. Su cabello largo y oscuro estaba atado con un lazo firmemente sujeto en la nuca. No le quedaba tan bien y tan natural como a Colbert, pero al menos no era un postizo.

Con recelo, Alana miró a Hellen, quien le indicó, mediante gestos, que debía ser educada. Se propuso obedecerle. La hora del almuerzo se avecinaba y Colbert no tenía que tardar mucho en llegar.

—Es un placer volver a verlo, milord. ¿Cómo os encontráis?

—Muy bien, señorita Sanders. ¿Y vos? Parecéis un poco más... fortalecida que la última vez que os vi.

Alana le sonrió con falsedad.

—Si no recuerdo mal, era un día de funeral, milord. —Le entregó la mano con renuencia y se ganó un ligero codazo de Hellen. Él apenas rozó sus nudillos con la boca, y Alana se apresuró a apartarse de él fingiendo ir avivar el fuego de la chimenea.

—Es cierto, fue un día bastante lamentable. Además, recuerdo que ibais con los niños, y cubierta de negro de los pies a la cabeza. Habéis cambiado, os encuentro muy hermosa. —La observó con admiración aprovechando que ella estaba de espaldas con el fuelle. Hellen si se dio cuenta y se tensó.

—Tomad asiento, milord.

—Sí, claro. ¿Nos acompaña, señorita Sanders?

Alana se limpió las palmas con un paño colocado junto al atizador para tal fin y se volvió a ellos. Recordó que el día del entierro era su hermana la que iba totalmente cubierta y no ella, pero no quiso entrar en detalle con él.

—Un té bien caliente me hará muy bien —dijo, mirando a Lucy.

La doncella sirvió otra taza.

—Ahora que recuerdo... —comenzó a decir Huntington con una sonrisa presuntuosa—... hace poco estuve conversando sobre vos, señorita Sanders.

Ella alzó las cejas, intrigada. Cogió una silla que adornaba un rincón de la sala y la acercó un poco a los dos sillones que ocupaban ellos. Lucy prendió varias lámparas y cerró la cortina. La oscuridad se había cernido en el exterior.

—¿Ah, sí? ¿Decidme cómo es eso? ¿Qué se puede hablar de alguien como yo?

—De vos se podría decir muchas cosas, señorita Sanders, cada segundo que pasa os veo más bella.

—Me miráis con buenos ojos milord. Pero decidme, ¿en qué circunstancias me nombrasteis?

—Ocurrió hace poco que tuve que regresar a Dorset por una complicación.

Hellen lo interrumpió.

—Espero que no fuese nada grave, milord.

—Nada de especial importancia. El caso es que coincidí con un señor... No recuerdo su nombre, ¡vaya! ¿Cómo era? Ahora mismo lo tenía en mente... —Alana sentía tanta curiosidad por saber que sin darse cuenta respiró con más fuerza de lo normal, mostrando su impaciencia. Él se dio cuenta—. Debéis disculparme, señorita Sanders. Son tantos asuntos en la cabeza que a veces me desoriento un poco.

—Lo comprendo.

Él se inclinó a coger una pasta de crema y canela.

—¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. ¡Fíjese qué extraño! Fue con el capataz que han contratado para la ampliación de la casa.

Alana curvó las cejas, no solo por la expectación. ¿Cómo sabía el lord lo que iban hacer en la residencia? ¿Ya habría corrido la noticia por todo el condado?

—¿Sabéis a quién me refiero? —preguntó él.

Alana asintió.

—Supongo que habla de Mike.

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro del hombre.

—¿Mike? ¿Es ese su nombre?

Alana se dio cuenta de su fallo y rectificó.

—¡Oh, lo siento! Vos habláis del señor Mike Newton.

Hellen volvió a regañarla con la mirada.

—¡Eso es! El señor Newton. Pues bien, comentando sobre que ustedes se habían marchado. —Miró a Hellen con una sonrisa boba y luego, a Alana, con la misma expresión—. Me preguntó quién era usted. Resulta que el señor Newton había preguntado por la zona y ¡no se lo va a creer! —Soltó una carcajada chirriante, desagradable. Hellen fingió devolverle la sonrisa. Alana estaba tan atenta que esperó con inquietud que él continuase—. Pensó que era la niñera. ¡La niñera! —Esta vez no hizo ninguna gracia, al contrario, se hizo el ofendido por el malentendido—. Yo lo saqué de su error, por supuesto. Que se haya pasado todos estos años cuidando de sus sobrinos no la convierte en ninguna niñera. Le dejé muy claro quién era usted, y él... se sintió más decidido.

Alana frunció el ceño. El señor Newton sabía que era la hermana de Hellen. ¿Pero niñera? En realidad... Había cubierto esa función durante años. Tampoco lo podía culpar, pero ¿decidido?

—¿Más decidido para qué? —preguntó absolutamente curiosa.

—Señorita Sanders, cuando el señor Newton pensó que usted era una... Humm... cómo decir... que no era nadie importante, se sintió ligeramente defraudado. Ya sabéis, luego cambió de opinión.

—No, no lo sé. ¿Queréis decir que ese hombre está interesado en mí si no soy la niñera?

Lord Huntington afirmó. Alana no se creía nada, y Hellen tampoco. El conde solo buscaba provocarla para que estallase en alguno de sus monumentales enfados, pero Alana no lo iba hacer. Por otro lado, el señor Newton les había parecido de lo más amable. Y, sin embargo, ¿y si era cierto que Mike era un interesado?

—Sea una empleada o no, tiene razón al pensar que no soy nadie importante —dijo, solícita.

Hellen se percató de la chispa de desilusión que se pintó en los ojos verdes de Alana y palmeó su mano con naturalidad.

—Alana, cariño, tú misma me dijiste que ese hombre no era de tu total agrado, ¿recuerdas?

La muchacha tardó solo unas décimas de segundo en percatarse de la mentira de su hermana, y otras en ver la satisfecha sonrisilla del lord.

—¡Claro, claro! Solo estaba pensando en cómo irá avanzando la remodelación.

Lord Huntington no se dejó engañar.

—Por supuesto, señora Wakefield, que su hermana no puede relacionarse con alguien como un... capataz.

—Arquitecto —corrigió Alana. Y ella tenía todo el derecho de relacionarse con quién quisiese, pensó enfadada.

—Eso es más o menos lo mismo. Además, ha llegado a mis oídos que durante vuestra estancia aquí estaría interesada en buscar esposo.

Ambas mujeres se miraron, atónitas. Alana se atragantó.

—¿Cómo dice, milord? —¿Cómo diablos había llegado eso a oídos del conde?

—No es algo muy normal que en el White's se converse de alguien que no sostiene ningún título, pero imagino que últimamente las personas se aburren y están confeccionando una lista de candidatas. Al parecer, el señor Wakefield piensa entregar una dote importante.

—¿El White's? —preguntó Alana.

Fue Hellen quien respondió.

—Es uno de los clubs más elitista y elegante de Londres. Mis amigas me comentaron que se suelen hacer bastantes apuestas. ¿No es cierto, milord?

—Así es.

Alana se irguió como de si de repente se hubiese quemado con las brasas. ¡Maldito, maldito Colbert! ¿Por qué se le habría ocurrido tamaña tontería?

—¡Señorita Sanders, no os molestéis! Es un privilegio que su nombre esté en tal prestigioso lugar.

Alana lanzó una maldición por lo bajo y frunció el ceño.

—No estoy muy convencida de que para mí lo sea, señor. No deseaba causar ninguna expectación. Pero sobre todo aborrezco que las cosas que me afectan se hagan sin mi permiso.

El conde levantó la cabeza para contemplarla.

—En este momento hay muchas damas que la envidian.

Alana sonrió con ironía.

—Suerte que no conozco a muchas. —Por su mente pasó el soso rostro de Claudia y por un instante quiso que ella sí se enterase. La conocía bien y sabía que iba a sufrir un ataque de envidia.

—Alana no está muy acostumbrada a estas cosas, milord. Incluso a mí me ha tomado por sorpresa. Colbert debería habernos avisado.

Huntington sonrió a Hellen, con gentileza.

—Adivino que ese... Colbert es su cuñado, o debería decir su futuro esposo. ¿Era de eso de lo que hablábamos antes de que llegase su hermana, verdad?

Alana miró a Hellen, frunciendo el ceño, e intentó calmar el inquieto latir de su corazón. ¿Pero qué diablos le había contado? ¿Qué se iba a casar con Colbert?

—Así es —respondió Hellen, avergonzada—. No creo que tarde en venir, quizá podáis conocerlo. Gracias a él estamos disfrutando como nunca.

El lord se cruzó de piernas, y las medias plateadas brillaron al atrapar la luz de las lámparas

—¡No sabéis cuánto me agradaría! ¡Hermano de Jhon! Estoy pensando que podríamos salir alguna vez juntos. Podría ser el acompañante de la señorita Sanders, claro, si vos lo permitis.

—¿Cómo? —La voz de Alana casi sonó estridente—. ¿Mi acompañante? —¿Pero de dónde se había escapado ese hombre?

—Para mí sería todo un honor. Voy a repasar mis invitaciones y os envío un mensaje.

Alana seguía sin poder salir de su asombro y coreaba todo lo que él decía.

—¿A repasar invitaciones?

—Alana, es que no te he dicho que lord Huntington tiene una casa cerca —explicó Hellen, levantándose para dejar la taza en la mesa.

—¿Tenéis una casa aquí? —¡Claro que la tenía! Colbert se lo había comentado, pero en ese momento no hilaba la conversación. No podía creer que el conde estuviese pensando en una cita con ella como compañera.

—Así es. Suelo venir un par de veces al año. Los inviernos en el condado acostumbran a ser demasiado duros.

Él y Hellen continuaron hablando unos minutos más sobre el clima, aunque Alana no se enteró de nada más. Solo podía pensar que ese hombre quería ser su acompañante. ¡Ni loca! Lo sentía por Hellen, pero no accedería nunca a salir con él ni a la vuelta de la esquina. ¡Colbert no querría salir con él! ¡Nadie en su sano juicio querría hacerlo!

Lo iba hacer.

Iba a dejarse acompañar por lord Huntington porque Colbert quería conocerlo. La convenció; según él, ese modo era el más rápido para saber lo que quería. ¡Ni que fuera tan fácil! Lord Huntington jamás se delataría. Puede que fuese un hombre extraño y hasta ridículo, pero no era tonto. ¿Cómo podía haberse dejado convencer tan fácilmente? ¿Quizá porque Colbert había dicho que no la iba a dejar sola con él? ¡No! No se lo había dicho, ¡se lo había prometido!

Hellen estaba pasmada. Desde luego no había esperado que Alana aceptase, aunque Colbert ya le había dicho que compartía sus dudas sobre el lord en cuanto al accidente de Jhon. Lo que aún Alana no sabía, era si también le había comentado que no tenía ningún interés especial en ella. Eso era algo que no debería demorar mucho, pues no quería que Hellen continuase ilusionándose, mucho menos después de dejar caer a Huntington que existía algo entre ellos.

—¿De modo que Alana y él saldrán juntos solo para recopilar información? —preguntó Hellen después de que le contaran a Colbert sobre la visita de Huntington.

—Alana va a estar segura, nosotros estaremos a su lado en todo momento —juró él.

Hellen gimió.

—No me gusta la idea. La ha mirado igual que me mira a mí. Con cara de... de...

Alana contestó por ella. Hellen era demasiado remilgada para hablar sobre algunos temas.

—De ansiar meterme en su cama, pero eso es solo a lo que puede aspirar ese hombre. Dudo que pueda quitarse las calzas él solo.

Un músculo en la mejilla de Colbert se tensó.

—Estoy deseando conocerlo, comienzo a creer que ambas estáis exagerando. —Si no era así, él tendría muchas cosas que aclarar con el lord. ¡Y por Dios, que respondiese correctamente!

Hellen agitó la cabeza negativamente.

—No, Colbert, no exageramos, te darás cuenta por ti mismo antes de que Huntington sea capaz de abrir la boca.

El hombre asintió.

—De todas maneras, debemos evitar que se quede a solas con cualquiera de vosotras. Si ocurriese algo que nos obligara...

Alana lo interrumpió.

—¡Colbert, ya! He dicho que lo haré, pero, por favor, si continuas dando advertencias... ¿No te das cuenta que me asustas? No estoy feliz con haber tomado esta decisión. Si sucede algo malo, tú serás el causante y cargarás con las culpas el resto de tu vida —le prometió, aunque todos supieron que no estaba hablando en serio—, pero... no me atosigues más.

Él no entendió la palabra atosigar. Estuvo muy cerca de enseñarle a combatir con los puños. Menos mal que Hellen intercedió y mandó a Alana a descansar. Solo esperaba saber en qué lugar los citaría el lord.

A Colbert no le parecía bien nada de lo que Huntington les recomendó en una pequeña lista que llegó al día siguiente. Decía que el museo era demasiado bullicioso y que la obra de lord Byron en el Covent Garden iba a traer público en exceso, sin contar que el sujeto podía tener palco privado y eso no entraba dentro de los planes. El lord había sido bastante previsor al enviar varias opciones para que no pudiesen negarse a todo, y Hellen y Alana comenzaban a cansarse de escuchar todas las excusas de Colbert.

—¡Pasear a caballo! —bufó él, arrojando la misiva, de mal talante, sobre la mesa—. ¿Quién en su sano juicio iría a cabalgar con este tiempo?

Menos entusiasmada que un gato atravesando un charco de agua, Alana replicó:

—¿Qué más da? No sé montar a caballo.

Estaba sentada con las piernas cruzadas bajo su falda verde y arañaba la tela con la uña, como si quisiera sacar algún hilo. Estaba tan concentrada que fruncía el ceño mientras se mordía el labio inferior con ahínco.

—Pues se nos están acabando las ideas y aún no hemos decidido nada —observó Hellen. Los tres estaban en el estudio donde, como medio de calefacción, una estufa de leña crepitaba entre el acero—. Podríamos ir a la reunión que hace en su casa. Dice que será algo más bien íntimo y que no habrá mucha gente.

Colbert se golpeó el labio con el dedo índice, miró a Alana con intensidad, esperando a ver qué opinaba. Ella alzó los ojos y se encogió de hombros; cansada de jugar con la prenda, se levantó de la silla.

—Lo que vosotros digáis está bien —respondió—, pero la idea del teatro no me parece tan mala. Es un sitio donde habrá mucha gente, además, Sara Yaron iba acudir, ¿verdad?

Colbert la miró con sorpresa.

—¿Conoces a la esposa de Alexander?

—Vino a Dorset cuando nacieron los mellizos. Su hermana Erika es muy amiga de Hellen, ¿verdad? —se dirigió a su hermana.

Hellen sonrió con nostalgia y asintió.

—Ahora, Erika es condesa. ¿Tú también los conoces, Colbert?

—Me topé varias veces con Yaron en alta mar. Si no recuerdo mal, era el dueño de un barco llamado el Diábolo.

Hellen se encogió de hombros.

—Ahora tienen una embarcación llamada La escocesa, en honor a su esposa Sara.

Colbert agitó la cabeza. No tenía ni idea de que Hellen se relacionase con gente tan importante en la capital. Había escuchado decir que Yaron había tenido una estrecha relación con un famoso pirata apodado el Gitano. Se olvidó de ello y regresó a la conversación inicial.

—Durante la obra, reducen las luces al mínimo, y prefiero evitar que ese tipo se sienta tentado, de alguna manera, a... aprovecharse de la situación. —En otras palabras, no soportaba que Alana y Huntington estuviesen a oscuras en ningún lugar. De hecho, no le agradaba la idea de que saliesen juntos. ¡Había sido una tontería por su parte haberlo sugerido! Con un poco de paciencia, el demonio ruso le habría dado respuestas a sus preguntas.

—¿Y a patinar? —volvió a preguntar Hellen.

El frunció el ceño. Su intención no era hacer el ridículo. No se había puesto unos patines en muchísimo tiempo.

Alana se rió.

—Puede ser divertido ver a Huntington deslizarse sobre el hielo con esas ropas.

—O verme a mí —refunfuñó él—, no patino desde que tenía siete años.

—Tampoco te imagino haciéndolo —bromeó Alana con ojos chispeantes.

Colbert se aclaró la garganta.

—¿No? ¿Por qué?

—¡Mírate! Eres demasiado grande para moverte con gracia, además, no tienes aspecto de salir mucho a divertirme, al menos de hacerlo de manera... decorosa. Es más, no te gusta el museo. —Levantó un dedo, comenzando a enumerar—. Ni la ópera ni patinar. Y cuando Hellen te ha dicho lo de la reunión, te has puesto tan rojo que parecía que te estabas atragantando.

Colbert se ofendió.

—¡No sabes lo que estás diciendo! ¡Yo no me he puesto de ningún color!

Hellen decidió intervenir antes que se enzarzaran en algún debate.

—No tienes por qué patinar, Colbert. Tú y Huntington podéis aprovechar a conversar mientras nosotras nos divertimos con los patines —señaló Hellen—. De ese modo, no estaremos cerca de él ni tampoco tan lejos. Y tú podrás conseguir la información que deseas.

Colbert pareció estudiarlo. La idea no era tan mala. Alana recogió la nota de la mesa y la miró con ojos entrecerrados.

—¿Pero es cierto que sugiere patinar en esa lista? Creía que estabas bromeando.

—Sí, cariño, Huntington ha puesto en la lista todo lo que se puede hacer. También he leído algo de hacer una excursión con picnic —respondió Hellen, bastante animada con esa salida. Desde que Jhon había fallecido, aquella iba a ser la primera vez que acudiese a algún sitio.

Colbert agitó la cabeza. Realmente ese hombre se había asegurado de que no tuvieran escapatoria.

—¿No dice nada de fabricar nuestro propio iglú? —se burló Alana—. ¡Solo faltaba que hubiese puesto eso! ¡O una batalla de bolas de nieve!

Aquella ocurrencia sirvió para relajar un poco más el ambiente y para que Hellen soltase una carcajada divertida. Colbert se aguantó la risa al tiempo que se levantaba a servirse una copa de brandy de la bandeja de las bebidas. Alana lograba sorprenderlo, algo serio lo convertía en un juego. Además, la manera en que ella se lamía el labio inferior tan provocativamente, o como asomaba la punta de la lengua por entre los labios... todos sus gestos eran excitantes, sensuales. No se cansaba de mirarla. ¡No, desde luego no pensaba cedérsela a Huntington!

—A patinar me parece bien —dijo él finalmente—. Hellen tiene razón, no tengo por qué entrar en la pista y aprovecharé para mantener una charla con el lord.

—¡Por fin! —exclamó Alana.

El señor Drew los interrumpió asomando tímidamente la cabeza en el estudio.

Colbert se volvió a él, meciendo con suavidad su copa.

—¿Se os ofrece algo?

—Lamento mucho molestaros, señoría, pero acaba de llegar una visita. Es el señor Seth Presley.

¡El demonio ruso! ¿De modo que el muy rufián había ido en persona? Ya estaba pensando que tardaba en hacerlo.

—Decidle que lo recibiré en un momento. —Llevó su mirada, primero, sobre la verde de Alana, y después, sobre la azul de Hellen—. Vais a tener que disculparme.

Las hermanas lo notaron repentinamente tenso.

—¿Es algo malo? —inquirió Hellen, mirándolo.

—No, nada malo, el señor Seth fue quien nos alquiló la casa. Habrá venido a saludarnos.

Alana se cruzó de brazos con cierta arrogancia.

—¿El dueño de la agencia? —preguntó con fingida inocencia. Estaba muy bonita con un vestido verde que resaltaba sus ojos. Varios mechones se habían escapado de su peinado y caían rozándole el cuello casi hasta el inicio del redondeado escote. La prenda se ajustaba a su delgado talle y marcaba los senos recatadamente. No se podía decir que vistiera de forma voluptuosa, sin embargo, Colbert no había conocido nunca a una mujer que lo excitase tanto como ella.

Desde que Alana había entrado en el despacho acompañada de Hellen, tuvo que emplear mucha voluntad para apartar sus ojos de ella, de su piel cremosa y de su magnífico cabello cobrizo.

¡La deseaba y se estaba volviendo loco! Y lo peor de todo era que disimular frente a Hellen se estaba convirtiendo en una auténtica tortura, no quería que de ningún modo se sintiese desplazada, así como no deseaba que supiese que estaba encaprichado con su hermana. Porque no dudaba en que Alana era un capricho pasajero.

Hellen llevaba el cabello rojo recogido en una profusión de bucles que caían desde la coronilla hasta los hombros y también lucía hermosa vestida de un bermellón tan oscuro que parecía negro. No tanto como Alana, admitió. Pero es que la joven tenía algo indescriptible que lo arrastraba a un mundo ilusorio. ¿Por qué no conseguía sacarla de su cabeza?

Con la llegada de Seth Presley a Grosvenor St, sintió una oscura advertencia que entrañaba un riesgo añadido, sobre todo porque le extrañó que Alana hubiese escuchado hablar de él. No le quedó otra que confirmarle lo que deseaba oír.

—Efectivamente, fue él quien nos proporcionó a los empleados.

—Entonces, te dejaremos solo, Colbert. Le enviaré a Huntington nuestra decisión —intercaló Hellen.

—¿Por qué, Hellen? —terció Alana—. A mí me gustaría saludar a ese hombre. Después de todo, ha sido muy atento por encontrarnos un lugar como este.

Colbert asintió, cada vez más preocupado.

—Entonces, permitidme que os lo presente. —Por un lado, si no lo hacía, Seth no se iba a marchar satisfecho y era probable que regresara. Y por otro, quizá apalacando la curiosidad de Alana, esta le contase qué es lo que sabía del demonio—. Le gustará conocerlos.

—¿Ese hombre es amigo tuyo o solo conocido? —quiso saber Alana, alisándose la tela de la cintura para mantener las manos ocupadas. Por su manera de preguntar, él habría jurado que ella ya conocía su respuesta.

—Amigo —admitió—. Hace años que nos conocemos.

Alana asintió repetidamente con la cabeza, satisfecha, al tiempo que Colbert cruzaba los dedos tras la espalda, temeroso que el demonio ruso dijese algo inconveniente.

—Señor Drew, acompáñelo hasta aquí —ordenó Alana con una dulce sonrisa que contenía peligro.

El mayordomo, que todo ese tiempo había estado junto a la puerta, se marchó en busca del visitante. Alana y Hellen se alejaron hacia la ventana, y Colbert, después de darle un largo sorbo a su bebida, dejó la copa sobre la mesa del escritorio.

Seth Presley, un hombre alto y fornido vistiendo a la última moda, entró con paso decidido al estudio. Llevaba una camisa de seda en tono crema sin ninguna clase de floritura, chaleco castaño, al igual que los calzones largos, y un pañuelo de seda marfil en el cuello. Era un tipo guapo, de cabellos dorados recortados sobre la nuca y ojos azules de un tono oscuro. Sus rasgos no eran tan fuertes como los de Colbert, quizá tenía un mentón más delicado y redondeado, y su sonrisa, espectacular, expresaba jovialidad. Era un tipo muy interesante.

—Buenos días, espero no molestar —saludó con una cautivante sonrisa—. No interrumpiré algo importante, ¿verdad?

Hellen no podía salir de su asombro. Se había quedado con la boca entreabierta, recorriéndolo con la mirada de arriba abajo buscando en él alguna imperfección. Alana no la podía culpar. Después de Colbert, seguramente Seth Presley era el hombre más agraciado que habían conocido nunca. Mike Newton comparado con esos hombres era como tratar de equiparar a un príncipe con un mendigo.

—No interrumpes nada, Seth. Es un placer que hayas venido —Colbert le estrechó la mano sobre la mesa—. Voy a presentarte a mi cuñada, Hellen Wakefield.

Seth se encaminó hacia ella, tomando su mano con galantería.

—Bellísima.

Las mejillas de Hellen adquirieron un repentino tono rosado cuando él se inclinó sobre su mano, percibiendo con embeleso sus hombros anchos y los fuertes músculos de sus brazos. Su cabello rubio, ligeramente ondulado, parecía suave. Todo él desprendía un potente aroma a fragancia masculina.

—Y ella es la señorita Sanders, Alana, hermana de Hellen —dijo Colbert.

Seth se volvió a ella con ojos brillantes.

—Es un gusto conocer a dos de las damas más hermosas de Londres. Es una lástima no haber coincidido en ningún sitio. Me temo que Colbert las tiene escondidas aquí para su propio deleite.

Las damas rieron. Hellen, sonrojada; Alana, nerviosa.

Colbert vio el destello ladino en los ojos de Seth y sintió deseos de golpearle su apuesto rostro y borrarle la sonrisa de la cara durante una larga temporada. Actuó con prudencia, acercándose al grupo, y amistosamente palmeó la espalda a su amigo.

—Estaba comentando que nos conocemos desde hace mucho tiempo y que, gracias a ti, hemos podido llegar a Londres sin dificultad.

—Así es —respondió Seth, viéndose de pronto apartado de la bella Alana. No le extrañaba que su amigo se sintiese tan atraído por ese cachorrillo. Era una joven esbelta de una belleza sublime. Las ropas, más bien simplonas, no le hacían justicia, pero saltaba a la vista la chispa de ingeniosidad que expresaban sus ojos verdes—. Me agrada conocerlas por fin —repitió—. Colbert me ha hablado mucho de la estupenda familia que tiene. Espero que se sientan a gusto con la mansión y el servicio.

—¿Cómo no podríamos hacerlo? Todo está... increíble —le aseguró Hellen con mirada chispeante. El rubor de las mejillas no la abandonaba. Un rubor que no pasó desapercibido para Colbert, y eso lo preocupó. Seth era muy propicio a enamorarse con su apariencia a las mujeres. Era educado, amable y hasta divertido, pero también era un hombre muy arriesgado que no dudaba en utilizar a las damas a su antojo.

Hellen continuó hablando.

—Es más de lo que nosotras habíamos esperado, ¿verdad, Alana?

Alana asintió sin quitar la vista del demonio ruso. Colbert podía haber pensado que ella también lo miraba con fascinación porque fuese atractivo, sin embargo, reconoció el brillo sospechoso en sus ojos verdes. La joven no era tonta y perfectamente sabía qué clase de hombre era Seth, lo que lo dejaba a él en un mal lugar después de asegurarse que se había retirado de sus antiguas aficiones. Se lo confirmó cuando cruzó con ella la mirada. Alana frunció el ceño, inquieta.

—¿Por qué no vais preparando la carta para el lord? —sugirió Colbert, acercándose al escritorio de dónde sacó algunos útiles de escribir.

Alana lo cogió con ímpetu, regalándole una fría mirada de advertencia. De haber lanzado fuego, lo habría chamuscado. Luego, deliberadamente, ella se dio la vuelta hacia Seth y se detuvo ante él con los hombros erguidos y el mentón alzado.

«Peligro», susurró una vocecita en la mente de Colbert.

—¿Por qué una casa tan bonita y céntrica está en venta?

Seth no supo a qué venía aquella pregunta y miró a Colbert, extrañado. Este se encogió de hombros. No sabía en qué pensaba Alana, pero por su tono malicioso no era nada bueno. ¿Qué diablos ocurría?

—No sé a qué viene el interés mostrado, señorita Sanders, sin embargo, creo que el antiguo dueño se arruinó —respondió Seth con rostro inexpresivo—, ¿por qué

lo pregunta? —Volvió a mirar a Colbert—. ¿Os interesa la mansión?

Él negó con la cabeza, pero fue Alana quien le respondió.

—No se trata de eso, señor Presley, es más bien porque escuché decir que engañaron a la condesa en una falsa apuesta y que ella quería recuperar la casa. Al parecer, ahora es vuestra, pero no queréis vendérsela de nuevo. Me pregunto por qué. Además, si estuviese arruinada, no intentaría volver a recuperar lo que es suyo, ¿verdad?

Colbert se quedó sin palabras. No tenía idea de lo que ella estaba comentando.

Seth consiguió esbozar una débil sonrisa. Alana lo había dejado pasmado.

—No entiendo de qué me habláis, señorita Sanders. No quiero llevaros la contraria, pero mucho me temo que no habéis escuchado correctamente, lo lamento, la condesa de Hámster Sould no tiene fondos suficientes para poder recuperarla. De todas formas, no sé qué apuesta decís.

—Siento mucho habérselo preguntado, señor Presley —declaró Alana. Volvió a mirar a Colbert, con los dientes apretados y tal frialdad en sus ojos que hubiese sido capaz de congelar todos los océanos del planeta—. Que tengan un buen día —sin decir una palabra más, abandonó el estudio.

Hellen no había prestado mucha atención a los comentarios de su hermana. Estaba más interesada en el hermoso cabello dorado del señor Presley, en su apostura gallarda y la bonita sonrisa que formaba multitud de arrugas en la comisura de su boca.

—Ha sido un placer conocerlo, señor Presley —se despidió de él con una corta reverencia—. Espero volver a verlo en otra ocasión.

—Yo ansío lo mismo, señora Wakefield. Quizá le pida a Colbert que me invite a cenar un día de estos. —Tomó la mano de la mujer y la besó con suavidad, haciéndola estremecer de la cabeza a los pies.

—Puede hacerlo cuando quiera —le sonrió—. Está en su casa. Hasta luego, Colbert.

—Hasta luego, Hellen.

Colbert se apresuró a cerrar la puerta y miró, iracundo, a Seth.

—¿Qué diablos te pasa? ¡Es mi cuñada, diantres!

—¡No he hecho nada!

—¡He visto cómo la mirabas!

—¡No me habías dicho que era tan hermosa! De haberlo hecho, habría estado preparado. Había imaginado que sería una matrona mayor de pelo cano...

—¡Olvídate de ella!

Seth fingió ofenderse.

—Me ha invitado a venir cuando quiera. ¿Qué pasa contigo, Colbert? Me tratas como si quisiera tomar a tu cuñada...

—No sigas, Seth —le avisó, advirtiéndole con su oscura mirada que no tenía ganas de bromas.

—De acuerdo. —El hombre hizo una mueca—. Creo que es una mujer muy bonita, eso es todo. Nada que ver con su hermana, desde luego.

Colbert unió las cejas esperando que continuara.

—¿Qué sucede con su hermana?

Seth soltó la carcajada que había estado reteniendo.

—¡Menuda tigresa! No me extraña que estés tan abrumado. Con ese carácter no sé si conseguirás encontrarle marido. —No notó el gesto de molestia que brilló en los ojos de Colbert—. Por cierto, ¿a qué ha venido lo de la condesa? ¿Se conocen?

Colbert se dejó caer pesadamente en la silla.

—No lo sé. Últimamente he descubierto que Hellen tiene amistades bastantes influyentes. Al parecer, mantienen bastante relación con Alexander Yaron, quizá lo haya escuchado por allí.

Seth entrecerró los ojos y alcanzó una silla.

—¿Relación con el gitano?

—Sí.

—¡*Guaauh!* ¿Y sabe ella que Yaron fue pirata?

—Nadie ha podido demostrar nunca que Alexander y el gitano sean la misma persona y según los informes, el último murió, de modo que si no lo sabe, es mejor no decirlo nada. ¿Entiendes? La esposa de Yaron es su amiga y es mejor que dejemos las cosas tal y como están.

Seth asintió, extrañado.

—Desde luego, ellas tampoco necesitan verdaderamente tu ayuda para estos fines. Me refiero a lo de buscar un compromiso para la fierecilla.

—Efectivamente, parece ser que no. De todas maneras, tendré que hablar con Alana. Estoy seguro que ella sospecha que nosotros estamos asociados en algo turbio.

—No entiendo —Seth lo miró curioso.

—Hace poco tuve una conversación con ella y le confesé, o más bien, le dejé caer, a lo que he estado dedicándome. Por supuesto, le aseguré que soy un hombre diferente y honrado. ¡No sé dónde narices ha escuchado lo de la condesa!

—¿Tu preciosa gatita cree que sigues en el negocio?

Colbert asintió, furioso y dolido.

—No termina de confiar en mí.

—Si quieres, hablo con ella. ¿Su hermana lo sabe?

—Si ella no se lo ha contado, no tiene por qué. —Miró a su amigo—. ¿Es cierto que engañaste a la condesa?

Seth se encogió de hombros.

—No fue un engaño. Ella apostó y perdió. Ya sabes cómo son estas damas, no quieren que se sepa que les encanta el juego.

Colbert arqueó una ceja.

—¿Qué apostó? ¿La casa?

Seth asintió.

—Verás, fue con lady Sullivan. Karen es mi amante actual —le explicó—. Ellas no son muy amigas, pero la condesa apostó a que yo me casaría con ella y obviamente perdió.

—¿Esa mujer tenía algún indicio de que podría ser tu esposa?

Seth soltó una carcajada al tiempo que asentía.

—La estuve rondando durante varios meses.

—¿Y conocías la apuesta que tu amante hizo?

—¡Por supuesto! Karen no tiene secretos conmigo. Pero ya ves, amigo. Yo no la engañé.

—No, claro que no, fue lady Sullivan —respondió Colbert, más furioso todavía—. ¿Cómo has podido caer tan bajo, Seth?

—¡Me pareció un juego! —reconoció, encogiéndose de hombros—. Estoy arrepentido y enmendé el desagravio.

—Sí, ya conozco yo tu clase de arrepentimiento.

—No te preocupes por ello, Colbert, de verdad. La condesa está a punto de casarse con un hombre bastante rico, y lo presenté, amigo. Les haré un precio especial si quieren comprar la mansión, ¿de acuerdo?

Colbert agitó la cabeza. Estaba más preocupado por la reacción de Alana que por la suerte de una mujer que había sido capaz de entregar todo por una apuesta.

¿Y si Alana le contaba algo a Hellen? No quería prescindir de su familia ahora que se encontraba tan bien. No quería prescindir de Alana, aunque solo se limitara a observarla y soñar con ella.

La noche anterior, tras intuir que Huntington estaba cambiando la dirección de sus atenciones hacia ella, llegó a pensar, por primera vez, en matrimonio. ¡Ja! La misma palabra le causaba ansiedad. Claro que, aunque la idea de casarse que comenzaba a florar en su mente no lo convencía en absoluto, había otro obstáculo mucho más difícil de superar. Alana jamás lo aceptaría. No solo por su pasado. ¿Cómo le iba a creer si desconfiaba tan abiertamente de él? ¿Por qué tenía que ser tan recelosa? Todos tenían derecho a cambiar y comenzar una nueva vida. Supuestamente, ella le había dado un voto de confianza y por su mirada, antes de salir del estudio, ese voto había caído en picado. Y en el supuesto de no ser así, el escollo más grande sería Hellen. Mientras la mujer estuviese enamorada de él, Alana no se atrevería a interferir. La muy cabezota sería capaz de rehusar a él y a su felicidad con tal de no hacer daño a su hermana.

Alana estaba impaciente porque Seth se marchase. Necesitaba hablar con Colbert y que él le explicase qué clase de relación mantenía con Seth Presley. Apenas unos días antes le había suplicado una oportunidad diciéndole que había cambiado y... y ¡canalla! ¿Por qué le había creído? ¡Mentiroso!

Escondida bajo el hueco de la escalera de servicio, escuchó como los hombres salían del despacho y se despedían en la galería. A sus voces se unió la del señor Drew, entregando las ropas de abrigo a Presley.

—Nos vemos, pronto —dijo Colbert. La puerta se cerró y de nuevo él volvió hablar—. Señor Drew, voy a salir.

—Como vos digáis.

Alana se asomó a hurtadillas y lo vio marcharse otra vez al despacho. No perdió oportunidad y salió disparada tras él. Cuando Colbert se estaba poniendo la chaqueta, ella entró, cerrando la puerta de golpe.

—¿Qué deseas, Alana? —preguntó él como si la hubiera estado esperando.

A ella le entraron los nervios de repente. Evitó su mirada, y sus ojos siguieron los movimientos de los dedos de Colbert abrochándose los botones.

—Necesito dinero.

Colbert frunció el ceño, observándola fijamente. Sacó una bolsita de cuero del bolsillo interior de la chaqueta, con rostro impasible.

—¿Cuánto?

Alana se encogió de hombros, deseando que él le preguntase para qué lo quería, sin embargo, Colbert no parecía que le importase mucho.

—Quiero un par de vestidos, unas botas y un abrigo.

Él soltó un suspiro aliviado.

—¿Eso es todo?

Alana levantó los ojos a él con una mirada llena de asombro.

—¿Creías que te iba a chantajear?

Él ladeó la cabeza.

—Se me pasó por la cabeza, cierto.

—¡No soy esa clase de persona! —se quejó Alana, dolida porque pensase eso de ella.

Colbert sospesó el portamonedas.

—Hace poco te negabas a comprarte nada con mi dinero.

Ella se cruzó de brazos. Un sentimiento de culpa llenó su corazón mientras contemplaba a Colbert jugar con la bolsa de cuero.

—Ahora, las cosas han cambiado.

Él curvó los labios en una sonrisa burlona que estuvo a punto de hacerla olvidar su propósito. Y su plan inicial era echarle en cara todas sus mentiras.

—¿Por qué no eres sincera y preguntas eso que te quema en la lengua?

Alana se aclaró la garganta.

—¿De veras quieres que lo haga?

—Lo harás por el camino. No tengo nada que hacer y te acompañaré a la modista.

—¡No quiero que vengas conmigo!

—Pero sí quieres mi dinero. —Colbert la tomó del codo, presionando con suavidad pero con firmeza. Se volvió a meter la bolsita en la chaqueta y la guió al vestíbulo—. Señor Drew —llamó.

—No pienso salir contigo, Colbert —siseó.

El mayordomo no tardó en llegar.

—Prepare también la ropa de abrigo de la señorita Sanders.

—Sí, señorita. —El hombre dejó las prendas de Colbert sobre la mesita y desapareció con pasos ligeros hacia el lugar donde guardaban los abrigos.

—No pienso salir contigo —repitió Alana, revolviéndose contra él.

Colbert no la soltó, y ella comenzó asustarse seriamente. La agarraba con bastante fuerza y le estaba clavando los dedos en el brazo.

—Suéltame, Colbert —le ordenó.

—Vamos a salir de compras quieras o no. No olvides que tú has empezado todo esto —murmuró con frialdad—. Yo solo estoy siguiéndote.

—Yo no he empezado nada.

Alana consiguió soltarse porque él la dejó. Estaba enfadado cuando la miró intensamente.

—No me gusta que cambies de opinión cuando yo ya me había hecho ilusiones.

—¡No es cierto! Lo único que pretendes es intimidarme, pero sabes que podría contarle todo a Hellen —lo amenazó valientemente.

Él asintió. Sus ojos brillaron con furia.

—¿Qué te detiene?

Alana lo miró, sacudiendo la cabeza. ¿La retaba?

Cogió una gran bocanada de aire y haciendo acopio de su sentido común, le respondió:

—Porque mi hermana es incapaz de pedir ayuda a sus amigas, y en este momento no tenemos donde ir, y en Christchurch es casi probable que nuestra casa no tenga techo.

Él hizo una mueca victoriosa.

—Supongo que tienes razón. Déjame que te pregunte por qué has cambiado de opinión respecto a mi dinero. ¿Ya te has dado cuenta que el mío es tan bueno como el de cualquier otro?

Ella se encogió de hombros con terquedad.

—Tan bueno no lo sé. Pero el hecho de saber de dónde procede me produce menos reparo en gastarlo. Me dijiste...

Colbert le tapó la boca con la mano en el mismo momento que llegaba el mayordomo con las prendas. La soltó antes que el hombre los viese.

—Aquí tiene, señorita, señorita.

Alana, completamente atónita, dejó que Colbert la ayudase. Desconfiaba de él tanto como de una boa.

—¿Necesitarán el coche?

—No, gracias, señor Drew. Daremos un paseo por el centro —dicho eso, Colbert se abrió paso hacia la salida.

Alana lo siguió, con el ceño fruncido, consciente que de no hacerlo él sería capaz de llevarla a rastras.

—¿Dónde me llevas? —quiso saber.

—Al centro. —Colbert levantó la cara hacia el cielo evaluando si iba a llover de nuevo o no. Se puso los guantes y echó a andar calle adelante—. ¿No querías ir de tiendas?

Con ojos entrecerrados, ella miró a su alrededor. No había mucha gente paseando a esas horas. Corrió hasta alcanzar los pasos de Colbert.

—¡Me dijiste que habías cambiado! ¿Es así como crees que lo estás haciendo? ¿Junto al señor Presley?

Colbert caminaba deprisa, y ella tenía verdaderos problemas para mantenerse a su altura.

—No veo por qué tengo que renunciar a mis amistades. Lo que haga Seth no me incumbe en absoluto.

—¡Es verdad! A ti no te importa que engañen a gente inocente, lo siento, lo había olvidado —respondió con acidez.

Colbert la miró, ceñudo, por encima del hombro. Ella jadeaba por el paso apresurado, y redujo la velocidad.

—¿Quién te ha dicho que esa condesa sea inocente? ¿Tal vez la misma persona que te fue con el chisme?

Alana no supo qué decir, excepto que no era ninguna chismosa.

—Que me guste enterarme de ciertas cosas no me convierte en ninguna cotorra.

Colbert unió las cejas y le ofreció el brazo.

—Algunas personas discreparían sobre eso.

De mala gana, Alana se cogió a él.

—¿Era inocente? La condesa.

Colbert la miró a los ojos, y una renuente sonrisa asomó a sus labios.

—¿Por qué te interesa saberlo?

—¡No me interesa! —Era mentira. Estaba más que intrigada.

La sonrisa de Colbert se ensanchó.

—Pues lo disimulas muy mal. —Fijó la vista en la calle. Al doblar la esquina, comprobó que, como de costumbre, la vía estaba llena de carruajes y se circulaba de manera lenta—. Esa mujer se apostó la casa a que se casaba con cierto caballero, y no lo hizo. Fin del asunto.

Lo miró, contrariada. Había pensado en algo más rebuscado.

—¿Eso es todo? ¿Ni siquiera se lo jugó a las cartas ni nada de eso?

—¿Qué pasa? ¿No lo crees?

Alana elevó el mentón.

—No lo sé. Me parece irreal que alguien pueda apostarse una fortuna de esa manera. ¿Por qué no se casó con el hombre? ¿No estaban prometidos?

Colbert rió entre dientes, se detuvo al tiempo que se giró a mirarla. Alana pensó que iba a decirle algo, pero él se quedó mirando sus labios con ansia.

¿Iba a besarla? Podía sentir sus ojos acariciando sus mejillas, su frente, sus labios... se asustó. Estaba segura que iba hacerlo y lo estaba deseando. Quería volver a sentir su boca, su... sabor.

Estaban muy cerca uno del otro, faltando al decoro. La poca gente que caminaba por la acera los esquivaba.

Colbert levantó la vista por encima de su cabeza, y Alana vio como la nuez de Adán subía y bajaba con nerviosismo. Como si estuviese luchando contra algo que ella no podía ver. Por fin, él bajó la cabeza con una extraña mueca.

Colbert puso una mano sobre la mejilla de Alana y curvó los labios en una sonrisa triste.

—No conozco a la condesa, es más, no había oído hablar de ella hasta que tú la has nombrado. —Se encogió de hombros, retirándole la mano de la cara, y volvió a instarla a caminar—. Como ves, sabes más que yo sobre ella.

Decepcionada, Alana se pasó la lengua por los labios. Tenía la sensación de que algo mágico había ocurrido. Súbitamente, recordó a Hellen y se sintió fatal.

—¿Has hablado con mi hermana? —le preguntó.

—¿Sobre qué?

—¡No te hagas el tonto! ¡Lo sabes perfectamente!

—¡Ah, sobre eso! No he tenido tiempo de pensar qué voy a decirle.

Alana se puso en su lugar, comprendiéndolo, pero si él no hacía algo pronto, Hellen lo iba a pasar muy mal.

—Sé que va a ser muy doloroso para ella, tal vez te convendría decirle que estás enamorado de otra mujer, no sé, desilusionarla poco a poco antes de que efectúe la locura de declararse y haga el mayor ridículo de su vida.

Colbert agitó la cabeza.

—Podría presentarme con una par de furcias del brazo...

—¡No!

—¿No? —La miró.

Alana se alteró. No quería ni imaginarse la escena, por demás, que con solo sugerirlo, ella misma sintió un tironcito en el pecho.

—Al menos no en la casa. ¿Qué pensarían Andy y Willy si te vieran llegar con esas mujeres?

—Bromeaba, Alana.

—Lo sé —mintió, no muy convencida—. ¿Quién puede estar con dos mujeres a la vez?

Colbert se calló, y ella lo miró, intrigada.

—¿Has estado con dos mujeres a un tiempo? —Se le escapó la pregunta antes de saber que iba hacerla.

Él respondió tajante:

—Es mejor que no te conteste, dulzura.

Alana se quedó sin habla. Desde luego, Colbert era muy capaz de haberlo hecho. ¿Era posible hacer eso?

Se detuvieron ante la puerta de una tienda pequeña de toldos verdes y escaparate de cristales cuadrículados. Colbert la abrió haciendo que una campanilla tintinease en el interior.

—Pasa, Alana.

—¿Habías venido antes aquí? —le preguntó en un susurro.

Él negó con la cabeza.

—Pero he oído hablar de este sitio.

Alana se sorprendió de no ver muchos artículos expuestos, tan solo un par de rollos de tela, cintas de colores y bocetos de vestidos. Sobre una estantería había una fila de sombreros, y más abajo, varios calzados.

La dependienta, una mujer rolliza embutida en un estrecho vestido rojo, los atendió con una sonrisa amable y una lengua hambrienta de cotilleo.

Los dos vestidos de Alana se convirtieron en media docena, dos abrigos, una capa de ante forrado, un par de bailarinas, varios botines y algunos complementos.

Cada vez que Colbert elegía algo, ella se rehusaba, pero la dependienta, viendo una buena fuente de ingreso, no paró en mostrar catálogos y texturas de diferentes clases.

—Su esposo es muy generoso, señora Wakefield —alabó la modista.

Alana miró a Colbert, que había escuchado perfectamente, aunque fingiese estar observando con indiferencia a través de la puerta. Iba a decirle que Colbert no era su esposo cuando él se le adelantó:

—Mi dulce mujercita merece lo mejor. ¿Cree que puede tener algo preparado para mañana por la tarde? —Colbert se acercó a Alana y le rodeó la cintura de manera muy íntima—. Mañana vamos a salir a patinar y me gustaría que llevara algo nuevo.

—Déjeme ver. —La mujer abrió un grueso tomo, repasándolo.

Alana miró a Colbert, que aún la tenía cogida, y frunció los labios con disgusto.

—¿Te importaría dejar de ser tan amoroso? —le susurró, nerviosa. Sentía su brazo cálido sobre su talle.

La mujer levantó la cabeza para observarla.

—¿Cómo dice?

Alana le regaló una bonita sonrisa mientras pisaba el pie de Colbert con fuerza.

—No nada, estaba hablando con mi marido.

Colbert la soltó ahogando un gemido que Alana escuchó junto a su oído con total nitidez. Sonrió, satisfecha.

—¿Por qué has tenido que decir a la modista que somos... esposos? —recriminó Alana al salir del local.

Colbert se encogió de hombros con indiferencia.

—He supuesto que era lo más prudente. No era plan de contarle nuestro árbol genealógico. Por cierto, ¿por qué me has pisado? ¿Sabes que con lo debilucha que pareces tienes bastante fuerza?

—Eres un caradura, Colbert —respondió, muy estirada—. Además, no me gusta que me cambies de conversación como si yo fuese estúpida.

Él, divertido, soltó una risilla por lo bajo.

—Te pones preciosa cada vez que te enfadas.

Alana se volvió a él, atónita, halagada y un poco enfadada, pero antes de decir nada, fue interrumpida por la voz ronca y áspera de un hombre.

—Buenas tardes, lord Iron.

Colbert se tensó de repente y con ojos entrecerrados, observó atentamente al recién llegado al tiempo que agarraba a Alana de la cintura, esta vez, sin ningún miramiento, y la colocaba tras su espalda.

Ella no lo había esperado y encerró entre sus dedos una porción de la chaqueta de Colbert, dispuesta a recriminarle de nuevo. Su sexto sentido la obligó a guardar silencio ante la situación. Un escalofrío recorrió su columna vertebral al tiempo que parecía que todo a su alrededor se detenía. Como en un segundo plano, quedaron los vehículos que circulaban por la calzada, que a esas horas habían disminuido. También los transeúntes eran escasos. La calle se veía medio vacía bajo el cielo gris plomizo que cubría la ciudad.

Alana tuvo que sacar la cabeza por el lado izquierdo del hombro de Colbert para poder ver quién era el caballero que los había detenido. El tipo vestía de oscuro, de la cabeza a los pies, con un elegante traje de corte moderno, sombrero de copa y bastón con mango de plata repujada. Se puso colorada cuando él la estudió con una sonrisa ladina en su boca de labios delgados.

—¿No os encontráis un poco lejos de vuestro hogar? —preguntó Colbert con tono frío—. Este era el último lugar donde esperaba veros, vizconde de Lancaster.

Alana no podía ver la cara de Colbert, solo escuchaba su voz, sentía la rigidez de su brazo bajo sus dedos... la manera en que su cuerpo se asemejaba al de un tigre esperando sacar las zarpas de un momento a otro. El conjunto de las condiciones le causó pavor.

—Me haré a la idea que os he sorprendido con mi presencia, lord Iron.

—Así es y lamento no poder detenerme a conversar con vos. Me temo que llevamos prisa, y en breve puede estallar una tormenta.

El vizconde levantó los ojos al cielo y, seguidamente, miró a Colbert. El viento empujaba gruesas y oscuras nubes con velocidad, y todo el ambiente desprendía un latente aroma de humedad.

—En Inglaterra, el tiempo es horroroso, pero sabéis tan perfectamente como yo que no he venido a hablar de la temporada, de modo que no os hagáis el estúpido conmigo.

Colbert tiró de Alana para seguir caminando, pero el vizconde se movió delante de ellos impidiéndoles continuar.

—Es mejor que os apartéis de la vía y tengáis a bien dejarnos completar nuestro trayecto —amenazó Colbert en un susurro glacial.

Alana tragó con dificultad junto a su brazo. Temía que ambos hombres se enzarzaran en una cruel pelea y ni siquiera sabía a qué se debía todo aquello.

—Tenemos algo pendiente, Iron, y os puedo jurar que no voy a marcharme de Londres hasta no haberlo solucionado.

—Vos lo habéis dicho. Ese algo pendiente es entre nosotros, y como podéis ver, en este momento, estoy acompañado por una bella dama que no merece pasar ningún bochorno por nuestra culpa. —Colbert bajó la mirada hasta el pañuelo de su cuello y lo siguiente que dijo lo habló tan bajo, que Alana no fue capaz de escucharlo—: De no estar ella aquí, os abriría la garganta con mis propias manos.

El vizconde se encogió de hombros y repasó con la vista a la joven. Se echó a reír cuando Colbert creció, interponiéndose con desfachatez ante él.

—¿Qué ocurre, Colbert? —preguntó ella con voz temblorosa queriendo saber qué estaba sucediendo y quién era ese hombre.

—No ocurre nada, cariño —respondió suavemente. La miró de reojo y notó lo asustada que estaba. Una ligera sonrisa se formó en sus labios tratando de tranquilizarla, pero no le alcanzó a los ojos—. El señor Lyton y yo tenemos un asunto pendiente, y como podrás notar, no nos comprendemos bien.

—No os preocupéis, señora. Lord Iron es un hombre muy inteligente como para cometer alguna imprudencia en plena calle. —El vizconde señaló con la cabeza a dos tipos que estaban situados tras él a corta distancia, ambos con pintas de matones. Si Colbert y Alana no los habían visto hasta ese momento, era porque se habían quedado en la retaguardia como simples mirones. Ahora, sin embargo, sus poses eran inconfundibles, uno de ellos tenía la mano metida en el interior de la chaqueta, junto al pecho, lo cual indicaba que iba armado. Seguramente, el otro también. No les hizo falta ver las pistolas para saberlo.

—Ya me parecía extraño veros solos —dijo Colbert.

El vizconde sacó una tarjeta del bolsillo de su abrigo.

—Será mejor que acudas aquí.

Colbert ojeó la dirección con el ceño fruncido. Se trataba de un lugar cercano a Plymouth donde se desataban pugnas casi la mayoría de los días.

—¿Os alojáis en el Drake Golden? —se mofó Colbert—. ¿No es algo modesto para vos?

—No lo sé. Seguramente, vos lo sabéis mejor que yo. Últimamente me veo obligado a estar en ciertos sitios que aborrezco. —Miró a su alrededor, como si abarcara la ciudad al completo, y fingió estremecerse de aversión—. Os espero allí digamos que... esta noche, o... mañana. ¿Qué os parece mañana?

—No, gracias —Colbert rechazó la invitación.

—¡No acepto ninguna negativa! —respondió el vizconde perdiendo por primera vez las formas—. Será eso mejor que tener que salir a buscaros, ¿no creéis?

Colbert se quedó en silencio unos segundos para después decir:

—En la Dama Blanca, el viernes por la noche.

El vizconde asintió.

—Así será entonces, Iron. El viernes por la noche. —Se tocó ligeramente el ala de su sombrero—. Señora, lamento mucho que nos hayamos conocido así, mi nombre es Edward Lyton, vizconde de Lancaster. Iron es un truhan que teme que le robe a su hermosa dama.

Alana lo miró con recelo y solo atinó a asentir con la cabeza.

—Piérdete, vizconde —maldijo Colbert, aferrando con fuerza la cintura de Alana.

—Hasta el viernes —respondió Edward. Se hizo a un lado para que la pareja pasase y los vio detener un coche de alquiler y meterse con prisa en su interior.

Colbert no le dio la dirección correcta al conductor y comenzaron a dar vueltas por la ciudad.

—¿Quién es ese hombre? —quiso saber Alana, asustada.

—¿Curiosidad?

—Tú también la sentirías de haber estado en mi misma situación. ¿Quién es ese vizconde?

Los ojos de Colbert adquirieron un brillo frío y peligroso.

—¡Un cerdo! —explotó, tanteando su bolsillo izquierdo. Sacó una pequeña pistola y después de mirar que estuviese cargada, la volvió a guardar—. ¡Un maldonado que debí matar en París cuando tuve la oportunidad! ¡Maldito sea! —bramó furioso. En un arrebato, golpeó con fiereza la puerta del vehículo. Resquebrajó la madera, y su puño comenzó a sangrar al clavarse varias astillas.

Alana dio un pequeño brinco, asustada por el impacto. El cochero abrió la trampilla observándolos, ceñudo.

—No pasa nada —contestó ella a su muda pregunta—, le pagaremos el coste de la puerta.

El conductor regresó a su sitio, mascullando por lo bajo y calculando mentalmente el precio.

Colbert la miró.

—Lo siento, Alana —dijo con profundo pesar. Colocó un dedo bajo la barbilla de la joven y le alzó la cabeza—. Siento no haberme controlado ante ti.

Ella asintió, preocupada, y le buscó la mano tratando de ver el daño que se había producido. Él se mostró reacio a dejarse hacer.

—Déjame ver, Colbert.

—No es nada.

—¡Déjame verlo! —insistió ella—. ¡No seas tonto, no te voy a lastimar!

Colbert olía su miedo, veía el temor en sus ojos verdes, la congoja. Le entregó la mano para que quedara conforme, y ella la tomó con mucha dulzura, como si se hubiese tratado de cualquiera de los mellizos. Era la primera vez que alguien parecía preocuparse por él, y eso lo hizo vulnerable.

—¿Por qué te ha llamado lord Iron? —preguntó ella sin apartar los ojos de su mano ensangrentada.

Él agitó la cabeza, sin contestarle.

—¿Qué es lo que tenéis que arreglar? —apremió, limpiándole con la parte interior de su falda. Se había hecho varios cortes que no parecían muy profundos.

Colbert continuó callado, siguiendo sus movimientos con la vista.

—Necesito saberlo —imploró Alana con un nudo en la garganta—. Ahora formas parte de nuestra familia, y por alguna extraña razón, me siento en medio de todo esto.

Aquellas palabras le llegaron al corazón, más viniendo de ella.

—No te va a gustar, Alana —le dijo con un fuerte suspiro.

—Inténtalo, Colbert. Sé parte de tu pasado, un poco más no creo que vaya a tener mucha importancia a estas alturas.

Ella estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no aparentar el horror que había sentido segundos antes, cuando pensó que podían liarse a golpes en medio de la calle. Una preocupación que a él no podía ocultarle. Le temblaba ligeramente el labio inferior y las manos. Leía en sus ojos verdes la angustia, y eso lo enfureció más que las silenciosas amenazas de Edward Lyton.

—De acuerdo, pero ya te he dicho que no te va a gustar.

—Estoy preparada.

Colbert apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, con la vista al frente.

—En Europa me conocen por el sobrenombre de lord Iron, de ahí que ese tipo me llamase así.

Colbert guardó silencio, y Alana esperó con paciencia. De pronto, se dio cuenta que él no pensaba hablar más y lo golpeó con el codo.

—¡Colbert!

—Bien, vale. Yo te he advertido. En París conocí a una mujer, la vizcondesa de Lancaster, esposa de este hombre. Su matrimonio ya estaba mal antes de conocerla, y ambos vivían separados. Era del dominio público que ambos se odiaban y no se soportaban.

—¿Era tu amante?

—¿Cómo? —Sin cambiar de posición, la miró, confuso. Negó ligeramente con la cabeza. Alana tenía los ojos bajos y seguía limpiando la sangre de su mano—. No era mi amante —dijo. Supo que ella no le creía y curvó el labio con disgusto—. Alana, mírame. —Ella lo obedeció. Sus mejillas estaban coloradas—. No era mi amante. Dorine tenía los mismos gustos que yo. Sentía inclinación por el género femenino.

Los ojos de Alana parecieron salirse de sus orbitas al entender el significado de lo que había dicho.

—¡Pero acabas de decir que estaba casada!

—Sin embargo, la encantaban las mujeres, y yo tenía un lugar donde podía encontrarlas fácilmente.

—¿Tenías un... un... prostíbulo? —preguntó en voz baja. Aunque no conociese al cochero de nada, no quería que él la escuchase hablar de esas cosas.

Colbert pensaba que estaba deliciosa con cada gesto que hacía y tuvo que refrenarse para no apoderarse de la gloriosa boca de labios rojos y saborearla a placer. Nada se lo impedía, excepto su maldito honor y la amenaza de Edward Lyton.

—Antes lo tenía.

Alana asintió, mirándolo boquiabierta, expectante, con la mano de él olvidada sobre el regazo.

—Entre la vizcondesa y yo surgió una amistad. Me confesó que su esposo la había engañado al casarse con ella por su fortuna. Él apenas tenía donde caerse muerto, pero Dorine luchó por su libertad, le ofreció todo lo que tenía, excepto una preciosa villa en el Bois de Boulogne. Por supuesto, Edward se negó, él quería esa propiedad a como diera lugar.

»Dorine sospechaba que su esposo confabulaba un plan para acabar con su vida y así heredarlo todo. —Hizo una pausa corta—. Un día, Dorine llegó al club... — se encogió de hombros... y me ofreció la casa a cambio de muy poco dinero. Todo su afán era que ese hombre no se quedara con ella. —Aspiró con fuerza—. Finalmente, la asesinó, y las autoridades no pudieron probar nada. Ella sufría del corazón y todos pensamos que había muerto de eso, en cambio, fue él quien acabó con ella.

—¡Eso es horrible! —musitó Alana, escuchando la historia con espanto—. Cuando esa mujer murió, ¿la casa ya era tuya?

—Sí, y la última voluntad de Dorine fue que él no se apoderara nunca de ella.

—¿Es eso lo que quiere? ¿Desea comprártela?

—No. La casa no es mía. Por aquel entonces, coincidió que recibí la carta de Hellen notificándome lo de Jhon. —Apretó los labios hasta dejarlos blancos—. Traspasé la propiedad al barón, uno de sus peores enemigos. Fue entonces cuando decidí comenzar una vida nueva aquí, con vosotros. No pensé que Lyton sería tan estúpido como para venir a buscarme.

—¿Pero qué es lo que quiere?

Colbert efectuó una sonrisa quebrada.

—Supongo que vengarse. —Se encogió de hombros, despreocupado—. Pero esto no tiene nada que ver con vosotros, Alana, ni siquiera quiero que pienses en ello.

Ella se estremeció. ¿Cómo era posible que él no sintiera ni una pizca de miedo?

—Colbert, no pensarás ir a esa cita, ¿verdad? —le preguntó con rostro desenchajado.

Se volvió a ella. No deseaba ver aquella preocupación en sus ojos inocentes.

—No va a pasarme nada, Alana. La Dama Blanca es el mejor sitio para el encuentro. El local pertenece al demonio ruso, Seth Presley, y para el viernes llegarán Paddy y los demás.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Los demás?

—Son todos amigos de confianza, y en la Dama Blanca, Edward no podrá prepararnos ninguna encerrona.

—Ese hombre no se va a meter en la boca del lobo, Colbert.

—Yo no lo haría, pero nadie sabe lo que puede pasar por la cabeza de un insensato como él.

—¿Y si te ocurre algo?

—En el caso de que fuese así, tanto Seth como Paddy conocen mis deseos. —Le retiró un mechón de cabello que caía suelto por su mejilla y lo llevó detrás de la oreja, fascinado con su tacto. Hubiera dado cualquier cosa por que Alana no presenciara aquel encuentro, que no se enterase jamás de lo sucedido—. Hellen y tú quedaréis en buen lugar.

—¿Pero eso es una locura, Colbert! Además, no se trata de lo que nos dejes o no —exclamó, ofendida—. Es mucho más importante tu vida que todo eso.

Él apartó su mirada de ella y se enderezó en el asiento, retirando la mano de su regazo. Se sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta, presionándolo sobre su palma.

—Es algo que tengo que hacer —repitió con voz dura. Ni ella ni nadie podían convencerlo de lo contrario. No era ningún cobarde y cuanto más pronto zanjara el asunto con el vizconde, mucho mejor para todos. Ahora existía un nuevo problema, ella. Edward los había visto juntos y si no era tonto, que Colbert no lo creía en absoluto, habría visto lo importante que era Alana para él. No iba a permitir que ocurriese nada malo a su familia. No pensaba dejar que las cosas llegasen más lejos.

—¿Eres un cabezota, Colbert! Seguro que hay otro modo de solucionar las cosas.

—Mira, cielo, yo solo sé reparar las cosas así. Confío en el demonio y en mis hombres, y eso es algo que tú no puedes entender. Hellen y Jhon han querido alejarte todo lo posible de las cosas malas de la vida, al igual que a los mellizos. Eso es algo muy admirable por su parte, de verdad, por eso te voy a dar un consejo: Limitate a estar calladita y a portarte bien. Deja estas cosas para los que saben.

—¿Eres exasperante! —refunfuñó, alejándose de él.

—Espero que esa sea tu última palabra sobre este tema.

—Lo es, porque no veo el modo de hacerte comprender. No quieres escuchar.

—En todos mis años no he necesitado la ayuda de nadie para resolver mis problemas. ¿Qué te hace pensar que necesito la ayuda de una niña consentida para salir de esta?

De repente, Alana no entendió por qué Colbert la hería de esa manera. Solo había pretendido apoyarlo y brindarle su ayuda. Lejos de apenarse o echarse a llorar, que era lo que de verdad deseaba, lo miró con una rabia infinita.

—En verdad, deseo que jamás necesites mi ayuda, porque te juro que si un día te veo agonizando en medio de un camino tortuoso, lejos de ayudarte, te pondría mi bota en el cuello para que no te levantes.

Colbert soltó un suspiro cansado y miró hacia otro lado. Allí, donde ella no podía verlo, apretó los labios conteniendo una sonrisa. Era así como quería verla, peleona, enfadada. Prefería mil veces verla enojada que sentirla preocupada, y en ese momento, ella hervía de furia. O eso creía.

Edward Lyton, vizconde de Lancaster, no iba a dejarse engañar de nuevo. La forma en que lord Iron había tratado de esconder a la mujer le provocó cierta intriga sobre su identidad. Y cual no fue su sorpresa cuando la amable modista le confirmó que la señora Wakefield era la esposa de Iron. Ya podía frotarse las manos con su inminente venganza. Estaba seguro que Iron iba a desear no haberlo conocido en su miserable vida.

—Aquí tiene, milord. Esta es la dirección donde debo enviar los pedidos. ¿No son una pareja encantadora?

—Encantadora —musitó, guardándose celosamente el trozo de papel en su bolsillo.

Esta vez saldrían sus cuentas de una vez por todas.

Era del todo imposible fingir que no había pasado nada, que no había descubierto lo sinvergüenza que había sido Colbert... en París.

«No —se corrigió Alana— ese no había sido Colbert, sino un desconocido llamado lord Iron».

¿A quién pretendía mentir? Ambos eran la misma persona.

Alana se santiguó pensando en el pobre Jhon y en lo engañado que lo había tenido. No quería ni pensar lo que hubiese pasado de haber sabido la verdad. Pero ahora, lo importante y más primordial, era que Hellen no sospechase nada. No obstante... que Colbert le pidiera que se olvidase de todo lo que había vivido y escuchado esa tarde, era como exigirle que se olvidara de hablar.

¡Imposible! No podía quitarse de la cabeza todo lo que él le había contado.

En la mañana del día siguiente, después de haberse pasado la noche dando vueltas en el colchón, declinó el té cambiándolo por una fuerte tisana que templara sus nervios. Justo ese día era el previsto para salir con lord Huntington a patinar y no estaba en su mejor momento. En realidad, para salir con ese hombre, ningún momento podía ser bueno. ¿Qué importaba el ridículo hombrecillo y todas sus sospechas cuando Colbert estaba amenazado de muerte?

Soltó un tembloroso suspiro y dejó que sus ojos viajasen a través de la ventana sin ver nada en particular. ¿Por qué Colbert no dejaba que lo apoyase en esta situación? ¿No era ninguna cría tonta e ingenua y tenía que haber algún modo de poder ayudarlo!

—Me has entregado un ovillo de lana y crees que con esto me vas a mantener distraída —susurró, pesarosa. Se pasó las manos por los ojos retirando la humedad de ellos. Siempre había sabido que Colbert era alguien... especial. Su forma de actuar, de moverse... Recordó el día que lo vio entrar en la posada envuelto en aquel aire de autosuficiencia, de llevar un control sobre todo lo que lo rodeaba. Daba lo mismo la ropa que llevase. Era un tipo desquiciante al que el orgullo no le permitía ver más allá de sus ojos plateados.

Sin pensarlo, Alana se apartó de la ventana y soltó un breve aplauso. Que buen actor era. ¡Sorprendente! Había logrado engañar a Hellen y a los niños y, sobre todo, a ella. ¿Cómo era posible que se hubiese enamorado de una persona así?

—Porque me fijé en su lado encantador y divertido y no vi... lo farsante e insensible que es —se respondió, enfrentándose a sí misma en el espejo del tocador—. ¿Y cómo hago para sacarte de aquí? —Se golpeó el pecho con los nudillos—. Sé que no debo amarte y, sin embargo..., no puedo dejar de hacerlo. ¡Maldito seas, Colbert, Iron o cómo demonios te llames realmente!

Se dejó caer en la silla y se observó atentamente.

—¿Tan aburrida estoy de mi existencia que necesito pasar por esta aventura? —se preguntó, contrariada. Por un momento, cerró los ojos pensando en el pasado. ¡Con lo sencilla que había sido su vida junto a Hellen y los niños hasta el momento de llegar él! Era como si todo su mundo se hubiese vuelto patas arriba de repente y... lo deseara.

Abrió sus ojos, y los círculos verdes del espejo le devolvieron la mirada de manera inflexible.

—Te voy a demostrar que no soy ninguna estúpida, Colbert Wakefield. —Sonrió con malicia—. Te entregaré en bandeja la información de Huntington sin que tú tengas que mover ni un dedo. Te demostraré...

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

—Soy Noelle, señorita. Traigo un envío de la modista.

Alana se puso en pie.

—Puedes pasar.

La enorme caja que la doncella dejó sobre la cama sirvió para calmar un poco su ansiedad. Noelle exclamó admirada cuando vio el vestido color burdeos de escote en forma de uve. No era tan lujoso como para asistir a un baile, pero sí demasiado elegante para patinar.

—¡Es hermoso!

—Sí, lo es —admitió, alabando el gusto de Colbert. Ese era uno de los modelos que él había elegido. Se lo puso y al verse cubierta con él, sintió de nuevo la sensación de las grandes manos en su cintura, del amplio pecho rozando su espalda y del olor tan varonil que él desprendía.

Como mordida por una serpiente, lo sacó de sus pensamientos. Ahora conocía muchas cosas de él que no le hubiese gustado saber.

¡Poseer un prostíbulo! Quería llorar.

—¿Ocurre algo, señorita? —preguntó Noelle, recogiendo el cabello sobre la coronilla.

—No, nada, nada. Estaba pensando, eso es todo. —Y pensaba que Colbert era guapo, bien parecido y no tenía ninguna necesidad de enredarse con... mujeres de mala vida que podían contagiarte cualquier enfermedad venérea. ¿Cómo había sido capaz de poseer un prostíbulo?—. ¿Noelle?

—Decidme, señorita.

—¿Qué piensas de los hombres que van a los burdeles en busca de prostitutas?

Otra criada habría enrojecido, en cambio, Noelle estaba acostumbrada a las preguntas, un tanto directas, de Alana.

—No lo sé, señorita. Eso debe ser algo normal, ¿no?

—He oído de muchos que lo hacen, pero a mí no me gustaría que mi esposo lo hiciera nunca.

La doncella se encogió de hombros sin dejar de formar bucles y prenderlos con agujas.

—¿Tú se lo permitirías a tu marido, Noelle?

—No, nunca, pero porque yo algún día me casaré por amor. Cuando dos personas se casan por amor, no necesitan buscar otras cosas fuera del matrimonio, a diferencia de las ceremonias concertadas.

—¡Ah, no lo sabía!

—También dicen que si un hombre prueba a esas mujeres antes de casarse, una vez que contraiga nupcias, no sentirá deseos de volver a verlas porque es algo que ya conoce.

—¿Dicen eso? —Miró a Noelle, alzando la cabeza hacia ella.

—Vos, preocuparos por complacer a vuestro esposo y mantenerlo entretenido, y él jamás os engañará a este respecto. ¿Qué os pasa, señorita? ¿Por qué habláis de eso ahora? ¿Habéis conocido algún candidato para el matrimonio?

Alana volvió a su posición.

—No, aún no. Es solo que me he dado cuenta que hay muchas cosas que no sé y que hacen que parezca tonta. Mi hermana me ha protegido demasiado, ¿verdad?

—Puede ser. Levantad la cabeza bien, señorita Alana. Voy a prender estos últimos mechones.

La muchacha obedeció, y esta vez su mente retrocedió a la noche de la pesadilla de Andy cuando vio a Colbert con el torso desnudo. La manera fascinante en que los músculos que conformaban su pecho, sus hombros y sus brazos se contraían y se ampliaban con cada movimiento. Lo hermosa que era su piel dorada brillando con el resplandor del fuego que crepitaba en la chimenea. En aquel entonces, pudo apreciar la fuerza que desprendía, la misma con la que prácticamente la había levantado en vilo para ocultarla del vengativo vizconde de Lancaster.

—Estáis preparada, señorita. Os veis tan preciosa y... diferente.

Alana se miró en el espejo, y sus ojos verdes se abrieron con sorpresa.

—¿Esa soy yo? —se inclinó hacia adelante, admirándose el peinado.

—¿Cómo os veis?

Alana dudó. No sabía cómo de modesta quedaría si decía lo que en verdad pensaba.

—Bonita —se atrevió a decir.

Hellen ingresó agitando sus faldas oscuras. Sus labios pintaban una sonrisa esplendorosa. Se quedó con la boca abierta parada en la entrada.

—¡Lania!

Noelle se apartó, y la muchacha se puso en pie, mirando a su hermana con las mejillas sonrosadas.

—¡Lania! ¡No puedo creerlo! —Hellen se dio unas vueltas a su alrededor, observándola con orgullo—. ¡Es increíble! ¡Estas esplendida!

Tímidamente, Alana se rozó el cabello sin poder evitar volver sus ojos al espejo para mirarse de nuevo.

—¡Es increíble lo que Noelle ha hecho con mi pelo!

—No es solo tu pelo, cariño, ¡eres tú! ¡Y las ropas! ¿Cómo no me he dado cuenta de todo lo que has crecido? —Hellen la miró con cariño, y Alana le regaló una mueca divertida.

—¿No me digas que te vas a poner a llorar?

—¡Claro que no! —desmintiendo sus palabras, Hellen se sacó un delicado pañuelo de encaje de la manga y lo pasó bajo un ojo—. ¿Estas lista, Lania? Colbert está esperando abajo.

—Creo que sí —respondió.

—Esperad un momento. —Noelle colocó sobre la cabeza de Alana un bonito sombrero. Era un modelo sencillo, pequeño, del mismo color que la capa beige que descansaba sobre la silla.

La muchacha no solía usar sombreros. Se sentía grotesca y sumamente a disgusto pensando que en cualquier momento se podía caer. Pero Colbert lo había elegido, y solo por ese motivo ella quería lucirlo. «¡Qué tonta! ¡Ni que pretendiese gustarle!», se dijo con un ligero hormigueo en la barriga. Estaba deseando que él la viese. Recogió la capa y dejó que Hellen la arrastrase hasta el vestíbulo. Su hermana estaba totalmente emocionada, y Alana sabía, más que intuía, que era por ir acompañada de Colbert. Si ella supiera...

Nada más bajar el último peldaño de la escalera, sintió la presencia de Colbert. Su corazón comenzó a ganar velocidad y evitó mirarlo directamente para que Hellen no notase lo turbada que estaba.

—Buenas tardes, Alana —saludó él, interponiéndose en su campo de visión, obligándola a mirarlo. Estaba guapísimo vestido con una camisa de seda verde, chaleco y calzones oscuros—. Te sienta bien... el sombrero.

Ella se estremeció cuando encontró sus ojos. La observaba con tal intensidad que sintió que sus piernas se derretían como la mantequilla. El rostro de Colbert expresaba muchas cosas, pero entre ellas, estupor y asombro. Nerviosa, apartó la vista de él.

Hellen rió, alegre, y se apresuró a ponerle la capa sobre los hombros.

—¿No está preciosa, Colbert? Debería usar más sombreros y salir a menudo.

—Tienes razón, Hellen —murmuró él sin poder apartar los ojos de Alana.

—Señor Wakefield —los interrumpió el mayordomo con voz baja—, lord Huntington acaba de llegar.

Todos volvieron la mirada al señor Drew, que observaba por la ventana como el carruaje se detenía frente a la puerta.

Alana se pasó la lengua por los labios en actitud nerviosa y jadeó, asustada.

—Vamos a viajar en el mismo coche, ¿verdad? —Miró a su hermana con ansiedad y, con fuerza, la cogió de la mano—. No voy a permitir que me dejéis sola con él.

—No te preocupes, le diremos a nuestro cochero que nos siga. Alana —llamó Colbert con un deje preocupado—, ¿te encuentras bien?

Ella lo miró con las pupilas dilatadas y agitó la cabeza.

—Tengo muchas ganas de salir corriendo y esconderme en el dormitorio. Podría decirle que Andy se ha puesto mal y que debería quedarme.

—Los niños están en el parque con Lucy —avisó Hellen, colocándose su propio abrigo—. Todo va a salir bien, ya lo verás.

Alana le regaló una mueca cargada de desconfianza.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Colbert, apoyando la mano en su hombro para llamar su atención.

Ella tragó con dificultad y negó con la cabeza. Aunque lo tuviera, no iba a dejar que él lo viera. Tenía que demostrarle que era totalmente capaz de adaptarse a cualquier situación. Optó por la rebeldía de la que hacía gala constantemente.

—Lo que no sé es lo que voy aguantar sin mandar a ese hombre al infierno, o tal vez me decline por un puñetazo en la boca del estómago. Presiento que hoy voy a tener muy poca paciencia.

Los ojos de Colbert relampaguearon divertidos. Así era como le gustaba verla. Sería interesante contemplar como Alana vapuleaba al hombre.

—No seas muy dura con él, al menos hasta que consigamos averiguar lo que queremos.

Alana asintió, soltando la mano de Hellen.

—Ya está aquí —dijo el mayordomo segundos antes que golpearan la puerta.

Colbert dio su permiso para dejarlo pasar, y lord Huntington se abrió camino hasta el mismo centro del vestíbulo, donde lo esperaban.

—No me he retrasado mucho, ¿verdad? —preguntó al ver que todos llevaban el abrigo puesto. Tendió la mano hacia Colbert—. Es un placer, señor Wakefield, conocerlo al fin. Estoy dichoso de que hayan aceptado alguna de mis invitaciones.

Alana miró por el rabillo del ojo la reacción de Colbert al ver las faldas de Huntington. Le pareció ver que guardaba una sonrisa discreta en su rostro serio.

—No podíamos rechazarlo, milord, mucho menos después de descubrir la atención que ha dispensado a mi cuñada todo este tiempo.

Huntington asintió, tragando nervioso. Vestía una casaca gruesa con volantes en el pecho y en los puños. La prenda estaba llena de adornos dorados y retazos de pieles. Completaba su atuendo unas polainas claras introducidas en lustrosas botas de montar.

—No podía menos que comportarme así. Hemos sido vecinos durante muchos años. —Curvó los labios en una sonrisa nerviosa—. Imagino que también le contó sobre mi osadía al proponerle matrimonio.

—Así es. No puedo culparlo de ello, Hellen es una mujer muy bella.

El lord asintió.

—Estoy muy feliz de que esté rehaciendo su vida —expresó, satisfecho.

Alana no quiso mirar a Colbert, aunque sí posó la vista en su hermana con una sonrisa dulce.

—Por favor, milord —dijo Hellen, notablemente azorada—. Ya le he dicho que mi cuñado es un apoyo muy grande, sin embargo, la muerte de mi esposo todavía es muy reciente para pensar en estas cosas.

—Querida, nueve meses es bastante tiempo ya. Además, con la carga de su hermana y de sus dos hijos...

—¡Para mí no son ninguna carga, se lo aseguro!

Huntington se giró a Alana, que lo miraba contrariada.

—Me sorprendéis, señorita Sanders, vuestra bella belleza crece por momentos. Ahora entiendo perfectamente a ese pobre muchacho que se cree fervientemente enamorado de vos. Yo mismo me encuentro fascinado.

—¿Qué joven? —quiso saber Colbert, mirándola fijamente.

Ella respondió, tensa:

—El señor Newton.

Colbert curvó las cejas con un extraño brillo en sus ojos grises.

—¿El arquitecto?

Alana asintió con la cabeza, fastidiada. En ese momento, él la miraba de una forma tan extraña que la molestó. Puede que él no viera sus atributos, pero estaba claro que otros sí lo hacían. Enfrascada en sus pensamientos, no percibió que lo que Colbert sentía en ese momento eran celos.

—No sabía yo que el señor Newton tenía un interés especial por ti —comentó, mordaz.

—Bastante diría yo —intercaló Huntington con presunción—. Al parecer, el hombre se está haciendo ilusiones.

«¿Por qué tenía que sacar ese tema lord Huntington?», se preguntó Alana. Estaba creando una tensión innecesaria entre todos. El rostro de Colbert se había tornado duro, y un músculo nervioso latía en su mejilla.

—Ilusiones infundadas —advirtió ella, con tono seco, dirigiéndose exclusivamente al lord.

—Por supuesto, yo solo espero que el hombre pierda su tiempo —admitió Huntington con expresión risueña.

Alana no fue lo suficientemente rápida en contestar. Con ímpetu, el hombre se giró hacia Hellen con una leve reverencia, recordando de pronto su buena educación.

—Permitidme deciros que estáis maravillosa. Os encuentro cambiada, mucho más fortalecida que la última vez que nos vimos.

Mientras el hombre y Hellen se saludaban, Colbert dirigió su atención a Alana, observándola con el ceño fruncido, como si esperase alguna explicación sobre el enamoramiento del señor Newton. Por la forma de examinarla, cualquiera hubiese dicho que era de su propiedad.

—¿Por qué me miras así? —le recriminó enojada.

Colbert se encogió de hombros, con mal humor.

—¿Cuándo se ha puesto ese hombre en contacto contigo?

—Nunca —respondió, observando de reojo a Hellen y a Huntington—. El mismo arquitecto le preguntó al lord por mí. Ha sido él quien me ha dicho que Newton está interesado. —Se encogió de hombros, con una risilla traviesa que pretendió ser maliciosa—. ¿Tan difícil te resulta creer que pueda gustar a alguien?

No le contestó, prefiriendo guardarse para sí un sinfín de motivos por el que ella no podía fijarse en Newton. Con una mueca burlona, sus ojos grises la repasaron de arriba abajo un par de veces, con lascivia, entreteniéndose sobre todo en los pechos, con descaro. Su plan era avergonzarla y hacerla sentir lo que un hombre deseaba de ella y sonrió satisfecho cuando los delicados pómulos enrojecieron arbolados.

Alana tragó el nudo que se le formó en la garganta al verse estudiada de esa manera. Fue como si sus ojos la hubieran tasado mentalmente. Lo que no supo era si a él le había gustado lo que vio. Le dieron ganas de preguntárselo, pero Colbert lo hubiera podido confundir con presunción y vanidad. Ella no era ninguna de las dos cosas. Al menos no lo era hasta la fecha.

Por no cometer ninguna imprudencia, como patearle las espinillas o soltarle una pulla delante de los otros, bajó la mirada y fingió quitar pelusillas imaginarias de su capa. Colbert había logrado que se le acelerase el pulso hasta límites insospechados.

Lord Huntington le tendió el brazo.

—¿Estáis lista para pasar una tarde inolvidable?

Ella asintió, sin atreverse a mirar a sus compañeros, y abrieron la marcha hasta el coche. Por lo menos comenzaban a moverse, y era un alivio poder romper toda aquella tensión. Pensó que el viaje la calmaría lo suficiente como para poder desenvolverse con tranquilidad.

En el coche, lord Huntington se sentó sumamente cerca de Alana, tanto que sus piernas se rozaron faltando al decoro.

—Tengo un pequeño problema en la rodilla y debo tener esta posición cuando me siento —se obligó a decir el hombre cuando la joven lo amonestó con la mirada—. Espero que vaya cómoda.

Alana se aplastó todo lo que pudo contra la puerta. Él ocupaba gran parte del asiento, con las piernas abiertas y marcando todo el bulto de sus leotardos.

Hellen entró, deteniéndose tan solo un instante. Se ruborizó al sentarse frente a él y buscó con ansia la mirada de Alana que, roja como la grana, mantenía los labios fruncidos con desagrado. Colbert siguió a su cuñada y advirtió enseguida la turbación de las damas.

—Alana, siéntate junto a tu hermana. Yo estaré mejor con lord Huntington.

La joven lo miró dudosa. No sabía si prefería seguir donde estaba u observando la desagradable protuberancia del maleducado Huntington. Colbert ni siquiera la dejó pensárselo. La tomó de la mano y la ayudó a cambiar de sitio. Luego, con sus propias piernas, cerró un poco las de Huntington. Suficiente para ocultar aquello de los ojos femeninos.

El lord se removió, incómodo, y optó por cerrar la casaca sobre sus piernas.

—Si tenéis un problema, no podréis patinar, ¿verdad, milord? —preguntó Alana con voz demasiado esperanzada aún para ella. Al hablar, llegó hasta ella una potente fragancia masculina con una mezcla de almizcle, que nada tenía que ver con la colonia que Colbert usaba. El mismo olor flotaba en el recargado coche de asientos azules con cortinillas a juego. Todo el suelo se hallaba enmoquetado en negro, así como las paredes. El ventanuco que comunicaba con el cochero consistía en unas pequeñas dobles puertas doradas, y de un esquinazo colgaba un farolillo, también simulando ser oro. Era tan lúgubre y oscuro que hubiese servido perfectamente como coche fúnebre.

Tosió, medio asfixiada. De haber podido, habría ordenado que abrieran las ventanas, pero hacía demasiado frío en el exterior.

—Voy a intentarlo, no os creáis —dijo él—. Cuando era joven, más joven que ahora —rió por su propio chiste—, fui un buen patinador, ¿vos sabéis patinar, señorita Sanders?

—Me defiendo un poco —respondió. Era mentira. No lograba dar ni dos pasos sin agarrarse a alguien, pero desde luego hubiera sido una locura confesárselo a Huntington. De solo pensar en aquellas manos tocándola, simulando ayudarla, sentía su estómago revolverse—. Andy y Willy me enseñan cuando vamos.

—¡Estupendo! ¡Va a ser muy divertido!

Alana, de eso no tenía ninguna duda. El hombre parecía un payaso de feria y con toda seguridad sería el hazmerreír de la pista.

Aunque el trayecto hacia las pistas de hielo era corto, Alana seguía creyendo que era demasiado largo para poder bajarse y tomar un poco de aliento fresco. El ambiente en el interior del coche era tan asfixiante como escuchar las parrafadas de Huntington, que al parecer sabía de todos los temas y no había nada que no entendiese.

—Es un portento de hombre —llegó a susurrar Alana con impaciencia junto al oído de su hermana. Hellen había ocultado una sonrisa tras el puño de piel de la manga de su abrigo, asintiendo en silencio.

Atravesaron la avenida principal, que era más ancha que todas las calles adyacentes y que estaba flanqueada por comercios y viviendas de una y dos plantas. Algunos establecimientos parecían bastante sofisticados. El cielo estaba cargado de nubes, pero al menos no llovía ni nevaba. El viento, aunque frío, era bastante moderado, por lo que era un día ideal para patinar.

—Esta es una de las zonas más visitadas de Londres. Hubo una época en que los caminos de Hyde Park estaban completamente accesibles a los vehículos, pero hace unos años se reformaron buenas partes de él —explicó Colbert.

—Antes, había mucha menos vigilancia y los bandidos se apostaban en cada esquina para poder robar a los pobres viajeros —apostilló Huntington con una sonrisa presuntuosa—. Gracias al cielo, estamos terminando con la corrupción de este país en decadencia.

—¿En decadencia decís?

—Sí, señor Wakefield. Los días de gloria de Londres terminaron antes que entráramos en conflicto con el señor Bonaparte. Aquellos fueron años prósperos, donde bien se podía distinguir a la nobleza de la prole...

—Prósperos para asesinos y ladrones, tal vez. Al resto de los ciudadanos los sangraron a impuestos para poder pagar...

Alana no quiso seguir prestando atención a la conversación. Era obvio que ambos hombres no compartían el mismo punto de vista. Lo cierto era que ninguno de ellos parecía tener nada afín. Eran tan diferentes como la noche del día.

Iba tan despistada pensando en sus cosas, que tardó un poco en darse cuenta que el coche se había detenido. En el exterior, fueron recibidos por el barullo que formaba una fila para comprarse unos emparedados que olían deliciosos. Alana se permitió respirar el aire con fuerza, agradecida del súbito cambio. Un rato más y habría acabado desmayada. Hellen debió pensar lo mismo, porque suspiró aliviada en cuanto puso los pies en el suelo. Ambas hermanas intercambiaron miradas mal disimuladas.

—Tengo la sensación de acabar de salir de un armario antiguo —le murmuró Alana a Hellen.

—Antiguo y abandonado. Es como si se hubiese caído en una apestosa tina de aceite de ricino antes de venir. Suerte que hemos llegado sanas y salvas.

—Por lo menos a ti se te ve contenta.

—Tú también deberías disfrutar, Lania. Vamos a aprovechar el día y a pasarlo bien.

Alana frunció el ceño, observando como el lord se pasaba las manos por la casaca librándola de las arrugas que se habían formado en el camino.

—No sé si será posible.

—Inténtalo.

Colbert se acercó a ellas con galantería y les ofreció sendos brazos. Las encaminó hacia una de las pistas, eligiendo unos asientos cercanos a la valla y a una de las entradas del recinto. Había varias más a lo largo del rectángulo artificial que conformaba la pista de hielo, pero en aquella parte se concentraba menos gente.

Alana enseguida se contagió por el ambiente festivo. Olía a castañas asadas, a chocolate caliente y a dulces de canela. Los patinadores se deslizaban con movimientos gráciles, mostrando sus habilidosas piroetas, y otros aprendían ayudados por sus compañeros mientras luchaban por no caer sobre el frío piso. Las risas y una suave melodía flotaban animando el lugar.

Cuando los hombres quedaron acomodados con unas suaves mantas sobre sus regazos, Colbert las animó para que saliesen a la pista mientras ellos se quedaban conversando. Las muchachas no se hicieron de rogar, y Hellen tiró de Alana para colocarse los patines.

—Por favor —rogó Alana a su hermana—, espero que el día se nos haga corto. No soporto más sus miradas de lechuguino y el olor tan nauseabundo. Es posible que vomite antes de llegar a casa.

—Lo sé, estás demostrando tener mucha paciencia, cariño. Creo que los dos lo estáis demostrando.

—¿Los dos?

—Hace unos minutos, pensé que Colbert se iba a lanzar a su cuello.

—Debió hacerlo —musitó—. Ese hombre es insoportable. Alguien tendría que darle un premio por ser la persona más estúpida del planeta Tierra.

Hellen soltó una carcajada.

—Me alegra ver que no has perdido el sentido del humor. Olvidate un poco de él. —Cogió su mano, ayudándola a levantarse—. Vamos a patinar.

—Hellen, ¿crees que el bulto de sus leotardos es de verdad?

—¡Lania! —exclamó, cubriéndose la boca con una mano enguantada. Ambas volvieron a reír.

—Es una pena que los mellizos no estén aquí. Seguro que lo pasarían genial.

—Podemos volver otro día con ellos. ¿No te parece? —dijo Hellen, adelantándose a entrar por el hueco pequeño que hacía las veces de puerta.

Por un breve momento, Alana pensó que debía ser antes del viernes. Después, Colbert... tal vez no siguiese con vida. Con velocidad, apartó esos pensamientos de su cabeza. Su hermana tenía razón, debía intentar pasarlo bien.

La manera en que Hellen patinaba era envidiable, había vivido allí antes de casarse y ella y Jhon habían acudido muchas veces. En cambio, Alana era patética, dando pasos cortos de una esquina a otra esperando afianzar una confianza que no llegaba. Como no quería estorbar a su hermana, la instó a que la dejase sola.

—No te preocupes por mí, Hellen, prefiero estar cerca del muro por si tengo que sostenerme y mirar a los demás. Hoy hace un día estupendo para estar fuera de casa.

—De acuerdo, de todos modos, estaré por aquí, y si necesitas algo, no tienes más que avisarme. Sonríe, Lania, quizá tu príncipe azul esté por aquí.

Alana la vio impulsarse, con graciosos movimientos, al centro de la pista. Con su abrigo blanco con piel en los puños y en el cuello de color celeste se asemejaba a un elegante ángel deslizándose sobre nubes. Ella deseó hacer lo mismo y posiblemente se hubiese lanzado de lleno si la plateada mirada de Colbert, su secreto príncipe azul, junto a la de Huntington, no estuviese siguiéndola fijamente. La de ella misma se iba sin remedio hacia ellos. Por una parte, por temor a que el lord decidiera unirse, y por otra, porque no había hombre más guapo en todos los alrededores que Colbert. El muy condenado, aún sin hacer nada, llamaba la atención de todas las mujeres que estaban allí.

Después de unos breves paseos, Alana se agarró con fuerza a la barrera y se detuvo a admirar al resto de los patinadores. Estaba contenta de ver disfrutar a su hermana. Había pensado que ya nunca lo haría. La muerte de Jhon la había dejado completamente deprimida y verla sonreír de nuevo era algo increíble.

—Va a entrar en la pista —escuchó decir a Colbert tras ella.

Se giró sobresaltada. Él tenía la cabeza muy cerca de la suya y sentía su aliento sobre la mejilla.

—Huntington va a entrar en la pista —repitió él.

Alana siguió su mirada con ojos entrecerrados y gimió.

—Dime que has conseguido sonsacarle algo, por favor.

Colbert enarcó sus oscuras cejas, y sus ojos grises la miraron con calidez.

—No he tenido mucho tiempo.

—Colbert, entra aquí —le rogó, cogiéndole una mano.

Él agitó la cabeza.

—No sé patinar, eso ya lo hablamos el otro día.

—Hazlo por mí.

—No me pongas esa cara, Alana, no voy a dejar que me convenzas. —Se zafó de ella.

—Si no lo haces, te juro que abro la cabeza de Huntington con las cuchillas de las botas.

Colbert soltó un gruñido, sabía que era capaz de cumplir su amenaza.

—¡Maldita sea, Alana! No puedo hacerlo, no tengo ni idea. Corre, todavía estas a tiempo de salir. Finge cualquier cosa.

—Colbert, me lo debes —recriminó furiosa. Huntington estaba listo para entrar.

—No te debo nada, dulzura. ¡Te estás comportando como una niña!

—¡No lo soy! —se defendió con rapidez

—¿Ah, no? —Colbert sonrió, mordiendo el labio inferior con sorna. Por el rabillo del ojo vio al lord atravesar la pequeña entrada—. Te aconsejo que te muevas.

Alana bufó y alzó la cabeza buscando a Hellen entre la gente. La vio y con desesperación comenzó a hacerle señas para que se acercara. En cuanto llegó, le explicó las intenciones de Huntington.

—Dame la mano, te llevaré a dar un paseo. No te preocupes, no permitiré que te caigas, simplemente, déjate llevar.

Cuando Hellen patinaba sola, lo hacía fenomenal, en cambio, cargando con ella eran torpes y lentas. Aun así, consiguieron dar un par de vueltas antes que el lord las interceptase. En el mismo momento que él se puso frente a ellas, fueron conscientes de haberse convertido de pronto en el centro de atención. Las llamativas ropas del hombre eran como luciérnagas en la noche, atraían la mirada de los asistentes con sonrisas que algunos ni siquiera trataban de ocultar.

—¡Ah, vaya, estáis aquí! Me daba la impresión de que huían de mí.

—¡Vos sois un bromista, milord! —rió Hellen queriendo abrirse paso junto a él. Lord Huntington las detuvo con una mano en alto.

—Dejadme, señora Wakefield, yo guiaré a la preciosa señorita Sanders sobre el hielo. Os prometo que conmigo estará segura.

Alana se agarró más fuerte a la mano de Hellen, negándose a soltarle, y replicó:

—No os molestéis, milord, con mi hermana estoy estupendamente.

—De veras, no es ninguna molestia, es más, lo deseo fervientemente. Será agradable pasar un rato... juntos.

Alana se estremeció por el significado implícito de sus palabras. Hellen tiró de ella hacia un lado.

—Ansío llevarla yo, milord.

Huntington aferró la mano libre de la joven Sanders, empujando en sentido contrario.

—Podéis probar a llamarme, Stephen, en privado, por supuesto.

Alana le imploró con angustia.

—¡Por favor, milord, me estáis dañando! ¡Soltadme o caeré!

Ni Hellen ni Huntington querían dar su brazo a torcer y cada uno tiraba de ella como si luchasen por una preciada posesión. Alana notó que por la inercia comenzaba a perder el pie y a resbalar sin control. Soltó un grito ante el inminente peligro de desplomarse. Un grupo de personas intentaron esquivarlos, y Hellen se vio en la necesidad de soltarla antes que desencadenara una caída entre los asistentes.

El lord se giró a Alana justo cuando ya se veía derribada en el frío y duro hielo. Ella sintió como la abrazaba contra su cuerpo y una de sus regordetas manos se posaba escandalosamente sobre su trasero, clavando los dedos en su tierna carne. Entonces, Alana volvió a gritar:

—¡Milord! —Lo empujó del pecho, intentado apartarlo. Los ojos verdes lo fulminaron con rabia—. ¡Liberadme ahora mismo!

Alguien más se unió a ellos, rodeando la estrecha cintura de Alana con fuerza. Incómoda y asustada, sintiéndose aplastada entre dos cuerpos, trató de escaparse de tantos brazos, pero se detuvo al escuchar la voz seca y áspera de Colbert muy cerca de su oreja.

—Soltadla en este mismo instante, Huntington.

El lord, que no había esperado ver a Colbert allí, farfulló una disculpa presurosa y obedeció al instante.

—La señorita Sanders iba a caerse, pero si vos os hacéis cargo de ella, yo iré a dar unos paseos. —Sin previo aviso, se marchó efectuando varios giros con los brazos abiertos. Pocos segundos después, se unía a la par de Hellen.

Alana quiso girarse a Colbert y agradecerle su pronta intervención, no había esperado que al final entrase. Pero él no la dejó moverse y la mantuvo aplastada contra su cuerpo, con los brazos en torno a su talle.

—Si te vuelves hacia mí, ambos nos caeremos, Alana —avisó él con un gruñido suave—. Te he dicho que no sé patinar.

La barbilla de Colbert estaba apenas a unos centímetros por encima de la nuca de Alana y entonces ella advirtió, con sorpresa, que no llevaba patines.

—¿Has entrado sin cuchillas?

—Eso parece —murmuró sin moverse ni un ápice de donde estaba.

—¿Por qué?

—Creí que era más importante salvarte de ese tipo que calzarme —respondió de mal humor.

El corazón de Alana se desbocó, provocando en su estómago un torbellino de emociones. Estaba dichosa de que él hubiese acudido a su rescate.

Colbert no estaba tan feliz. Las suelas de sus zapatos no se adherían al suelo y si se sostenía en pie, era por la firmeza con la que agarraba a la joven. Varias personas pasaron mirándolos con intriga.

Alana escuchó que Colbert maldecía por lo bajo.

—¿Te pasa algo?

—¡Esto es completamente ridículo!

Ella se atrevió a preguntarle:

—¿Cómo has logrado llegar aquí sin caerte?

—No lo sé. Ni yo mismo puedo creer que haya hecho tal locura. No pensaba lo que estaba haciendo cuando me lancé.

—No sé cómo podré agradecértelo, Colbert. —Lo miró sobre el hombro y entonces posó sus ojos sobre la boca. Esa boca que le provocaba tantas emociones. Sin aliento logró susurrar—: Creo que ahora sería mejor si me soltases.

—¿Tú crees?

Alana no solo lo creía, más bien lo necesitaba. Estaba tan pegado a ella que notaba todas las curvas del cuerpo varonil sobre el suyo, y en especial el duro músculo que presionaba un poco más arriba de sus nalgas.

—Por... favor.

Colbert carraspeó nervioso antes de contestar.

—Lamento decirte que no sé cómo hacerlo, y dado que yo te he salvado de caer y de ese tipo, lo justo es que me lleves a un lugar seguro.

Alana se agitó turbada, pero él siguió sujetándola con firmeza.

—¡Colbert, sácame de aquí! —exclamó, mortificada.

—Sé razonable, Alana —imploró él con una extraña voz gutural. Era tan consciente como ella de su posición y de su estado. No podía hacer nada para controlarlo.

El redondo trasero que apretaba lo tenía totalmente excitado. Cualquier trasero en esa disposición hubiese hecho que su erección cobrara fuerza, ese en especial más que ningún otro.

—¡Colbert! —Ella jadeó, acalorada—, me estás... estás... ¡clavándome!

Él se echó a reír al escuchar esa expresión en boca de ella. Posiblemente en otro momento le hubiese demostrado lo que era clavarla de verdad, pero en aquel preciso instante su intención no era ni mucho menos esa.

Alana hizo un aspaviento, y estuvieron a punto de caer como peonzas. Con esfuerzo, se recuperaron.

—No te rías, Colbert. Estoy pasando un momento muy incómodo. La gente no deja de mirarnos.

—Lo siento, dulzura, me ha hecho gracia lo de clavar. Una dama no debería decir esas cosas.

—Y un caballero no debería causarme esta vergüenza.

—¿Un caballero? —la escuchó decir, extrañado—. Es la primera vez que me tildan de caballero.

—Y a mí, de dama —repuso instintivamente.

—*Cravate*¹.

El tono ronco con el que él dijo eso hizo que Alana cerrara los ojos. Era tan fácil olvidarse de todo estando entre sus brazos... ¡Pero no! ¡No podía permitir que nadie viese un abrazo tan íntimo! Que Hellen viese...

Los veía, los veía y se acercaba con rapidez, con el ceño fruncido y un gesto fastidiado en su delicado rostro de porcelana. Por suerte, todo eso desapareció en cuanto descubrió la causa del problema. Se echó a reír con vivacidad mientras el enojo de Colbert crecía a pasos agigantados. Alana sintió su molestia y quiso hacer algo por mitigarlo.

—¿Hellen, quieres dejar de hacer eso y ayudarnos? ¿Acaso no te das cuenta que estamos a punto de caer?

—Estáis muy graciosos. A ver. —Hellen intentó ponerse seria. Sus ojos azules brillaban chispeantes—. Yo lo sujetaré de un brazo y tú del otro. Lo llevaremos a la entrada. ¿Por qué has pasado sin patines, Colbert?

Él soltó una imprecación con una mezcla de furia y alivio a la vez. No soportaba que se riesen de él, aunque fuese Hellen de modo inocente. Con seguridad, más tarde, al calor de su alcoba, él lo recordase y riera también, pero justo en ese momento no.

—¡Sacadme de una maldita vez fuera de aquí!

Cuando Colbert se retiró de la espalda de Alana, ella llegó a sentir frío y... ausencia.

—No deberías renegar, Colbert. Tus juramentos nos ofenden —lo regañó Hellen con burla.

—No seas mala con él, me ha salvado de que Huntington me manoseara.

—¿Se ha atrevido hacerlo? —medio chilló Hellen, parándose a pocos metros de la barrera.

Colbert volvió a quejarse.

—¿Queréis hacer el favor de sacarme de aquí? Ya tendréis tiempo de hablar después y reiros todo lo que os dé la real gana. ¡Ahora quiero salir!

Las hermanas Sanders aguantaron las carcajadas hasta que él se agarró con fuerza al murete y lo saltaba con piernas temblorosas.

Colbert ni siquiera se giró a mirarlas, conocedor de que no había hecho más el ridículo en toda su vida. ¿Qué diablos le había pasado por la cabeza para hacer aquello? Esperaba que ningún conocido lo hubiese visto ni llegara a oídos del demonio ruso. Desde luego, Seth no pararía de reír en muchos meses.

¹ Cravate: Una expresión francesa que significaba empate.

—¿Te apetece? Está caliente y te sentará bien —dijo Colbert, entregando una taza de chocolate a Alana. Ella se había quedado como espectadora en los asientos. Hellen continuaba en la pista danzando de un lado a otro sin dar la posibilidad a Huntington de alcanzarla. Era divertido ver como una y otra vez lograba esquivarlo y él trataba de cogerla igual que un perro siguiendo a su amo.

Colbert sonrió, mirando a Alana de reajo. Nunca le había parecido más hermosa como en ese momento. Con el sombrero se veía elegante, aunque ya había escapado de su recogido uno de sus largos mechones cobrizos, que caía revuelto, acariciando su mejilla. Tenía los pómulos sonrosados, y sus ojos verdes brillaban. No sabía si de alegría o de bochorno por lo ocurrido.

Colbert carraspeó, aclarándose la voz:

—En cuanto a lo que ha sucedido antes...

Alana no apartó la vista del hielo.

—Sí, no hace falta que digas más, Colbert. No quiero hablar de ello.

—¡Entré a ayudarte! ¿No era eso lo que me habías pedido? —Ella lo miró, anonadada—. Eres muy desagradecida, no sabes el mal rato que me has...

Alana lo interrumpió, frunciendo el ceño, mirándolo de soslayo.

—¿Ibas a decir que te he hecho pasar? ¡¿Que yo te he hecho pasar a ti un mal rato?! —

Bastante serio, Colbert asintió.

—Precisamente eso, sí. Tú...

—¿Yo? —Alana estaba totalmente asombrada—. ¡No sé si me ha molestado más que ese cerdo me toque o tu... tu...! —Bajó la vista a los pantalones de Colbert y, avergonzada, volvió a subirla, con las mejillas ardiendo. Agitó la cabeza con pesar—. ¡Basta ya! ¡Siempre logras hacerme sentir culpable! —Retornó la cara de nuevo al centro de la pista—. ¡Hellen nos ha visto!

—Nos ha visto todo el mundo, dulzura —contestó él, removiéndose incómodo. Alana acababa de despertar nuevamente al intruso de sus pantalones.

—No la conoces, yo he visto su mirada y pensó que nos estábamos... abrazando. Y te pido que no vuelvas a llamarme dulzura, mi nombre es Alana.

—¡Alana, por favor! Hellen no es ninguna tonta. Se ha dado cuenta que era imposible movernos. —Se sentó junto a ella, con una sonrisa divertida, olvidada ya la turbación que él mismo había pasado.

—¿Por qué te ríes ahora? —le preguntó, extrañada.

—Pensaba.

—¿En qué? —quiso saber.

—No creo que tu hermana advirtiera que te estuviese clavando nada —tras decir aquello, Colbert soltó una sonora carcajada. Hacía tiempo que una simple palabra no le hacía tanta gracia ni, desde luego, lo excitaba tanto. Alana le incrustó un codo en el pecho, a juzgar por la poca fuerza que llevaba, supo que no estaba tan molesta como aparentaba.

—No te acerques —le avisó, arrastrándose por los asientos para hacer más grande el hueco entre ellos—. Además, no pienso discutir con mi hermana por un hombre. Se supone que tú eres su pareja hoy, de modo que compórtate como tal.

Colbert se encogió de hombros.

—No me interesas, Alana.

—¿Ah, no? Pues hace unos minutos no parecía eso —contestó, altanera, fingiendo que no dolía su respuesta. Pero dolía horrores. ¿Ya no se acordaba del beso del cementerio? Qué pronto lo había olvidado.

Colbert hizo una mueca burlona. Si ella hubiese estado atenta a sus ojos grises, se hubiese dado cuenta que acababa de mentirle.

—Te juro que lo que pasó antes no es algo que haya hecho a propósito.

Por un momento, Alana lo miró atentamente, con ojos apagados.

—No volvamos hablar de ello —aferró con fuerza la taza y miró hacia delante—. No ha sido tan complicado decirme que no te intereso. ¿Por qué no pruebas hacerlo con Hellen?

Colbert suspiró. No había sido muy difícil mentirle porque era un experto en eso. ¿No llevaba años haciéndolo? Pero reconoció que Alana tenía razón, estaba demorando demasiado el asunto de su cuñada.

—Lo haré pronto.

—Antes del viernes a ser posible.

—Te gusta ser cruel conmigo.

Alana no lo miraba.

—Alana —la llamó suavemente—. El viernes no va a pasar nada.

Ella tragó con dificultad y se volvió a él con los ojos llenos de lágrimas. Estaba tan bonita que parecía un hada de cuentos.

—¿Me lo juras?

Colbert se pasó la mano por el cabello y respiró hondo. Antes de saber qué estaba haciendo, la abrazó. Alana se fundió en su abrazo, respirando la colonia de la pechera de su abrigo.

—Te lo juro, dulzura —murmuró, saboreando la agradable sensación de tenerla entre sus brazos.

Ambos sabían que aquel juramento carecía de valor. Nadie era capaz de prever el futuro. De mala gana, Colbert se apartó de ella y la miró. Se sintió mal, los discos verdes se habían oscurecido como las profundas aguas de un lago. Fue demasiado evidente ver que Alana sentía por él algo más que lealtad. Y eso le causó asombro, regocijo y pavor. Se le aceleró el pulso.

En ese momento, Huntington se les unió. Al verlo, Colbert empujó con gentileza a Alana en su asiento para ceder al hombre un espacio. No estaba dispuesto a dejar que se volviese acercar a ella. Es más, tenerlo ahora a su lado solo le causaba una irritación increíble, por demás de darle un puñetazo que hiciese añico su boca. De repente, se dio cuenta que no quería compartir con nadie el tiempo que pasaba con Alana y se asustó. ¿Cuándo le había pasado eso con una mujer?

—¿Ya os habéis cansado de patinar, milord? —Colbert le tendió una mano, indicándole que tomase asiento.

El lord se sacudió las calzas.

—Hay demasiada gente en la pista, y muchos no tienen ninguna consideración. Hay un patoso por allí que ha estado a punto de lanzarme al suelo un par de veces. ¡Debería estar prohibida la entrada para algunos!

Alana miró de reajo donde el lord indicaba y descubrió a unos pilluelos señalándolo al tiempo que reían a mandíbula batiente. Era normal que ocurriesen esas cosas vistiendo de aquella manera. ¿No se daba cuenta él que se exponía a eso y más?

—¿Qué os parece si vamos a cenar a algún sitio para completar el día? —preguntó Colbert, restando importancia a las quejas del hombre. Hacía unos minutos se

había comenzado a levantar el aire y hacía frío para estar allí parado sin hacer nada, además, tenía hambre.

—A cenar está bien —respondió el lord.

—¿Os gusta el venado? Es una carne que me satisface mucho. En París no abunda demasiado, y hace tiempo que no lo pruebo. Vamos a esperar a Hellen, a ver qué dice. Alana, ¿qué opinas?

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No quiero venado.

—Te sentará bien comer algo —siguió diciendo Colbert. Se volvió a Huntington—. Es una pena que haya pocos restaurantes aquí que lo sirvan. ¿Conocéis vos alguno?

—No es algo que suela comer con frecuencia. —Pasó sus ojos arratonados sobre Alana y la miró con preocupación—. ¿Cómo os encontraréis, señorita Sanders? ¿Os hicisteis daño?

—Estoy bien, gracias —contestó, muy recta. No quería recordar que se había querido aprovechar de ella.

—Por cierto, milord —Colbert le llamó la atención. No confiaba lo suficiente en sí mismo como para dejar que Huntington siguiese hablando de ese tema. Tuvo que reunir todas sus fuerzas para contenerse y no lanzarse sobre él como era su deseo—. Lleva una casaca muy hermosa, y parece costosa. ¿La piel es de algún animal en particular?

En un principio, el tono de voz de Colbert fue desconcertante para Alana, al igual que su insistencia por lo de comer venado y ahora por el material de la casaca del lord. Sin embargo, en pocos segundos, ella se dio cuenta que trataba de tirar de la lengua a Huntington llevándolo hacia el tema del que querían averiguar. Curiosa, se arrimó hasta el costado de Colbert, rozándolo estrechamente.

El lord se miró las ropas y se echó a reír, aunque no había ni rastro de humor en su carcajada.

—¿Os referís a esto? No es una de mis mejores prendas, tengo otras que serían capaces de dejaros con la boca abierta. ¿Os gustan las pieles?

Colbert asintió. Se vio obligado a poner una de sus facetas más amables cuando en el fondo deseaba retar a duelo al lord.

—Imagino que eso no lo encontraréis en las tiendas porque son auténticas. ¿Cierto, o me equivoco?

—¡Claro que son auténticas! —exclamó, totalmente ofendido—. Toda mi ropa me la hace un magnífico sastre. —Se levantó unos gruesos volantes de un puño y les mostró una suave antelina marrón—. Es de zorro de las nieves.

—Interesante y fastuosa —terció Alana—. ¿Qué significa de las nieves? ¿Os las traen desde algún sitio en especial? Yo podría hacerme un abrigo con eso, parece muy suave.

—Es algo excesivamente caro.

—Creo que podré permitírmelo —respondió Colbert, volviendo la cara hacia la joven, con complicidad—. ¿Quieres que encarguemos la prenda, Alana?

Ella se estremeció con la voz de Colbert. Estaban tan juntos que notaba la calidez de su cuerpo a través del abrigo. Antes de asentir, lord Huntington se apresuró a decir:

—No es tan fácil, estas pieles las cazo personalmente —enseguida de decir aquello, miró a Colbert con ojos dilatados y sospechó por dónde iban sus preguntas—. Hay un sitio en el norte, cerca de la frontera, donde el duque de Sherwood tiene una propiedad a la que voy muy de vez en cuando.

—De modo que cazáis —dijo Colbert—. Puede que yo esté interesado en cazar también.

Lord Huntington se tensó.

—No es algo que me guste mucho. Ya sabéis, toda la culpa es de las modas. Hace años que no voy debido a mi problema en la pierna —repuso con el rostro colorado. Pareció aliviado cuando vio llegar a Hellen y se puso en pie para recibirla. Colbert también lo hizo.

—Él y sus perros fueron los culpables —susurró Alana contra la oreja de Colbert al incorporarse. Él asintió disimuladamente.

—No tenemos pruebas.

—¿Cómo qué no? Acaba de admitir...

—Nada, Alana —reconoció él sin más—. Con eso no hay nada.

Ella sabía que tenía razón y no podía rebatir sus palabras. Le dio mucha rabia no poder hacer nada al respecto.

Más tarde, se fueron a cenar a un lujoso restaurante de la zona. El chef era francés, y Colbert no solo disfrutó con la comida, sino que se permitió proponer los platos. Por supuesto, no había venado.

En más de una ocasión se encontró con que sus ojos no le obedecían y viajaban continuamente hacia Alana. Ella estaba preciosa con su vestido burdeos que parecía destacar más el cabello cobrizo que asomaba bajo el sombrero. Los ojos verdes, cual dos gemas encendidas, resaltaban enormemente en su rostro cremoso de rasgos perfectos. Estaba tan apetecible que Colbert hubiese preferido comérsela a ella en vez de la succulenta langosta que tenía sobre el plato. Pero él no era el único que la devoraba. Huntington no hacía más que insinuársele y agasajarla de todas las maneras posibles. Y para poner la guinda, a Hellen no le debía de haber sentado bien el vino y trataba de llamar su atención con miradas risueñas y tontas risitas. Cada vez que eso sucedía, se percataba que Alana bajaba la vista a su plato o apartaba la vista de ellos. A pesar de lo desagradable de la situación, la velada se desarrolló de un modo tranquilo.

—Señor Wakefield. —Huntington lo sacó de sus pensamientos unos minutos antes de despedirse. Estaban en el vestíbulo principal del restaurante esperando que las damas terminaran de prepararse. Por ese entonces, el humor de Colbert no era de lo más sereno respecto a él—. Ahora que vos sois el responsable de la familia, me gustaría solicitar vuestro permiso para visitar a la señorita Sanders.

Colbert suspiró, cansado, y lo observó con dureza. Esa fue la gota que colmó el vaso.

—Sobre la señorita Sanders no tengo ninguna responsabilidad.

—Pensé que al vivir en el mismo hogar...

—La hermana de mi cuñada siempre será bienvenida, sin embargo, no puedo decidir por ella lo que debe hacer y lo que no.

—¿Pensáis que debería preguntárselo?

Colbert soltó una risa ácida.

—Verá, milord. La muchachita tiene un genio de mil demonios y no dudará en pisotearos si vos os dejáis. No creo que os complazca que os trate como a un títere.

Huntington arrugó la frente al observarlo.

—Ya sé que tiene un carácter fuerte, no soy tonto, señor Wakefield, pero creo que ella necesita a su lado a un hombre que sepa... domarla.

—¿Domarla? —repetió con brusquedad—. ¿Acaso estamos hablando de una yegua?

—Un... potrillo —se atrevió a decir el lord con una semi sonrisa lasciva.

Colbert lo miró con expresión hosca y amenazadora antes de decir:

—Supongamos, milord, que es como vos decís, aunque nunca se me hubiese ocurrido comparar a una dama con un animal... —su voz era en extremo tan suave como la afilada hoja de un cuchillo al cortar la carne—. ¿Creéis que a mí no me gustaría montar también al potrillo? —Ignoró la sorpresa reflejada en la cara de Huntington—. ¿Y a quién no le gustaría hacerlo? —le preguntó, clavando con ferocidad sus ojos sobre él. Le complació ver como el lord se encogía en su pesada casaca. La noche había finalizado y el sujeto escondido que llevaba dentro salió como una flecha de su arco—. ¿Queréis apostar a ver a quién prefiere? ¿A vos o a mí?

Huntington dio un paso atrás, confundido.

—No entiendo...

—¿No? —Igual que un toro encolerizado, Colbert movió la cabeza de un lado a otro—. ¿Deseáis que os lo explique?

—Lo lamento, señor Wakefield, pensé que vos y la señora Wakefield... —comenzó a tartamudear cuando Colbert lo tomó de las solapas con delicadeza. Su rostro, temible bajo la luz de las lámparas colgadas en las paredes, se contrajo en una máscara de absoluta frialdad capaz de congelar todos los fuegos del averno.

—Hellen es mi cuñada y me veo en la necesidad, por un poco de respeto hacia mi hermano, de advertiros que si os volvéis acercar a ella, os mato. —Los ojos de Huntington se dilataron, aterrorizados. La presión que ejercían las manos de Colbert cerca de su cuello lo tenía inmovilizado—. En cuanto a Alana, no creo que os gustara ver como se ríe de un tipejo tan estafalario como sois vos. ¿Os habéis visto? Sois una risión para todo el mundo, y ella es demasiado... potro para poco jinete, de modo que esta será la última vez que os dirigís a ella. Todo esto, milord, es por vuestro bien. Si os veo acechando, si noto vuestra mirada sobre mi familia, os meteré en un agujero tan oscuro que rogaréis porque el diablo en persona vaya a buscaros —lo amenazó. Con una sonrisa metódica, aflojó sus manos y le alisó las solapas antes de soltarlo—. Ahora, os despediréis de ellas amablemente y me haréis un favor, un gran favor, comportaos. ¡Qué no se note que os tiemblan las piernas, por Dios! No quiero que piensen que soy un necio y, por consiguiente, poco caballero. ¿Lo habéis entendido?

—Eh... sí, sí —Huntington era incapaz de pronunciar palabra y de mantener las piernas estables. Si Colbert lo hubiese dejado, habría echado a correr despavorido al abrigo de su carruaje.

Hellen y Alana se acercaron a ellos comentando detalles de la cena que habían disfrutado.

—¿Nos marchamos ya? —preguntó Colbert.

Hellen asintió.

—Estamos muy cansadas. Debe ser la falta de costumbre de no salir.

Él asintió y guiñó un ojo al lord, burlonamente.

—Hemos tenido un día largo. Milord, ha sido todo un placer charlar con vos. Quizá podamos coincidir en otra ocasión y conversar sobre su sastrería. Solos, sin aburrir a las damas.

—Habrá que mirarlo —respondió con voz trémula—. Realmente no sé cuánto tiempo me voy a quedar en Londres.

Hellen le tendió la mano.

—Ha sido un placer, milord.

Él se limitó a estrechar sus dedos brevemente, y de Alana se despidió con un murmullo entrecortado que nadie, excepto el cuello de su casaca, entendió.

Lord Huntington fue el primero en abandonar el establecimiento, y cuando los demás salieron a la calle, ya no lo vieron.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Hellen, extrañada, mirando a su cuñada.

Colbert no contestó e hizo una señal al cochero para que no bajase y él mismo ayudó a las mujeres a subir. En el corto intervalo que agarró la mano de Alana, fue capaz de oler su perfume fresco embargando todos sus sentidos.

Ella se sentó cerca de una ventana y se echó la manta sobre el regazo al tiempo que bromeaba, aliviada de haber perdido a Huntington de vista.

—Puede que le haya sentado mal la cena. Si es así, espero que se pase la noche entera vomitando.

—Habrá sido eso —dijo él, por fin. Sin darse cuenta, se sentó junto a Hellen, y ella aprovechó para recostarse sobre su brazo. Alana estaba enfrente, envuelta en las sombras.

—Estaba todo exquisito, Colbert. Nunca había estado en un restaurante francés

—Es cierto —corroboró Alana, desviando sus ojos hacia la ventana—. Me encantan esas salsas con un saborcillo picante.

Colbert encontró su mirada a través del reflejo del cristal y le regaló una sonrisa, pero lo frustró que ella no le correspondiese y, encima, lo ignorase.

¡Maldita fuera! No era cómoda su situación. Por no herir a Hellen, estaba dañando a Alana, y solo Dios sabía cuánto lo lamentaba. Lo de ser un hombre honrado y moral decididamente no lo llevaba bien. ¿Por qué habría tenido que irrumpir en sus vidas de esa forma? Tenía que haberse limitado a protegerlos desde lejos para no estar en aquella encrucijada. De esa manera, también se hubiese evitado conocer a la pelirroja hechicera que mantenía su cuerpo en completa tensión y no lo dejaba pensar con cordura.

Suspiró con fuerza, necesitando romper el intenso silencio que se acababa de formar.

—Ya no tendremos que ver más a Huntington.

—¿Cómo es eso? —Hellen lo miró sin levantar la cabeza. Sus ojos azules brillaban alegres, demasiado achispados.

—Le he hecho una pequeña advertencia y no creo que se atreva a molestaros de nuevo.

Colbert sintió como ambos pares de ojos se posaban sobre él.

—¿Cómo? —preguntó Alana—. No he visto que le hayas roto nada.

Hellen levantó la cabeza como un resorte.

—¿Romper?

Colbert rió al recordar aquella conversación con Alana y tranquilizó a su cuñada.

—Tu hermana bromea de nuevo. —Alana miró a Hellen y asintió con una mueca divertida—. En cuanto a ese impertinente, le he hecho saber que no es bienvenido en casa. Lo que más me interesaba era conocerlo, y ese objetivo ya está cumplido. Y por cierto, llevabais razón. Es el tipo más ridículo que he visto nunca, y eso que a lo largo de los años me he encontrado de todo.

—¿Pero qué pasa si él es el culpable de lo sucedido a mi esposo? —preguntó Hellen, sin entender del todo lo que estaba sucediendo.

—Pagará por ello, Hellen. Encontraré las pruebas para llevarlo ante el tribunal, ahora, lo importante es que yo también puedo sospechar de él.

Alana se puso repentinamente seria.

—¿Eso significa que entonces tú tampoco me habías creído?

—Nunca dije que no te creyese, sino que era posible que exageraras. Que vista con pieles o que haya admitido que es cazador, no quiere decir que alquilase sus tierras, que fuesen sus perros o que él mismo echase a Jhon por el barranco. Conseguiré saber todo lo que necesito, pero debemos darle tiempo. Roma no se construyó en un día.

Hellen se puso a llorar, y Alana se cambió de sitio junto a ella.

—No te preocupes, vengaremos la muerte de Jhon, y ese maldito lo pagará. Te lo prometo, Hellen —juró Alana.

Colbert las dejó que se acomodaran mejor en el banco y él pasó a ocupar el sitio de Alana. La manta que había tenido sobre sus piernas seguía estando caliente.

—Yo más que nadie deseo esclarecer todo esto, Hellen. Lo primero de todo es saber ser paciente y esperar.

Alana lo miró con rostro acongojado.

—Pero es tan difícil... es tanto tiempo el que llevamos esperando.

Colbert se inclinó hacia ellas.

—A veces, la justicia no funciona como debe, por eso tenemos que asegurarnos de conseguir bien las pruebas. Creo que tenéis que estar alegres de no tener que volver a estar con él.

—Parece que olvidas que él también es de Dorset. Qué más da aquí o allí, seguiremos viéndolo o sabiendo de él de igual manera.

Colbert cogió la mano de Alana y la miró fijamente.

—Confía en mí. Ten paciencia —dijo, tratando de convencerla.

—Quiero hacerlo —susurró ella, perdida en la fuerza de su mano grande y su calor. Hubiese deseado sentarse en su regazo, abrazarle el cuello y dejar que una y otra vez le dijese que siempre iba a estar allí con ellas.

Hellen se puso a llorar más fuerte, y Alana se obligó a volverse a su hermana y consolarla.

Colbert las observó en silencio. Alana no dejaba de fascinarlo y sorprenderlo, su ternura lo afectaba. No terminaba de conocerla bien y tenía la impresión que jamás iba a poder hacerlo del todo. Era una mujer muy cambiante, espontánea, sincera, terca como una mula, pero con un fiero sentido del honor, bruta como una vaca brava y más dulce que los querubines del cielo. El lazo de unión que sostenía con Hellen era inquebrantable, inmune a todo lo demás. Tal vez el mismo que un día a él lo unió con Jhon.

Esa misma noche, cuando Colbert llegó a casa, recibió una escueta nota de Paddy avisándole que había llegado apenas unas horas antes a la ciudad. Sin esperar mucho, salió de nuevo. Necesitaba despejarse un poco, beber unos tragos y si se le daba bien, para cerrar una autentica velada, unirse a algunas de las trifulcas que seguramente los marineros creaban. Tenía que sacarse de la cabeza los sentimientos extraños que cruzaban su mente, y no le importaba que fuese mediante unos cuantos puñetazos. Quizá lo que verdaderamente quería era que alguien le devolviese la cordura que parecía haber perdido.

Mientras...

Alana, desde la ventana de su dormitorio, lo vio salir. Su imagen, junto el recuerdo de sus palabras, «no me interesas», hizo que se enfureciese. No podía creer que Colbert se hubiese marchado tan tranquilamente, y no hacía falta ser muy inteligente para saber dónde. El muy... capullo.

Mordiéndose el labio inferior, lo observó entrar en el faetón. Tragó saliva con amargura. Todavía podía oler el aroma masculino de su piel. Sentir sus músculos contra su espalda...

La voz de Noelle detrás de ella hizo que se volviese con rapidez.

—¿Necesitáis que os ayude?

—Si fuese así, te pediría una locura —respondió, caminando hacia ella al tiempo que le mostraba la espalda para que desprendiera los broches del vestido.

—Sabéis muy bien que a eso no os ayudaría. ¿Qué tal pasasteis la tarde?

—Casi es mejor que no preguntes. Lord Huntington es más desagradable de lo que imaginaba. Menos mal que no tendré que volver a salir con él jamás.

—¿Por qué estáis enfadada?

Alana se aferró del escote del vestido echándolo hacia adelante y lo dejó caer en el suelo con un ligero siseo. Le siguieron el sombrero, las enaguas y las medias.

—No lo sé, Noelle. Los nervios de estar aquí, el hecho de tener que convivir con el hermano de Jhon. Son muchas cosas juntas, y todas tan complicadas...

—Yo pensé que era por lo de las apuestas en ese club.

Alana agitó la cabeza.

—¡No! Al principio no me gustó mucho, pero en realidad casi me complace que alguien tan... así como yo... ¿Sabes qué es que tu nombre esté en un sitio tan reconocido? —Cuando Hellen se lo había comentado a Colbert, este le dijo que él no había tenido nada que ver.

—Lo imagino. Para muchas sería un sueño —admitió Noelle.

La doncella atizó el fuego después de recoger la ropa. Alana se la había quedado mirando fijamente.

—Me alegra mucho que Colbert y mi hermana te volvieran a contratar otra vez. Te he echado de menos.

—Yo también, señorita, además, sabéis que si no es por la señora Hellen que me obligó a marchar después de aquello, yo me habría quedado.

—No teníamos con qué pagarte.

Noelle se encogió de hombros, con una sonrisa apenada.

—Lo sé. Me dio mucha pena cuando supe que trabajabais en la posada.

—¿Tú, qué hiciste?

—Me tuve que alojar en casa de una prima mía y de vez en cuando la ayudaba a limpiar en el hogar en el que estaba empleada.

Alana convenció a la doncella para que fuese a buscar un poquito de jerez y que se sentase con ella frente a la chimenea a charlar de todas las cosas que habían hecho durante esos meses que no se habían visto. Después, se metió a dormir y luchó sin ningún éxito por sacar de sus sueños al hombre moreno de ojos grises que despertaba en ella un deseo desconocido. Lo que al principio comenzó con algo tierno y apasionado, al final acabó siendo una horrible pesadilla con un duelo en una pradera cubierta de nieve. Colbert estaba a un lado, y el vizconde de Lancaster al otro.

Se despertó sobresaltada antes de averiguar quién caía derrotado en su sueño. ¿Y si le sucedía algo a Colbert y Hellen le recriminaba no haberle avisado? No estaba muy segura de poder guardar aquel secreto.

Con esos pensamientos, miró la hora, sorprendida de que hubiese amanecido hacía un buen rato. Se puso la ropa y bajó a averiguar entre los criados si Colbert había llegado y cuándo lo había hecho. Fue bastante arduo sonsacarle algo al señor Drew, pero una vez que Alana consiguió que le dijese que había llegado minutos antes del amanecer y que se había encerrado en su dormitorio ordenando que nadie lo despertase, fue más fácil saber que había venido con aspecto cansado, cabello revuelto y el pañuelo de su cuello sin nudo y colgando sobre sus hombros.

Quien también estaba muy decepcionada era Hellen. No había esperado que aquella noche Colbert saliese, aunque tampoco podía reprocharle nada. En verdad, ni siquiera tenía derecho para hacerlo. Desde que él había llegado, se había comportado fenomenalmente con los mellizos y con ella, incluyendo a su hermana, con la que sí tenía algún encontronazo que otro, pero es que Alana era un caso aparte, como el perro del hortelano.

Hellen no lograba entender muy bien el comportamiento de Alana, y dos días antes, cuando había estado hablando con lady Erika, esta le había comentado que existía la posibilidad de que Alana se hubiese enamorado de Colbert. Por supuesto, ella contestó que no podía ser. La misma Alana se lo había dicho en Christchurch al salir de la modista. Sin embargo, ahora, volviendo la vista atrás y pensando en la forma en que ellos tenían de actuar, comenzaba a dudar que lo que Erika había dicho era cierto.

Que la preocupaba este hecho era obvio, más que nada porque si Colbert deseaba algo de Alana, ella misma le iba hacer cumplir como hombre por muy hermano de su difunto esposo que fuese. Que se tenían que casar, ¡pues que así fuese! Ya se había dado cuenta que Colbert le recordaba demasiado a Jhon, y ella no se veía capaz de entregarse a él. En realidad, hasta hacía unos días, casi ni siquiera se había planteado el hecho de rehacer su vida, y si había dado el nombre de Colbert a Huntington, por dar alguno, era solo porque era el hombre que tenía más cerca. En cambio, a quien no podía quitarse de la cabeza desde el mismo momento en que lo conoció, era al elegante y atractivo señor Presley. Sus ojos claros parecían que la perseguían constantemente, al igual que su encantadora sonrisa.

Le hubiese gustado saber más de él, pero ella no podía ir preguntando esas cosas. Era una viuda reciente, a pesar de sus nueve meses de luto. Había amado con locura a Jhon y no podía entender por qué este hombre había despertado en ella una pequeña chispa que creía extinguida. En el fondo, tenía miedo de estar haciendo algo malo; debía pensar seriamente en sus hijos y en su futuro, y con la llegada de su cuñado no sentía necesidad de volverse a casar otra vez. Pero ese Presley... era tan... espléndido.

En una de las salas privadas del club londinense del demonio ruso, Colbert charlaba con su amigo sobre su encontronazo con el vizconde al tiempo que se deleitaban con una buena botella de coñac de la mejor cosecha. Desde la planta baja subía el barullo de los clientes que jugaban en el casino. La noche estaba muy avanzada, pero nadie parecía querer abandonar el local. El edificio, muy céntrico, se encontraba ubicado en una ancha calle y recientemente le habían puesto un letrero muy llamativo. Tenía dos plantas, que estaban construidas en adobe rojizo. Arriba, albergaba habitaciones amplias de decoración exageradamente recargadas donde los clientes podían calmar sus ansias con algunas de las muchachas. En la planta baja se hallaba el vestíbulo, de ahí se abría en dos salas, una totalmente dedicada al juego,

con mesas de apuestas, ruleta y partidas de cartas, donde en el fondo había un espacio más pequeño, pero lujosamente amueblado, exclusivo para desarrollar las grandes partidas de póker. La otra sala la conformaba un elegante mostrador de ébano y divanes rojos donde las mujeres se paseaban semidesnudas.

Seth Presley se frotó las manos.

—Muy bien, Iron, pues si así lo quieres, recibiremos a ese hombre. Habilitaré uno de los gabinetes para poder estar cómodos. Sería un completo imbécil si quisiera entrar un solo arma aquí, allá él si se arriesga. Pero lo que te puedo asegurar es que debe estar muy enfadado para haber hecho un viaje tan largo. Amigo, ese hombre quiere tus huevos en una bandeja de plata.

—No creo que pretenda nada, posiblemente quiera negociar algo. —Colbert se encogió de hombros. De Huntington y Lancaster, desde luego, Lancaster le preocupaba más, sobre todo después de prometer a Alana que no iba a sucederle nada—. Te habrás enterado que ha llegado Paddy y el resto de los hombres.

—Sí, sabes bien que de esas cosas me entero pronto. He oído decir que anoche la armasteis buena. ¿Te han salido caros los desperfectos de esa taberna?

—No creas —Colbert recordó, como de pasada, la bronca del día anterior. Todo había sucedido porque, casualmente, y con cierta alegría, descubrió que uno de los últimos marineros que se habían unido a la partida de cartas les estaba haciendo trampas. Cierto que aquella pelea había sido muy conveniente para él, que lo había estado buscando desde que llegó, pero podía presumir de no haber comenzado personalmente la gresca—. El dinero mereció la pena por la que se formó allí. ¡No había visto volar tantas sillas en mi vida! —Se echó a reír—. Te puedo asegurar que mis hombres y yo disfrutamos la mar de bien.

El demonio pareció ponerse serio de repente.

—Iron, dime que no te instalarás en Londres.

Colbert lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Por qué lo dices? ¿Tienes miedo a la competencia? Te recuerdo que yo estaba aquí antes que tú te dejases colgar de la rama de un árbol por ese oficial del ejército.

El demonio hizo un amago de sonreír, pero lo cierto es que esos recuerdos no eran demasiado buenos. Supuestamente, él trabajaba para ese oficial sin saber que lo era y que lo único que pretendía era robarle la mercancía, unas armas de contrabando, que debía llevar al comprador. Este, que había pagado por adelantado y que fortuitamente había sido lord Iron, se quedó sin armas. Por supuesto, cuando Iron fue a reclamarle, no esperó encontrarlo colgado de un árbol a punto de ser asesinado. Colbert lo había salvado de morir aquella vez, había recuperado sus armas y lo había iniciado en aquel mundillo.

Seth aspiró largamente. El humo de los cigarrillos flotaba como una nube sobre sus cabezas.

—Déjalo, no me lo recuerdes. Estuve hablando con Paddy y les he recomendado que vayan a la Herradura de Plata.

—¿Que se alojen o que te ayuden a proteger el local? ¡Serás caradura!

Seth agitó las manos de dedos largos.

—¡No te voy a cobrar nada! —Soltó una carcajada.

Colbert lo miró con cierto afecto. Apreciaba la amistad del demonio.

—Hay una cosa más, me gustaría que preparases un combate.

—¿Un combate? —Seth echó un trago largo y lo miró, asintiendo, preocupado—. ¿Es sobre lo de ese hombre? ¿Huntington?

—Así es. Me dijiste que apostaba, y quiero que le hagan llegar la noticia de fuertes apuestas. Voy a quitarle hasta las calzas.

El demonio ruso rió estruendosamente.

—Ya veo que lo has conocido. ¡No se puede ser más estrambótico!

—Lo es, pero hay algo en él... no termino de entenderlo.

—Se llama enfermedad. Ese hombre fue expulsado de la cámara de lores hace tiempo. Es uno de los mejores secretos guardados de la historia, aunque no para mí. Asesinó a su esposa cuando ella le dio un hijo... raro.

—¿Qué quieres decir con raro?

Seth agitó la cabeza.

—No lo sé, amigo. Algunos dicen que es deforme o algo así, otros... —se señaló la cabeza haciendo girar el dedo—... que está loco. El lord lo mantiene encerrado en su casa. Está desesperado por contraer matrimonio y tener un heredero válido. ¿Qué pretendes hacer con él?

—Quiero verlo en paños menores. Sé que no va a ser tan divertido como desnudar a una de tus chicas, pero lo voy a pasar de miedo.

—Por cierto, Iron, ¿apostarás en el cuadrilátero?

—Sí. —Se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos sobre la mesa—. Quiero que juegues fuerte por el perdedor. Hacerle llegar a Huntington por dónde van las apuestas, y antes de cerrar, dobla la oferta por el ganador. No aceptes menos de mil.

Seth resopló.

—Vas fuerte, amigo. Por cierto, hablando de mis chicas... tengo verdaderas beldades esta noche.

Colbert levantó una mano.

—Es cierto, antes que se me olvide, necesito a... ¿Rose?

Seth alzó las cejas con una sonrisa risueña.

—Sabía que vendrías a buscarla.

Colbert le entregó varios billetes de su cartera de cuero y chupó de su cigarro. Una larga espiral ascendió al techo de manera lenta.

—No es lo que te imaginas. Necesito que le compres algún vestido bonito y la envíes a mi casa. Quiero que interprete un pequeño papel ante mi cuñada.

—¡Vamos, Colbert! ¡Tengo rameritas, no actrices!

—Muchas rameritas son auténticas actrices.

—¿Lo sabes por experiencia?

—Te gustaría oírme decir que sí, pero lo siento, no. Suelo dejarlas muy, pero que muy satisfechas.

Su concentrada expresión hizo que Seth se preguntara qué estaría tramando.

—¿De qué se trata?

Colbert quiso echarse a reír al ver a su amigo tan intrigado.

—Hellen se está enamorando de mí, y tengo que desencantarla. —Recordó lo que le había dicho Alana—. Y tiene que ser de forma sutil.

—Ya entiendo por dónde vas. Quieres hacerle creer que estas con Rose. ¿En calidad de amante? —Sirvió dos copas y entregó una a Colbert, que la hizo girar entre los dedos.

—Sí, no me importa —respondió—. Solo te pido que no te demores mucho. ¡Ojo! Tampoco que vaya a hacer un escándalo en mi casa. Hellen tiene hijos. —No necesitaba que le montasen un drama. Con que la mujer dejara entrever que de vez en cuando salía con él, sería más que suficiente.

—Si lo necesitas, puedo pasarme después a consolarla de alguna manera —bromeó Seth con burla. Su cuñada le había parecido una mujer muy bonita y educada. Lástima que fuera tan fina, sino bien podría haber sido su tipo.

—Te juro, Seth, que si no te conociera, hasta te animaría. Nada me gustaría más que verte pasar por el altar como un pimpollo floreado, y, sobre todo, besando los

pies de una mujer.

—Antes me convierto en bailarín, y sabes que odio la música. Y hablando un poco de todo. Tengo un fuerte candidato para tu fierecilla.

A Colbert se le revolvió el estómago de repente.

—No importa, no quiero saberlo. —Se puso en pie, molesto—. Retira la apuesta de White's.

—¡Venga ya, no puedo hacer eso!

Colbert lo miró seriamente.

—Sí que puedes, de modo que hazlo.

—Pero...

—Del mismo modo que la pusiste.

El demonio se mantuvo pensativo durante un buen rato y asintió.

—De acuerdo, lo haré, pero el hombre, Sean MacArthur, sería un buen partido para la chica. Reside en Escocia y tiene su propio castillo.

—¡No quiero saberlo! —repitió—. En este momento tengo otras cosas más importantes en qué pensar que en mierdas de matrimonios ni nada parecido.

Dulce locura que me hace perder la cordura.

Sal de mi vida y libérame.

O quédate conmigo y... Ámame.

Alana dormía plácidamente en su cama cuando un golpe seco la despertó en mitad de la noche. Al principio, abrió los ojos bastante confusa. No estaba segura si lo que había escuchado era real o solo fruto de su imaginación. En la alcoba, todo era oscuridad, excepto por una tenue brasa que moría perezosamente en el hogar con un leve, y casi imperceptible, chisporroteo. Con atención, escuchó todos los demás ruidos. Afuera llovía, y el agua caía sobre la ventana, un reloj marcaba las horas con un suave tic tac desde la repisa de la chimenea... Volvió a cerrar los ojos de nuevo, queriendo conciliar el sueño, pero apenas se acomodó, el ruido volvió a sonar. Esta vez, fue una especie de *bumm* que hizo que su corazón saltase enloquecido. Con brusquedad, se sentó sobre la cama, frotándose los ojos, despejando su mente adormilada. Se quedó inmóvil, intentando adivinar qué podía ser aquello. Por un momento, pensó en Andy y algunas de sus pesadillas, e incluso imaginó que alguien había entrado en la casa a robar, o a lo mejor era alguno de los empleados que habían subido a la segunda planta para algo. Unos segundos después, el sonido se repitió, y se levantó, intranquila. Tanteó la mesilla en busca de fósforos y cuando encendió la lámpara, se abrigó en su bata. Rápidamente, descorrió una pequeña porción de cortina y observó el exterior. Las gotas de lluvia dibujaban burbujas en los ríos de agua que se deslizaban por la calle. No había nadie a la vista, porque nadie en su sano juicio era capaz de salir en una noche invernal como aquella.

Completamente despierta, dejó la habitación sin hacer ruido. El corredor estaba envuelto en sombras, pero no había nada que indicase que hubiese alguien escondido. El candelabro de tres brazos de la mesita tenía una mecha encendida que solían dejar así por si los niños tenían que levantarse durante la noche, y la llama se mecía titilante.

Con paso lento, recorrió el pasillo, con los oídos bien dispuestos. Empujó y cerró puertas asegurándose que todo estaba en orden, pensando que aquellos ruidos bien podían haber llegado por culpa de alguna corriente de aire, sin embargo, antes de llegar a la habitación de Andy, el sonido se repitió.

Extrañada, se detuvo ante la puerta de Colbert, de allí era de donde parecía provenir todo, además, fijándose bien, distinguió la luz que se filtraba por debajo de la puerta. Sintió alivio y desechó la idea de que cualquier intruso hubiera entrado en la casa. Desde que había conocido al vizconde, temía constantemente que intentara acercarse a Colbert a toda costa. Se decía que era un miedo infundado, ya que él le había asegurado que no tenía que preocuparse por sus asuntos, pero la verdad era que no podía evitarlo.

Todavía seguía un poco molesta con él porque apenas lo había visto esos dos últimos días. Por las noches, Colbert salía, y por el día era ella con Hellen y sus sobrinos los que iban a conocer la ciudad o a visitar a las amistades de Hellen. Aun así, no podía dejar de pensar una y otra vez en él y en lo rápido que había entrado en la pista de hielo para liberarla de Huntington, o cuando la apartó deliberadamente del vizconde de Lancaster, o su ceño preocupado al saber que Mike estaba interesado en ella. No podía evitar ilusionarse con su comportamiento, aunque también sabía que con Hellen o con cualquier otra mujer habría hecho lo mismo. ¿O no?

Muerta de curiosidad por saber qué hacía él despierto a esas horas, puso la oreja contra la puerta. Era posible que acabase de llegar. Si, seguramente era eso. Quizá estaba acompañado, ¿lo estaría?

Un escalofrío recorrió su columna vertebral, con miedo, y dio un paso hacia atrás, cruzando los brazos sobre el pecho y frotándose los hombros. Sabía que lo más coherente era regresar a la tibia de su cama, pero si hacía eso sin saber qué era lo que pasaba, mil imágenes diferentes en su imaginación no iban a dejarla dormir.

¡No! Tenía que saber qué estaba ocurriendo.

Miró a ambos lados del pasillo, nadie más se había despertado todavía. Paralizada, observó la puerta deseando que sus ojos fuesen capaces de atravesar la madera. ¿De verdad quería saber lo que estaba pasando dentro? Escuchaba sus propios latidos retumbando con fuerza en los oídos. Aquello era una locura. No debía estar allí. Se giró hacia su dormitorio y antes de dar un paso, sonó otro golpe. Tomó una fuerte bocanada de aire insuflándose valor, caminó hacia la puerta y la tocó suavemente con los nudillos, tan suave, que ella dudaba que alguien, incluido el mismo Colbert, lo hubiese podido escuchar con el escándalo que de repente había empezado a formarse dentro. ¿Acaso estaba siendo atacado?

Insistió, con más contundencia. Si realmente no estaba pasando nada, tenía la excusa perfecta de que la había despertado.

Pasados unos largos segundos, Colbert abrió impulsivamente la puerta, provocando un desagradable chirrido. La miró aturrido. Alana se tensó y recorrió con la vista ambos lados del pasillo por si alguien se había despertado. Pero nadie parecía oír nada, excepto ella.

Solo con verlo, descubrió el estado de embriaguez en el que se encontraba. Tenía el cabello negro revuelto sobre los hombros, enmarcando su hermoso rostro. La camisa, abierta de arriba abajo, dejaba el torso al descubierto mostrando el escaso vello oscuro que se introducía en una delgada línea por la cinturilla de su pantalón. Llevaba una bota puesta, como si lo hubiese sorprendido descalzándose.

Con ojos entrecerrados, él la observó con una mueca de disgusto en los labios. Lo último que había esperado era que ella fuera a su dormitorio en plena noche. ¿No sabía lo que era el miedo o qué? ¡Por el amor de Dios! Él no era un santo ni un eunuco para tener que soportar aquello. La joven vestía una prenda larga y blanca que sujetaba a su cuerpo mediante un cordón, de la misma tela, que ataba por delante de su cintura. El cabello, bucles gruesos que caían sobre su espalda, atrapaban la dorada y tenue luz del candelabro, igualándose al oro viejo. El rostro quedaba más bien en sombras, por lo que sus ojos aceitinados brillaron al mirarlo. Si ya era una tentación verla durante el día, por la noche debía controlar la fuerte excitación que sentía solo de saberla a unos metros de su dormitorio. Teniéndola allí, deseó arrastrarla a su cama y no dejarla salir hasta que las primeras luces del día comenzaran a aflorar. Se controló. Con la mano alzada apoyada en el marco de su puerta, la miró de arriba abajo.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz ronca en un tono más alto del deseado.

Alana quiso mirar más allá de su cuerpo para asegurarse que estaba solo, pero él cubría todo el hueco. La piel dorada y brillante de su torso era lo único que podía ver. Se obligó a levantar los ojos hasta los de él. De repente, estaba enojada.

—¿Qué te pasa a ti?

Colbert frunció el ceño con seriedad y después, se volvió al interior de su recámara dejando la puerta abierta, invitándola a entrar.

—Estoy muy cansado y lo único que deseo es meterme en la cama. No sé qué es lo que quieres a estas... horas, pero sea lo que sea, dilo y márchate rápido.

Alana suspiró. Aprovechó a meter la cabeza en el cuarto, recorriendo la sala con una mirada rápida. Estaba solo. ¡Bien!

Sobre la chimenea había una lámpara de aceite colocada peligrosamente al borde, lanzando una luz intermitente. El suelo era un zafarrancho de combate, una bota, una botella de licor tirada sobre la alfombra, los cobertores medio caídos de la cama, una chaqueta hecha un higo sobre un diván azul. Alana abrió los ojos con espanto, entrando tras él.

—¿Con quién has peleado?

Colbert tensó los labios en una sonrisa cínica.

—Muy graciosa, dulzura —respondió.

Alana cerró la puerta apresuradamente para que nadie advirtiese su presencia allí.

—Estoy hablando en serio. ¿Qué ha pasado aquí?

Como si el desorden de su dormitorio fuese de lo más normal, Colbert se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a pasar algo?

Ella lo amonestó.

—Por los golpes que estás dando, ¿acaso nos quieres despertar a todos?

A la pata coja, él intentó sacarse la bota que le faltaba. Alana lo miró fijamente. Colbert parecía a punto de caerse de un momento a otro. El hombre era tan alto y estaba tan empecinado en controlar sus movimientos para fingir que no había bebido, que se tambaleaba igual que un junco movido por el aire en la ribera del río; solo que su cuerpo estaba rígido y donde iba su cabeza, iban sus pies. El esfuerzo era asombroso, por demás de exagerado.

Alana sonrió divertida.

—¡Siéntate, hombre! Te vas a caer.

—¿Quién dice eso? —Ella curvó graciosamente las cejas, y Colbert se ofendió—. ¡No soy ninguno de los mellizos para que vengas a darme órdenes! —Con pasos inseguros, caminó hasta el diván y se hundió en él—. No esperes que te dé ninguna explicación. —Con expresión de triunfo, se descalzó y guiñando un ojo, apuntó hacia la pared.

Alana corrió a quitarle la bota de la mano antes que la lanzara, como era su intención.

—Eres muy regañona, bonita —dijo, mirándola con ojos turbios.

—¡No te comportes como un crío, y ten por seguro que no te diré nada! —respondió con tranquilidad. Se acercó hasta él y se inclinó sobre su hombro para sacarle la chaqueta que su espalda aprisionaba. Olía a cuero, brandí y tabaco, pero también quedaban restos del aroma varonil que solía usar. Se sintió embriagada por la cercanía y se apartó corriendo.

Colbert terminó de sacarse la camisa y arrugándola en un puño, la hizo volar hacia ella y cayó a sus pies.

—¿Nadie te enseñó a ser ordenado? —refunfuñó Alana, recogiendo la prenda. Tomó la botella y la miró con ojos entrecerrados—. Parece que venías con sed.

Él soltó una risilla.

—Si piensas que estoy bebido, te equivocas, solo estoy... alegre. Hace años que no me emborracho. Tú deberías saberlo, bonita, has trabajado en una posada y habrás visto tipos ebrios.

—Cierto —asintió—. He visto como algunos hombres hacen el completo ridículo cuando toman unos tragos de más o cuando intentan disimular que lo han hecho.

La preciosa boca de Colbert dibujó una sonrisa ancha.

—Te ha faltado decir que exactamente igual que yo, pero no es lo mismo borracho que... contento.

Alana asintió y siguió recogiendo las cosas del suelo. Si le sonreía de aquella manera, podía olvidar el motivo por el que estaba en su dormitorio, y su única intención era que no despertara al resto de la casa, ¿verdad?

Colbert controlaba su voz y sus gestos. Era verdad que se tambaleaba un poco, pero sabía muy bien dónde estaba y lo que hacía. Se pasó la mano por el cabello y la miró:

—¿Qué quieres, Alana? ¿Por qué has venido?

—Porque me has despertado con tus golpes —le contestó, girándose a él. Con las prendas en las manos, se detuvo, observándolo. Aún con la apariencia desgreñada seguía siendo el hombre más guapo del mundo. Su pecho desnudo brillaba bajo el resplandor de la lámpara y las llamas del hogar.

En ese momento, Alana reparó en que se hallaban solos. Bueno, no fue en ese momento, pero por alguna extraña razón comenzó a ponerse nerviosa y a notar la boca seca. Tenía la sensación de haber irrumpido en una situación bastante incomoda. Se pasó la lengua por el labio inferior y, con las mejillas ardiendo de vergüenza, corrió a dejar las pertenencias sobre el descalzador, enderezó la lámpara y se dispuso abandonar el dormitorio. Estar allí suponía un peligro para su anhelo virginal.

—No me has dicho qué es lo que quieres, Alana. —La voz de Colbert fue extremadamente suave, haciendo que su corazón saltara en el pecho con brío.

—Nada, es solo que pensé que te ocurría algo. —Se aferró con fuerza al tirador de la puerta. Él se había puesto en pie y caminaba hacia ella con lentitud—. Pero yo ya me marchó.

Y podía haberse marchado antes que él llegara a su lado, sin embargo, se quedó inmóvil, mirando sus movimientos lentos y pausados como los de un elegante felino. El tenía razón. No había restos de alcohol en su aspecto. De no ser por el bullicio de antes, nunca habría dicho que Colbert había tomado.

Sus piernas empezaron a temblar cuando él apoyó una mano en lo alto de la puerta y clavó sus ojos de plata en ella, con intensidad, dejándola sin aliento. Los anchos hombros le impedían ver más allá de él, como si de repente se hubiese alzado un muro y le hubiera quitado toda posibilidad de escapar. Se sintió aturdida por la fuerza masculina que él desprendía.

—Hasta mañana, Colbert —susurró, demasiado consciente de su cercanía. Tragó con dificultad. Sentía miedo, pero también, curiosidad. La forma en que él la miraba la inquietaba. ¿Por qué él no decía nada? ¿Quizá porque sus ojos ardían de deseo dentro de los de ella, o quizá porque no quería hablar y solo buscaba otra cosa? ¿Besarla? Su corazón latió a mil por hora.

Colbert levantó la otra mano hasta su mejilla, y Alana, ahora sí, dejó de respirar. El anhelo que Colbert transmitía era tan fuerte que asustaba.

—Dulzura —murmuró él, acercando su boca a la de ella.

La iba a besar y lo esperó con los labios entreabiertos, incapaz de cerrar los ojos ni de moverse, tan solo sentía la cara morena muy cerca de ella, su aliento cálido y ardiente sobre sus mejillas, con un ligero olor dulzón del licor. Y sucedió. Los labios de él acariciaron los suyos, como la seda, en un contacto de lo más delicioso. Hipnotizada, dejó de pensar. Todo alrededor dejó de existir, excepto aquella boca sobre la suya, lamiendo sus contornos con lentitud, mordisqueando sus propios labios. Una multitud de sensaciones viajaron por su cuerpo, una marea revuelta que inflamó cada poro de su piel. Cerró los ojos, disfrutando del placer de los sabores aterciopelados y calientes que inundaban su boca, dejándose arrastrar por un torbellino de fuego. Sentía que se ahogaba, que solo respiraba de él, y no le importó. No quería que se alejase, no quería que se apartara de ella y rompiera la magia de ese beso. Involuntariamente, cerró los ojos.

Muy lejos de distanciarse, la lengua de Colbert penetró en ella, colmándola. Una de sus manos le sostuvo la nuca afianzando el beso. Le rozó los dientes, el paladar, los lados del interior de la boca con su lengua. Era todo dulzura, como miel derritiéndose en su boca, y lo más excitante de todo eran los placenteros gemidos que ella exhalaba. Era un auténtico éxtasis.

Colbert la aplastó contra su pecho, con fuerza. La mano de su nuca se enredó en los largos cabellos, presionando hacia él, hacia su boca, como si quisiera robar su alma. La otra descendió de la mejilla hasta la espalda, empujándola más todavía. Era imposible que una sola brizna de aire corriera entre sus cuerpos.

Alana dejó escapar una débil queja cuando los labios de Colbert se apartaron dejando los suyos fríos, hambrientos. Abrió los ojos topándose con los discos grises que la observaban intensamente.

—Más —le susurró sin pensarlo.

Él volvió a tomarla con su boca. No pensaba detenerse. Era muy difícil apartarse de ella sin saciar su deseo. Estaba ansioso, todo su torrente sanguíneo se había concentrado en el músculo latente bajo su vientre y tenía que liberarlo a como diese lugar. Había esperado demasiado tiempo...

Ese beso fue más potente que el anterior, y Alana, en su agitación, llevó las manos a los fornidos hombros, atreviéndose a rozar la piel ardiente y dorada con timidez. Quería colaborar, necesitaba fundirse en él, deseaba algo que no entendía. Sus dedos lo apretaron, era duro, terso; seguro que los ángeles también eran así. Más animada al sentirlo gemir contra su boca, demostrándole que disfrutaba tanto como él, le acarició los firmes tendones de la espalda. Una increíble sensación que la hizo sentirse pequeña y protegida entre sus brazos.

El corazón de ambos latía a la misma velocidad.

—Dulzura —volvió a susurrar él, trasladando sus besos a la oreja de Alana, lamiendo el hueco debajo del lóbulo, donde el pulso saltaba disparado. Su voz era una especie de advertencia. Mitad lamento, mitad amenaza. Como si dijera ruego pero exijo. Apenas podía luchar contra su control tanto tiempo reprimido, mucho menos

contra su cordura.

Ella buscó sus labios otra vez. Lo besó varias veces, con avidez.

—No me dejes ahora, Colbert, no te detengas. Quiero más. —Si alguien le hubiese dicho alguna vez que imploraría por los besos de un hombre, se habría reído hasta la locura, sin embargo, lo estaba haciendo y estaba muy cuerda. No quería pensar. No tenía ningún sentido hacerlo. Estaba disfrutando como nunca lo había hecho y no importaba lo demás. Al día siguiente puede que lo viera con otros ojos e incluso se arrepintiera por la vergüenza, pero aquella noche no. Esa noche, el hombre más guapo del universo la estaba besando, la estaba amando. El futuro quedaba lejos, muy lejos. Ese preciso momento era su instante, su sueño. Algo que nadie podría arrebatarse. Él era quien había bebido, en cambio ella era la borracha, la que saboreaba aquella situación con tal intensidad que pensó no poder saciarse.

Él suspiró aliviado con su respuesta y la llevó al borde de la cama. Se apartó ligeramente, con los ojos entrecerrados. ¡Era una diosa! Estaba completamente entregada; sus labios, adorablemente hinchados y rosados, y su mirada verde, rebosante por la pasión.

Colbert llevó las manos al cinturón de la bata y, con destreza, desató el nudo. No iba a darle oportunidad de arrepentirse. ¡Al diablo con Hellen y el resto del mundo! Volvió a besarla y se alejó un poco para quitarle la prenda.

Ella seguía aferrada a sus hombros, donde los negros cabellos acariciaban sus nudillos como la seda. Lo miró. Estaba hermoso, los labios húmedos y excitantes, su mirada sensual cargada de pasión y promesas. Un rostro esculpido por la mano de algún dios.

—Te deseo tanto, Alana —murmuró él junto a su oído. Le besó las mejillas embebiendo su olor, los párpados, la frente...—. ¿Me deseas también, amor?

Ella tembló con la dicha de lo que esas palabras reflejaban. Quizá más tarde se diera cuenta que era una frase obligada en un momento desesperado.

—Te deseo, Colbert —respondió con un sonido gutural nacido de lo más profundo de su garganta. Y lo que deseaba era que él siguiese besándola, que hiciese lo que hiciese, borrar la creciente ansiedad que roía su estómago. Bajó los ojos a su pecho, hechizada con el vello rizado en forma de uve. Lo escuchó guardar la respiración y la animó a tocar su piel con lentitud, con las palmas de las manos abiertas. Su complejión era tan espléndida que a ella misma le costaba no gemir y suspirar al acariciarlo.

Colbert se mantuvo inmóvil, dejando que sus manos inexpertas lo llevaran a la más extrema de las locuras. No sabía cuánto tiempo más podría reprimir las ganas de terminar de desnudarla y tomarla como realmente deseaba, pero recordaba, porque no podía olvidar, que ella era virgen e inocente.

Alana levantó la vista a él, con ojos nublados, y entonces la volvió a estrechar, posando los labios en su cuello, alzándole por fin el camisón con tanta suavidad y delicadeza que ella se dio cuenta solo cuando la prenda salió por su cabeza.

Era preciosa, la mujer más preciosa de todas las que había conocido. Curvas perfectas, cintura estrecha, vientre ligeramente hundido, senos turgentes y juveniles que se alzaban a él con gracia, y sus largas y espectaculares piernas. Alana era mejor de lo que él había creído imaginar, y aún no podía salir de su asombro por la suerte de tenerla allí. Sonrosada de la cabeza a los pies y con la melena cayendo tras la espalda, rozando sus caderas.

Ella exclamó al sentir el aire fresco recorriendo su cuerpo, o tal vez fueron sus terminaciones nerviosas al verse desnuda ante él, avergonzada de tener un cuerpo delgado con senos diminutos. Y Colbert la miraba tan profundamente, que cuando sus ojos grises se deslizaron por sus pechos, tuvo la sensación que la estaba tocando.

La mirada continuó descendiendo por el contorno de su cintura admirando su ombligo y el latente triángulo que escondía la unión de sus piernas.

Colbert adivinó sus intenciones, y antes de poderse cubrir con las manos, él la tomó de las muñecas, negando con la cabeza.

—Eres hermosa —afirmó, apoderándose de sus labios otra vez.

Alana quiso soltarse. En aquella posición se sentía indefensa. No podía ocultarse ni tocarlo ni abrazarlo... Le rogó, lo besó; sintió que la recorrían cauces de fuego, abrasándola, precipitándole el pulso.

Compasivo, Colbert la levantó en brazos recostándola sobre la cama, después, se quitó los pantalones sin apartar de ella ni un solo segundo su mirada. No tenía ninguna prisa a pesar de su urgente necesidad de poseerla, por eso se tomó un tiempo precioso en acariciar cada curva, cada hendidura... Empezó a recorrerla entre gemidos y sonidos de aprobación, masajé las piernas de Alana arrasando la carne blanca, presionando con las manos, lamiendo la cara interna de sus muslos, haciéndola suspirar una y otra vez; encendiendo su ansia.

Alana lo rodeó con los brazos y lo animó a continuar, enredando los dedos en su pelo. Deslizó una mano por su espalda y se arqueó contra él. Jamás en su vida había pensado que unas caricias en sus piernas pudieran hacer que los músculos de su cuerpo se contrajeran de aquella manera, con aquel placer indescriptible que la fue llenando de fuego.

Colbert se pegó a ella de manera más íntima, y Alana sintió una oleada de deseo en la parte baja de su vientre, sobre todo cuando él empezó a acariciarle los senos. Las palmas se ahuecaron sobre la redondez de sus pechos, y la fricción logró arrancarle el aire.

—Tócame —susurró él contra su oído, guiándole una mano hacia su miembro endurecido.

Alana se quedó boquiabierta, pero lo obedeció, encerrando entre sus dedos aquel estado duro como el acero. No tenía ni idea de qué hacer, por lo que al principio solo lo apretaba y lo soltaba. Él le mostró cómo debían ser sus caricias, y Alana pronto cogió un ritmo.

Un minuto después, Colbert atrapó la punta de sus senos con la boca, castigando todos sus sentidos con una abierta ofensiva de emociones que no sabía que existían. Ella se desesperó, perdiendo el control por completo.

Colbert se incorporó un poco sobre ella, y sus ojos ardientes continuaron un camino imaginario que iban desde su bonita cara hasta los pechos, después, viajaron más abajo, justo donde ella proseguía acariciándolo.

Alana enrojeció. Aquello era... indecente... erótico... excitante...

—Me toca a mí —dijo él, deslizando su mano entre las piernas de Alana. Ella, sin dejar de tocarlo, cerró los ojos y se sintió explotar. Los dedos de Colbert la estimularon provocando una fuerte tensión que parecía querer acabar con ella. Se dejó llevar por las sensaciones.

Colbert inspiró profundamente. Aquello era más de lo que podía soportar. La sujetó por los muslos, se detuvo un segundo y la miró a los ojos. Vio en ella fuego y deseo. Estaba más que preparada para recibirlo, y la penetró.

Ella se elevó contra él, aferrándose a sus hombros, clavando las uñas en su espalda, anhelando llegar más alto, alcanzando un infinito que estalló en su ser con la fuerza de una ola gigantesca que arrastraba todo a su paso, llevándola al fondo de un mar en calma. Gimoteó, y él se emocionó. Su agitada respiración le provocó un escalofrío en la columna vertebral. Sabía que a él le había gustado, y eso era muy importante para ella.

Colbert le propinó varios besos seguidos en los labios antes de caer a un lado de ella, deslumbrado por lo que acababa de sentir. Ni todas las furcias del mundo lo habrían podido preparar para las emociones que Alana le había provocado, y eso que era una virgen, al menos hasta hacía unos segundos. No quería ni imaginar cómo sería con un poco más de práctica. Decididamente, ella no era un capricho. La verdad de esa afirmación la guardó en un rincón de su mente. En aquel momento, podía confundirse con el alcohol y no quería hablar más de la cuenta o crear falsas ilusiones.

La cobriza y espesa melena de ella cubría parte de la almohada, como una manta de armiño. Su rostro sonrosado y hermoso tenía una expresión feliz cuando Colbert la miró.

—Eres preciosa.

—Tú, extraordinario —contestó, maravillada y halagada. Seguía emitiendo cortos jadeos. Su corazón luchaba por regular sus latidos a una velocidad más moderada. Teniendo a Colbert junto a ella, mirándola con una sonrisa enigmática, resultaba difícil.

Alana alzó su mano, posándola en la mejilla fuerte. Era ligeramente rasposa con el inicio de una nueva barba que él cada mañana se rasuraba. Le cogió con embeleso un largo mechón de su oscuro cabello, fascinada por su tacto fino.

—Eres tan guapo —se escuchó murmurar. Se inclinó a él y apretó el rostro contra su pecho.

Los labios de Colbert jugaron sobre su coronilla. Su mano acarició las caderas de Alana para luego dejarla inmóvil en la estrecha cintura. No sabía qué decir ni cómo encarar aquel asunto. Esperó que ella expresase algo, que lo insultara si llegaba el caso, sin embargo, Alana parecía totalmente relajada contra su cuerpo. ¿Sabría ella de las posibles consecuencias? ¡Por supuesto que debía saberlo! Tenía dos sobrinos y no era tan estúpida como para no saber que los niños no crecían en los árboles.

Colbert era tan grande que las piernas de ella se enredaban entre las suyas sin llegar a tocarle los pies. La sintió temblar, y alargando la mano al suelo, encontró los cobertores, tiró de ellos para taparse.

La muchacha lo besó en el pecho, levantó los ojos hacia él, con una mueca.

—Debo marcharme —pronunció con pesar.

Colbert volvió apoderarse de sus labios una vez más. Quería saborearla otra vez antes de separarse. Hubiese sido capaz de volver hacerle el amor si ella finalmente no hubiese rodado sobre el otro lado del colchón para salir de la cama con una risa suave.

—Eres una bruja.

Alana buscó sus ropas con prisa y mientras se vestía, observó como él ahuecaba la almohada con indiferencia. Como si no le importara que ella tuviese que marcharse. Se decepcionó un poco, aun así, se atrevió acercarse a él rozándole los labios con los suyos.

—Gracias, Colbert.

—Alana. —La tomó de la mano antes que se alejara—. Tenemos que hablarlo. Espérame a desayunar.

El corazón de Alana latió con fuerza. Asintió antes de marcharse.

Huntington observó al forastero con intriga. Su mayordomo, un tipo que vestía con librea y sobria peluca empolvada, le informó que el vizconde de Lancaster necesitaba hablar con él de un tema extremadamente delicado. Su nombre, Edward Lyton, no le aportaba nada.

El vizconde se adentró en la maravillosa y amplia biblioteca, donde unos segundos antes el lord había estado leyendo sentado en una profunda butaca frente al fuego. Justo al entrar, Huntington se puso en pie y tras recibirlo con un estrechón de manos, lo guió hasta la silla situada junto al escritorio, y él tomó asiento en la opuesta. La sala estaba decorada con elegante majestuosidad, en la que los detalles dorados relucían como el mismo oro. Los tonos cremas y rosados se alzaban sobre las aterciopeladas paredes verdes.

—Lord Huntington, disculpadme al presentarme de esta manera irrumpiendo sin previo aviso en vuestra casa. Soy el vizconde de Lancaster, Edward Lyton, y lo que necesito hablar con vos es de suma importancia y bastante privado —advirtió, echando una mirada descarada al mayordomo.

—Ese ha sido el motivo de que os recibiese, vizconde —contestó Huntington, haciendo una señal a su criado para que los dejase a solas—. ¿Qué os parece si nos dejamos de formalismos y yo lo llamo Edward, y vos, a mí, Stephen?

—Mejor así, por supuesto.

—Bien, entonces, que así sea, Edward. ¿Os apetece tomar algo?

Edward denegó con la cabeza, incapaz de apartar los ojos de la vestimenta de Huntington. Ya lo había visto así la tarde que fue a pasear con Iron a las pistas de hielo, pero pensaba que era para llamar la atención.

—Entonces, vos diréis a qué se debe vuestra visita. Yo, si no os importa, me voy a servir un oporto que me han enviado hace poco de Austria.

—Adelante, estáis en vuestra casa —respondió el vizconde con una sonrisa impersonal. Contempló sus manos, esperando que Huntington se sirviese.

—Podéis comenzar.

—Estaba pensando el modo de hacerlo, porque ahora que estoy aquí, creo que me he confundido con vos.

—¿Sí? —El lord frunció el ceño—. ¿Cómo es eso?

—Veréis, Stephen, puede que me creáis un impertinente, pero en realidad he venido a advertiros sobre una de vuestras amistades. Se trata de lord Iron.

—Lo lamento, me temo que no sé quién es ese lord Iron.

El vizconde parpadeó, extrañado.

—Es raro, os vi juntos el otro día, pero quizá debáis perdonar mi falta. Puede ser que vos lo conozcáis por otro nombre, Colbert Wakefield.

Huntington se puso en pie, con una dura mirada. No pensaba tolerar que lo relacionaran con ese hombre.

—El señor Wakefield no es amigo mío. Vos os habéis confundido, Edward. —Se dirigió a la puerta para que lo siguiese.

Edward abrió los ojos con sorpresa, sin levantarse.

—Lo siento de veras. Al veros, sospeché lo contrario. En cambio, si no son amigos, me alegra escucharlo.

Huntington sintió curiosidad. No entendía que era lo que ese hombre hacía en su casa. El vizconde tenía una evidente entonación francesa y no pronunciaba las erres, clara muestra de que ni siquiera era inglés.

—Usted me intriga, Edward —dijo, regresando a su sitio, sentándose con las piernas cruzadas—. Por favor, decidme qué es eso sobre lo que venís a advertirme.

Edward frunció los labios, satisfecho de haber captado el interés del lord.

—No me voy a andar por las ramas ni con adornos de ningún tipo. Colbert es un ladrón, un completo desalmado, y si no me equivoco, ya que decís que no sois amigos, está intentado aprovecharse de vos.

Huntington lo miró con sorpresa.

—¿De mí? —Rio ácidamente—. Vos no me conocéis. Jamás me dejaría engañar por ese miserable.

—¡Vaya! —Edward se enderezó, con sorpresa—. Veo que usted tampoco lo aprecia.

—Es obvio que usted y yo sentimos el mismo resentimiento por el hombre. Os puedo asegurar que si en este mismo momento me dijeran que Wakefield está muerto, sin duda lo celebraría.

Edward rió, complacido.

—Ya seríamos dos, aunque quizá yo vaya más lejos.

—Por favor, explicaros. Admito que tenéis todo mi interés.

Edward se acomodó relajando la espalda sobre el alto respaldo de la silla.

—Cuando llegué a Londres, todo mi afán era acabar con el tipo y regresar a París, donde poseo mi residencia, sin embargo, en estos días me he dado cuenta que disfrutaría más si lo viera sufrir y padecer, no una muerte rápida, ¿entendéis?

—Me temo que no.

—No importa, tengo bastante tiempo y os lo contaré con detenimiento. —El vizconde entrelazó los dedos de las manos, observándose las uñas. Se acababa de hacer la manicura y no había quedado muy conforme. Nada le parecía bien desde que había llegado a Londres y estaba deseando regresar a casa lo antes posible—. He elaborado un plan para arruinar la vida de Iron. En un primer momento, no pensaba compartirlo con vos, pero no sé, puede que después de descubrir que sentís un mismo interés que yo, me atreva a pedir os ayuda. Después de todo, vos parecéis un hombre bastante influyente e imagino que siempre tendréis aquí muchos más contactos que yo. —Edward era consciente de poder manejar a Stephen a su antojo. Conocía a los tipos como él, y eran todos unos egoístas capaces de vender a su madre por unas cuantas monedas. Huntington era la persona perfecta. Su atuendo y la decoración de su hogar proclamaban a los cuatro vientos que le encantaba no solo la riqueza, sino aparentar más que los demás.

Los ojos de Stephen mostraron un brillo de curiosidad.

—Estoy deseando saber, Edward.

—¿Es seguro hablar aquí? —preguntó, mirando hacia la puerta. No quería que nadie, aparte del anfitrión, supiese de su plan.

—Lo bastante. Hablad sin tapujos.

—He conocido a la bella esposa de Iron —comenzó a decir—. Y había pensado que sería una lástima para él si le sucediese cualquier... accidente.

Huntington lo miró fijamente, manteniéndose totalmente callado. Colbert ni siquiera estaba casado, de modo que Edward le estaba mintiendo o quizá pensaba que Hellen o la zorra de Alana eran su consorte.

—¿Pensáis cometer asesinato?

Edward alzó las cejas, con una sonrisa socarrona.

—No me gustaría hacerlo en vuestro país. Aquí no saldría tan victorioso como en París.

—Siempre podéis pagar a alguien para que lo haga por vos, ¿pero por qué a la mujer? Sin duda, sería mucho más provechoso atacarlo directamente a él. —Huntington se encogió de hombros—. Supongo que tras su muerte, ella quedaría desprotegida.

—Aunque no lo parezca, Stephen, Iron es un tipo con bastante dinero. Os puedo asegurar que a la viuda no le faltaría de nada. Pero de todas formas, tampoco pensaba asesinar a nadie, por el momento. Tenía en mente secuestrarla y venderla en las Indias. Últimamente, he oído que dan un buen precio por las damas bien parecidas, y él, desde luego, sufriría más que nunca buscándola. ¡Imaginaos toda la fortuna que perdería tratando de recuperarla!

El sentimiento de aversión y odio que pudo apreciar en el rostro de Edward, le puso a Stephen la piel de gallina.

—Adivino que algo muy horripilante debió hacer ese... Iron para que alberguéis tales emociones —se atrevió a decirle.

El vizconde entrecerró los ojos antes de responder.

—Lo hizo, y yo juré vengarme. Ahora ha llegado el momento.

—No veo cómo puedo ayudaros, ya que veo que lo tenéis todo entretreído.

—No todo. Yo no conozco mucha gente en Londres, y sería verdaderamente difícil sacar a la mujer del país, ya que, muy a mi pesar, Iron tiene muchos contactos e influencia.

—¿Ah, sí? —Huntington nunca lo hubiese dicho. Comenzaba a comprender como era posible que pudiesen alojarse en una de las mejores mansiones de la ciudad al tiempo que convertían su hogar de Christchurch en una increíble casona.

—Iron siempre ha tenido unas relaciones muy peligrosas y conoce el mundillo que se cuece en los suburbios. —Edward pasó a narrarle algunas cosas sobre su pasado, dejando con la boca abierta al lord—. Indudablemente, si su esposa desaparece, el vendrá a buscarme, por eso pienso que vos podríais ayudarme. Mis hombres capturan a la mujer, y vos os encargáis de sacarla de Inglaterra. Podríais sacar buenas ganancias con ello.

Huntington sonrió con crueldad y asintió. Lo que él quería saber era quién creía el vizconde que era la mujer. Desde que había conocido a la fierecilla de Alana, ya no le apetecía Hellen. Rió mentalmente. La joven se merecía un buen castigo y mucha dosis de sumisión.

—¿Cuánto pedís por ella?

Edward abrió unos ojos como platos.

—Se supone que soy yo el que os pago para que la saquéis de aquí.

—Lo sé, pero quizá me interese quedármela una temporada.

El vizconde se acarició la barbilla sin disimular su emoción.

—Será fácil llegar a un acuerdo. No me interesa tanto el dinero como volver loco a Iron.

Huntington soltó una carcajada.

—¿Cómo pensáis apoderaros de la muchachita? No soy partidario de que a sus sobrinos les ocurra nada —dijo, esperanzado, deseando que el vizconde le confirmarse que se trataba de Alana.

—Desde luego, ni a los niños ni a su hermana mayor le ocurrirá nada. Puede confiar en mí.

Huntington se animó y de haber estado solo, hubiese sido capaz de ponerse a bailar. Ya podía saborear a la arpía de ojos verdes.

—Yo mismo me haré cargo de ella —le dijo a Edward—. Vos solo entregádmela.

Podría haberle advertido que Colbert no estaba casado, pero daba igual, porque el plan jugaba a su favor, y el objetivo sin duda era el mismo. Vengarse de Colbert.

Alana bajó bastante tarde a desayunar esa mañana. Lucy la había llamado un par de veces en hora temprana, pero ella se había hecho la remolona escondiendo la cabeza bajo la almohada, volviéndose a dormir. Cuando había vuelto abrir los ojos, eran pasadas las doce, y la misma Noelle le dijo que Hellen había salido con los niños y que Colbert había acudido a una reunión con dos empleados de Seth Presley.

Justo la noche anterior, cuando ella había regresado a su alcoba después de haber estado con Colbert, no había podido dejar de pensar en lo que había hecho. Se había entregado a él. Había perdido su virginidad.

Hubiera sido de tontos no admitir que se había sentido entusiasmada. Nunca hubiese imaginado poder percibir todas aquellas cosas por dentro, es más, ni siquiera sabía qué se sentía eso. Pensó que la unión sería algo agradable, nunca tan placentero. Ahora estaba maravillada, a excepción de la duda de saber cómo reaccionaría Colbert al verla de nuevo o de qué hablarían y en qué se centraría la conversación.

Él había demostrado que era tierno, atento y, sobre todo, bastante experimentado en el arte de la seducción, pero había dicho que no estaba interesado en ella. Una mentira bastante obvia, pero de la que podía defenderse si decía que había bebido en exceso.

Ciertamente, Colbert no había hablado de amor ni nada parecido. Ni siquiera estaba segura que fuese hacerlo. De hecho, dentro de toda la confusión que ella sentía, casi prefería que no lo hiciese. O eso quería pensar para no llevarse el mayor chasco de su vida cuando Colbert le dijese que la apreciaba, pero que no la amaba al punto de casarse.

Fuese como fuese, dejaría que él hablara primero. Porque estaba segura que con palabras amables y ojos de *yo soy más víctima que tú*, acabaría apartándola de su lado. Alana no debía olvidar que hasta que la conoció, Colbert había sido un mujeriego, un jugador y el dueño de un prostíbulo. Ciertamente, demasiado experimentado para una muchacha como ella.

Esa mañana, había salido un tibio sol, y sus rayos bañaban el salón penetrando por el alto ventanal. Alana inspiró, relajándose al instante. Los aromas que impregnaban el ambiente, todos cotidianos pero que la hacían sentir bien, eran los de la madera quemada, la leche templada y los bollitos de mantquilla con crema. Se sirvió una taza de té, sentándose frente a la gran mesa del comedor, cogió el periódico que había junto al plato de las tostadas y lo primero que vio fue el día escrito en cursiva negra. JUEVES.

¡La semana había pasado volando y ya estaban a jueves! Apenas faltaba un día para la entrevista de Colbert con el vizconde. De pronto, se quedó sin hambre, y un nudo de nervios se agarró con fuerza a su estómago. JUEVES. Si todo salía bien, Colbert le contaría el sábado cómo se había desarrollado el encuentro, de lo contrario, Alana no tendría más remedio que volver a vestir de luto e ir a su funeral.

Durante la mayor parte del día, ella esperó que Colbert llegase, sin embargo, él mandó una nota rogando que lo disculpasen, pero que su reunión se había alargado. En el almuerzo comieron ella, Hellen y los niños.

—Lania, cielo, ¿ocurre algo? Te noto un poco inquieta —le preguntó Hellen cuando todos pasaban a la calidez de una salita más pequeña mientras Lucy y otra criada recogían el servicio. Los niños iban con el ajedrez dispuestos a comenzar una larga partida.

Alana miró con intensidad a Hellen. ¿Y si le contaba la verdad? Ella no sabía mentir y disimulaba fatal, y desde luego su hermana sospechaba algo. Ante el largo silencio, fue Hellen quien prosiguió con la conversación.

—Pensé que Londres te iba a gustar más que estar en el condado. ¿Echas de menos nuestra casa?

—No es eso —respondió. Dorset era más tranquilo comparado con aquella ciudad, pero también mucho más aburrido—. ¿Cuándo iremos a la cena de los Yaron?

Hellen se acercó a su hermana, cogió una de sus manos y le dio un apretón cariñoso.

—La semana que viene. Será muy divertido, no habrá mucha gente, y los mellizos podrán estar con los hijos de Sara y Alexander. ¿Es eso lo que te preocupa?

Alana lo pensó un momento antes de responder. No deseaba mentirle, pero tampoco podía decirle la verdad.

—Conozco a los Yaron y me agradan. Ir a su casa no me disgusta, sin embargo, lo que dijeron tú y Colbert sobre las demás fiestas... no quiero ir, Hellen. Tampoco necesito buscar esposo tan pronto. —Miró a los niños que estaban colocándose sobre la alfombra tendida ante el hogar de mármol, y en ese momento cruzó la vista con

Andy, que aunque no lo pareciera, estaba atento a todo lo que ellas decían. Alana le sonrió—. Si tengo que casarme, me gustaría que fuese con alguien de Dorset, para estar más cerca de vosotros.

—No hay prisa para hacerlo, siempre podemos venir al año que viene. Sé que todo este asunto debe resultar bastante difícil para ti, sobre todo cuando después de lo de White's hay un montón de hombres que están dispuestos a hacer cualquier cosa para conocerte. Debes de ser la única mujer que ha causado tanto revuelo. Menos mal que Colbert ha prohibido todas esas visitas, de lo contrario, esta casa estaría siempre llena de gente.

Alana la miró, incrédula. Hellen era una exagerada. Si realmente hubiese tantos hombres deseando conocerla, ya le hubiese abordado alguno durante sus paseos con los mellizos o en las mismas salidas con Hellen. ¿A quién pretendía engañar su hermana? Alana no poseía título ni riquezas. Estaba segura que si alguien quería conocerla, solo era por la expectación que había causado que un sencillo nombre como el suyo estuviese entre las apuestas más importantes de uno de los clubs más de moda de la ciudad.

Por suerte, no pudieron seguir hablando del tema porque recibieron una visita. Al principio, la llegada de esa mujer a la casa dejó a Hellen con la boca abierta. En cambio, Alana hubiese sido capaz de cogerla por los cabellos y haberla arrastrado hasta la calle, donde en ese momento el cielo se había vuelto completamente negro ocultando el sol.

La señorita Rose Busbee era una mujer bellísima que entró en la sala con aire de pertenecer a la misma nobleza. Lucía una mata de cabellos castaños en lo alto de la cabeza, sujeta por un llamativo broche en forma de mariposa. Varios mechones sueltos, ligeramente rizados, enmarcaban una cara pequeña de barbilla delgada. Sus ojos eran grandes y almendrados, del color del azúcar quemado, con diminutas pintas amarillas. Los párpados tenían un leve color artificial, al igual que las mejillas, y los labios rojos brillantes. Y al quitarse el grueso abrigo, dejó ver un elegante vestido granate que marcaba su generoso pecho y dejaba los hombros al descubierto, mucho más indicado para salir de fiesta que para hacer una visita.

Hellen, educada como siempre, hizo sentar a la señorita Busbee mientras pedía a Lucy que preparara unos chocolates calientes para paliar las bajas temperaturas del exterior, al tiempo que les señalaba a los mellizos que se marchasen a jugar a otro lugar.

Alana, en cambio, no dejaba de estudiar a la mujer, invadida por unos celos desgarradores que se habían cobijado en su pecho. Había sido muy ruin por parte de Colbert comportarse de esta manera. No solo enviaba a una furcia a su casa, porque estaba completamente segura que una mujer que utilizaba tantos colores artificiales en su rostro no podía ser otra cosa, pero que encima fuese una mujer tan hermosa, que era capaz de hacer sombra a las debutantes de la sociedad proclamadas beldades de la temporada, era uno de los colmos más grande e injusto que había vivido. Desde luego era para echarse a llorar.

La señorita Rose Busbee era bastante agradable en el hablar, por demás de charlatana.

—Colbert y yo nos conocemos desde hace varios años. Coincidimos en París —había dicho con un tono meloso y sensual aclarando en cierto modo la relación que los unía. La mujer interpretaba tan bien su papel, que Alana y Hellen le creyeron a pies juntillas. ¿Qué motivo tendría para mentir si decía que era amiga íntima de Wakefield?

A medida que el desengaño fue surtiendo efecto en Hellen, en Alana creció una fuerte ira destinada al despreciable de Colbert y a ella misma. ¿Cómo había sido tan estúpida de entregarse a él y encima darle las gracias? ¡Cuánto se habría reído de ella y de su inexperiencia! ¡Se sentía ridícula!

«No lo amo», se decía una y otra vez, fingiendo escuchar algunas de las anécdotas que la señorita Busbee y Colbert habían vivido juntos. Era cierto que en ese momento lo único que sentía por él era rabia. Rabia y el odio más profundo que una mujer pudiese sentir por un hombre. Para ella, el acto de amor había tenido un gran significado; para él, ninguno. Tan solo había sido una más donde calmar su deseo. ¡Estúpida! ¡Estúpida!

La señorita Busbee siguió contando más cosas, era como una muñeca de porcelana que baila sobre el terciopelo, a la que alguien le hubiese dado cuerda, por eso, cuando la puerta de la sala se abrió y apareció Colbert, Alana no dudó en ponerse en pie al tiempo que le gritaba:

—¡Sorpresa!

El caballero que acompañaba a Colbert podría haber jurado que Alana los estaba recibiendo con una gran sonrisa. En cambio, Colbert vio el enojo y la frialdad que rezumaban los ojos verdes.

Hellen y la señorita Busbee se incorporaron, quedando a la vista de los hombres.

Colbert se quedó parado, pasando la vista de Alana a las otras dos mujeres, y si alguna vez deseó que lo tragase la tierra, fue en aquel preciso momento.

A Alana también, porque el hombre que acompañaba a Colbert era Mike Newton, que devoraba con ojos brillantes a la joven de granate.

Todos los hombres eran iguales, siempre pensando más con lo que guardaban en los pantalones que con la cabeza.

La tensión se aflojó un poco cuando Hellen se acercó a Mike a saludarlo. El hombre, muy caballeroso, después de besar la mano de la mujer, se dirigió a Alana para hacer lo mismo, olvidándose momentáneamente de la otra muchacha.

—Rose, ¿qué haces aquí? —se obligó a decir Colbert. Sabía perfectamente que era lo que hacía allí y el objetivo de su visita. Lo que no había contado es con lo que había sucedido la noche pasada entre él y Alana, y era como si le hubiesen dado una patada en los mismísimos testículos.

Alana no quiso escucharlos, por lo que se centró en ser amable con Mike Newton, que, otra vez, la encontró encantadora. Mucho más bonita de lo que recordaba.

—¡No esperaba veros aquí! Es una agradable sorpresa, Mike.

—He querido pasar antes, pero el tiempo no me lo ha permitido.

—¿Habéis llegado ahora mismo?

—Justo cuando me disponía a llamar a la puerta, ha aparecido el señor Wakefield —asintió—. Espero que no sea ninguna molestia.

—¡Por supuesto que no! —respondió Alana—. Pasad a la sala y acompañadnos, estábamos tomando un poco de chocolate.

—Nosotros nos marchamos ya —dijo Colbert, extendiendo la manos para recoger el abrigo de Rose que el señor Drew le entregaba—. Mike, dejadme que os presente a una amiga, la señorita Rose Busbee.

El arquitecto saludó a la mujer con pura devoción en su mirada. Una mirada que ni Hellen ni Alana alcanzaron a ver, ya que estaba de espaldas a ellas.

El corazón de Alana galopaba entre la furia y la ansiedad. No había sido suficiente tener que conocer a esa mujer, sino que encima Colbert se iba a marchar con ella. Sintió unas terribles ganas de abofetearlo con todas sus fuerzas, sin embargo, reaccionó a tiempo. No podía dejar que los demás se diesen cuenta de lo indignada que estaba.

Poco después que él saliese, ella tuvo que huir a su alcoba a dar rienda suelta a todo el dolor que la consumía en el pecho. Lloró como hacía tiempo no lo hacía.

Alana se tumbó sobre los rasos de la ancha cama adoselada, esperando con impaciencia que llegase la hora de bajar a cenar. Llevaba más de una hora acicalada y se había esmerado más que nunca para lucir bonita. Pensaba que no podía compararse con la hermosa señorita Busbee, pero el tafetán verde musgo de su vestido hacia que su mirada adquiriese un tono bastante inusual y hermoso capaz de competir con los de caramelo de la otra. Sus ojos eran uno de los rasgos que más gustaba y llevando el cabello hacia atrás, con la frente despejada, parecían dos gemas encendidas. El vestido era uno de los escogidos por Colbert y le quedaba estupendamente. Por sí sola, nunca habría elegido un tono tan llamativo, inclinándose más por los pasteles, el gris o el negro. Estos últimos eran los que más había usado tras la muerte de Jhon.

Su educación era incommensurable, Hellen se había encargado de ello, instruyéndola para un futuro dentro de sus posibilidades, pero no ciertamente para rodearse de damas y caballeros. Aquello quedaba demasiado por encima de ella. Sin embargo, desde que había llegado a Londres, o más bien desde que había aparecido Colbert, todo había cambiado. Ella no había echado en falta las comodidades tanto como Hellen. Sus últimos años al lado de los mellizos no le habían permitido salir ni conocer gente, y antes, con su abuelo, su forma de vivir había distado mucho de la actual, siempre estando al aire libre. Posiblemente, si el hombre no hubiese abusado de la bebida y derrochado el dinero que ganaba, habrían destacado entre las clases sociales. En cambio, al abuelo nunca le importó más que vivir cómodamente, sobre todo, los últimos días en los que se hallaba realmente enfermo. Cuando murió, lo único que dejó fueron deudas que gracias al cielo pudieron compensarse con la venta de la casa.

Con aburrimiento, estiró las manos hacia arriba, observando sus dedos desnudos de anillos. Hacia tan solo unos minutos que Lucy le había dicho que la condesa viuda de Hámster Sould se iba a casar con el hijo de un duque, e imaginó cómo quedaría en su mano un anillo de compromiso. Porque esa noche ella tenía un objetivo en mente. Gustar a Mike Newton. Sí, lo había decidido, y un arquitecto como él era un buen partido. Amable, atento, caballeroso y vivía en el condado. ¿Qué más podía pedir? ¿Qué era un poco interesado? Sí, pero ¿quién no lo era?

El plan de atraer a Mike lo había diseñado con malicia. En el fondo, pretendía dar celos a Colbert. Ojo por ojo y diente por diente.

—¿Puedo pasar? —preguntó Hellen desde la puerta. Sin esperar contestación, ingresó en un revuelo de faldas celestes.

Alana se incorporó, abullonando sus faldas.

—Sí, claro, por favor.

—¿Qué hacías? —La mirada azul de Hellen pasó de ella a la cama—. ¿Estás cansada?

—No, solo estaba relajándome un poco antes de ir a cenar, y pensando, ¿qué tal me ves? ¿Crees que puedo gustar a Mike?

—¿Cómo no ibas hacerlo? Estás preciosa —dijo con sinceridad, admirando el tejido de su vestido. Luego, la miró directamente a los ojos y soltó un suspiro tembloroso.

Alana se sintió horriblemente mal. Ella pensando en la rabia que le había dado ver a la señorita Busbee allí y no había tenido ningún pensamiento para Hellen, que lo debía estar pasando fatal. Se maldijo en silencio recordando la promesa que hiciera una vez. Hasta que Hellen no hallara la felicidad, ella misma no podría buscarla.

—¿Te ocurre algo malo, Hellen?

—Malo no es. —Se encogió de hombros y dejó que Alana la sentara sobre la cama, acomodándose ella a su lado—. ¿De verdad te gusta Mike Newton?

—Un poco. ¿Por qué? ¿Crees en todo lo que dijo Huntington?

—¡Claro que no! Ese hombre miente más que habla, sobre todo cuando piensa que pueda conseguir algo de todo esto. De todos modos, sería mejor que fueses con cuidado, Lania.

La muchacha asintió y rodeó los hombros de Hellen, apretándola con cariño.

—Hellen, estás así por lo de Colbert y esa mujer, ¿verdad? —se atrevió a preguntar con un nudo en la garganta.

Para su sorpresa, Hellen negó.

—¡Ah, no, no! Parece ser que a ti te ha afectado más que a mí.

Alana se tensó. ¿Se habría dado cuenta Hellen de algo? Si unos segundos antes se había sentido fatal, ahora la sensación de haberla traicionado y haberse convertido en el ser más ruin y bajo del mundo se apoderó de ella. Tragó con dificultad.

—Me ha molestado que esa mujer viniese a casa —afirmó—, pero solo porque una dama que se precie no se maquillaría como ella.

Hellen asintió con la cabeza.

—Antes, nunca te fijabas en esas cosas.

—Estoy cambiando —respondió, mordiéndose el lado izquierdo de labio inferior. ¿Le creía?

—Yo me imaginaba que Colbert tendría alguna amiga —dijo Hellen con un profundo suspiro—. Es normal que un hombre tan guapo tenga a alguien. ¿No lo crees?

—Sí, pero pensé que te gustaba.

—Bueno, al principio, me hice unas pocas ilusiones. Era como si necesitase volver a sentirme amada, como cuando estaba con Jhon, pero algo en el fondo de mí sabía que me estaba equivocando con respecto a él. —Agitó la cabeza con pesar—. Colbert no es como Jhon. Nunca podría ser como él. Cuando lo vi en casa la primera vez, me recordó muchísimo a mi esposo, muchísimo. Fue como si una parte de él hubiese regresado a mí. Pero después... —Clavó sus ojos en el fuego que ardía en la chimenea—. No puedo suplantar a Jhon con su hermano. —Se encogió de hombros—. Me gusta estar con él, charlar, reír. La forma en que nos trata a todos, aunque tú y él discutáis mucho. —Hellen miró a Alana, que con aire culpable escuchaba con atención—. No sé si me comprendes, pero siento a Colbert como otro hermano. Un hermano al que de vez en cuando desearía darle un golpe tras las orejas, como hoy, por ejemplo, al traer a esa clase de mujer a casa. ¿Te imaginas? —Rió, divertida.

Alana fingió reír también.

—Es posible que se quedase tan sorprendido que no atinara a decir nada.

Hellen se puso más seria y buscó la mirada de Alana.

—Jamás podría quererlo sin pensar que no sería a él a quien amara, sino a la sangre que comparte con Jhon.

Alana se movió, incómoda. La nostalgia de su hermana era tan patente que sintió ganas de llorar por ella. Hellen no se merecía que la vida fuese tan injusta.

—Nada te obliga a enamorarte de nadie, Hellen. Ahora no.

—A veces, se echa de menos tener a alguien que te abraza por las noche, o que té de los buenos días con un beso. Son en esos momentos cuando más lo echo en falta.

Se abrazaron en silencio durante unos minutos. Hellen se repuso.

—Por lo de Colbert, lo mejor es no enfadarse —continuó diciéndole—, siempre ha sido un hombre libre, y ahora quiere hacerse responsable de nosotros porque piensa que se lo debe de algún modo a su hermano. Sin embargo, está en su naturaleza que le gusten tanto las mujeres hasta que en verdad se enamore y siente la cabeza. Yo me alegraría si eso pasara, pero, por favor, con que fuera una mujer normalita, buena y que lo quisiera, me conformo. No con la señorita Busbee. —Hellen se rió otra vez. Alana trató de sonreír, pero a sus labios llegó una línea fría y tensa—. Cariño, tienes razón. No tienes por qué buscar marido con rapidez. Es cierto que aquí en Londres tendrás más oportunidad que en Dorset, pero eres tú la que decides. De todas maneras, ¿qué te parece si nosotras aprovechamos nuestra estancia aquí para salir de compras? En cuanto nos marchemos, no tendremos tantas diversiones.

—¿No te planteas venir a vivir a la capital?

—No.

—¿Y si Colbert prefiere quedarse aquí? —le preguntó Alana con curiosidad.

—Él puede hacer su vida donde quiera. Las puertas de casa siempre las tendrá abiertas, y los niños recibirán encantados sus visitas, pero él se enamorará, se casará y tendrá hijos. Yo no quiero depender de él para siempre. Además, he pensado que quiero continuar con mi profesión, luchar para aquello para lo que me preparé.

—¿Seguirás siendo maestra?

—Sí, y le pediré a Colbert prestado el dinero necesario para poder abrir nuestra propia academia. Igual que queríamos hacer cuando vivía Jhon. Quizá hasta desee hacerlo en la misma villa donde habíamos pensado. —La miró fijamente—. Tú me ayudarías, ¿verdad, Lania?

—¡Hellen! ¡Eso es fantástico! Claro que me encantaría ayudar, me volvería más independiente —lo decía en serio, ella también debía pensar en su futuro. Si se casaba con un arquitecto talentoso, necesitaría algo para invertir el tiempo que pasase sola en casa.

—Espero que no salga muy caro.

—No te preocupes por el dinero. Colbert nos adora —comentó Alana con un deje de acidez que Hellen no notó.

—Me alegro que te guste la idea. Además, me han hablado de un par de librerías buenisimas. ¿Te parece que salgamos mañana? —Hellen se levantó, más animada después de compartir sus pensamientos con Alana—. Puede que encontremos hombres interesantes.

—¿En una librería? —dudó. Acabó riéndose con la broma—. Sí, ¿por qué no?

Alana la abrazó una vez más; Hellen bullía de emoción, ella seguía estando preocupada.

Hellen regresó a su cuarto diciendo que se iba a dar los últimos retoques, y a la hora señalada volvió al dormitorio de su hermana a recogerla.

Juntas y cogidas del brazo bajaron las anchas escalinatas, comentado cómo querían que fuese la nueva academia. Las dos hablaban totalmente entusiasmadas, pero se callaron poco antes de bajar los últimos escalones.

Colbert y Mike Newton se encontraban esperándolas en la galería y se giraron nada más aparecer.

—Ya os dije, Mike, que esperar valdría la pena —dijo Colbert, siendo el primero en adelantarse a ellas. Vestía en tonos tostados, con un pequeño corbatín de seda de un color más oscuro. Llevaba el cabello recogido hacia atrás con una cinta fuertemente apretada. Sus ojos brillaron cálidos sobre Alana al verla tan hermosa.

Ella lo saludó con una corta y educada reverencia, y enseguida se tomó del brazo de Mike con una sonrisa coqueta. ¿Por qué Colbert tenía que ponerla tan nerviosa? Su corazón había subido hasta su garganta latiendo enloquecido.

—Permitir que os diga que sois la mujer más bella que he tenido el placer de acompañar nunca. —El arquitecto miró a Hellen, inclinándose sobre su mano—. Vos también lo sois, señora Wakefield.

—Sois muy amable, señor Newton. No nos quedemos aquí parados y pasemos al salón.

Alana comenzó a caminar con Mike y cuando él miró al frente, ella no pudo rehusarse a observar su perfil. Se odiaba por estar comparándolo todo el rato con Colbert, pero no podía evitarlo. Y definitivamente se arrepintió en el acto de hacerlo. Mike tenía una nariz bastante prominente, y no es que no le gustaran las narices grandes, pero le recordaban a un par de loros que el abuelo tenía siempre sobre la repisa de la chimenea. Sabía que cuánto más lo mirase, teniendo al otro tan cerca, más defectos le iba a sacar. Y eso estaba mal si pensaba que ambos podían llegar a tener alguna clase de relación.

—¿Qué tal vuestra estancia en Londres, señorita Alana? ¿Estáis disfrutando?

—Bastante, esto es tan distinto a Dorset, pero ¿qué os voy a contar? Vos lo sabéis de sobra.

Mike se inclinó un poco sobre la oreja de Alana, para que no lo escuchasen los demás.

—Londres es mucho más bonito con su presencia.

—Halagador —le dijo, acariciando su falda con la mano libre. Era consciente de los ojos grises que se clavaban en su espalda. Adrede, ella también le susurró—. Seguro que eso se lo decís a todas.

Los ojos de Mike se abrieron alegres al tiempo que negaba con la cabeza.

Colbert estaba cerca, pero no podía escucharlos, y eso lo enfureció. Refrenó el impulso de cogerla del brazo y obligarla a que le contara aquello que estaban diciéndose, pero hubiese sido una solemne tontería, pues después habría tenido que dar explicaciones a Hellen.

Muy educadamente, acompañó a su cuñada hasta el salón, siguiendo a la otra pareja que había iniciado el camino, presintiendo que aquella noche iba a tener que demostrar mucha paciencia.

Hellen comenzó una conversación en relación con la casona, y Mike se apresuró a contarles sobre los progresos que llevaba, los cuales no eran muchos debido a las fuertes nevadas. Los materiales llegaban según lo previsto y en aquel momento se hallaban reestructurando lo que serían los cimientos de la nueva ala que iban añadir.

Alana encontró bastante aburrida la conversación, pero demostró estar interesada haciendo un despliegue de sus encantos, todos dirigidos al arquitecto. Rápidos pestaños, sonrisas divinas, graciosos mohines...

A Colbert no le hizo falta que nadie le dijese lo que estaba pasando. Ya otras antes de Alana habían jugado a darle celos. Y aunque ninguna lo había conseguido, tuvo que admitir que Alana se acercaba bastante. No se enfadó por ello. Las mujeres eran muy vengativas, y sabía que ella lo hacía por la visita de Rose. Un desacierto por su parte al no recordar que él mismo había metido prisa a Seth. ¡Pues no pensaba darle la satisfacción de verlo molesto! Al contrario, a un día de su cita con Lyton no iba a andar preocupado por esas cosas. Ya tendría tiempo de explicarle cuando todo se calmara. Claro que, más de una vez durante la velada, tuvo que apretar los puños bajo la mesa por no agarrar a la joven y sacarla a la fuerza del comedor, o por el contrario, lanzarse como un energúmeno sobre el cuello del arquitecto.

Alana lo miraba furtivamente, bastante fastidiada por no conseguir lo que se había propuesto, y lo peor de todo era que cuando miraba a Colbert, este le sonreía con sorna. Quizá provocándola para que se esforzara más. Maldito hombre. Se estaba riendo de ella.

Mike y Hellen continuaron hablando sobre la madre de Mike, que al parecer estaba algo delicada. Alana se dijo que debía prestar atención a esos detalles, sin embargo, una de las veces que miró a Colbert, sus ojos se quedaron prendidos en él. Colbert estaba despistado y hacía girar una copa de vino entre sus dedos, fingiendo escucharlos, pero hacía un buen rato que no decía nada. A ella le hubiese gustado saber en qué pensaba. De improviso, fijó la vista en ella.

—Debo retirarme temprano —avisó—. Mañana me espera un día bastante largo y prefiero estar descansado. —A propósito, se dirigió a Mike Newton como si lo estuviese despidiendo.

—Nosotras también tenemos un día ajetreado —alegó Hellen—. Lania y yo vamos a pasar el día fuera. Queremos visitar algunas librerías. —Iba a invitar a Mike para que las acompañase, pero Alana le hizo una señal a tiempo para que no lo hiciese.

La muchacha vio sonreír a Colbert, que se había percatado del gesto. No le importó. Se encogió de hombros, incitándolo a que dijera algo. No lo hizo, él tan solo levantó la copa en su dirección antes de beber su contenido de un solo trago.

Mike no se demoró mucho en retirarse. Se extrañó por el repentino cambio en el comportamiento de Alana. Hasta hacía unos minutos, se había deshecho en sonrisas, y a la hora de despedirse, fue como si le entraran las prisas por perderlo de vista.

—El domingo regreso al condado. ¿Os gustaría salir a pasear el sábado, señorita Sanders? —se atrevió a invitarla.

—¿Me dejaríais pensármelo? —le preguntó ella. Todo dependía de lo que ocurriera en la cita de Colbert. Una cosa es que estuviese enfadada con él por el desagradable incidente de la señorita Busbee, y otro muy distinto era olvidarse de lo que podría pasarle. No era tan vengativa como para deseárselo nada malo.

Mike quedó en recordárselo y después de varios minutos de charla, se despidió.

Cuando la puerta se cerró tras él, Alana lanzó un sonoro suspiro y abandonó la galería deseando encerrarse en su dormitorio. Había sido frustrante no haber conseguido despertar los celos en Colbert. Frustrante y que ahora, además, sabía que él no sentía lo mismo que ella.

«No importa», se dijo. Con olvidar lo que había ocurrido entre ellos era suficiente, además, tampoco podía ser tan difícil.

Era bastante tarde cuando llamaron a la puerta de Alana.

Antes de acudir a abrirla, sabía perfectamente quién era, y se apretó la bata con fuerza. Esta vez no iba a sucumbir a sus encantos ni a sus miradas. Ya habían tenido una noche y era suficiente para ambos. Si él se pensaba que por lo sucedido el día anterior se había convertido en su amante o algo por el estilo, estaba muy confundido. ¡Que buscara a la señorita Busbee! Ella no era ninguna furcia, aunque con él se había portado como tal, reconoció. Quiso convencerse que era parte de su pasado y se prometió que nunca más iba a ocurrir otra vez.

No abrió del todo, solo lo suficiente para confirmar que era Colbert.

—He visto luz debajo de la puerta.

Ella arrugó el ceño.

—¿Qué quieres? Estaba a punto de ir a dormir.

—Lo sé, pero solo quería hablar, Alana. He estado todo el día bastante ocupado y tenemos una conversación pendiente. —Ella negó con la cabeza, y él sonrió con burla—. ¿Temes que te haga algo? ¿No te fías de mí?

—Es posible. ¿Qué quieres?

Él suspiró. Quería despedirse de ella de un modo un poco más íntimo, pero sabía que no tenía nada que hacer.

—No creo que mañana nos veamos, ya que vais a salir y yo he quedado con Presley. Solo deseaba que supieses que si ocurría algo, él se encargaría de todo.

Ella dejó escapar el aire con fuerza.

—¡Tú dijiste que no iba a pasar nada! —le recordó, abriendo más la puerta. Se llevó un mechón de cabello tras la oreja.

—Y no creo que pase nada, pero nunca está de más advertir. Y por si quieres saber mi opinión, Mike Newton no es una elección muy adecuada —no pensaba decirle eso pero le apetecía acicatearla, además de advertirle, por supuesto.

Ella se envaró.

—Pues precisamente no deseaba saber tú opinión. De haber sido así, te la habría pedido.

—Bueno, es que te he visto tan ilusionada mientras hablabas con ese tipo, que no me he podido contener.

—¿Ah, sí? ¿Te parecía ilusionada? —Ella sonrió con falsedad, frunciendo los labios—. Bueno, entonces, te voy a confesar que me gusta bastante —mintió, demostrándole que no iba aceptar sus consejos.

Colbert cruzó los brazos sobre el pecho y con una orgullosa sonrisa, que delataba que no le estaba creyendo, preguntó:

—¿Y por qué no has quedado con él el sábado?

Alana apretó los dientes.

—Por si acaso tenía que ir a tu entierro. Ya me entiendes.

Colbert soltó una ácida carcajada.

—Me alegra que pienses en mí, y aunque no lo creas, me consuela que no hagas planes para poder acudir sin falta a hacerme compañía ese día.

—Sabía que valorarías mi esfuerzo, Colbert. No creas que lo hubiese hecho con todo el mundo.

Si no hubiese sido por el brillo divertido en los ojos de Alana, él habría pensado que la joven estaba hablándole en serio.

—Es un placer para mí. Hasta mañana, Alana, que descanses. —Se dio la vuelta y caminó lentamente hacia su dormitorio, a sabiendas que ella lo perseguía con la mirada.

Alana se pasó una mano por la cabeza al tiempo que dejaba escapar un tembloroso suspiro.

—Colbert.

Él había esperado que lo llamase, de modo que retrocedió el camino hasta llegar a la puerta.

—¿Sí?

—¿Tendrás cuidado? Esta vez estoy hablando en serio.

—Lo tendré. Cuando llegue el sábado de madrugada, golpearé tu puerta avisándote que estoy vivo, y podrás quedar con Newton.

Ella se tensó, enfada, porque él tomara esa situación tan a la ligera. No sabía si Colbert bromeaba o no, pero era de muy mal gusto hablar de funerales, aunque hubiese empezado ella.

—No te molestes en golpear la puerta, siempre puedes enviar a la señorita Busbee para que me avise —respondió con sarcasmo.

—Como gustes.

—¡Serás cerdo! —exclamó, cerrando la puerta con fuerza.

Colbert sonrió. Apoyó los labios en la puerta.

—Celosa.

—¡Lárgate! —la escuchó decir.

El hombre, satisfecho, se retiró a su dormitorio. ¿Acaso Alana no le había demostrado que le gustaba ese juego?

Colbert atravesó el puente cuando las primeras luces del alba disipaban la niebla del río. El hogar del demonio era una bonita casa de jardines enrejados, tejado de pizarra oscura y fachada gris. No era nada ostentosa a pesar de que podía serlo. Estaba en uno de los mejores barrios de Londres, y la zona estaba en alza entre la aristocracia. El muy rufián de Seth tenía más dinero que pesaba, sin embargo, le gustaba gastarlo en cosas que al momento no podían percibirse, buenas comidas, ropas elegantes, apuestas...

Colbert no estaba seguro de encontrarlo despierto a esas horas, pero no le importaba mucho. Realmente no era de él de quien necesitaba, sino de su coche. Tenía que devolver el propio a Hellen y a Alana antes que decidieran marcharse de compras.

Sonrió levemente al pensar en Alana en una librería. No era un plan muy divertido, no obstante, como ella era una caja de sorpresas...

El sirviente de Seth le dijo lo que ya sabía, que su señor hacía tan solo un par de horas antes que había llegado y que nadie, ni siquiera con un balde de agua fría, podía despertarlo. No opuso ninguna objeción en prestarle el vehículo, y sin perder un momento se marchó a la Herradura de plata, donde se había citado con Paddy.

La posada estaba en las afueras de la ciudad y era bastante conocida por las peleas pugilísticas y por las grandes apuestas, *la mayoría legales*, que se llevaban a cabo. También porque era un sitio de paso obligado para los carruajes que viajaban a diferentes sitios del país.

En cuanto Colbert llegó, el cielo ya se había levantado del todo y unos tímidos rayos de sol iluminaban la Herradura y las cuadras adyacentes. El anciano que se encargaba de la posada estaba vaciando un cubo de agua sucia en un lateral, y Colbert lo saludó cruzando algunas palabras triviales sobre el estado del día.

Encontró a Paddy en su habitación, vestido y esperándolo.

—Han anunciado en la gaceta el combate de esta noche —le dijo Colbert, pasándole el diario sobre la mesa.

Paddy le echó un vistazo.

—La Herradura está completa y no hay reservas. —A juzgar por su aspecto, Paddy parecía agotado. Colbert adivinó que todavía no se había acostado—. Huntington fue previsor y tiene un par de habitaciones para esta noche. —Como Colbert arqueó las cejas, interrogante, Paddy lo tranquilizó—. El dueño dice que siempre que viene toma dos; una para él y otra para sus empleados. Cuando viaja, nunca lo hace solo y lleva un par de tipos consigo.

—¡Qué lástima que no pueda estar aquí! Tenía tantas ganas de verlo perder... Si el vizconde me dice rápido lo que quiere, tal vez consiga llegar a tiempo de ver finalizar el combate.

—Aún no hemos podido averiguar sus intenciones, Iron, es bastante complicado infiltrarse entre su gente, como si sospechase de todos. Lo que sí me ha dicho Pedro es que Edward ha pagado la cuenta del hotel esta misma mañana.

—Será que piensa marcharse después de nuestra cita. Envía a alguien a que averigüe qué embarcaciones hay y cuántas viajan hacia España o cualquier zona del mediterráneo. Tengo curiosidad por saber qué va a pedirme. Me voy a mofar en su cara cuando se lo niegue.

—Quizá no te deje en paz y no se vaya tan fácilmente.

—Le hice una promesa a Dorine y no voy a faltarla. Si Edward insiste con esta tontería, me va a conocer de verdad.

Ceñudo, le llamó la atención una pequeña sección del periódico y lo cogió para leerlo mejor. Hablaban de la familia Yaron y de la cena íntima que preparaban para festejar el nacimiento de un nuevo miembro en la familia. Sabía que tanto Hellen, Alana, como él mismo, estaban invitados. Solo esperaba que Alexander no se acordase de él. Una vez, mientras patrullaba el puerto —seguía estando en la marina—, se vio obligado a registrar el Diábolo, el barco de Yaron. Fue más tarde cuando supo que Alexander había actuado bajo las órdenes de la corona británica y que todas las acusaciones —la mayor parte rumores— de que era un pirata, quedaron olvidadas. Casi sentía ganas de conocerlo personalmente, pero tampoco tenía intención de que sus actos pasados perjudicasen a Hellen.

Aquella mañana, Alana se levantó pensando en Colbert. Sentía una extraña presión en el pecho que a medida que pasaban las horas, se fue tornando en angustia. No podía quitarse de la cabeza la reunión de esa noche. ¿Y si le contaba a Hellen el peligro que corría Colbert? Hacerlo sería como traicionarlo, pero guardar el secreto era demasiado para ella.

No tenía duda que si hacía eso, Colbert se iba a enfadar, sin embargo, por otro lado, su hermana sabría entenderlo. Su dilema la estaba volviendo loca, pero la preocupación la mataba.

Si le sucedía algo, ¿no merecía Hellen al menos una despedida? La acusaría de no habérselo contado, callándose como una... una..., no sabía cómo qué, pero se habría callado.

Con el enfado de Colbert podía vivir, pero con el resentimiento de su hermana no. Además, egoístamente, necesitaba compartir la ansiedad que estaba viviendo, más que nada por si sufría un infarto o algo así, que alguien de su entorno estuviese preparado.

Iba pensando en todo eso cuando Hellen la devolvió a la realidad.

—Dejaremos el coche cerca de Picadilli y vamos caminando a las Letras de oro, ¿te parece? Por lo visto, la calle de la librería tiene un acceso complicado y es difícil llegar hasta allí. Te prometo que es el último sitio.

Ella se encogió de hombros. No tenía ninguna prisa por volver a casa, además, le gustaba ver la cara de Hellen cuando entraban en las librerías y como sus ojos azules brillaban ávidos de estantería en estantería. Tanto ella como al difunto Jhon adoraban la lectura. Alana iba por temporadas, podía pasar meses leyendo, devorando hojas como una posea, como otros que ni siquiera tocaba los lomos de ninguno.

En el interior de la última librería del día, Las letras de oro, se respiraba un aire de imprenta antigua e incienso. No era un local muy amplio, pero guardaban multitud de ejemplares de diversos temas. Desde política a novelas de suspense —estas últimas bastante demandadas—, tomos de geografía, bibliografías, tratados, leyendas, mitos, y así una lista interminable. Todo ello ordenado en las estanterías que alcanzaban el elevado techo. El suelo, las paredes cubiertas de libros, repisas, anaqueles, mostrador... eran de madera brillante a excepción de una larga alfombra roja que cruzaba desde la entrada hasta la alargada mesa donde una muchacha joven, apenas una niña, anotaba pedidos en un cuadernillo.

No había muchos clientes a esas horas y solo se escuchaba un murmullo de vez en cuando, el susurro de las hojas de un libro al ser pasadas, el siseo de las faldas, pasos lentos y, muy de tarde en tarde, la campanilla de la entrada que advertía cuando alguien llegaba o se marchaba.

Hellen se había quedado en el segundo pasillo de la derecha, ojeando varios manuscritos sobre las reglas de etiqueta de la alta sociedad. En su mayoría, artículos escritos por hombres que hacían pocas referencias a las damas, por no decir casi ninguna; cómo sentarse en la mesa y su colocación, el orden de los cubiertos y la vajilla empleada, el grado de los títulos nobiliarios, qué palabras no decir ante una dama, y reglas básicas del comportamiento...

Alana esperó a Hellen caminando sobre la alfombra, aguantado algunas de las obras que le iba entregando para llevarlas al mostrador y, sobre todo, pensando la forma de decirle lo que verdaderamente ocurría. Iba a hacerlo. Estaba decidida a soltarlo y que el sol saliese al día siguiente por donde quisiese, pero esperaría a la tarde, después de regresar del parque con los mellizos. Se lo había prometido.

Todavía tardaron una hora más en salir. Hellen había comprado tantos libros que el cochero debió salir a ayudarlas.

Alana, con la decisión que había tomado se sentía como si se quitara un gran peso de encima. Más tarde, almorzaron con los niños. Los mellizos estaban eufóricos. Hacía días que ella no los acompañaba al puesto de algodón de azúcar. Encima, Colbert les había regalado, por Navidades, sendos barquitos veleros, y el único sitio en el que podían hacerlos navegar era en el lago Serpentine de Hyde Park, que por suerte aquel día no estaba helado.

Esas últimas jornadas, el parque estaba un poco más concurrido que las veces que habían ido. Concurrido en forma de parejas paseando, o tríos cuando la dama de compañía no permitía que su pupila se apartase. Había también algún que otro caballero ejercitando su caballo —aunque la costumbre era hacerlo en las mañanas.

La nieve seguía apilándose en forma de pequeñas montañitas junto los troncos de las árboles y a los lados de los caminos.

Todavía seguía oscureciendo pronto, y Alana convenció a sus sobrinos para que primero jugasen con los barcos y después concluyesen en el puesto de dulces.

—¡Mira, tía Lania!—gritó William entusiasmado, cuando la diminuta vela de su embarcación hizo que se deslizara con velocidad sobre el agua.

—¡Lo estás haciendo muy bien! —Aplaudió ella divertida. Se volvió a mirar a Andy, que estaba inclinado sobre la orilla colocando el velero en el agua. En ese momento, se acercó un tipo bastante grande al niño y sin mediar palabra lo agarró con fuerza de una mano.

Alana corrió hacia él, enfadada por que tratase a su sobrino de esa manera, sin embargo, a medida que llegaba a su altura, vio que el hombre estaba armado. Se detuvo de golpe.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó nerviosa y asustada.

—Acompañadme —respondió el hombre.

William, con curiosidad, se arrimó a su tía. Ella lo detuvo extendiendo una mano para que no se acercase más.

—¡No vamos a ir a ningún sitio! —obligó a William a caminar hacia atrás.

—¡Tía Lania! —exclamó Andy al notar que el hombre no lo soltaba.

—No hagáis ninguna tontería, señora Wakefield —siseó el tipo, lanzándole una mirada tan tranquila, que todo el vello de Alana se erizó—. Dispararé contra uno de ellos, me da lo mismo, son iguales. ¿Vos a quién preferís? ¿A este? —Zarandé a Andy, que seguía luchando inútilmente por soltarse—. ¿O a ese? —Levantó el brazo armado hacia William. Alana lo cobijó tras de ella.

—¿A qué viene todo esto? ¿Por qué me conocéis? —No le importó que la hubiesen confundido con Hellen.

—Os he dicho que vengáis conmigo. —Con una rapidez que la dejó pasmada, dio dos zancadas a ella y la cogió de la hombrera del abrigo.

—¡No me toquéis! —gritó. Miró a los mellizos ahora que Andy no tenía quien lo sujetase—. ¡Ir a buscar ayuda!

—Mejor que no hagan eso, señora —le susurró en la oreja, de una manera tan íntima y asquerosa, que un escalofrío recorrió su columna vertebral—. Dispararé contra uno de ellos.

Alana ni siquiera tuvo que detener a los niños. Ellos no se habían movido del sitio y la miraban con ojos llorosos. Ambos estaban blancos como el papel y completamente aterrados.

—No va a pasar nada —les aseguró ella con voz temblorosa. De haber estado sola, habría lanzado cuatro gritos, aunque con ello su vida peligrase, pero con los mellizos no podía hacer eso. No iba permitir que ninguno sufriese. Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un pequeño monedero—. No llevo mucho encima —dijo, entregándoselo.

—Guardadlo, no necesito vuestro dinero. Vosotros, venid aquí —ordenó a los mellizos—. Caminad a nuestro lado y sin abrir la boca si no queréis que os mate y os tire al agua.

—¡No les digáis eso, por favor! —imploró Alana con el llanto en la mirada.

El sujeto los hizo caminar por la avenida central que salía del parque por el noroeste. Antes de hacerlos subir a un carruaje, Alana se detuvo, reacia a entrar, pero entonces él agarró a uno de los mellizos y lo lanzó con fuerza al interior. El otro niño se tiró a él a patearle las espinillas mientras Alana corría a rescatar al que estaba dentro. El cochero descendió al ver el percal y entre los dos metieron a los mellizos y a Alana en el interior. Andy y William comenzaron a llorar con gran barullo, y Alana, disimulando su propio temor, los abrazó con fuerza, con la intención de protegerlos de todo mal.

El coche se puso enseguida en marcha, perdiéndose en las calles de Londres. Alana miraba ávidamente por la ventana intentando saber en todo momento donde se encontraban. No conocía mucho la ciudad y una vez pasado uno de los puentes que cruzaban el Támesis fue consciente que no tenía ni idea de donde los llevaban. Estaban los tres solos. Hacía frío y toda la estructura olía a humedad.

—¿Dónde vamos, tía Lania?

—No lo sé —respondió preocupada. Obligó a que los niños la mirasen y les dijo con seriedad—: Prestadme atención, vamos a repetir todos juntos la dirección donde nos alojamos. Si tenemos alguna oportunidad de escaparnos, tenemos que aprovecharla.

—¿Vamos a escaparnos? —preguntó Andy, llorando más fuerte. Su pequeño cuerpecito temblaba.

—Por favor —rogó Alana—, yo también estoy muy asustada, pero tenemos que hacerlo. ¿Lo comprendéis? ¿Andy? ¿Willy? —Consiguió que ellos le prestaran atención—. Es muy importante que sepáis donde nos alojamos. Si vosotros, los dos juntos, podéis escaparos...

—¡No! —contestaron ellos al unísono.

—Tenemos que irnos los tres —suplicó Andy—. ¡Tía Lania, no nos dejes! ¡No nos dejes!

Alana cogió la cabeza de su sobrino y la apretó contra su pecho al tiempo que acariciaba sus oscuros cabellos. Tenía el corazón galopando en la garganta.

—Tenéis que hacerme caso. Si yo os hago alguna señal... si vemos que hay una posibilidad, debéis escapar y correr a casa a avisar a alguien. Tomad. —Se sacó el monedero agradeciendo que el sujeto no se lo hubiera cogido—. Parad un coche y que os lleve a casa, o si veis algún oficial, pedidle ayuda. Pero siempre, siempre, tenéis que ir juntos.

Le asustaba que realmente pudieran escaparse. Los mellizos eran pequeños y temía que se perdiesen o que cayeran en manos peores. Era como una moneda alzada al aire. Cara era un horrible momento; cruz, la posibilidad de llegar sanos a casa, pero solo la posibilidad.

De mala gana, Andy se guardó el portamonedas en el bolsillo de su abrigo.

—Tengo miedo —sollozó William, abrazándola nuevamente.

Alana intuía que todo eso tenía algo que ver con la amenaza que pesaba sobre Colbert. Quizá después de todo, el vizconde solo buscara pedir un rescate, el valor de la casa que Colbert vendió en París, por ellos. Pero de ser así, ¿por qué lo citaría? No tenía ningún sentido.

Se arrastró hacia una de las puertas, llevando a los niños con ella. Probó el tirador y descubrió con alivio que cedía fácilmente. Solo debían esperar a que el coche se detuviera o aminorara la marcha. Pero su decepción se acrecentó cuando el vehículo comenzó a ganar velocidad al tomar un camino ancho que los alejaba de la ciudad.

Gimió con fuerza y abrió los brazos para cobijar de nuevo a los niños. No podía dejarlos salir tan lejos de casa, menos con el frío que hacía. Ahora no tenía más remedio que esperar a ver qué sucedía. Rogó porque todos saliesen ilesos de aquello.

Hellen observó la calle una vez más a través de la ventana del vestíbulo. Estaba tan preocupada porque su hermana aún no había regresado, que los empleados se contagiaron de su ansiedad y no hacían más que ir dando tumbos de un lado a otro. Hacía horas que había anochecido y un fuerte viento se había levantado en el exterior formando remolinos con las hojas y ramas que se apilaban en las aceras. Una niebla delgada se había apoderado de la calle volviéndose más densa en los soportales.

Hellen volvió a maldecir una vez más y con paso nervioso, se acercó a la cocina, donde el señor Drew se acababa de sentar con una taza de té en la mano. Se levantó de prisa de la silla.

—¿Deseáis que vuelva a enviar a alguien a buscarlos?

Hellen se pasó las manos por la cara, angustiada. Sentía unas infinitas ganas de llorar.

—Ya han ido dos veces y no estaban. —Agitó la cabeza, desconsolada. Alana jamás había hecho nada por el estilo. Habría tenido que pasar algo importante para que no diesen señales de vida.

Al principio, Hellen, al ver que tardaban, había llegado a pensar que se habría llevado a los niños a ver algo, perdiendo la noción del tiempo, pero luego regresó al cochero solo diciendo que los había buscado por Hyde Park al ver que tardaban y que no los había encontrado. Para colmo, Colbert ese día no había pasado por casa y había avisado que llegaría de madrugada.

—Seguro que están bien, señora —volvió a decir Noelle, no muy convencida. Compartía la misma ansiedad que Hellen—. Podemos volver a salir a buscarlos nosotros.

—¿Pero dónde? —gimió Hellen, apretándose las manos hasta clavarse las uñas en las palmas.

—Daremos vueltas con el coche. Si me lo permitís, yo misma iré —se ofreció.

Conteniendo las lágrimas, Hellen asintió.

—Yo también voy, Noelle. No puedo quedarme aquí parada sin hacer nada.

—¡Pero, señora...! —exclamó Lucy—. ¡No podéis salir tan tarde!

El señor Drew se adelantó, haciendo callar a la doncella.

—Quizá podamos encontrar al señor Wakefield junto con el señor Presley.

—¿Saben dónde vive? —preguntó Hellen con una chispa de esperanza. Confiaba que Colbert, conociendo la ciudad, pudiese encontrarlos pronto.

—Sí. No sé si lo hallaremos en casa, pero quizá haya alguien que nos pueda indicar dónde encontrarlo. Sería mejor que vos os quedarais aquí por si acaso regresan...

Hellen comenzó a negar con la cabeza.

—La espera me está volviendo loca. Estoy segura de que les ha pasado algo. Dígale al cochero la dirección de ese hombre e iré a verlo a hora mismo. Noelle, por favor, tráeme el abrigo y ponte el tuyo. Vendrás conmigo.

—Yo también iré, señora Wakefield. No voy a permitir que pasee sola por la noche —dijo Drew con decisión, sin admitir ninguna negativa.

Hellen asintió.

—¿Y yo qué hago? —inquirió Lucy.

—Quédese aquí. Si viene mi hermana, le dice que hemos ido a buscarla. —Hellen se volvió hacia el mayordomo—. También podríamos dar aviso a las autoridades.

—Sí, señora —respondió, siguiendo a la mujer a toda prisa.

Noelle llegó con los abrigos, y el señor Drew se apresuró a ir a por el suyo. Se lo iba poniendo por el camino al tiempo que buscaba al cochero dándole las señas de Seth Presley. Enseguida partieron con la convicción de encontrar a Colbert allí. Por el camino fueron observando con atención a los pocos caminantes que buscaban refugio del frío. Apenas quedaba un alma en la calle.

El coche se detuvo frente a una de las casas de la larga avenida y descendió el señor Drew, solo, después de ordenar, más que aconsejar, a las mujeres que se quedasen dentro. Le abrió la puerta un mayordomo que lo miró extrañado de recibir visitas a aquellas horas.

—El señor Presley suele frecuentar algunos de sus clubs. No podría decirle si se encuentra en la Dama Blanca o, por el contrario, en la Herradura de plata. Esta noche, en la Herradura se celebra un combate importante, supongo que es probable que esté allí, pero donde mejor lo pueden informar es en el club. —Muy solícito, le dio a Drew ambas direcciones—. De todas formas, si su señoría pasa por aquí, le informaré que la señora Wakefield lo está buscando.

Drew se lo agradeció y corrió de nuevo al vehículo a contar a la mujer lo que había descubierto.

—La Herradura de plata esta algo lejos, en las afueras. En el camino norte que sale de la ciudad.

Hellen apretó los labios con disgusto. Había tenido el mínimo anhelo de encontrarlo en su casa.

—De acuerdo, pues entonces iremos a esa Dama Blanca, que está más cerca y a ver si allí nos pueden decir algo.

Pasados unos segundos, Richard azuzó los caballos.

El señor Drew carraspeó, nervioso:

—Humm... señora, ¿vos sabéis qué sitio es ese al que vamos?

Ella se encogió de hombros sin importarle mucho qué lugar era. Lo único que deseaba era hallar a Colbert.

—¿Un restaurante? ¿Un café?

—Me temo que no —respondió.

Hellen frunció el ceño. De pronto, alzó la mirada al techo del carruaje y suspiró.

—Bien, no me lo diga. Es un sitio para juego o... un club.

El mayordomo apretó los labios con fuerza, hinchando los carrillos. Hellen le había dicho que no se lo dijera y pensaba obedecerla.

Los cascos de los caballos resonaban en el silencio de la noche. Al menos parecía que el viento se había calmado un poco.

Nada más detenerse el carruaje, Hellen se asomó a la ventana. En la puerta del establecimiento había un grupillo de gente. Sus murmullos y carcajadas llegaron hasta ellos.

—Esperad aquí —dijo el señor Drew, volviendo a bajar del coche.

Hellen no pensaba llevar la contraria, aunque él tampoco le dio opción de detenerle.

Quince minutos antes de que el señor Drew preguntase en el club...

—¡Bastardo! —bramó Colbert, leyendo la misiva que el vizconde le había hecho llegar.

Seth lo observó con las cejas arqueadas.

—Amigo, me parecía muy raro que quisiera presentarse aquí. Hubiera sido como meterse en la boca del lobo. Si Lyton ha anulado la cita y te ha informado que regresa a su país, querrá decir que da la deuda por saldada.

—Yo también lo vería así si no supiera que ha hecho un largo viaje solo para vengarse. —Agitó sus negros cabellos, desconforme. El vizconde había tramado algo y él no tenía modo de saber qué era—. Ese tipo planea algo, estoy seguro.

—Sea como sea, no lo vas averiguar esta noche. ¿Por qué no vamos a la Herradura de plata? Llevas tenso varios días con esta cita. Quizá el combate nos relaje un poco a todos. Es posible que lleguemos para ver algún asalto.

—Tienes razón. Al menos tendré la oportunidad de ver como desplumamos a Huntington. —Se pasó la mano por la cabeza, peinándose hacia atrás, y se sujetó el pelo en una larga cola de caballo.

En realidad, lo que más deseaba era ver a su pelirroja. Sentía la necesidad de estar con ella y explicarle detenidamente lo de Rose. Ella tenía que creerle, después de todo, la idea de desencantar a Hellen había sido suya.

Había dado bastantes vueltas al asunto sobre la relación que habían iniciado. Estaba claro que sentía algo por ella, de no ser así, no pensaría tanto en sus ojos ni en su boca de miel, sin embargo, nunca había estado enamorado y... tenía miedo de estarlo. De lo que no dudaba era que no le gustaba que Newton la rondara. Aquello eran celos, y él no había estado celoso en su vida.

—¿Nos vamos entonces? —preguntó Seth al ver que se había quedado pensativo.

Seth y Colbert se marcharon junto con varios de los hombres que habían estado aguardando la llegada del vizconde. Algunos más se hallaban en la Herradura junto con Paddy y Pedro para presenciar el combate y detener algunas de las broncas que este evento solía generar. También para vigilar a Huntington. Al demonio no le gustaba que cada vez que se celebraba un asalto pugilístico le destrozaran el local.

La Herradura de plata no era como la Dama Blanca. Seth era consciente de la mayoría de los negocios que se llevaban a cabo, pero a veces, algunos intentaban traficar a sus espaldas sin saber que él era el dueño y que solo a él le debían pedir permiso para ciertas actividades.

Lord Huntington había pasado toda la mañana esperando noticias del vizconde de Lyton. Le había dicho que en caso de apoderarse de Alana no la llevara directamente a su casa. Dudaba que aquel fuese uno de los primeros lugares donde Colbert iría a buscarla. Había sido un tonto al confesarle que deseaba a la muchacha, sin duda podría sospechar fácilmente de él cuando supiera que la habían secuestrado.

Aprovechando el combate, había reservado habitación, y la suerte estaba de su lado. El vizconde le había informado que la muchacha ya estaba allí esperándolo. También su lacayo le había hablado sobre las apuestas. El nombre de lord Iron estaba en la lista. Lyton le había asegurado que él no iría al combate, ya que esa misma noche tenía una cita con él. Lo que no podía saber era que el vizconde lo había traicionado. Y Colbert se dirigía allí en ese momento.

Las apuestas no se habían terminado de cerrar, pero las fuertes sumas indicaban que Arlington era uno de los preferidos. Él rogaba porque fuera así, ya que había invertido una gran cantidad de dinero, además, uno de sus confidentes, la mano derecha del demonio ruso, le había aseverado que no podía perder.

Huntington necesitaba recuperarse de las pérdidas que había generado el asesinato de Jhon Wakefield. Nunca le había salido tan caro comprar a una mujer, y aunque inicialmente él se había decantado por Hellen, su carácter caprichoso lo impulsó a cambiar de opinión eligiendo a la hermana. Si hubiera conocido a Alana antes, habría actuado de otra manera, y no ordenando al alguacil que lo encubriera en sus trapicheos. Había pagado caro su silencio, y ahora el hombre disfrutaba de unas largas vacaciones en el nuevo continente a cuenta de él y toda la fortuna que le había sacado. Si la suerte continuaba por ese camino, pronto recibiría noticias de la muerte del alguacil. Solo esperaba que el asesino a sueldo que había contratado no intentara chantajearlo también, de otro modo iba a ser el cuento de nunca acabar, y él mismo tendría que asegurarse de cerrarle la boca para siempre.

Tan solo acompañada por un inmenso terror, los minutos encerrada en un frío dormitorio se tornaron horas para Alana. Nada más llegar, la habían separado de los mellizos y no tenía ni idea de donde andaban o cómo podían sentirse. Solo había visto el cuarto cuando entró, ya que la cegaron con un trapo sucio y maloliente. Era una habitación pequeña provista de una cama con armazón de hierro, una cómoda sobre la que había una lámpara de aceite, una mesa y dos sillas.

Con las manos atadas tras la espalda era imposible quitarse la venda que llevaba sobre los ojos. Sabía que estaba en un lugar ruidoso por el barullo de mucha gente gritando en el piso inferior. Podía haber chillado hasta quedarse ronca, pero ya le habían advertido que nadie sería capaz de escucharla, y aunque así hubiera sido, la mayoría de las personas que estaban allí eran hombres de sucia calaña que no dudarían en disfrutar de ella abiertamente.

Se espigó en la silla donde estaba cuando sintió que alguien abrió la puerta. El sonido del exterior se hizo mayor y enseguida las voces se apagaron al cerrar. Agitó la cabeza tratando de escuchar a quien había entrado. Presentía que no estaba sola, y su sospecha se confirmó cuando le arrancaron la venda con un solo movimiento. Pestañeó con fuerza acostumbrando los ojos a las sombras del cuarto. El rostro inexpresivo de su secuestrador se paró ante ella.

—Falta muy poco tiempo para que todo esto termine.

—¿Y mis sobrinos? ¿Dónde están? ¿Están bien?

—No deberías preocuparte por ellos. Mañana mismo regresarán a su casa, siempre y cuando te portes bien.

—¿Mañana nos liberan?

—Yo no he dicho eso. He querido decir que ellos regresarán a casa. Tú no.

Alana tragó con dificultad.

—¿Qué piensan hacer conmigo?

—Nosotros nada —respondió con indiferencia—. Hemos acabado nuestro trabajo al traerte aquí. Ahora, todo dependerá de tu nuevo dueño.

—¿Mi dueño? —preguntó con voz aguda. Esa palabra la puso furiosa ¿Cómo se atrevían a tratarla así?—. ¡No tengo dueño! ¡No pueden venderme como una mercancía!

—Es lo que acabamos de hacer.

Alana comenzó a temblar. Había una línea fría y despiadada en los labios del hombre.

En el piso de abajo, los gritos se alzaron más fuertes.

—Ha comenzado el combate. Ten un poco de paciencia.

¿El combate? Alana, cada vez más confundida, estudió algún modo de escapar de allí. La única salida, aparte de la estrecha puerta, era una ventana de sucios cristales por la que no se veía más que la negra noche. El miedo apenas la dejó respirar.

—Si lo que buscas es un rescate, Colbert estaría dispuesto a pagar mucho dinero —le dijo. Estaba segura que él haría todo lo posible por sacarla de allí.

—¿Colbert? —inquirió él, curvando los labios. La miraba de arriba abajo preguntándose por qué un tipo como Iron se había desposado con una muchachita tan... inocente. Con todas las mujeres que habían estado a su servicio en el club de París y todos sus trapicheos, era extraño que pudiese haber algo que uniese a aquellos dos.

Pero ya lo decía su madre, el amor era ciego—. Tú lo llamas Colbert; yo, Iron. —Soltó una risa miserable y se cruzó de brazos. Vestía ropas sencillas y gruesas para protegerse del frío—. ¡Oh! Sí, sin duda tu esposo pagaría por recuperarte. Eso esperamos, pero tienes que tener en cuenta que de no ser por él, no estarías aquí a mi... merced.

Si quería asustarla, lo estaba consiguiendo.

—Colbert no es mi esposo —le aseguró. El hombre no pareció creerlo—. Él es el cuñado de mi hermana.

—Eso es muy interesante. Creo que el vizconde se va a llevar una decepción.

—¿Ha sido él quien me ha secuestrado? —preguntó con los ojos desorbitados. De ser así, había cierta esperanza de que se negociara su libertad con Colbert en la Dama Blanca. Quizá ese era el motivo de la reunión. Un cambio, ella por... ¿dinero?

Por la mirada del sujeto, no estuvo muy segura de que eso fuera así. Además, Colbert había asegurado que Lyton no deseaba más que vengarse. ¿A través de ella? No pudo evitar sentir como la rabia se mezclaba con el miedo. ¡Maldito Colbert! Eso era lo que había conseguido al acercarse a ellos. Ponerlos en peligro a todos por sus malas acciones del pasado. Si algo les sucedía a los niños por culpa de él, le sacaría los ojos en cuanto lo viese. Es más, pensaba arrancárselos solo por hacerles pasar ese momento de sufrimiento.

—Dígaselo a su jefe —convino ella—. Si esa es la manera que busca de vengarse de él por haber vendido su casa, está totalmente confundido. Entre Colbert y yo no hay nada... —Cerró la boca con brusquedad. Nada la unía a él, pero sí a los mellizos. Tuvo miedo de haberle indicado la mejor manera de hacer daño a Colbert.

El hombre no pareció advertirlo. La miró con incertidumbre.

¿Y si acababa de poner en peligro a Andy y a William? Pensó con rapidez tratando de enmendar su fallo. Le dijo:

—Es cierto, tenéis razón, vamos a casarnos. Soy su prometida.

—¡Ah! ¡Por fin! —Sonrió él, más aliviado—. Tanto mejor así. Por un momento pensé que debía matarte.

El horror ofuscó su mente impulsándola a levantarse y a correr hacia la puerta. El secuestrador se echó sobre ella, lanzándola sobre la cama, con una mirada cargada de enojo.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? ¿No me has entendido cuando te he dicho que los niños estarían bien si sigues comportándote como hasta ahora?

—¡Quiero verlos! —gritó sin poder contener el llanto.

—No me obligues a volver a cerrarte la boca —la amenazó con los dientes apretados y una mirada asesina.

Ella se acurrucó sobre el colchón, lo más lejos posible de él, apoyando la espalda en la cabecera y las piernas recogidas contra su pecho. Esa posición era muy incómoda, sobre todo teniendo las manos atadas. Gimoteando y con ojos atemorizados, lo miró con cautela. Él la observaba entre la cama y la puerta.

—No quiero usar la fuerza, pero si no eres buena chica, no me darás ninguna opción.

—Colbert me encontrará y los matará a todos ustedes —se atrevió a decirle entre lágrimas—. Él me liberará del vizconde y luego, les dará su merecido.

El raptor se encogió de hombros. Con desgana, cogió una silla que acercó hasta la puerta y se sentó, vigilándola.

—Para tu información, el vizconde no es ahora tu dueño.

—No lo entiendo. ¿A quién se supone que pertenezco?

—No lo sé. Un lord o algo así, la verdad es que no me importa mucho.

—Si ya ha acabado con su trabajo, ¿por qué no se marcha y me deja sola?

—Recibo órdenes.

—¿No tiene familia? ¿Hermandad o madre? ¿A usted no le gustaría que las trataran así!

—No pierda saliva tratando de engatusarme. No tengo a nadie.

Alana se rindió. Necesitaba estar sola y pensar...

—Necesito ir al escusado.

Lord Huntington maldijo una vez más cuando Arlington cayó al suelo. Levantó la mano hacia el tipo que sostenía las apuestas, haciéndole una señal para que se acercara. Quería cerciorarse una vez más de no haberse confundido de hombre. El confidente le había asegurado que Arlington iba a vencer.

El sujeto tardó un rato más en aproximarse por no querer quitar los ojos del cuadrilátero. El combate estaba de lo más interesante, y los espectadores no dejaban de animar y divertirse.

—En un principio, todas las apuestas iban con Arlington —le dijo gritando para hacerse oír—, pero antes de cerrar la apuesta, debió suceder algo, y los grandes subieron por Hardy.

—¿Quién, el demonio?

—Él y lord Iron los que más.

—¿Están ellos aquí?

—No lo creo. No pensaban venir esta noche.

Totalmente furioso, Huntington se levantó de su sitio. El hombre de las apuestas, indiferente, se volvió a centrar en la pelea.

—¿Ocurre algo, señoría? —le preguntó su criado, encargado de cubrirle las espaldas.

Huntington no contestó. ¡Le habían tendido una trampa!

Subió las escaleras con paso ágil y golpeó con potencia la puerta de la habitación que tenía reservada. En cuestión de segundos, le abrieron. Sus ojos, como puntas de alfileres, se clavaron en Alana con frialdad. Se la veía indefensa acurrucada contra el cabecero de la cama. Estaba despeinada y tenía los labios ligeramente morados.

En dos pasos, se acercó a ella y la tomó con una mano por el cuello.

—¡Zorra! —gritó, golpeándola contra el hierro del cabezal—. Si esta noche pierdo, ya puedes ir preparándote.

La joven fue incapaz de decir nada. Estaba tan sorprendida de verlo allí que solo pudo mirarlo con la boca abierta. Parecía uno loco de ojos rojos y un gesto cruel en sus labios. Se asustó de verlo así.

La voz glacial de Huntington se dirigió al sujeto que había estado custodiándola. Había cerrado la puerta.

—¿Aún tienen a los niños? Creo que los voy a necesitar

El secuestrador asintió con un movimiento de cabeza.

—¡No! —gritó Alana—. A ellos déjalos en paz.

El lord la soltó, mirándola con desdén. Alana se frotó el enrojecido cuello.

—Te veré más tarde, pequeña víbora, mientras, ve rezando lo que sepas.

Caminó hacia la puerta haciendo flotar las faldas de la chaqueta tras de sí.

—Su señoría —carraspeó el otro hombre, sujetando el tirador—. Ella quiere hacer sus necesidades.

—Tráele un orinal —dijo, volviendo a salir, con un portazo seco.

En el estrecho corredor aspiró una gran bocanada de aire, tratando de tranquilizarse. Los vítores y el bullicio festivo seguían llenando la posada. El combate todavía continuaba. Quizá podía tener una pequeña esperanza con Arlington, cosa que a esas alturas dudaba bastante.

Se cogió de la balaustrada y antes de comenzar a descender, sus ojos volaron hacia Colbert, que se hallaba cerca de la barra de las bebidas fumándose un largo cigarro. Las piernas le temblaron cuando el hombre moreno, que también lo había visto, levantó una mano hacia él en señal de saludo. Huntington no se acercó, aunque se vio obligado a bajar las escaleras para no despertar sospechas. Se colocó junto a su criado simulando seguir observando el cuadrilátero. El combate había dejado de ser su preocupación inicial. ¿Y si el vizconde le había dicho a Colbert que él tenía a Alana retenida?

Paseó la vista por el local y, aliviado, vio un par de los hombres de Lyton. Se dio cuenta que de haberle dicho algo a Colbert, este ya la habría ido a buscar, sin embargo, parecía estar disfrutando con la pelea. Cada vez que Arlington caía, él profería carcajadas y brindaba con sus colegas.

Mientras Colbert o el demonio ruso no supiesen que la joven estaba allí, no tendría ningún problema. Y él escaparía en cuanto tuviese oportunidad.

La puerta se cerró desde fuera con llave, y Alana corrió a pegar la nariz en el sucio cristal de la ventana, calculando la distancia que había hasta el suelo. Desde allí no parecía que estaba muy alto. Se apoyó en el quicio, repentinamente mareada. No había ingerido nada desde hacía horas y tenía el estómago revuelto. El olor que se respiraba allí dentro empeoraba las cosas.

Estudió la ventana; el pasador era sencillo. No podía ser muy difícil escapar. Lo malo sería encontrar a los mellizos entre tanta gente, pero debía correr el riesgo.

Huntington era un ser despreciable. En ese momento, Alana supo que no necesitaba ninguna prueba para saber que él había asesinado a Jhon. Lo que no terminaba de entender era la relación que tenía con el vizconde. Pero tampoco se iba a poner a analizarlo en aquel instante. Más importante era salir y rescatar a sus sobrinos.

Creyó escuchar un ruido en la puerta y regresó a la cama a esperar, impaciente, que el hombre volviera con la bacinilla. No tardó mucho en entrar con un orinal de latón que dejó en el suelo e ir directamente hasta ella para desatarle las manos.

—No tardes. Yo esperaré en el pasillo.

—Llame antes de entrar, por favor —pidió ella.

Otra vez se cerró la puerta, y Alana escuchó unos segundos a través de ella, luego, colocó una de las sillas bajo el tirador, haciendo el menor ruido posible, y caminó con decisión hasta la ventana.

Una ráfaga de aire frío golpeó su rostro agitando los cabellos que en algún momento habían escapado de su recogido. La niebla cubría el exterior como un manto álgido y tenebroso. Se estremeció de cuerpo entero. El miedo a salir a la intemperie era el mismo que el de quedarse a esperar a Huntington. Tenía que hacerlo, por ella y por los niños.

Con esfuerzo, por las faldas y el largo abrigo, se encaramó sobre el poyete de la ventana. Visto desde ahí, y con la tupida niebla, el suelo no se discernía. Despacio, se giró y comenzó a deslizarse hasta que sus dedos quedaron agarrados al borde. Cerró los ojos con fuerza y se dejó caer. Ahogó un grito al estrellarse contra el suelo y se quedó un rato quieta esperando que pasara el dolor de las piernas. Gracias a Dios, no se había roto nada.

Observó a su alrededor. En el suelo, la niebla no era tan espesa y se desdibujaban las sombras de los árboles bajo la débil luz de la luna. De las ventanas salían retazos de luz dorada, y la fuerte algarabía del interior llegaba apagada, como en un murmullo.

Con un suspiro tembloroso, miró una vez más el lugar de donde se había descolgado. Su captor parecía que todavía no se había percatado de su huida. Arrimándose a la pared, fue investigando con prisa el interior de las ventanas inferiores, rogando hallar a los mellizos en alguna de las habitaciones.

Las miró con prisa de una en una. La cocina, una bodega y un cuarto grande ocupado por varios hombres que jugaban a las cartas. No se detuvo a observarlas mucho tiempo, solo lo necesario para saber si en alguna de ellas estaban Andy y William. Pero no había señales de ellos.

Desesperada, volvió a mirar arriba, era posible que los tuvieran allí, igual que la habían tenido a ella.

Apretándose el abrigo contra el cuerpo, pasó a un lateral de la casa. Una estrecha callejuela entre la posada y el establo. Allí solo había un pequeño ventanuco y una puerta trasera que estaba abierta, sujeta por un barril.

Con la respiración agitada, evaluó rápidamente la posibilidad de volver a entrar. Tanto si estaba en el exterior como dentro, la iban a descubrir igualmente, de no ser que echara a correr hacia la oscuridad de la pradera. Y por supuesto no iba a hacerlo, estaba decidida a encontrar a los niños a como diese lugar.

Echó un vistazo al interior. Era un pequeño receptáculo con más barriles, y sobre uno de ellos descansaba un delantal. No había nadie a la vista. La bodega tenía un olor mohoso, una mezcolanza de desinfectante y secreción. Se llevó la mano a la boca.

Un ruido en la calle la obligó a entrar sin pensárselo dos veces. Corrió hacia otra puerta entreabierta. El ruido allí era mucho mayor y se imaginó que muy cerca se estaría celebrando el combate del que el tipo le había hablado. ¿Sería capaz de pasar desapercibida entre el tumulto? Seguramente tenían camareras, como en la Garza blanca.

Mirando a un lado y a otro, se quitó rápidamente el abrigo. Estaba helada, pero la prenda era demasiado elegante como para no llamar la atención. Lo dobló del revés y se lo colocó en el brazo. Llevaba un vestido sencillo de tonos grises y verdes. Con el corazón latiendo a mil por hora, caminó despacio. Unas fuertes voces hicieron que se detuviese y, de pronto, apareció un hombre de construcción fuerte con las mangas de una vieja camisa arremangadas. Ella lo miró esperando que él dijese algo, sin embargo, después de echarle una breve ojeada, pasó de largo hacia la sala de los barriles.

Con un fuerte suspiro, se dio prisa en alcanzar un amplio comedor lleno de humo y gente. El sonido de jarras golpeando las mesas, de voces animando a las dos personas que peleaban en el cuadrilátero y las risas de algunas mujeres llenaban el sitio.

Miró todo sin perder detalle. Tenía que estar atenta de que Huntington o alguno de sus secuestradores no la viesan. Alguien la empujó al pasar muy cerca, y Alana se apartó con rapidez, esquivando a todos los que encontraba en el camino. El local estaba repleto, casi no cabía ni un alfiler a martillazos y enseguida se vio envuelta entre fuertes cuerpos. Nadie parecía reparar en ella estando más pendientes de la pelea.

Empujada de un sitio a otro, descubrió las escaleras que accedían a la parte superior, para su consternación, vio al hombre que le había entregado el orinal reclinado sobre la baranda de arriba con los ojos puestos en el combate.

Disimuladamente, cambió de dirección, buscando ávidamente una segunda escalera que no encontró. Gruñó interiormente y pensó que lo mejor era buscar a los niños por alguno de los cuartos de abajo. Era menos arriesgado que salir abiertamente hacia la escalera. Tal vez, de todos los hombres que había, alguien quisiera ayudarla, pero ¿quién? Se veía a la legua que eran tipos rudos, acostumbrados a emborracharse y a armar jarana.

—¿Buscas a alguien, guapa? —le preguntó un hombre fuerte, apretando su cuerpo al de ella con descaro.

Alana dio un pequeño brinco y se apartó de él. Escuchó la voz de una mujer dirigiéndose al sujeto al tiempo que le empujaba el costado con una sonrisa picantona:

—¡Déjala, Paddy! Luego ven a buscarme, anda.

El hombre suspiró y se frotó el mentón con la mano. Asintió y de nuevo volvió a centrar su atención en el combate.

—Gracias —musitó Alana a la mujer.

La camarera la cogió del brazo con amabilidad. Era una mujer joven, de curvas ostentosas. Llevaba el cabello, completamente lacio, recortado a la altura de la delgada barbilla. Su blusa lucía oscuras manchas de vino de haberse salpicado en algún momento de la noche.

—¿Quieres que te acompañe a algún sitio? Las habitaciones quedan arriba.

Alana negó. Sus ojos volaron a su raptor con temor de ser descubierta. El tipo continuaba entretenido.

—¿Podría usar el aseo?

—No te lo recomiendo. No hay quien soporte más de dos segundos dentro —la camarera la miró dubitativamente de arriba abajo y agitó la cabeza, compadecida—. Ven, sígueme.

Alana fue detrás de ella. La mujer se abrió paso entre la gente dando codazos y empujones. Se veía que estaba acostumbrada a tratar con ellos. Algunos la miraban frunciendo el ceño y advirtiéndole que tuviera cuidado, pero ninguno intentó detenerlas. Antes de alcanzar su objetivo, otra vez cogieron a Alana de un brazo. Ella se revolvió para que la soltasen. La camarera se giró para amonestar a quien la tenía cogida, pero calló súbitamente al reconocer al dueño de la Herradura de Plata, Seth Presley.

Alana tardó un poco más en reconocerlo. Los ojos azules estaban calvados en ella con sorpresa.

—¿Qué estáis haciendo aquí, señorita Sanders?

Alana se quedó con la boca abierta, intentando asimilar que ese hombre estuviese allí y no en el club.

—¡Por favor ayúdeme, señor Presley! Vos sois amigo de Colbert. Unos hombres me trajeron aquí a la fuerza. —Fue a señalarle al tipo de la escalera, pero no lo vio.

—¿Unos hombres? —El demonio ruso pasó la vista por el salón y enseguida la empujó al pasillo donde la camarera estaba guiándola—. Explicadme eso.

—Me secuestraron en el parque junto a mis sobrinos, debe ayudarme a encontrarlos. Tienen que estar por algún lado y ese... hombre quiere llevárselos.

El demonio se tensó, y su mirada se volvió furiosa.

—¿Están los niños aquí?

Ella asintió con lágrimas de alivio en los ojos. ¡Por fin alguien que parecía preocuparse por lo que estaba pasando!

—Sé que están aquí, pero no los encuentro. Por favor, debéis ayudarme —suplicó, rompiendo a llorar.

—Tranquila, solucionaremos esto ahora mismo.

—¿Quieres que llame a alguien, demonio? —inquirió la camarera.

—No, vuelve a tus cosas. No has visto ni oído nada. —Cogió a Alana de la mano y caminó hasta un despacho débilmente iluminado por un candelabro de dos velas —. A ver, sentaos y contadme desde un principio —dijo, cerrando la puerta.

La joven tomó asiento en una silla, y él acercó otra, sentándose a su lado.

—¿Cómo que ha escapado? —ladró Huntington al borde de un ataque—. ¡Serás estúpido!

—Aún debe estar por aquí. Hasta la ciudad hay mucha distancia.

—¡Ese Iron también está aquí! —gritó colérico—. ¡Si él la ve antes que nosotros, estamos perdidos! Posiblemente ya estén juntos.

El tipo agitó la cabeza.

—Esto no le va a gustar nada al vizconde. Yo y mis compañeros nos largamos.

—¡Espera! ¿Dónde están los niños?

—Siguen en el coche. Los dejamos en el establo.

—Yo también me marchó. —Echó andar por el corredor y se detuvo a mirar al hombre que lo seguía—. ¡No puedes bajar por aquí, estúpido! Te descubrirían, y a mí contigo.

—Pero los míos...

—¿Quieres arriesgarte? Yo que tú elegiría en salvar a tus compinches o poner el culo lejos de aquí.

El hombre de Lyton, enfadado, apretó los dientes con fuerza. A él no le habían pagado para salvar la vida de sus compañeros. Si estos no se habían dado cuenta todavía de lo que estaba pasando, era su problema. Sin embargo, cuando salió por la parte de atrás, dio la casualidad que vio a uno de ellos y le advirtió.

Lord Huntington disimuló que nada había pasado. De un rápido vistazo, observó a Colbert, que parecía muy entretenido charlando con varios hombres. Al menos aún no sabía nada.

Se escabulló por la puerta y con paso raudo, llegó al establo. Gritó a su cochero, que estaba adormilado en el pescante, y esperó a que llevaran a los mocosos a su vehículo. Les habían vendado los ojos y las mordazas ahogaban sus sollozos. Una vez listos, el coche partió seguido por el de los tipos de Lyton.

Colbert giró la cabeza con rapidez en cuánto sintió que alguien le golpeaba la espalda. Miró al demonio y por su gesto adivinó que algo ocurría. No era muy normal ver a su amigo preocupado por algo.

—Nos la ha jugado, Iron.

—¿Quién?

—¿No puedes imaginarlo?

La expresión de Colbert se ensombreció.

—Edward.

El demonio asintió:

—¡El maldito cabrón lo tenía todo planeado! Ven conmigo, aprisa.

De camino al despacho de Seth, Colbert le hizo una señal a Paddy para que lo siguiese. No tenía ni idea la manera en qué podía habérsela jugado.

Seth abrió la puerta y lo dejó pasar a él primero. Se quedó estupefacto al ver a Alana. Ella tenía los ojos enrojecidos de haber estado llorando.

—¡Alana! ¡Dios santo! ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella se puso en pie, mirándolo fríamente.

—Te odio, Colbert —comenzó a decir en un siseo furioso que pronto se convirtió en gritos. Se lanzó a él con potencia y le abofeteó en pleno rostro—. ¡Tú eres el culpable de todo!

Seth fue quien atrapó las manos de Alana desde atrás y, a la fuerza, la apartó de él mientras seguía profiriendo salvajes insultos contra Colbert.

—Te odio, Colbert. Te odio. Te juro que si les pasa algo a los niños, te mato.

Colbert caminó hacia a ella y, rodeándole el talle, la abrazó. Con una mirada hizo que Seth la soltase y aunque ella luchó por salir de sus brazos, acabó llorando contra su pecho al tiempo que le seguía golpeando los hombros.

—¡Maldito seas, Colbert! —gimió rendida.

Con impotencia, él cerró los ojos, posando la barbilla sobre la espesa mata caoba.

—¿Qué ha ocurrido, Alana? ¿Por qué estás aquí?

Ella levantó los ojos llorosos hasta los suyos.

—El vizconde ordenó que nos secuestraran. Nos cogieron en el parque y nos separaron aquí. A mí me subieron a una habitación de la planta de arriba y he conseguido burlar la vigilancia. Escapé por la ventana. ¡Oh, maldito seas, Colbert! Es por tu culpa que los niños ahora están desaparecidos. Tenemos que encontrarlos... son tan pequeños... Seguro que están asustados y llorando.

Bastante afectado, Colbert soportó todos sus reproches. Ella tenía razón. Solo él era el causante de lo ocurrido. Estaba en todo su derecho de acusarlo por haber expuesto a los niños y a ella al peligro. Posando una palma en la mejilla de Alana, frotó con el pulgar la piel tersa.

—Te prometo que voy a encontrarlos. Te lo juro.

Llamaron a la puerta, y Seth abrió con rapidez.

—Demonio, hemos registrado todo y no están aquí. Varios confirman que vieron entrar a una mujer pelirroja acompañada de dos tipos, pero iba sin los niños.

—¡Porque nos separaron al llegar! —repitió Alana con ojos desorbitados.

—¿Habéis mirado en todas las habitaciones? —insistió Seth.

—Hemos entrado en todas y nada. Lord Huntington tampoco está.

—¡Los tiene él! —exclamó Alana de nuevo. Aferró las solapas de Colbert con desesperación, llamando su atención—. Preguntó por ellos. Seguro que se los ha llevado él.

—¡Espera! ¡Espera! —Colbert pestañeó con sorpresa y se apartó de Alana sin llegar a soltar su cintura—. Me has dicho que Edward dio la orden, pero ¿y Huntington? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—El hombre que me tenía retenida me dijo que todo acabaría pronto, en cuanto mi dueño llegara. Yo no lo entendí, pero entonces llegó Huntington furioso porque estaba perdiendo. Preguntó si los niños aún estaban allí, y el hombre le dijo que sí.

Con el ceño fruncido, Colbert soltó a la joven y se pasó una mano por la boca, deslizándola hacia la barbilla.

—¿Huntington y el vizconde juntos? —murmuró, pensativo. No lograba entender qué relación tenían esos dos, excepto que... Edward quería vengarse de él. Y Huntington seguramente estaba ansioso por humillarlo tal y como él había hecho después de la cena. Miró a Paddy, que se había quedado quieto nada más entrar en el despacho y reconocer a la joven a la que había abordado minutos antes—. No puede estar muy lejos. Si los lleva en el coche, le podemos dar alcance antes que llegue a Londres. ¡Pero maldita sea si entiendo algo! Huntington y el vizconde juntos —repitió—. ¿Cómo?

—Ya habrá tiempo para eso, Iron. Tenemos que pensar en la posibilidad de que no vayan a Londres. Huntington sabe que vamos a salir a buscarlo y sería de tontos regresar a su casa en este momento. Yo apostaría por Dorset —comentó Seth.

Colbert asintió.

—Entonces, mandaremos hombres en todas direcciones. El vehículo del Lord es fácilmente reconocible.

—Ordenaré que miren en todos los coches que encuentren. Es mejor que nos separemos.

—Yo cabalgaré hacia el condado con Paddy y mis hombres. Demonio, ve hacia Londres y que tus empleados revisen las demás rutas. —Miró a Alana pensando qué hacer con ella. No le gustaba la idea de dejarla en la posada sin que él o el mismo Seth estuviesen cerca para protegerla. Sin embargo, en aquel momento precisaban de todo el personal.

—Se puede quedar en una de las habitaciones. Mis chicas se harán cargo de que se encuentre bien.

—¡No! —dijo Alana con firmeza al tiempo que empecinadamente negaba con la cabeza—. Voy a ir contigo, Colbert.

—No puedes, bonita, hace mucho frío y acabarás congelada por el camino. Es mejor...

—¡Me da igual lo que creas que es mejor! —contestó con las manos en las caderas. Tenía el cabello revuelto y largos mechones caían sobre sus hombros hasta la cintura—. No pienso quedarme aquí sin hacer nada mientras los niños andan asustados por... algún lado. —No pudo evitar que, al recordarlos, las lágrimas acudieran en tropel a sus ojos—. Deben estar aterrados —su voz sonó quebrada—. Voy a ir contigo lo quieras o no, y si no me dejas, te perseguiré.

—Puedo ordenar que te encadenen.

Alana le mostró las manos donde unas líneas rosadas se dibujaban en las muñecas.

—¿Crees que tengo miedo a ser atada?

Colbert pasó los dedos con suavidad sobre las marcas de Alana y golpeó potentemente la mesa del escritorio, haciendo que se tambalease. Apretó con fuerza un puño al tiempo que se mordía el labio inferior con rabia.

—¡Voy a matarlos a los dos, a Lyton y a Huntington! —murmuró entre dientes. Miró a Seth—. Conseguí ropas de abrigo y un impermeable. —Se dirigió hacia ella—. El camino no va a ser nada fácil.

—No te voy a retrasar —insistió nerviosa.

El hombre del demonio y Paddy salieron presurosos buscando a una camarera, para que consiguiese la ropa, y para avisar al resto, que comenzasen a preparar las monturas.

—Seth, ¿me harías el favor de avisar a Hellen? Tranquilízala, no le digas que los mellizos han desaparecido.

—No te preocupes, será lo primero que haga.

Colbert se volvió hacia Alana y dijo:

—Espera mientras te traen la ropa. —Seguidamente, Seth y él abandonaron el despacho.

La camarera llegó con unos calzones de hombre, un jersey de lana, gorro, bufanda y un abrigo que pesaba horrores. Le ayudó a quitarse el vestido y a ponerse las ropas.

—Con pantalones viajaréis mejor, señorita. Nadie se dará cuenta porque irá bajo el abrigo largo.

Alana no puso ningún impedimento. Al contrario, se vistió con prisa por temor a que Colbert la hubiese engañado dejándola allí. Pero suspiró aliviada cuando él regresó, también bastante abrigado. Colbert recogió el impermeable de manos de la camarera.

—Lo guardaré en la alforja por si llueve. ¿Estas preparada? —La observó de arriba abajo. Tomó el gorro de lana y se lo encasquetó a la cabeza—. Así está mejor.

¿Lista? —Ella asintió—. Venga, vámonos.

—Los vamos a encontrar, ¿verdad?

La expresión de Colbert se templó. Estiró la mano y le pasó el dedo por la mejilla.

—Así sea lo último que haga.

Salieron por la puerta de atrás. Había tres hombres más esperándolos, montados a caballo. Con un movimiento ágil, Colbert la aupó sobre la grupa de un animal y seguidamente montó delante de ella.

Alana agradeció a la camarera los pantalones que le permitieron trepar a horcajadas. Ella sola nunca había viajado en caballo, aunque sí había hecho trayectos cortos acompañada por Jhon. La altura y el movimiento no terminaban de gustarle, pero la situación lo requería si deseaba viajar con Colbert en busca de los niños. Él también se dio cuenta de su vestimenta y, satisfecho, se giró un poco a ella.

—¿Te han hecho daño? ¿Te han tocado o han querido...?

Alana negó con la cabeza, incomoda, y buscó su mirada. Lo interrumpió:

—Yo estoy bien, Colbert, no perdamos el tiempo. Me moriría si algo les pasara a los niños.

—No les va a suceder nada, Alana. Sea para lo que sea, los quieren vivos —contestó, miró al frente, espolé al animal y se lanzó al galope, seguido por los demás. Esperaba no estar equivocado. Confiaba que el conde se los había llevado como moneda de intercambio. Rogó porque fuese así.

Cabalaron bastante tiempo a pesar que a veces espesas nubes ocultaban la luna. Entonces, la noche se cerraba totalmente y era imposible distinguir los enlodados caminos. Cuando eso ocurría, aminoraban la marcha y se ayudaban de una oscilante linterna que portaba uno de los hombres.

El viento y la humedad que desprendía la tierra se adhería en los abrigos en formas de pequeñas gotitas de agua brillando como diamantes. El frío penetraba metiéndose en los huesos, dejándolos rígidos y doloridos. El ambiente estaba impregnado de lluvia.

Colbert comenzaba a dudar de haber elegido el camino correcto, ya tenían que haber dado con el coche de Huntington.

—El último vehículo reciente se desvió aquí —dijo Paddy, observando el profundo surco de las ruedas en el barro. Era un cruce bastante ancho en un alta explanada que seguía la ruta del oeste.

—Vayamos tras él —ordenó Colbert después de pensarlo unos minutos.

Alana, apretada a su espalda en busca del poco calor que él proporcionaba, admiró el gran control de Colbert para ocultar la furia que sentía. Sabía que estaba tan preocupado por los niños como ella misma, pero no dejaba traslucir nada, ni en sus gestos ni en su voz.

Volvieron a lanzar los caballos al trote. Media hora más tarde, visualizaron el coche que, con una marcha más lenta, se deslizaba por el camino de tierra.

—¡Es él! —gritó Colbert, haciéndose oír entre el fuerte aire que soplaban. Se abrió a un lado del camino.

Alana, inconscientemente, lo abrazó con más fuerza, rogando que Andy y William se hallaran en el interior.

El caballo de Paddy se detuvo junto al suyo.

—¿Qué hacemos? ¿Lo seguimos o lo interrumpimos?

—Tienen los caballos cansados y seguramente necesitan alguno de refresco —dijo Pedro—. Si llegan a alguna posada, será más difícil interceptarlos. Yo votaría por hacerlo ahora.

—¿Y qué pasa con mis sobrinos? —inquirió Alana, alzando la cabeza para que pudieran escucharla.

—No estamos seguros de que viajen con él —advirtió Colbert, que también optaba por detenerles cuanto antes—. Pedro y yo daremos un rodeo y les saldremos por el frente. Huntington pensará que está sufriendo un robo. Larry y Paddy los seguiréis de cerca por detrás.

—De acuerdo —dijo Paddy, cubriéndose la cara con la bufanda.

—Alana —Colbert se dirigió a ella, aunque no la miró directamente, sino que su plateada mirada reconoció el terreno, asegurándose de que no los seguían—. Mejor será que te quedes escondida entre los árboles. —Le señaló una pequeña arboleda que se recortaba a los lejos—. No salgas de allí hasta que te lo diga. No sabemos quiénes viajan con Huntington, pero imagino que habrá alguien más acompañándolo. ¿Lo harás?

—Sí, lo prometo —contestó ella con voz ansiosa. Solo esperaba que todo terminara pronto. Acusó el cansancio y los nervios del día, que comenzaban a dejarla floja.

El coche de lord Huntington se detuvo bruscamente, haciendo que uno de los caballos se levantase sobre las patas traseras. Antes que los ocupantes supiesen qué pasaba, la puerta se abrió con fuerza y un tipo encapuchado obligó a bajar a los dos hombres. Uno era el conde, y el otro, su criado.

El bandido echó un rápido vistazo en el interior y descubrió los dos pequeños bultos sobre uno de los asientos. Los sobrinos de Iron.

—¡Esto es un agravio! —gritó el lord, ofendido.

—¿Qué es lo que te parece un agravio? —La fría y dura voz de Colbert hizo que se le erizara la piel.

—¡Señor Wakefield! ¡Vos no lo entendéis!

—Tampoco necesito muchas explicaciones, aunque lo mejor es que me digas porque tú y el mequetrefe de Edward están juntos en esto.

—¡No estoy con él! El vizconde quería que lo ayudase, pero yo...

—Si me vas a contar una mentira, te la ahorras. —Colbert levantó la mano para que el otro viese que estaba armado—. ¡Quiero la verdad!

Hundido y temeroso de verse la cara con Colbert, Huntington no tuvo más remedio que confesar. Dada su situación, era lo mejor que podía hacer, porque pensaba

que Colbert, o Iron, era una persona racional. Y lo era, pero también corría por sus venas el deseo de vengar la muerte de su hermano... el secuestro de Alana y los niños...

El conde le reveló todo, desde su obsesión por Hellen, a como había pagado por que acabasen con Jhon. Le habló de su deseo por engendrar a un niño sano y no al monstruo que lo esperaba en casa. Tenía un hijo que había nacido con importantes secuelas, era sordo de un oído, mudo y con un cerebro tan pequeño que un pez a su lado conseguía tener más memoria. De siempre había envidiado a los hijos sanos y fuertes de Jhon. Le contó como su gusto cambió hacia Alana en cuanto comenzó a tratar con ella.

Asqueado, Colbert escuchó toda la historia sin inmutarse. Acostumbrado a tratar con déspotas como Huntington, sentía un placer especial al verlos pedir clemencia. Aquel tipo de hombres lo habían empujado a convertirse en lo que era. La experiencia y los golpes recibidos en la vida lo habían hecho inmune a la compasión. Ni la riqueza de Huntington, ni su declaración, lograron calmar el talante de Colbert. El otro había confesado todos sus pecados creyendo que sería entregado a la justicia. Un completo error por su parte. Iron conocía demasiado bien el funcionamiento del sistema a la hora de juzgar a un tipo con la influencia de lord Huntington y no quiso concederle esa oportunidad.

—¡Os habéis vuelto loco! —gritó el lord, arrojando al suelo el arma que alguien le entregaba—. No pienso batirme en duelo con nadie. —Se arrodilló sobre el barro del camino—. Llevadme ante las autoridades, pero no haré eso.

Paddy lo agarró de la solapa y, de un tirón, lo puso en pie. Era mucho más grande y fornido que el conde. Le volvió a poner la pistola en la mano.

—Vas a hacerlo, Stephen. Defiéndete como un hombre o muere como un perro —le dijo Colbert, señalando el arma. Huntington ya sabía qué tenía que hacer.

—¡No voy a quitarme la vida! —lloró.

—A siete entonces.

Fue un duelo justo, con los hombres de Colbert y el criado del lord como testigos. A Huntington le temblaron tanto las manos que habría sido incapaz de acertar en ningún blanco. Colbert disparó después de escuchar la fallida explosión del lord, que se perdió en la noche.

De los dos sujetos que viajaban en el pescante, uno había caído grotescamente por el brazo del asiento al negarse a parar el vehículo. El otro, mucho más sensato, rogó por su vida junto al criado y les permitieron marcharse. Sin dudarle un segundo, medio corrieron de camino al cruce que habían dejado atrás.

—Los niños están aquí. Están bien, Iron —dijo Paddy, señalando el interior.

Colbert ingresó con rapidez y observó a los mellizos. Ambos llevaban los ojos y las bocas cubiertas y dormían acurrucados uno contra el otro.

Con cuidado, les descubrió los ojos. William no se inmutó de lo cansado que estaba, pero Andy se despertó desorientado y lo miró con sorpresa. Colbert le deslizó la mordaza al cuello, y el niño se arrojó a sus brazos, temblando con alivio.

—¡Sabía que vendrías, tío Colbert! ¡Lo sabía!

—Claro que sí, muchacho. —Le revolvió el cabello. Sus ojos se humedecieron, emocionados, y parpadeó para retirar las lágrimas—. Vamos a sacar a Willy de aquí y nos marchamos a casa.

El viento aullaba y gemía con fuerza. Las nubes se deslizaban con velocidad en el cielo bajo una fría luna.

El grupo atravesó los bajos muros de un monasterio, que a priori parecía abandonado, sino se hubiesen dado cuenta que recientemente habían estado reparando el edificio.

—Les he abierto porque viajan con niños. No recibimos a nadie tan tarde —dijo un sorprendidísimo monje que albergó a los recién llegados en el amplio vestíbulo del claustro. Vestía un burdo hábito sujeto en la cintura por un cordón de esparto. Bajo el chorro de luz que iluminaba el lugar, su rostro se veía amable al tiempo que preocupado. Mientras dejaba pasar a todos al interior, no podía dejar de observar a los niños con compasión. Era muy tarde para que estuviesen despiertos y por la calle con el frío que hacía.

—Os lo agradezco de veras, padre —respondió Colbert, entrando en la galería. Los muros eran grises y carecían de adornos. Cargaba a William en brazos, que solo había despertado cuando su tía lo abrazó con fuerza. Andy caminaba como un valiente de la mano de Alana. La noche era demasiado horrible para viajar y habían decidido intentar alojarse en cualquier sitio que ofreciese refugio.

—Sigán adelante. Me temo que esto no es un hotel y no tengo habitaciones para cederles. Pueden quedarse en el salón, y traeré un par de catres para la mujer y los críos.

—Por nosotros está bien —dijo Paddy, dejando las alforjas en un rincón de la galería. Sus compañeros lo imitaron—. ¿No tendríais algo para darnos de comer?, cualquier cosa.

—Iré a la cocina a ver si hay algo. Pasen por aquí y caliéntense. —Los llevó a un vasto salón, donde un ardiente fuego vibraba en una ancha chimenea—. Buscaré unas mantas para que puedan abrigarse.

Alana y Andy fueron los primeros en acercarse a la lumbre, extendiendo las manos hacia las llamas. La sala poseía varios divanes desgastados, y tapices de tonos apagados cubrían las paredes. Se escuchaba rugir al viento, que se filtraba por algunas rendijas, produciendo corrientes de aire. La iluminación era escasa con apenas dos candelabros, pero suficiente para ver con absoluta nitidez. La gran alfombra que cubría el frío suelo de piedra ayudaba a convertirlo en un lugar acogedor, aunque demasiado siniestro por la antigüedad del edificio.

Alana declinó los alimentos que el monje les llevó y dejó que Andy, Colbert y los otros atacasen la bandeja a placer mientras ella le quitaba el abrigo a William y lo acostaba tapándolo con los cobertores. Después, ella se echó a su lado, muerta de cansancio. El día había sido extremadamente agotador y se le cerraron los ojos sin querer.

Colbert acompañó a Andy a hacer sus necesidades y al volver, lo dejó que se tumbara en otro de los catres. Él se apostó cerca de la chimenea, con la mirada clavada en el fuego. Alana seguía enfadada, y no podía culparla. Les había hecho daño, y el sentimiento de culpabilidad que lo embargaba era doloroso. Hasta que no encontrara a Lyton, nada de aquello habría acabado, y pensaba enmendar el problema lo antes posible.

—Deberán irse mañana temprano —avisó el monje, sentándose al lado de Colbert con una taza de caldo en la mano—. ¿Qué os ha pasado?

—Un accidente. La lámpara del coche se volcó y todo ardió en dos segundos —mintió, aunque no del todo. El vehículo de Huntington había acabado pasto de las llamas, con su cuerpo muerto en el interior.

—¿A dónde se dirigían?

—A Dorset. Se nos hizo tarde y estábamos buscando un lugar para pasar la noche. De veras, habéis sido muy amable por permitirnos la entrada.

—Se han desviado un poco —observó el monje con los ojos fijos en el humo que ascendía de su taza.

Colbert asintió.

—Nos equivocamos en el cruce.

—¿Esos niños son vuestros hijos?

Colbert negó.

—Mis sobrinos.

—Bien. —El monje bebió lentamente. Se formó un silencio absoluto hasta que se incorporó—. Lamento no poder ofrecerles nada mejor. Solo espero no tener que arrepentirme de haberlos ayudados.

—No lo haréis, os lo prometo. —Colbert se puso en pie y buscó su billetera, pero el hombre lo detuvo.

—Guardaos vuestro dinero. Mi deber es ayudar al necesitado, y en este momento os veo falto de ello.

—Gracias —musitó Colbert.

Alana despertó sobresaltada. Aquel no era su dormitorio ni ella estaba en su cama. Recordó de repente todo lo sucedido y se incorporó, buscando a los mellizos con la vista.

Soltó un suspiro aliviado al verlos dormir tranquilamente. Las primeras luces del alba penetraban por unas altas vidrieras religiosas formando extraños reflejos de colores sobre las paredes.

La voz de Colbert llegó desde el diván donde él se había recostado.

—Duerme un poco más, aún es pronto.

Ella no le hizo caso, se levantó y caminó hacia él, haciendo que le dejase un sitio libre a su lado.

—¿Dónde estamos?

—Es un viejo monasterio. —No se quejó cuando ella tiró un poco de su manta cubriéndose el regazo—. Para la hora del almuerzo estaremos en casa.

—¿Qué le dirás a Hellen?

—Supongo que es justo que sepa la verdad. —Le dedicó una de esas sonrisas de lado que ella encontraba irresistible. Por un momento, Alana deseó echarse a sus brazos, pero se controló.

—Espero que el señor Presley la haya tranquilizado. ¿Qué pasó, Colbert? ¿No fuiste a la cita con el vizconde?

—Fue él quien no acudió. Lo siento mucho, Alana, no sabía que os habían cogido.

—Pensaba que yo era tu esposa, por eso vino por mí. Me asusté y le dije a ese tipo que no lo era, pero que nos íbamos a casar.

—¿Por qué?

—Para que no tomara venganza contra los mellizos. Si le hacía ver que yo te importaba, los dejarían en paz. Dijeron que hoy los devolverían a casa.

—Pero Huntington cambió de planes cuando me vio en el salón —dijo él.

—Anoche... —Alana no se atrevía a preguntarle, pero había oído los disparos, y luego, el coche de Huntington ardiendo—. ¿Qué pasó con él?

—Murió —respondió.

Alana se estremeció. Casi no se atrevía a preguntarle, pero no se pudo contener:

—¿Tú lo mataste?

—Sí.

Se hizo un largo y profundo silencio. Luego, Colbert le contó la confesión del Lord sobre cómo acabó con la vida de su hermano. Alana se echó a llorar. Al instante, los fuertes brazos la rodearon, y ella apoyó la cabeza contra su pecho.

—Pobre Hellen cuando se entere.

Ella dejó de llorar al cabo de un rato, pero Colbert no permitió que saliese de su abrazo. Estuvieron así varios minutos más, escuchando el suave crujido de las llamas y las respiraciones de los que dormían.

—¿Qué va a pasar ahora? —musitó ella, aspirando el aroma que dependía la camisa masculina.

—Tengo que solucionar todo este embrollo.

—¿Iras a buscar a Lyton?

—Aunque sea lo último que haga —exhaló un largo suspiro, como si fuese a decir algo más, pero no lo hizo.

Más tarde, emprendieron el regreso hacia Londres.

Hellen no pudo controlar las lágrimas al ver a toda su familia sana y salva.

Colbert esperó que estuvieran solos para referirle la verdad. Fue bastante duro para ella saber que todas las sospechas de Alana eran ciertas y, sin poder soportar la angustia, Hellen se encerró el resto de la mañana en su cuarto para llorar.

Por la tarde, Alana acudió a consolarla.

—Sé que no debería hacerlo —confesó Hellen—, pero me alegro mucho de que Huntington haya muerto. ¿Crees que Dios me castigará por pensar así?

—Entonces, nos tendría que castigar a las dos, porque siento lo mismo, pero Hellen, ¿no hubieses preferido que lo juzgaran?

—Después de saber que él acabó con la vida de mi esposo, lo último que hubiera deseado es volver a verlo. Yo misma me hubiera sentido tentada de acabar con él.

—¿Qué te ha contado Colbert?

—Todo, Alana. Me habló de su pasado y de la venganza de ese vizconde. —La miró fijamente—. Debiste contármelo tú.

—Lo sé —dijo arrepentida.

—Ahora ya no importa. Huntington está muerto, y Colbert se ha marchado.

Alana dio un pequeño botecito. Su corazón empezó a latir de una forma extraña e irregular. Completamente pálida, preguntó:

—¿Se ha marchado?

Hellen asintió, mordiéndose el labio inferior.

—Me ha pedido que os despida de él. Ha regresado a París en busca de ese hombre. Según dice, mientras el vizconde esté libre, nosotros estaremos en peligro.

—¿Cómo que se ha marchado? —preguntó en un hilo de voz apenas coherente. Colbert no podía hacerle eso. No podía marcharse así de esa manera...

—Es lo mejor para todos, cariño. —Hellen le acarició la mejilla con ternura—. El señor Presley informó que ese hombre se embarcó antes que sucediera toda aquella locura, y Colbert ha ido a buscarlo.

Las lágrimas inundaron los ojos de Alana. Sentía un nudo en la garganta que le impedía respirar.

—Pero va a volver, ¿verdad? ¿Te ha dicho cuándo va a regresar?

Hellen negó con la cabeza.

—Ha hecho todos los arreglos para que no nos falte nada. También me ha entregado el suficiente dinero para abrir la academia. Me ha prometido que escribirá cuando pueda. —Le regaló una triste mueca—. Conociéndolo, será igual que cuando Jhon vivía. Tendremos que escribirle nosotras si queremos saber algo de él.

—¡Pero eso no es justo! —Alana se puso en pie sin saber qué hacer ni qué decir. Colbert se había marchado de su vida del mismo modo en que había entrado.

—¿Estas bien, Lania? —preguntó Hellen, tomando sus manos.

—Sí —asintió con la voz rota de dolor. Debía ser fuerte. No era ninguna llorona remilgada. Ella era fuerte, siempre lo había sido—. Lo echaremos de menos.

Hellen la abrazó con fuerza.

—Yo también le he tomado mucho afecto. Colbert está acostumbrado a vivir solo, y debemos dejarlo marchar.

Alana solo pudo contestar con un angustioso gemido. Ella estaba acostumbrada a tenerlo cerca y no quería dejarlo marchar. Habían sido varios meses de convivencia, llena de importantes cambios. Si bien al principio siempre estuvo recelosa, terminó por enamorarse de él como una boba. Ella sola, con sus reproches y recriminaciones, había hecho que se apartara de ellos.

Esa noche, antes de acostarse, Alana entró en el dormitorio de Colbert. El ropero estaba vacío y no quedaba nada allí que le perteneciese.

Se sentó sobre el sofá en el que él se había descalzado aquella noche y con la mirada fija en el hueco de la chimenea, ahora limpia y fría, comprendió que había perdido al hombre más importante de su vida. Lo había acusado de ponerlos en peligro en vez de agradecerle haberlos sacado de la ruina en la que vivían.

Posiblemente, los niños lo llevaran mejor. En primavera retomarían los estudios y no tendrían mucho tiempo de estar pensando en su tío. Y Hellen, con toda seguridad, se volcaría en la academia. Pero ella... gimió abatida. Sentía que no pertenecía a nada de todo aquello, que jamás encontraría a alguien como Colbert. Nunca había estado tan sola y desvalida.

Podía estar agradecida de que nunca le había confesado sus sentimientos, así como él tampoco le había dicho nada. Era consciente que no la amaba, que aquella noche mágica para ella no había significado nada para él, pero la esperanza de que todo eso cambiara había estado latente en su corazón. Ahora ya no tenía ni modo de comprobarlo, de saber si podía haber funcionado algo entre ellos.

Con un último vistazo al cuarto, salió de allí, dejando sus recuerdos. Cerró la puerta despacio.

Al final del corredor, Hellen llevaba una bandeja con vasos de leche a los mellizos. Se detuvo al ver a Alana frente a la puerta del dormitorio de Colbert, con la frente apoyada en la madera y un delicado puño contra el marco. Los delgados hombros temblaban en un llanto silencioso. Sin hacer ruido, Hellen regresó por donde había venido, confundida.

Las primeras semanas tras la partida de Colbert, la casa entera pareció sumergirse en días de luto. Los niños lo sintieron mucho, no tanto como Alana, que irremediamente se le nublaban los ojos por cualquier nimiedad. Echaba muchísimo de menos su presencia, pero sobre todo su voz. Además, en las noches, no dejaba de recordar una y otra vez cuando lo vio entrar en la posada la primera vez, o cuando la cobijó bajo la lluvia al ir a buscarla... Evocaba su hermosa sonrisa torcida, el brillo de los burlones ojos plateados... De haber vuelto a conocerlo, de poder hacer girar el tiempo atrás, quizás, solo quizás, podía haberle dicho que lo amaba.

A veces, los recuerdos eran asfixiantes, y en las vigilias empeoraban. Sin embargo, por el día, si lograba entretenerse con cualquier cosa, podía olvidarse de él al menos durante un par de horas seguidas.

Seth Presley se convirtió en un visitante asiduo y los acompañó a varias salidas. Era un hombre muy jovial y divertido, a la par que protector. Si Alana no hubiera estado tan decaída esas semanas, se hubiese dado cuenta que entre Hellen y aquel truhan encantador comenzaba a nacer algo muy especial. Algo que al mismísimo demonio le había sorprendido. Se decía que acudía a ver a Hellen por pertenecer a la familia de su amigo, pero no era así. Esa mujer era dulce e inteligente... bella, y desde que habían conversado varias veces, se dio cuenta que por alguien como ella era fácil intentar cambiar de vida.

Hellen no era ninguna tonta y sabía cómo era Seth porque Colbert le había dado ciertas reseñas antes de marcharse. También porque había hablado con Alana, quien confirmó que el hombre era dueño de varios clubs y turbios negocios. Todas aquellas cosas no bastaron para alejarse de él. Lo que sí sabía realmente era que el hombre se portaba con ella como un caballero respetuoso, se preocupaba por los niños y se hacía cargo de cualquier incidente que hubiera en casa por pequeño que fuese. Y ella, como una adolescente recién salida de la escuela, aprovechaba el mínimo problema, a veces hasta se los inventaba, solo porque fuese a verla y la hiciese reír.

—¿De veras estas segura, Hellen? Mira que yo no he escuchado muchas cosas buenas de él.

—¿Y no crees posible que de verdad esté enamorado de mí? No me gustaría precipitarme, Erika, pero la verdad es que ese hombre me gusta bastante. Además, es amigo de Colbert. ¿Piensas que solo busca de mí... ya sabes?

—¡No, no! Tu cuñado lo mataría.

—Eso es lo que yo pienso.

—¿Y a tus nenes que les parece?

—Bueno. —Hellen se encogió de hombros. Ambas estaban reunidas en una sala de la elegante casa de Hamilton House's, donde Erika se alojaba cuando pasaba largas temporadas en Londres—. De momento, no se gustan demasiado. No sé si es que piensan que Seth quiere quitarles el cariño de Colbert.... No lo sé.

—Seguro que necesitan tiempo. ¿Alana qué dice?

Hellen negó con la cabeza, en actitud triste.

—No he querido decirle nada. La encuentro algo extraña, como si tuviese la mente en otras cosas.

—Será por el señor Mike Newton. ¿Aún sigue rondándola?

—Sí, viene siempre que puede. Hasta ahora, no se ha perdido ningún fin de semana e incluso ha reservado habitación en el hotel.

—Yo creo que pedirá su mano —dijo Erika, frotándose las palmas—. Si es así, no me perderé la boda por nada del mundo. Sabes que me encantan las fiestas.

—Ya veremos —había dicho Hellen un tanto preocupada. No veía a su hermana compartiendo su vida con el arquitecto.

Después de pasar la tarde fuera, Hellen regresó a casa y decidió comenzar a tantear el terreno con Alana. Ella tenía que saber que Seth y ella tenían bastantes cosas en común.

—El señor Presley me ha insinuado que deberíamos quedarnos en Londres y abrir aquí la academia.

Alana estaba sentada en un profundo sillón de la biblioteca, con los ojos fijos en la página de un libro.

—¿Me has oído, Lania?

La muchacha alzó la cabeza.

—¿Y qué pasa con la casa de Christchurch? ¿No quieres regresar?

Hellen no se atrevió a mirarla a los ojos y paseó hasta la mesita para encender una lámpara. Los últimos rayos de sol penetraban por la ventana, y la habitación empezaba a inundarse de sombras.

—No te gusta la idea, lo sabía. No te parece bien, ¿verdad?

—No es eso, es solo que pensé que tú sí querrías hacerlo. Siempre hemos vivido allí y... se supone que te hacía sentir más cerca de Jhon.

—¿Qué es lo que quieres hacer tú, Lania?

Ella se encogió de hombros, con desinterés.

—Me da igual, Hellen. —Cerró el libro, soltando un fuerte suspiro—. Me gusta más esto, aunque prefiero la tranquilidad del condado. Allí no hay tanta gente, aunque supongo que la academia tendría más éxito aquí. ¿Por qué lo preguntas?

Hellen disimuló su nerviosismo caminando de un lado a otro por la estancia. Alana la seguía con la mirada y el ceño fruncido.

—Quería conocer tu opinión, eso es todo.

—¿No será que quieres quedarte aquí por el señor Presley?

Hellen tragó con dificultad y cogió aire con fuerza.

—¿Y si fuera así?

Alana agitó la cabeza, negando seriamente.

—No es de fiar, Hellen. Ese hombre es infiel por naturaleza. Si viene a menudo, es porque Colbert se lo mandó...

—Estás equivocada —susurró Hellen sin dejar que acabase de hablar. Pero Alana no quiso escuchar.

—Se siente obligado porque son amigos, pero hazme caso, te puedo asegurar que el señor Presley no es el hombre que te conviene. Las personas como él solo traen problemas, además, no sé si lo sabes, pero he oído decir que tiene una amante. Una dama distinguida.

—Lo sé, y eso fue hace tiempo, él me lo contó.

Alana curvó las cejas, extrañada.

—Si deseas saber mi opinión, Hellen, no me gusta Presley.

—Te agradezco mucho que me lo hayas dicho —respondió con cierta ironía que Alana no pasó por alto—. Tampoco te gustaba Colbert y mírate, llorando por los rincones.

—¡Eso no es cierto! —se ofendió—. No sé ni por qué me lo recuerdas, ya ni me acordaba de él, pero ya que sacas el tema, ambos son iguales. ¿Te acuerdas de lo que decías de Colbert sobre que era un mujeriego y todo eso? Pues déjame decirte que el demonio no es mucho mejor.

—¿Me harías el favor de no llamarlo así? Se llama Seth.

—¡Hellen, no puedo creerlo! ¿Serías capaz de pensar que él pueda cambiar por ti?

—Sí, puedo hacerlo —dijo con tal seriedad que Alana se asustó. Se puso en pie y la miró intensamente. Hellen se había parado delante de ella, observándola a su

vez.

—Quiero regresar a Dorset, y estoy segura que los mellizos también.

—¿Esa es tu decisión, Lania? —preguntó Hellen, esforzándose por que ella no notase la angustia de su voz.

—Lo es.

—De acuerdo. —Con un halo de tristeza, Hellen abandonó la estancia. Alana se maldijo. Nunca en su vida se había comportado de forma tan egoísta como en aquel momento. Se dijo que lo hacía por el bien de Hellen, sin embargo, en su pecho nació la duda que podía estar confundiendo. ¿Y si en verdad Hellen amaba a ese hombre? ¿Y si Seth...? ¡No, imposible! No podía ser. Su hermana necesitaba a alguien responsable, alguien que la respetara. Seth no era ese tipo de hombre se convenció.

A principios de mayo, Mike Newton les dijo que la ampliación de la casa estaba prácticamente acabada y que a finales de mes se podrían mudar.

Hellen pareció descontenta por este acontecimiento y volvió a insistir a Alana si en verdad era eso lo que quería. Cabezona por naturaleza, Alana no dio su brazo a torcer y casi con maldad, fue hablando a los niños de todo las cosas buenas que les esperaba en Dorset. Inocentemente, o tal vez no tanto, de vez en cuando les maldecía contra Seth, hablándoles sobre él y lo mal padre que podía llegar a ser. No sabía que estaba siendo tan mezquina hasta un día que paseó con Mike Newton por el parque en compañía de sus sobrinos.

El hombre caminaba junto a ella observando a los niños que jugaban al pilla-pilla.

—Son unos muchachos encantadores —admiró Mike—. Fue una lástima quedarse sin padre tan pronto.

—Sí, lo fue, pero ya lo han superado.

Mike la miró con incredulidad.

—Crecer sin un padre, sin la figura paterna, es algo que no se supera con tanta facilidad.

—¿Vos crecisteis sin padre?

—Oh, no, no —negó con la cabeza—, pero tuve un amigo que sí lo hizo y aunque parecía un niño feliz, no lo fue en absoluto.

—¿A qué os referís?

—Su madre siempre lo protegía, todos se reían de él y le tomaban el pelo. Se volvió demasiado cobarde para negarse a hacer las cosas que los demás le pedían y acabó llenándose de rencor. Un odio tan fuerte que acabó por hacerle cometer la mayor de las locuras. Asesinó a su madre.

Alana se llevó la mano a la boca, espantada.

—¡Eso es horrible! ¡Los mellizos nunca harían nada así!

—¡Claro que no! —exclamó él, avergonzado de haberla asustado—. Tienen a su tío, el señor Wakefield, y también he oído decir que el señor Presley los adora.

Alana se detuvo para mirarlo con interés.

—¿Dónde habéis oído eso?

Él se encogió de hombros.

—Debéis perdonarme por meterme en cosas que no me importan, pero una mañana, mientras os esperaba en vuestra casa, escuché como una de las doncellas se lo comentaba a otra. Al parecer, ese hombre cuida de los niños como si fueran suyos propios.

Alana llevó la vista al frente, sin ver nada. ¿Cómo era posible que estuviese tan ciega y no se hubiese dado cuenta? ¿Podía estar Mike confundido?

—¿Ocurre algo, señorita Alana?

—No —musitó ella con tristeza.

—¿He dicho algo que no debía?

—Nada de eso —contestó, apretando los labios con fuerza. Miró a los mellizos, ambos, felices y ajenos a todo lo demás, corrían entre risas. Inexplicablemente, sus ojos se desviaron hacia un tipo que se había sentado en un banco cercano. Lo reconoció enseguida. Era uno de los empleados de Seth que había visto aquella noche en la Herradura de plata.

El tipo se levantó enseguida al verla llegar.

—Buenas tardes, señorita Sanders. —Inclinó apenas la cabeza. Su mirada perseguía a los niños. Alana se percató de ello.

—¿Os ha enviado él para que nos siga?

—¿Perdón?

—Su jefe, el señor Presley. ¿Os ha enviado él, verdad?

El hombre hizo un escueto asentimiento.

—Sí, señorita, pero no os estoy siguiendo como vos imagináis, solo estoy aquí para protegerlos —terminó de decir, señalando a los mellizos con el mentón—. El demonio me ha contratado de... niñero —dijo con rostro abochornado.

—¡Niñero! ¡Decid mejor guarda espaldas!

—Sí, algo así.

Alana le tendió la mano en un gesto de gratitud, despidiéndose de él.

Más confundida que nunca, regresó a casa. Lo mejor era dejar el tiempo correr y que decidiera por sí mismo. No iba a volver a insistir con Hellen sobre lo que creía que le convenía o no. Si ella estaba convencida que amaba al demonio ruso, Alana estaría allí para llevarle el velo de novia, o para prestarle un hombro sobre el que llorar, pero ya no iba a meterse más en medio. Recordó, como si hubiera pasado mucho tiempo de eso, la moneda que lanzó.

«Por favor, te pido de corazón, pozo de los deseos, que devuelvas la felicidad que le arrebataron cruelmente a Hellen Sanders. Te prometo que seré feliz si ella vuelve a sonreír, si vuelve a creer en el amor».

¿Y si el amor estaba al lado de Seth Presley? ¿Y si ella era la única que le impedía ser feliz? ¿Acaso deseaba ver a Hellen tan desdichada como estaba ella desde que Colbert se había marchado? No podía hacerlo. No era tan cruel.

Alana estaba sentada sobre la cama, rodeando las piernas con los brazos y observando fijamente a través de la ventana el cielo encapotado que había cubierto la ciudad en cuestión de segundos. Era una tormenta primaveral que pasaría pronto. El agua de la lluvia resbalaba por el cristal en una delgada cortina, produciendo una rítmica melodía. Un relámpago rasgó el cielo, seguido de un trueno ensordecedor.

Suspiró, un poco abatida, y sus ojos se desviaron de nuevo hacia las rosas rojas que lucían en la cómoda. Recordó el día anterior como si fuese algo que ella misma no hubiese vivido. Como si no hubiese sido más que una mera espectadora en algún palco del teatro. Se puso en pie, mirando sombríamente a través de la ventana. Endebles volutas de humo gris salían desde las muchas chimeneas de la ciudad hacia el cielo llevadas con el viento.

El ruido de la puerta al abrirse llamó su atención. Noelle entró con cara de llevar alguna noticia curiosa.

—¿Qué pasa, Noelle? No me digas que otra vez tenemos visitas.

—No es eso, señorita. Cuando os lo cuente, os vais a quedar de piedra.

Caminó hacia la empleada.

—Dime, no me pongas nerviosa.

—Son noticias sobre Christchurch, resulta que han encontrado en la casa de lord Huntington a su hijo. ¡No lo va a creer! ¡Pobre criatura! Lo tenía poco menos que encerrado en una habitación en el sótano. Es... un monstruo.

Alana se cubrió la boca con la mano.

—¿Entonces era cierto todo eso que decían?

—Así es. Es horrible tratar así a su propio hijo. Lo han llevado a un centro para intentar curar sus secuelas. Dicen que tenía la piel blanca como la porcelana de no haber visto nunca la luz del sol. Desde luego, por muy cruel que suene decirlo, ese hombre merecía la muerte. También comentan... —continuó diciendo—... que al alcalde lo han destituido por encubrirlo en lo del asesinato del señor Wakefield. La señorita Claudia debe estar que se sube por las paredes.

—Se lo tiene bien merecido. Me da un poco de pena, no creas, pero solo un poco. No puedo olvidar la manera en que se portó conmigo. —Se asomó a la ventana otra vez. Los truenos sonaban bastante lejos y la lluvia había cesado. Abrió las dos hojas dejando que el aire fresco cargado de humedad invadiese la recámara—. Por lo menos ahora dejará de comportarse como si fuese la dueña del condado, y por fin los culpables han pagado. —Se volvió a Noelle, cruzándose de brazos—. Solo falta saber que el alguacil también ha sido apresado y dormiremos tranquilos.

—Sí, aunque de ese hombre no se sabe nada por ahora.

—Ya lo cogerán. Tengo confianza en eso. ¿Dónde está Hellen?

—Vuestra hermana está en la salita de abajo con el señor Presley.

—¿No decías que no había visitas?

—Al señor Presley ya no se le considera visita, señorita Alana.

Ella asintió, decepcionada. Hubiese preferido hablar con Hellen a solas lo que tenía que decir. Desde el día anterior no la había visto. Y desde el día anterior nada más levantarse había sabido que la mañana deparaba algo especial. Llegó el momento en que Mike Newton se decidió a dar el gran paso. Ella lo había estado esperando desde que comenzara con sus visitas y sus galanteos. En cada ocasión había tratado de imaginar su reacción cuando él le propusiese matrimonio, y todas las veces habían sido parecidas. Ella decía que sí, y él besaba su boca. Y decía que sí porque su mente escondía a Colbert en el rincón más oscuro y alejado. Decía que sí porque necesitaba sentirse amada, sentir que había un motivo por el que debía esforzarse en salir de la soledad y la pena que la embargaba.

Esa tarde, Mike había llegado antes de tiempo y tuvo que esperar cerca de media hora, con un ramo de flores en la mano, sentado en una silla de la galería porque no había querido pasar al gabinete donde siempre lo recibía, hasta que Alana bajó las escaleras.

La luz del sol que entraba por los ventanales del vestíbulo llenaba todo de calidez y hacía que la estancia pareciese dorada. Alana vestía de verde agua, con una delgada y delicada puntilla blanca en las mangas afaroladas. En cuanto ella lo vio con las rosas rojas, se cortó su respiración y el corazón comenzó a latir más despacio.

—¡Qué flores más hermosas! —Y tan diferentes del pequeño ramillete que traía siempre—. Empezáis a mal acostumbrarme, Mike. ¿O es que celebramos hoy algo especial y no me he acordado?

A él le costó tragar y enseguida se aflojó el nudo del corbatín.

—Alana, sois demasiado inteligente como para no sospechar a qué se debe mi visita de hoy.

Ella suspiró profundamente. Mike llevaba razón, no tenía por qué hacerse la tonta con él.

—Perdonadme entonces. —Cogió las flores y las olió. El aroma de las rosas era delicioso. Llamó a Lucy y sugirió que las pusiese en un jarrón. Se volvió a Mike, anudándose el portamonedas en la muñeca, y lo cogió del brazo—. Vayámonos de aquí, no importa donde, solo paseemos. Hoy hace un día precioso.

—Más preciosa sois vos.

—¿Cómo?

—Lo que habéis oído. Más preciosa que el día, que las flores, que el infinito. Mucho más preciosa que todo eso sois vos.

Fue tan apasionado que Alana se quedó boquiabierta, mirándolo como si fuese la primera vez que lo viera de verdad. La honestidad de esa respuesta tocó muy dentro a su pesar.

—Me he puesto tan serio que os he asustado, ¿verdad?

Ella parpadeó con sorpresa.

—No, es solo... no lo había esperado. Ha sido... encantador.

Mike la guió al exterior y caminaron por la calle del brazo. Por cosas del destino, pasaron ante la puerta de la modista donde Colbert la había acompañado, y ella evitó mirar la tienda. En un momento como aquel no debía dejar que él saliese a flote.

Alana estaba completamente atacada de los nervios, y él parecía querer tomarse las cosas con calma. Admiraron escaparates, compraron algunas golosinas para los mellizos y por fin tomaron asiento en la terraza de una cafetería bajo una gigante sombrilla de colores fuertes. Fue precisamente allí donde Mike le entregó una caja de terciopelo rojo en cuyo interior descansaba un anillo de oro y brillantes.

—Alana, si me pedís tiempo para responder, yo os daré todo el que necesitéis, lo único que os suplico es que no me rechacéis sin siquiera pensarlo. Estoy enamorado de vos, no vayáis a pensar que solo me fijo en su belleza a pesar de ser tan repetitivo, pero imagino que si los ángeles existiesen, deben ser como vos.

—Eso confirma que no me conocéis muy bien —bromeó ella.

Él sonrió nerviosamente.

—No sé cuáles sean esos defectos que creéis tener. Lo que sí he podido comprobar es la manera en que tratáis a vuestros sobrinos, y me he dado cuenta que quiero tener hijos y que vos sois la única mujer de las que querría tenerlos. Si me aceptaseis por esposo, sería la persona más feliz del mundo. Alana, ¿me haríais el honor de unirnos a mí en santo matrimonio?

¡Ya estaba! Él lo había dicho, y Alana tenía que contestar. ¿Por qué diablos no le salían las palabras de su boca? No era tan difícil, solo tenía que decir... sí.

—Déjame que hable con ella, Hellen —escuchó Alana que decía Seth a su hermana.

—No, Seth, de verdad. Prefiero esperar un poco, regresar a casa, quizá todo se calme y Lania comprenda que te quiero.

—¿Y yo qué? ¡Maldita sea! ¡Te amo! No quiero dejar de verte.

Alana se detuvo cerca de la puerta de la sala y apoyó la espalda en la pared, nerviosa.

Hellen acarició la mejilla de Seth y lo miró a la cara. Tenía la línea de su mandíbula bien cuadrada y la nariz recta. En aquel momento, su mirada clara estaba llena de ira y angustia por partes iguales. A Hellen no le gustaba verlo así.

—Un poco de tiempo, amor. Mi hermana siempre ha estado conmigo en todo y no puedo abandonarla ahora.

—Me parece muy injusto —se quejó él—. ¡Yo ya no sé qué hacer para demostrarte que tú y los niños sois lo más importante para mí!

—Tienes que comprenderla, Seth. ¿Crees que yo quiero apartarme de ti? Sabes que no es así, pero Lania me necesita. Está pasando por un momento muy malo.

Apóyame en esto —rogó.

Él se quedó meditabundo durante unos segundos. Lo había pensado bastante y en ese momento terminó de decidirlo.

—Me marcho con vosotros a Dorset.

—¡No! —Hellen negó rotundamente—. Es algo que tenemos que superar nosotras solas.

—Tu hermana se está comportando egoístamente.

—No es así —respondió ella—. En el fondo lo comprendo. Está preocupada por mí.

—Porque desconfía...

—Sí, porque desconfía de ti —admitió, interrumpiéndolo—. Tienes que reconocer que cuando te conoció, no fue en el mejor momento. No eres un hombre al que le puedan poner una aureola en la cabeza por tus actos de buena fe con... todo en general.

—Lo sé, pero le dio un voto de confianza a tu cuñado. ¿Por qué a mí no?

—Por eso mismo, Seth. Confió en Colbert, y nos ha dejado. ¿Por qué tú no ibas hacer lo mismo?

—¿Porque te amo? ¿Porque sé que sin ti mi vida es pura basura? ¿Porque no he tenido nunca estos sentimientos por nadie? —El demonio se paseó intranquilo por la sala. En ese momento, todo lo que dijera no iba a servir de nada. Hellen estaba decidida a marcharse—. Colbert regresará —dijo—. El otro día recibí carta de él. El asunto que tenía con el vizconde se ha terminado.

—¿Va a volver? —preguntó esperanzada—. ¿Te lo ha dicho él?

—No. Ni siquiera él lo sabe aún, todavía tiene que darse cuenta que ama a Alana, pero yo aposté una fortuna en White's a que él era el candidato.

Alana hizo su aparición en la sala. No podía seguir escuchando a hurtadillas y no decir nada.

—Estáis confundido, señor Presley. Ni Colbert me ama ni yo a él. —Se encogió de hombros y caminó hacia la bandeja de las bebidas, donde se sirvió un vaso con agua de la jarra—. He escuchado lo que hablaban y tengo que disentir con vosotros. No soy tan egoísta como pensáis. —Bebió un trago y dejó el vaso sobre la mesa—. No pienso ser la culpable de vuestra infelicidad si así lo decidís. Sois los suficientemente mayores como para pensar qué queréis hacer y qué no.

—¡Lania! —exclamó Hellen, mirándola con emoción—. ¿Hablas en serio?

—He sido una estúpida, Hellen. Lamento que lo hayas pasado tan mal por mi culpa. ¿Podrás perdonarme?

—No tengo nada que perdonarte. —A Hellen se le saltaron las lágrimas de la felicidad y corrió a abrazar a Alana—. Yo nunca he querido hacerte daño.

—Lo sé. —Alana se limpió los ojos y miró al demonio—. ¿Cuándo os casáis?

—Lo antes posible —respondió él sin salir de su asombro por aquel inesperado cambio.

Alana tragó el nudo de inquietud de su garganta.

—¿Por qué tan pronto?

—¿Por qué esperar? —respondió él con otra pregunta.

Alana asintió, entendiendo.

—Solo una cosa. Te juro por Dios que si haces llorar a mi hermana una sola vez, te mato.

La amenaza dicha con una sonrisa burlona hizo reír al demonio.

—Lo tendré en cuenta.

—Una cosa más —añadió Alana, tornándose seria—. Hellen, no quiero que lo tomes a mal.

—¿De qué se trata?

—Después de la ceremonia, me marcho a Dorset. —Hellen abrió la boca con sorpresa—. Mike Newton me ha pedido que me case con él..., y he aceptado.

Seth no dijo nada, al contrario, se quedó mirándola muy circunspecto. Hellen agrandó los ojos:

—¡Pero Lania! —Abrió y cerró la boca varias veces—. ¿Estás segura? Quiero decir...

—Llevó dándole vueltas al asunto desde hace tiempo. Sé que Mike me ama, y podemos ser felices juntos. Me trata bien, me... cuida. Es un buen partido, Hellen.

—Había tenido toda la noche para convencerse y ya no había vuelta atrás—. Esta mañana, él ha viajado al condado para darle la noticia a su madre.

Realmente no sabía si había aceptado casarse con él por despecho, por rabia o por miedo a quedarse sola. Ya no tenía mucho sentido darle vueltas al tema.

—Felicidades —deseó Hellen, no muy convencida con su decisión. Alana no se oponía a que ella y Seth se casaran. ¿Cómo podía oponerse ella a que hiciera lo mismo?

—¿Quieres que averigüe sobre ese hombre? —preguntó Seth a Hellen después que Alana se marchara.

—No hace falta, amor. Ya sabemos quién es él.

—No parece gustarte mucho.

Ella borró la mueca de disgusto de sus labios y sonrió, un poco preocupada.

—No es un mal hombre —admitió, encogiéndose de hombros—, pero no pensé que Lania lo aceptara. Creí que antes conocería a alguien más o esperaría por si Colbert vuelve. ¿De verdad crees que él la quiere?

—¿Iron? No lo sé, la verdad. Hubo un tiempo que hubiera apostado mi vida al afirmarlo. Sé que estuvo muy encaprichado con ella, pero también sé que la respetó por ser tu hermana. Aun así, fíjate que hubiera dicho que esos dos iban acabar juntos.

Mientras Seth hablaba, su brazo fue rodeando la cintura de Hellen hasta pegarla contra su cuerpo.

—Ella sí lo ama, aunque haya dicho lo contrario —le confesó Hellen, echándole los brazos al cuello—. La he visto llorar por él, pero ¿sabes? —Buscó su mirada celeste—. Ella será feliz. Sabrá llevar a Newton por donde quiera, es su naturaleza. Y yo estoy tan feliz, tan, tan feliz que nos haya dado su aprobación, que ya tengo ganas de estar casada y viviendo contigo.

Seth sonrió con presunción a su futura esposa y besó sus labios.

—Yo también lo estoy deseando. Por cierto, creo que es mejor que vayamos a vivir a Christchurch.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

—Porque no quiero que nadie vaya diciendo por ahí que te has casado con un demonio.

—¡Tía Lania, mi madre y ese hombre se van a casar! —exclamó Andy ofendido y apenado.

—Ya me he enterado, cielo. —Alana tomó la mano del niño y llamó a William, que miraba absorto por la ventana—. Venid un momento, os tengo que decir algo.

Con desgana, William se acercó a ellos y se sentó también sobre la alfombra del cuarto.

—Tía Lania, dijiste que ese hombre era un regañón y que...

—Sé lo que dije, Willy, pero mentí. Escuchadme los dos, Seth os quiere mucho, sin embargo, yo estaba enfada con él y por eso os dije todo eso.

—¿Por qué estabas enfada?

—Veréis —comenzó a decir—. Realmente, con quien me enfadé fue con vuestro tío, y como Seth era su amigo, no quería que estuviese cerca de nosotros. Me equivoqué y pienso que deberíamos darle una oportunidad para conocerlo mejor. Yo sé que va a ser muy buen padre, y tenéis que olvidar todas las cosas que dije.

—¿Te enfadaste con el tío porque nos abandonó? —preguntó Andy.

Alana asintió.

—Él tenía cosas que hacer, por eso tuvo que irse. ¿Me prometéis que os vais a portar bien con Seth? Vuestra madre se pondría muy triste si no lo hacéis.

—Tía Lania, ¿vendrás con nosotros de viaje?

—No, cielo, esta vez os debéis ir solos, aunque no os he dicho que Lucy os acompañará también.

—Pero yo quiero que vengas —dijo Andy con voz apenada.

—Yo tengo muchas cosas que hacer. Cuando vosotros os vayáis a recorrer Europa, yo iré a casa a prepararlo todo para cuando lleguéis. Quiero que esté preciosa cuando la veáis otra vez.

—¿Seguirás viviendo con nosotros?

—Estaré muy cerca. El señor Newton también vive allí, y yo tendré que ir con él y con su madre.

—¿Entonces tú también te casas? ¿Y si no te gusta su madre?

—¡Qué tonterías dices, Andy! ¡Claro que me gustará su madre! Y a vosotros también, porque aunque me case, seguiremos viéndonos todos los días, además, voy a trabajar con Hellen en la academia.

—Te vamos a echar mucho de menos, tía Lania.

—Os prometo que lo vais a pasar tan bien que no os va a dar ni tiempo de pensar en mí. El señor Drew vendrá conmigo, y también la cocinera y Noelle y Emma y Louisa. Lo tendremos todo perfecto a vuestra llegada. Hellen me ha prometido que estará allí para cuando yo me case, y eso será dentro de dos meses. —Les regaló una sonrisa que no llegó a reflejarse en sus ojos. Al tiempo que trataba de convencer a los mellizos, procuraba convencerse a sí misma que todo saldría bien. Tenía que salir bien—. Yo también os echaré mucho de menos —terminó de decir con un nudo en la garganta.

Andy corrió abrazarla, y William lo imitó.

Desde el hueco de la puerta, Seth los observó, agradecido por la sinceridad de Alana y sus buenos deseos. Ahora ya sabía por qué los niños lo habían tratado con tanta indiferencia durante todo aquel tiempo. No quiso interrumpir ese momento y se marchó de allí sin hacer ruido.

—Te estaba buscando, Seth —dijo Hellen, viéndolo bajar las escaleras—. ¿Hablaste con los niños?

—Todavía no. —Sonrió.

—¿Vas a escribir a Colbert para decirle que nos casamos o prefieres que lo haga yo?

—Cuando reciba la carta, estaremos en nuestra luna de miel. Se va alegrar mucho que por fin me hayas dicho que sí. Él lo estaba deseando tanto como yo. Pero deja que yo se lo diga, quizá le interese saber que tu hermana también se casa.

—Creo que sería mejor no decírselo.

—¿Por qué?

—Lania ya ha tomado una decisión, y es preferible que las cosas sigan su curso.

Alana se sentó ante el tocador, encerró la cabeza entre sus brazos y lloró largamente. Esa reacción era la misma que había tenido segundos antes de aceptar la proposición de Mike. Era normal que él se hubiese preocupado al verla tan desolada, pero le creyó cuando le dijo que era la emoción y los nervios. Sin embargo, Mike no era Colbert, y el corazón se le fue arrugando como un trozo de papel en un rincón del cuarto. Todas las emociones que una vez había sentido se fueron marchitando como flores en invierno. Había querido tapar el sol con un dedo... reformar a un... libertino. ¡Ja! ¡Pobre ilusa! ¿Aún no le entraba en la cabeza que Colbert nunca había ido para quedarse indefinidamente?

—Suficiente— se dijo después de un rato. No podía seguir compadeciéndose de sí misma. Se limpió las lágrimas y, con desgana, se echó a dormir. Se prometió no volver a pensar en el pasado.

Durante los días siguientes, se centró en los preparativos de la boda de Hellen sumergiéndose en un caos de ir y venir. Las amigas de Hellen, las hermanas Hamilton y su cuñada Rose quisieron ser participativas, y aquello se convirtió en un lío tremendo. Discutían por la decoración, por los colores, por donde se celebraría el banquete, quienes serían los invitados, quién se encargaría de informar a los medios... Seth no quería escuchar nada de todo aquello. De haber dependido solo de él, hubiese huido de Londres a la menor oportunidad. Pero estaba Hellen... y no podía, no quería, dejarla.

Una noche, apenas faltando pocos días para la ceremonia, Alana había terminado de cenar y de camino a su dormitorio se había quedado en la galería observando por la ventana la noche estrellada. La luz de la luna la bañaba de plata.

—¿Estas nerviosa, princesa?

Alana no había escuchado los pasos de Seth, sonrió, volviendo la cara para mirarlo.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Las bodas suelen causar ese efecto.

Alana se encogió de hombros.

—¡No puedo creer que el demonio ruso sienta nervios!

Él vio la burla e hizo una mueca de disgusto.

—Yo no le encuentro la gracia. ¿Te parece divertido?

—Me provoca risa, sí.

—¡Como se nota que has estado cerca de Iron! Diría que se te ha pegado algo de él, siempre... —Seth se calló al darse cuenta que el brillo de los ojos verdes se había apagado de repente, y se maldijo—. Lo siento, no he debido hablar de él.

Alana tardó un momento en responderle, luchando contra el repentino temblor de sus labios.

—No debiste hacerlo, pero no importa, Seth. Él ya no me afecta.

—Me alegro, porque debes comprender que es mi amigo.

—Lo sé, lo comprendo.

—Por cierto —se apresuró a decir él queriendo cambiar de tema—, al final, ¿qué pasa con tu futura suegra? ¿Vendrá a conocerte o tendrás que ir tú?

—Pues la verdad no lo sé. Mike me dijo hace semanas que iba a traerla algún día, pero al parecer ella está un poco delicada para hacer el viaje. Yo ahora no puedo ir hasta que no os caséis. ¿Por qué? ¿Piensas que debería ir a conocerla?

—No —respondió, un tanto intrigante—, es raro que no haya venido. No he escuchado nada de que esté mal.

—Puede que no quiera conocerme, ¿es eso lo que quieres decir?

—¡No, no! —Y ese «no, no» iba acompañado de una nota contraria.

Alana frunció el ceño. ¿Y si la noticia había corrido por el condado como la pólvora? Alguien, por ejemplo una vengativa Claudia, podía haber hablado de su infancia y su... modo de vivir en la granja. ¿Podiera ser que su suegra no la estimase sin siquiera haberla conocido?

—¿Preocupada? —preguntó él con voz profunda.

—En absoluto, me da lo mismo lo que pueda pensar de mí, quien me interesa es Mike, y él es bueno.

—¿Lo quieres?

Ella soltó una carcajada carente de emoción.

—Eso no se pregunta.

—¿Por qué? Yo amo a tu hermana. ¿Amas tú a Mike?

—Claro que lo amo, de otro modo no me casaría. —Se acercó a él, mostrando una hilera de pequeños dientes blancos que a la luz de la luna brillaron como perlas—. No necesito que nadie se meta en mi vida ni me proteja.

—De acuerdo, no volveré a hacerlo.

Alana le palmeó el brazo con afecto y se marchó directa a su dormitorio. Esa noche soñó con la madre de Mike Newton y unas muy malas relaciones entre las dos. Pero se olvidó de ello al día siguiente y en los próximos.

Hellen se casó, y aunque Seth había pretendido una ceremonia discreta y familiar, se convirtió en uno de los grandes acontecimientos del año. Incluso Alana se extrañó que hubiesen acudido tantos invitados sabiendo de la reputación del demonio. Sin embargo, aquel día, un hermoso día en el que el sol brilló desde primera hora de la mañana, perteneció al nuevo matrimonio. Los mellizos resplandecieron de alegría, se divertieron todo lo que pudieron. Alana y Mike también lo hicieron, y aquello les sirvió para conocerse un poco más. Él nunca dejaba de asombrarla, y aquella noche fue un súbito ataque de celos porque ella había bailado varias veces seguidas con Alexander Yaron.

—¿Cómo puedes pensar eso? Alex es un hombre casado y ama a Sara, por no decir que ella me mataría. Menos mal que no se te ha ocurrido decir nada delante de nadie, sino mi hermana se hubiese enfadado.

—Alana, perdóname, nunca me había sentido así y... no sé, vi como os mirabais...

—¿Cómo lo hacíamos, Mike? Él me agrada mucho y siempre se ha portado muy bien con nosotras.

—Lo siento, Alana, de verdad, lamento pensar mal, pero me he dado cuenta que... tengo celos.

En vez de sentirse halagada por las inquietudes de Mike, le dolieron en el alma.

—Yo nunca he hecho nada...

—Ese hombre me recuerda al cuñado de tu hermana.

—¿A Colbert?

Él asintió.

—Él te gustaba.

—¡Por favor, Mike! ¡Cómo puedes decir eso! —Le dio la espalda para no dejar ver su propia mentira—. Voy a tomarme un refresco.

—Perdóname, Alana. —La escoltó entre la gente que había hasta llegar a la improvisada barra de las bebidas que habían colocado en una sala central. A ambos lados, dos salones enormes estaban repletos de bailarines—. Te prometo que no volveré a tener más celos.

Ella lo miró, forzando una sonrisa. Era el perfecto día de Hellen y no deseaba enfadarse, mucho menos con su prometido.

—Al menos con la gente que quiero y que me quiere —dijo sin poder contenerse.

Hicieron las paces con un beso que a ojos de la gente podía haber parecido apasionado, sin embargo, en Alana no despertaba nada. Ninguno de los besos de Mike nunca lograba llevarla a tocar el cielo con los dedos, o a sentir las mariposas de su estómago.

Alana regresó al condado junto a Mike y por fin conoció a su futura suegra. Solo faltó ver su cara para saber que ciertamente ella no era de su agrado, y los sentimientos parecieron ser mutuos. Para la madre de Mike, Alana era la persona que iba a llevar las riendas de su casa y se iba apoderar de su hijo. Para Alana, la anciana no le preocupaba en absoluto. La veía una mujer frívola y en apariencia una copia exacta de Claudia Baxter, quien era, no una de sus amigas obviamente, porque la anciana le sacaba cerca de cuarenta años, pero sí una de sus... confidentes.

Mientras los ahora Presley se lo pasaban maravillosamente bien recorriendo mundo, eso dicho por los mellizos en las continuas cartas que le hacían llegar, Alana se dedicó a ultimar la decoración del nuevo hogar de su hermana y los niños. Mike quería dejar todo concluido antes del matrimonio de ellos, y esos días se vieron menos que cuando ella estaba en Londres. Ciertamente él iba todas las noches un rato después de cenar a visitarla y apenas se quedaba media hora. Extrañamente, a Alana no le importaba mucho, se había obcecado en hacer un listado con las cosas que más tarde iban a necesitar para la academia, a la que por cierto, Mike Newton iba a remodelar de arriba abajo. Normalmente, era de eso de lo que hablaban en vez de conversar sobre su futuro o lo que esperaban de cada uno. Alana se dijo mentalmente que todo sería producto de los nervios.

Colbert salió de la bañera con energías renovadas. Apenas unas horas antes había regresado a París, y tras dormir un poco, se había bañado y afeitado, y con un corto batín, se disponía a revisar toda la correspondencia atrasada que lo esperaba sobre el escritorio.

Los meses pasados habían corrido con una velocidad asombrosa. Desde que hiciera que el vizconde ingresara en prisión para pagar el asesinato de Dorine, no había parado ni un solo momento. Había sido una suerte no solo encontrar testigos del asesinato. Si hubiese indagado un poco más tras la muerte de Dorine en vez de vender la casa y marcharse, habría acabado antes. Pero también habían descubierto una carta de la difunta donde explicaba que su esposo había intentado matarla más de una vez aquel año. Edward no había soportado la vergüenza y se había ahorcado en la celda. Después de eso, Colbert había viajado por España e Italia intentando retomar sus viejos hábitos y, sobre todo, queriendo olvidarse de la pelirroja que se había apoderado de su mente, de su cuerpo y de sus sueños.

No lo había conseguido. La imagen de Alana lo perseguía constantemente. Sus esplendorosos ojos verdes, su maravillosa sonrisa... No podía dejar de pensar en ella, pero tampoco podía olvidarse que la había puesto en peligro, que todo podría haber sido peor si él y Seth no hubiesen acudido esa noche a la Herradura de plata.

Alana lo odiaba. Ella misma se lo había dicho cuando creyó haber perdido a los mellizos. Y luego, la había dejado sin siquiera dignarse a despedirse de ella. Quizá porque de haberlo hecho, nunca se habría marchado.

La amaba. La amó desde el mismo momento que supo que había sido a ella a quien había salvado de ser violada en la calle. Desde el mismo momento en que ella lo saludó con un cuchillo en la mano. Hasta después de marcharse de Londres, no se había dado cuenta de cuanto la quería.

—¿Vais a comer algo ahora, *monsieur*?

Colbert miró a su mayordomo, agitando la cabeza.

—Me tomaré una taza de café, Simón, voy a ver si me da tiempo a mirar todos estos papeles. ¿Ha habido algo importante?

—No, *monsieur*, nada.

—Gracias, tráeme el café al despacho y no dejes pasar a nadie, no tengo ganas de recibir visitas.

El mayordomo se fue, y Colbert tomó asiento frente a su escritorio. Ojeó las cartas abriendo solo las que parecían más interesantes. La mayoría eran facturas. Encontró alguna de Seth. En una le informaba que Hellen había dejado la casa de Londres; en otra, los planes para la academia Wakefield. Se alegró cuando leyó que él y su cuñada se habían casado y que daban por concluida su luna de miel a mediados de julio... Por la fecha, ya debían estar instalados en Dorset.

«Como nota informativa, creo que debería decirte que la señorita Sanders y el arquitecto Mike Newton contraen nupcias en breve...».

Su corazón saltó en el pecho, enloquecido. ¡Alana se casaba!

Todo su mundo pareció desplomarse.

Hellen observó a Alana con ojos brillantes. Su vestido de boda era uno de los más hermosos que había visto nunca. Se trataba de un jubón de brocatel en seda sobre un fondo de color beige, entallado en el torso con un gran escote redondo en el delantero. La espalda remataba en el borde inferior en una pequeña cola. Las mangas eran largas y estrechas con forma en el codo. La falda larga y abierta por delante dejaba ver otra interior adornada con una aplicación de cordoncillo en plata con alma de seda. Lo complementaba con unos mitones, también beige, con hilos plateados en las costuras y decorando los costados.

—¡Estás hermosa, Lania! —exclamó sin poder contenerse—. Estás... absolutamente preciosa.

—Gracias —musitó Alana, también emocionada. Al fin había llegado su gran día. Esperó que Hellen cubriese su rostro con el velo. Bajo este, llevaba el cabello recogido en un sencillo moño flojo de donde ya habían escapado pequeños mechones caobas que acariciaban sus mejillas—. Estoy muy nerviosa.

—¿Estás segura que esto es lo que quieres, Lania? —repitió Hellen estudiando los ojos de su hermana a través de la gasa. Sabía que no amaba a Mike. Podía leerlo en su acuosa mirada, pero Alana era muy cabezona para dar marcha atrás.

—Hellen, si Colbert no ha venido en todo este tiempo, no va hacerlo ahora. —Había tenido la remota esperanza que en aquellos meses él hubiera acudido a buscarla. Tan solo una semana atrás había desechado la idea.

—Él no sabe que te casas.

—No tiene por qué saberlo, Hellen. Si de veras me quisiese, habría venido cuando solucionó lo de Lyton y lo del alguacil. No insistas. —Se le formó un nudo en la garganta. Ya debía estar acostumbrada a que ese nudo llegara sin previo aviso, en cambio, no lo estaba. Últimamente se sentía muy sensible, y a la más mínima, las lágrimas llenaban sus ojos sin control—. ¡No me mires así! —bromeó, volviendo a levantarse el velo para pasarse un dedo bajo el ojo—. ¡Me vas a hacer llorar!

Hellen la abrazó con fuerza.

—No tienes por qué hacerlo, Lania. Puedes vivir conmigo y con Seth todo el tiempo que tú quieras.

—¿Y convertirme en la solterona de la familia? —Rió. A Hellen no le hizo gracia. Alana rompió a llorar sobre su hombro.

Así las encontró un elegantísimo padrino.

—¿Estáis listas? —preguntó Seth, entrando jovial en la alcoba.

Alana se apartó de su hermana y trató de sonreír.

—Todo lo lista que puede estar una novia —respondió.

Seth asintió, sacándose un pañuelo del bolsillo que le entregó para que se limpiase.

—Eres una de las novias más hermosas que he conocido. Va a ser un placer poder entregarte en el altar.

—Gracias, Seth. —Ella hizo un desconsolado mohín—. Tú también estás muy guapo. —Le devolvió el pañuelo tras secarse las lágrimas y se aferró a su brazo.

Miró a Hellen con cariño—. Hoy te robo a tu esposo.

—Sí —afirmó Hellen, abriendo fuertemente los ojos para impedir que sus propias lágrimas asomasen. Sin evitarlo, ella también rompió a llorar.

—¿Pero qué pasa aquí? —bromeó Seth, rodeando con el brazo libre el talle de su mujer—. ¡Que vamos de boda, no de funeral!

—Lo sé, lo sé, pero... ¡No te cases, Lania! —imploró, súbitamente, Hellen.

Seth dejó escapar un suspiro largo y profundo e intercambió una mirada con Alana.

—¿Necesitáis estar solas?

Hellen dijo que sí al mismo tiempo que Alana contestaba que no.

—Voy a casarme con Mike. —Soltó el brazo de su nuevo cuñado y abrazó a su hermana—. No voy a estar muy lejos, Hellen, nos veremos todos los días.

—No lo has pensado lo suficientemente bien, Lania. Podías esperar un poco, díselo a Mike. Él seguro que te dará tiempo.

—¡Claro que lo haría! —Miró a su hermana con determinación—. Soy yo quien no quiere esperar más. ¿Soy tan difícil de entender?

—Sigues siendo tan niña para mí...

—No lo soy, mírame. —Alana se obligó a alzar el mentón con valentía, y su hermana la miró de arriba abajo—. ¿Lo ves? Soy una mujer hecha y derecha. Sé bien lo que quiero y... es esto. —Se cogió el vuelo del vestido y dio una vuelta en redondo—. Quiero casarme, Hellen.

—Venga, vamos a llegar tarde. —Seth se colocó entre ellas, interrumpiéndolas—. Seguro que Newton está tan nervioso como vosotras. —Volvió a coger la mano de Alana, colocándosela en su manga. Luego, miró a Hellen con el ceño fruncido—. La estás poniendo más nerviosa de lo que está.

—¡Solo quiero que se lo piense bien! —se defendió Hellen, siguiéndolos escaleras abajo.

Alana se giró para mirarla.

—Sé lo que estoy haciendo, Hellen. —Se bajó el velo de nuevo, como si de aquella forma no pudiera ver su inminente destino. ¿Sabía de veras lo que estaba haciendo?

No, no lo sabía. No deseaba casarse. ¡Qué diablos estaba haciendo! Se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Seth, mirándola.

Ella soltó el aliento. ¿Cómo iba a decirles a todos que se había confundido? Su corazón atronó en el pecho con fuerza. ¡No podía retractarse! Mike la estaba esperando, y su futura suegra, y el resto de los invitados... Los Yaron habían pospuesto su viaje hacia América solo por asistir a la ceremonia. Y Erika, la pobre había viajado con sus preciosas niñas de apenas siete meses... ¡no podía plantar a toda esa gente ahora!

—Nada, Seth. Estoy lista.

Reanudaron el camino.

Debería estar cansada. Le había costado mucho quedarse dormida la noche anterior pensando en todo lo que le esperaba. Sin embargo, estaba demasiado nerviosa para eso. Los preparativos habían comenzado desde muy temprano y no había parado de ir de un lado a otro hasta que Noelle y Lucy, hacia escasos minutos, se habían marchado a la iglesia con los mellizos.

El sol dio de lleno en su cara cuando salió al porche, y tuvo que bajar la mirada contra el hombro de Seth. Muchos vecinos habían acudido allí para verla salir. Sus piernas temblaron. Los escuchaba decir lo bonita que estaba, y por un momento pensó en los días pasados en la granja con el abuelo. Él siempre decía que nunca iba a encontrar un marido que la soportase.

Respiró deprisa. Tenía que intentar calmarse antes que se arrepintiese de todo y echara a correr hacia cualquier lugar. Saludó a varias personas que se acercaron a felicitarla, y con ayuda de Seth, subió al vehículo que, ese día en especial, había sido engalanado para la ocasión.

Dentro, Alana llevaba los ojos fijos en la ventanilla. Veía a la gente deambular por la calle, ajenos a la carga que ella soportaba. Seth y Hellen iban sentados frente a ella, ambos con rostro serio y sin hablar, y cuando tenían que decirse algo, lo hacían susurrando para no despertar a Alana del trance en el que se hallaba inmersa.

—No debería hacerlo —susurró Hellen de nuevo, agitando la cabeza.

—¡No insistas más! —respondió Seth, comenzando a enfadarse con ella.

Alana llevó sus ojos al buqué de flores que descansaba en su regazo. Era un ramo precioso, con rosas y orquídeas que habían plantado en el jardín trasero. Andy y William habían ayudado a Noelle a escogerlas y a montarlas junto a unas ramas de helecho.

El coche se detuvo con un suave vaivén. El trayecto se hizo tan corto que llegó a creer que se habían parado antes en algún otro lugar, sin embargo, cuando volvió a mirar por la ventana, observó la alta iglesia de piedras grises. Era un edificio que se asemejaba a un hermoso castillo de ventanas altísimas terminadas en arcos.

Seth, sin demorarse porque iban un poco ajustados de tiempo, instó a su esposa para que fuese pasando ella y así avisara que estaba todo preparado.

—Se acerca el momento —le susurró a Alana, frotándose las manos—. ¡Por Dios! ¿Ha venido todo el maldito condado?

Alana miró hacia donde él lo estaba haciendo y vio una multitud de carruajes esperando en la explanada que miraba a la ladera.

—Creo recordar que en tu boda fue más gente.

—Apuesto a que no conoces ni a la mitad.

—Tienes razón. Mike, o más bien su madre, ha debido invitar a todo el mundo.

Seth alzó las cejas, haciendo una mueca con los labios. Caminó unos pasos hacia la entrada para observar el interior de la parroquia. En ese momento, Alana miró el coche que aún estaba cerca de ella. ¿Qué podía pasar si se subía y le decía a Richard que le llevase lejos? Pero ¿a dónde?

En el puerto de Weymouth, un hombre se lanzó a la carrera esquivando a los pasajeros que descendían de su mismo barco. ¡Ese maldito domingo parecía que todo el mundo estaba en la condenada calle! ¡Y parecía que el miserable reloj movía sus endiabladas agujas a paso acelerado! ¡Mierda! No iba a llegar.

—¡Aquí, lord Iron!

Escuchó la voz que lo llamaba desde la puerta de una taberna. Era uno de los empleados de Seth que, por culpa del retraso en la travesía, debía llevar esperando parte de la noche y el resto de la mañana.

Llegó hasta el hombre que sostenía las riendas de un caballo. Con un movimiento rápido, subió a la montura. Sentía el pecho arder por la carrera, pero no se permitió ni un solo minuto para pararse. Con un ademán, se despidió e hizo que el animal esquivase a los transeúntes que, despistados, llenaban las calzadas. Para colmo, habían colocado un mercadillo en la vía principal y allí la gente se aglomeraba como si regalasen las cosas. ¿Cómo era posible que en aquel pueblucho costero se reuniesen tantas personas? Salió de la plaza por una estrecha calle y después de ponerse a la carrera, descubrió con un fastidio nacido de las entrañas que estaba cortada por una pila de barriles y cajones de madera.

Gritó colérico y gruñó. Se acercó a la barrera y taladró las cajas con furia. Reculó con el caballo hasta el principio de la calle. Todo seguía estando lleno de gente. Tenía que llegar a tiempo. Tenía que detener a Alana. No podía casarse con Mike. No podía casarse con nadie que no fuese él. Con el corazón en un puño, no se dio por vencido. No sabía cómo, pero tenía que hacerlo.

Se lanzó hacia la pila de cajas y barriles, clavó los talones en los flancos del animal y voló...

Alana vio entre los asistentes alguna cara conocida. Supuestamente, caminaba con los ojos clavados al frente, pero por el rabillo del ojo fue ubicando a sus conocidos. También a los que ella no había invitado. Como a Claudia, que estaba sentada con una gigantesca pamelita de tonos berenjenas junto a la madre de Mike.

Alana no se detuvo a saludar a nadie. Cuanto más pronto acabase todo, mucho mejor para ella. Aunque ¿cómo se atrevía Claudia a asistir a su boda después que su padre hubiese estado involucrado en el asesinato de Jhon?

Seth la miró con preocupación cuando ella le clavó las uñas en el antebrazo. Con sorpresa, la vio enojada.

—¿Estás lista?

Ella asintió. A mitad del pasillo, todo el mundo guardó silencio. En la calle hacía un calor tibio y agradable que dentro de los gruesos muros se convertía en una brisa fresca. El aroma de los perfumes de las damas se mezclaba con el de las flores que adornaban los bancos, y por primera vez se dio cuenta de lo recargado de los adornos. Lazos de raso, macetas con narcisos y jazmines, lilas, madreselvas... aquello era... la selva.

Mike sonrió, ofreciéndola su brazo cuando llegó hasta él, y ella, después de dar un corto beso en la mejilla de Seth, se agarró a su prometido, con las piernas temblando.

—¿Te gusta cómo han engalanado la iglesia? Mi madre ha trabajado mucho para que todo fuese perfecto.

Boquiabierta, Alana fue incapaz de contestarle en el momento. Fingió admirar de nuevo la iglesia, aunque en lo más hondo de sí, lo que de verdad quería era destrozar toda aquella ridiculez y echar a Claudia de allí de una patada.

«Estás buscando una excusa para dejar a Mike, y míralo, él no se lo merece», pensó, volviendo la vista a su prometido. Se había peinado el cabello hacia atrás y vestía de riguroso negro, con los puños de la camisa por fuera y llenos de encaje.

—Está todo perfecto.

—No te agrada, ¿verdad?

—Está todo bien, puede que a mi gusto es un poco excesivo, pero... está precioso.

—A mi madre le gusta hacerlo todo a lo grande.

El párroco se acercó a ellos, esperando que le diesen la señal para que empezase. Las campanas comenzaron a tañer con fuerza.

—Hay algo que tengo que decirte Mike —susurró Alana, inclinándose un poco hacia él. Estaba nerviosa, o más bien aterrada. Sudaban las palmas de sus manos.

Él miró confuso a la muchacha, con una sonrisa un poco fría.

—¿Tiene que ser ahora? El reverendo está esperando.

—Lo sé, pero es importante que lo sepas —insistió ella. No estaba segura de lo que tenía que decirle, pero se sentía en la obligación de sincerarse con él.

—Disculpádnos, padre. —Mike alzó la mano hacia el sacerdote—. ¿Podrías aguardar solo unos segundos? —Ante la mirada atónita de los presentes, Mike se disculpó, tranquilizándolos a todos—. Alana está un poco mareada, pero se le pasará enseguida.

Hellen fue a seguirlos, pero Seth cogió su brazo y se lo impidió.

Mike la llevó hacia una pequeña sala vacía, donde él había esperado hasta el momento de verla aparecer en la iglesia.

—¿De qué se trata?

Alana se echó el velo hacia atrás y, nerviosa, se pasó la lengua sobre el labio inferior.

—Ni siquiera me has dicho cómo me veo.

Él arrugó el entrecejo.

—Hermosa como siempre.

—¿Aunque no lleve el vestido de tu madre? Seguro que está molesta conmigo por haberlo rechazado.

—Un poco sí lo está. Ella tenía la ilusión de que su nuera llevase su traje, pero no pasa nada. Ya la he convencido de que alguna de nuestras hijas lo puede llevar.

¿Esa vestimenta amarillenta que en su día tenía un tono marfil y ahora era de... vieja? Alana se llevó una mano a la frente.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Tienes que saber que no poseo dote ni fortuna ni nada.

Él entrelazó los dedos.

—Mi amor, estás muy nerviosa.

—Te estoy diciendo la verdad. No recuerdo si hemos hablado de esto antes.

—No, no hemos hablado de esto antes, pero pienso que no es el momento...

—¡Sí no es ahora! ¿Cuándo?

—Alana, tu familia ahora es una de las más renombradas de todo el condado y los alrededores. Mira a tus invitados. —Señaló la parte donde estaban los amigos adinerados y de la clase alta de Hellen, aunque no pudiesen verlos desde la sala—. ¿Cómo puedes decir que no tienes nada si posees una gran fortuna?

Ella negó con la cabeza.

—Mi familia son Hellen y los niños. —Se encogió de hombros—. Cierto que Colbert y Seth tienen dinero para aburrir, pero yo no. Yo no soy rica.

Él resopló, un poco furioso.

—Estoy teniendo mucha paciencia contigo, Alana. Quieres dejar de decir mentiras...

—¡No son mentiras! ¡Es la pura verdad!

—¿Por qué me lo dices ahora? —siseó él de muy malas formas.

Alana lo miró extrañada.

—Quiero estar segura de que te casas conmigo por mí misma y no por mi fortuna. Yo lamento si te hice pensar alguna vez que tenía algo más que no fuera mi persona.

Lo que vio en el rostro de Mike fue decepción, y eso dolió. Creía en él, pero tenía que preguntárselo.

—¿Te casas conmigo por...?

Mike agitó la cabeza y tamborileó ansioso los dedos sobre una repisa de mármol.

—Le prometí a mi madre que tendría la casa de sus sueños. Pensaba construirla aquí, en Dorset, para que todos la admirasen y ella pudiera presumir.

—¿Me estás diciendo que solo te interesaba mi dinero? —repitió en un hilo de voz. Destrozada. No había esperado eso. Pensaba que Mike la quería e iba a decirle: «Alana, te amo igualmente». Pero Mike no estaba diciendo eso. La estaba mirando como si fuese un bicho raro y peligroso—. ¡Vaya! ¡Lord Huntington tenía razón! —lo acusó, belligerante—. Me has engañado todo este tiempo.

—¡Claro que no he hecho tal cosa! —negó él, oscureciendo la mirada—. Comentaste que Colbert os había dejado dinero...

—¡Eso fue antes que se casara Hellen y se lo devolviera todo! Colbert es únicamente un socio en la futura academia, el resto corre a cargo de Seth, al igual que los gastos de esta boda, que, por cierto, no sé de dónde demonios has sacado tantos invitados.

—¿No lo sabes? —Mike golpeó la pared con un puño por no agredirla. La miró con dureza. Alana sintió unas punzadas de miedo en la boca de su estómago—. Pues ya es tarde para hacer nada —rumió Mike entre dientes—. Iremos allí, nos casaremos y luego veremos qué es lo que pasa.

—No te entiendo.

—Hablará con Seth y le dirás que necesitas una dote. Él no querrá que tu esposo te abandone nada más contraer nupcias, ¿verdad? ¡Serías el hazmerreír de la ciudad!

—¿Te has vuelto loco!? —gritó enfurecida. Él trató que bajase el tono de voz para que no se enterasen los de fuera, pero era tarde. Alana había llegado al colmo de la impaciencia—. ¡Eres un imbécil, Mike Newton! ¡Quién te has creído que eres para pedirme algo así! ¡Por mí, te puedes ir al infierno! ¿Me oyes? ¡Tú y tu asquerosa madre os pudriréis en los avernos! —Ajena a que toda la iglesia al completo, incluido el reverendo que no hacía más que santiguarse, la estaban escuchando, siguió dando voces, colérica—. ¿Piensas que no sé qué tu madre me odia? ¡Pues entérate bien, cabeza de chorlito! ¡Yo también la odio! ¡Y te odio a ti porque eres la persona más interesada que he conocido en mi vida! ¡No me he querido casar con el vestido de tu madre porque es el traje de novia más horrible que he visto en mi vida! ¡Eres patético! ¡Aléjate de mí!

La puerta de la iglesia se abrió dejando pasar una caudal de sol, y todas las miradas se volvieron hacia allí, un poco molestos porque alguien pudiese interrumpir el morbo que daba escuchar los gritos de la novia.

Con paso rápido, Colbert llegó hasta la mitad del pasillo y guardó silencio, como los demás, escuchando los insultos proferidos por Alana. Hubiera sido capaz de reconocer su voz en cualquier sitio.

Encontró la divertida mirada de Seth en el primer banco, la sorpresiva de Hellen y las emocionadas de los mellizos, que si no llega a ser por su madre, hubieran corrido hacia él.

—¿No te casas? —oyeron la voz furiosa de un hombre. Todos los ojos volaron al hueco de la sala adyacente.

—¡Pues claro que no me caso! ¡No pienso ir contigo ni a la vuelta de la calle, majadero!

—¿Qué va a pensar todo el mundo de ti?

—¿De mí? ¿De mí? —La carcajada femenina retumbó en los gruesos muros. Inconscientemente, Colbert también sonrió, y Seth, Alexander Yaron, su hermano y su cuñado disimularon observar las impresionantes arcadas dobles de los altos techos. No era normal disfrutar tanto antes de llegar al banquete, y, sin embargo, lo estaban pasando realmente genial—. Más bien, preocúpate qué dirán de ti. ¡Espera a que todos sepan el chasco que te acabas de llevar! —Le siguió un potente golpe, como de un objeto pesado al caer contra el suelo, y el fuerte improperio de Alana antes de aparecer por el pasillo con la falda medio alzada, el rostro colorado y los ojos brillando de furia.

Se frenó en seco al ver a Colbert. Él llevaba la chaqueta colgando en una mano y arrastrando en el suelo, los primeros botones de la camisa desabrochados, con el faldón trasero fuera del pantalón, y el cabello negro y largo sobre los hombros, revuelto y despeinado. Lo miró de hito en hito.

—¡Alana, vuelve! —llamó Mike tras ella.

No fue su propósito ignorarlo adrede, era solo que no podía apartar la vista de los ojos que la devoraban burlones, de la boca de sonrisa torcida. Colbert estaba tan guapo o más que siempre.

—¡Colbert! ¿Qué haces aquí?

—Yo... —comenzó a tartamudear. ¿Qué podía decir?—. ¡Dios, tengo la boca seca! —Durante todo el viaje había pensado qué cosas decirle, incluso al escuchar las campanadas de la torre imaginó que tendría que detener la boda para poder hablar antes con ella. Pero al verla allí, tan hermosamente vestida y más bonita que nunca, las mejillas sonrosadas por el ataque de ira con el papanatas, los ojos más resplandecientes del universo, todas las palabras se atascaron en su garganta.

Ella lo estudió de arriba abajo, sin salir de su estupor.

—¿Has venido corriendo? —le preguntó con ojos entrecerrados.

Colbert afirmó.

—Cabalgando. Creí que no llegaría a tiempo. El barco ha tardado una eternidad en atracar y no nos dejaban bajar. —Siguió mirándola, arrobado—. Estás preciosa.

—Ah. —Alana se ruborizó—. Gracias, tú también. —De pronto, se cruzó de brazos—. ¿No me digas que venías a mi boda? Si es así, has hecho un viaje en balde, como puedes ver, no me caso.

—Sí, ya me he dado cuenta —le hizo saber con una sonrisa socarrona.

Los labios de Alana dibujaron una línea tensa y fría. Miró la cara de los invitados con una mueca de disculpa. No se atrevió a decir nada y quiso salir a la calle, para eso tenía que pasar al lado de Colbert.

—Alana. —Él la detuvo sujetando su muñeca. Cuanto más la miraba, más sublime la veía y más se daba cuenta de todo lo que la había echado de menos. Era consciente que todos los asistentes los observaban con atención, y no le importó—. No puedo estar sin ti, dulzura —continuó diciendo en un murmullo. Los invitados agudizaron sus oídos y hubo quien dio varios pasos adelante para escuchar mejor—. Sé que lo que hice no estuvo bien, que mi pasado es de lo peor y por mucho que quiera cambiarlo no podré hacerlo nunca, pero no me odies, Alana. No fue mi intención poneros en peligro. Tú eres lo más bonito que me ha pasado en mi asquerosa vida y por ti sería capaz de cualquier cosa. Perdóname, Alana. Olvida todo y cástate conmigo. Yo te voy hacer la mujer más feliz del mundo.

Era tal el silencio que reinó en la iglesia, que no se escuchó ni el zumbido de una mosca.

Alana dejó de respirar cuando él puso una rodilla en el suelo y se llevó la mano de ella al corazón.

—Esto es lo que siento por ti cuando te tengo cerca. No hagas que se pare. No me apartes de tu lado.

Alana lo notó bajo sus dedos como si fuera un tamborcillo. El órgano latía a mil por hora. ¿Era posible que él estuviese allí declarándose públicamente? De reojo, miró a Hellen; Erika y Sara se habían acercado a ella y las tres lloraban emocionadas. Seth, al otro lado de su esposa, sonreía abiertamente. En los bancos del otro lado, Mike, encogido en su traje de seda negro, ayudaba a levantar, entre él y Claudia, a su madre del asiento.

Alana volvió la vista hacia Colbert. Estaba tan... feliz... tan contenta... Con su mano libre le tomó la otra y también se la puso en el pecho. Su corazón golpeaba tan fuerte como el de él.

—Así es como funciona el mío —musitó con los ojos fijos en los de él.

Colbert se puso en pie y, rodeándole el talle con fuerza, atrapó los suaves labios de Alana. En cuanto sus pieles se tocaron y las bocas se unieron con ardor, se dijeron en silencio lo que las palabras no podían expresar.

Hellen se agarró a la mano de su esposo y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Ha venido —musitó satisfecha. Seth la abrazó y guiñó un ojo a los niños, que lanzaban tontas risitas viendo a sus tíos besándose en medio del pasillo.

—Ahora ya puedes respirar tranquila —dijo—. Y yo también. Creí que había perdido una fortuna en White's al no retirar mi apuesta. —Suspiró, satisfecho—. Y desde luego, después de esto, Colbert deberá responder. —Hellen lo miró, arqueando las cejas—. ¡Está poniendo a tu hermana en un compromiso! —explicó.

—¡Estás loco, amor! Después del escándalo que Alana ha montado, es más probable que lo del beso sea lo de menos.

—¿Tú crees? —preguntó Seth, frunciendo el ceño. La pareja seguía besándose y no parecían tener intenciones de detenerse.

—Bueno, a lo mejor alguien debería decirles algo. —Rió ella, divertida—. Vosotros, niños, no miréis.

Epilogo

Alana inspiró el aroma del mar, y sus ojos siguieron con desinterés a una gaviota que planeaba cerca de la playa. Una ligera brisa despeinaba sus cabellos, que caían tras la espalda cubriendo su vestido de novia. Sentía a Colbert sentado junto a ella, con la vista perdida en las espumosas olas de crestas blancas.

—Entonces, el alguacil también pagó por su crimen —comentó ella más para sí que para su compañero.

—Así es.

Alana giró la cabeza para mirarlo. Estaban sobre un montículo alto desde donde se observaba el océano en toda su plenitud.

—¿Por qué tardaste tanto en venir?

Colbert guardó un largo silencio y finalmente soltó un suspiro.

—Tenía miedo que no quisieras volver a verme. —Alargó una mano y cogió la de ella, entrelazando sus dedos—. Tenía miedo de volver a herirte.

—No tuviste la culpa, Colbert. Yo jamás podría odiarte. Ese día estaba asustada, cansada, confundida. Había pasado lo de la señorita Busbee...

—Ya te he contado...

—Lo sé, lo sé —le dijo, cubriéndole la boca con la mano al tiempo que se apretaba contra su costado—, pero estaba celosa. Acabábamos de pasar la noche juntos, y se presentó esa mujer tan hermosa, que creí que no sentías nada por mí.

—Estaba loco por ti, dulzura. —Acarició su mejilla en un beso húmedo y tierno—. Pero he sido un tonto en tardar tanto en admitirlo.

—¿Y ya has dejado atrás todos los trapos sucios?

Colbert asintió, mirándola con amor.

—Es hora de empezar de nuevo. Tú y yo, solos, una nueva vida. —Soltó una carcajada—. Si el demonio ha podido, ¿por qué yo no?

Alana sonrió ensimismada con la boca de Colbert.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? —le preguntó.

—Porque te amo —confesó en un tono sensual—, y porque en este momento estaba pensando que podíamos repetir otra vez.

—¿Repetir? —Colbert se enderezó y de repente se echó sobre ella, empujándola sobre la verde hierba—. ¿Sabes cuantas veces he soñado con volver a tenerte? —

Su plateada mirada devoró su rostro, recorrió su cabello cobrizo, que se había extendido como una manta rodeando su cabeza. Su esposa lo hechizaba. ¡Su esposa! Se había cambiado los papeles con Newton, aunque aún debieran arreglar un par de firmas con la iglesia. Suerte que Seth había previsto una licencia rápida, pero ya podía decir que era suya. Que la pelirroja le pertenecía en cuerpo y alma. Alana levantó las manos hasta su cara e introdujo los dedos entre el negro cabello que caía por ambos lados del cuello sobre ella.

—¿Aquí? —preguntó emocionada.

Colbert alzó la cabeza y observó a los mellizos que corrían detrás de Seth ladera abajo.

—Va a ser un poquito difícil, bonita. Tenemos espectadores demasiado jóvenes como para mortificarlos. ¿Qué te parece... —se puso de pie con agilidad y la ayudó a levantarse—... si adelantamos nuestra noche de bodas ahora que todos están entretenidos en la pradera? —La cogió en brazos, y ella rodeó su cuello. La besó en la barbilla, con una risita maliciosa, al tiempo que descendía con ella a la carrera—. Por cierto, Mike no te gustaba, ¿verdad?

Ella rió de pura dicha.

Hellen caminó de la mano de Seth hasta el pozo de los deseos. Juntos, lanzaron una moneda. Por ellos, por los mellizos... por la familia.

Hellen otra vez volvía a ser plenamente feliz.

Fin

Nota de la autora:

En la novela hago referencia a una pequeña pieza de tela que se adhiere a la piel, llamada «mosca». En realidad, es más conocido como lunar artificial o postizo.

Los lunares postizos eran unos diminutos parches que las mujeres y los hombres se colocaban, preferentemente en su cara, como mero placer estético. El primer indicio sobre estas decorativas «moscas» data de la Roma antigua.

Existía un efectivo lenguaje sobre la correcta colocación de los lunares sobre la cara. Una especie de código de significados en función de su colocación. Por ejemplo, puesto sobre una verruga sugería timidez; en la mejilla izquierda señalaba a una mujer casada; en la derecha, a un dama comprometida; en la nariz desvergüenza; en la frente era símbolo de realeza, y junto a la boca, besucona.

En tiempos del Cardenal Richelieu, estas piezas de tafetán tenían forma de flores, bestias, media luna, estrella, etc. Es probable que estos parches fueran utilizados a la sazón como meros remiendos para caras marcadas por la viruela, etc.

Agradecimientos

Gracias:

A Lola y Esther por seguir apoyándome. Por escucharme y animarme.

A Mimi, porque he disfrutado mucho con sus notas y algunas me han hecho reír.

Muchas gracias también a todos los lectores. Me encanta recibir vuestros comentarios: <https://www.facebook.com/sandra.palacios.1044?ref=ts>